

Gema Samaro



Eres
de otra
galaxia

ERES DE OTRA GALAXIA

GEMA SAMARO

—

©Gema Samaro

Marzo 2017

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño de portada: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son ficticios, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

¿Y si alguien apareciera en tu vida de repente, como caído del cielo, pero caído de verdad?

Isabel vive centrada en su bombonería y en los suyos, no tiene tiempo ni ganas para el amor, hasta que una noche alguien venido de muy lejos, no imagina cuánto, irrumpe en su vida de repente...

Lucas es de otra galaxia, original, diferente, espontáneo, aventurero, sexy y lo tiene clarísimo: acaba de caer en el jardín de la chica de sus sueños para hacerla feliz.

Pero la chica lo único que quiere es que ese tío raro y cañón que ha aparecido de la nada, vuelva por donde ha venido y que todo sea como antes...

Como si algo pudiera ser como antes, después de Lucas...

Eres de otra galaxia es una comedia romántica y loca, protagonizada por una chica que, aunque cree que lo sabe todo sobre los bombones, todavía le queda uno por conocer. Tal vez el mejor...

Gema Samaro es licenciada en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y Especialista Universitaria en Realización de Guiones por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Ha ganado varios premios literarios entre ellos el Margarita Xirgú de Guiones de RNE-REE, el XVIII Certamen Literario Internacional Dulcinea, el premio Internacional de Novela Romántica de Seseña y también ha sido finalista del premio HQÑ de novela romántica.

Capítulo 1

Eran las cuatro de la mañana y a Isabel la despertó un estruendo, como si al viejo pino del jardín le hubiera alcanzado un rayo y lo hubieran abierto en canal.

Pero no llovía, tan solo soplaba un viento infernal que, como comprobó a través de los visillos de la ventana, el árbol soportaba tan altivo como siempre.

—¿Qué ha sido ese estrépito? ¡Ha sonado como si se hubiera caído del cielo una albóndiga gigante de latón! —comentó preocupada la abuela Berta, una mujer de ochenta y dos años, alta, espigada y elegante, que de pronto apareció en la puerta del dormitorio de Isabel, con la cabeza canosa llena de rulos, una bata de estampado de leopardo y con Chicho, un mastín leonés que llevaba del susto el rabo entre las piernas, escondido detrás de ella.

—¿Albóndiga gigante? ¡Anda que no tienes imaginación! Pensé que había sido el pino, pero ahí sigue plantado... —respondió Isabel, con la vista puesta en la ventana.

Isabel era una chica menuda, morena, de enigmáticos ojos de color avellana, nariz respingona y sonrisa enorme que acababa de cumplir veintiocho años la semana anterior.

—La culpa es de tu abuelo —comentó la abuela situándose a su lado frente a la ventana.

—¿Qué pinta el abuelo? —preguntó extrañada Isabel, mientras acariciaba la cabeza de Chicho para calmarlo.

—Se empeñó en levantar esta casa en mitad de la nada y tarde o temprano tenía que suceder... —susurró la abuela Berta, misteriosa.

La casa estaba enclavada en mitad de la serranía de Cuenca, en un precioso valle entre montañas por el que discurría un arroyuelo...

—¿Sucedir el qué? —preguntó Isabel en tanto que el viento golpeaba con fuerza las contraventanas de madera.

—Pues esto... Algo raro en mitad de la noche y ¡estamos solos los tres! ¡Mira que le dije que comprara la casa del pueblo que está frente a la iglesia, rodeada de unas maravillosas cotillas de bien, que dan mucha más confianza y seguridad que la alarma de Prosegur!

—¡Menos mal que no te hizo caso! Me encanta la sensación de estar aislada del mundo, ¡me fascina saber que no hay nadie en dos kilómetros a la redonda! ¡En ningún sitio siento tanta paz como aquí! —exclamó Isabel, ajustándose el cinturón del pijama negro de seda.

—Sobre todo después de escuchar un ruido rarísimo en mitad de la noche... ¡Voy a llamar a la Guardia Civil! —habló la abuela nerviosa, mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo de su bata.

—¿Para qué? El ruido ese ha podido ser cualquier cosa... Todo parece en orden ahí fuera... —comentó Isabel tranquila, echándose la melena ondulada hacia atrás.

—¡Si está negro como boca de lobo! ¡No se ve una mierda! Y mira lo asustado que está Chicho... —dijo la abuela acariciando la cabeza del perro que estaba muy inquieto.

—Chicho se pone así también cuando paso la aspiradora...

—¡Yo jamás le he visto la cara de flipado que tiene ahora mismo! ¡Fíjate qué pupilas, si parece que acaba de salir de un *after*! —Chicho se lamía de los nervios los labios y tenía las orejas hacia atrás—. ¡Este barrunta algo! ¡Yo voy a llamar a Antonio que está de guardia esta noche para que venga a inspeccionar la zona!

—Espera un poco, abuela. ¡No seas exagerada!

—¿Esperar a qué? ¿A que entren a asaltarnos los tipos que viajan dentro de la albóndiga? ¡Voy a llamar a Antonio y vamos a esperarle aferradas a las escopetas! —comentó la abuela Berta mientras marcaba el teléfono de la Guardia Civil—. ¿Antonio? Soy Berta Soto, de la Casa de San Juan, estoy aquí con mi nieta y acabamos de escuchar un sonido muy extraño, así como si se hubiera caído un albondigón de hojalata del cielo...

Antonio, que dormitaba en un sofá desvencijado, se frotó los ojos y masculló:

—¡No me joda, doña Berta!

—¡Madre mía, abuela, qué imagen! Antonio va a pensar que se te ha ido la mano con el anís... —la reprendió su nieta en voz baja.

—¿Qué le pasa a la imagen? —repuso Berta, extrañada.

—Lo pilló, no se preocupe. Me hago una idea perfecta, doña Berta —aclaró Antonio.

—Cuánto me alegra escucharlo porque mi nieta dice que vas a pensar que estoy borrachita.

—¡No, por Dios, doña Berta! Cuénteme... —Antonio se incorporó de un respingo y replicó, entre maravillado y solícito, a pesar de tener un aviso en mitad de la noche—. ¿Cree que se le ha podido caer un OVNI en el jardín?

—¡Cómo se nota que eres fan de Cuarto Milenio, Antoñito! No eches a volar tanto la imaginación, que más bien creo que debe ser un grupo de exmilitares de alguna república rara que deben usar helicópteros del Pleistoceno para asaltar las fincas... Y ya sabes lo que les pasa a esas naves que no pasan unas revisiones como Dios manda. A mí me da que se les ha escacharrado el bicho aquí cerca y, si no han quedado muy perjudicados con el aterrizaje forzoso, deben estar a punto de atacarnos...

—¡Mantenga la calma, doña Berta, que en seguida acudimos a su casa!

—Aquí os esperamos, Antonio, calmadas y abrazadas a las escopetas. ¡Nos vemos!

Doña Berta colgó y su nieta le preguntó preocupada:

—¿Lo de las escopetas va en serio?

—¡Y tanto! ¡Ayúdame a bajarlas del altillo del armario de mi cuarto! —ordenó la abuela con un gesto de la mano para que la siguiera hasta el dormitorio.

Isabel resopló desesperada, mientras se ponía un rebecote gris que tenía a los pies de la cama:

—¡Esto es absurdo! ¡Solo ha sido un ruido que ha podido ser cualquier cosa!

—Exacto. Y como esa cosa puede medir dos metros y plantarse en la casa con pasamontañas y terribles intenciones, no pienso quedarme de brazos cruzados...

La abuela abandonó la habitación con Chicho muerto de miedo detrás y a Isabel no le quedó más remedio que seguir a su abuela, para evitar que se cayera de la silla al bajar las escopetas del armario.

Luego, a regañadientes, se subió a una vieja silla de nogal, abrió el altillo y le pasó a la abuela una escopeta con preocupación:

—¡Madre mía cómo pesa esto! Espero que esté descargada...

—¿Por quién me tomas? —replicó la abuela tomando la escopeta—. ¡Mujer precavida vale por dos! ¡Cógete la otra para ti!

—¿Estás segura de que vas a poder cargar con ella con tu artrosis?

La abuela Berta arrugó el ceño y, desenfundando la escopeta, respondió:

—Tengo más agallas que artrosis.

—Las *pelis* de Tarantino te han trastornado por completo... —replicó Isabel dando un manotazo al aire.

—Deja de parlotear y date prisa que mira el acojone que tiene encima Chicho...

—¡De verte! —soltó Isabel, mientras la abuela quitaba el polvo a la escopeta con un paño y a continuación, la abría de un golpe seco.

—Chicho es muy perceptivo, hay algo ahí fuera que lo tiene muy ansioso... —comentó la abuela mirando a través del tubo con su ojo bueno, o sea con el de solo ocho dioptrías.

Chicho ladró nervioso, como si así quisiera avalar las palabras de su dueña.

—No creo que tanto como la estampa de la abuela pistolera... —comentó Isabel, con sorna.

—Cierra el pico, niña —ordenó Berta al tiempo que sacaba del fondo del cajón, donde guardaba las bragas de cuello vuelto, la caja con los cartuchos.

—Voy a necesitar mucha terapia para asimilar todo esto... —musitó Isabel bajándose de la silla con la escopeta en ristre, mientras la abuela cargaba la suya.

—Tranquila que la estoy cargando con el seguro puesto... ¡Es imposible que te deje trauma!

—Yo no sé usar esto. ¡La mía ni la cargues!

—Trae para acá... —exigió la abuela, cogiendo la escopeta— y déjate de chorradas que no sabemos cuántos tíos pueden viajar en la albóndiga. Y por el funcionamiento de la escopeta ni te preocupes, se manejan como cuando te gusta un chico: cabeza fría, apuntas y disparas...

—Abuela me estás dando miedo, se te está poniendo la cara de Clint Eastwood en *Sin perdón*... —masculló Isabel, a la vez que su abuela cargaba la otra escopeta—. ¿Y estás cargando esa cosa sin gafas?

—Lo podría hacer con los ojos cerrados, fue lo primero que aprendí cuando tu abuelo se empeñó en traerme a este andurrial —respondió la abuela entre dientes, cargando con destreza la escopeta.

—¿En qué hora tuve la feliz idea de que viniéramos a pasar el fin de semana al pueblo! —se lamentó Isabel, mientras Chicho volvía a ladrar, pero esta vez mucho más fuerte.

—¿Desde luego! ¡Yo me lo estoy pasando de lo lindo, de hecho hacía tiempo que...!

La abuela Berta tuvo que dejar la frase suspendida en el aire, porque de pronto sonó el timbre de la puerta con la melodía de *My way* de Frank Sinatra y Chicho ya se puso completamente de los nervios.

—Joder ¿están llamado a la puerta? —preguntó Isabel, gritando por encima de los ladridos de Chicho y la torturante melodía del timbre que se escuchaba a todo volumen.

—No, acabo de poner un viejo vinilo con el poder de mi mente... —ironizó la abuela—. ¡Otra ideíta de tu abuelo! ¡La melodía taladrante para que se escuche el timbre hasta en la habitación del fondo! ¡Qué le vamos a hacer! ¡Pero ya no hay tiempo que perder! ¡Ya están aquí! —exclamó la abuela, entregándole la escopeta cargada a su nieta, y después cogiendo las gafas que estaban encima de la mesilla de noche y poniéndoselas a toda prisa.

—¿Quién? ¿La Guardia Civil? —inquirió Isabel, ansiosa porque así fuera.

—¡Ni que pudieran teletransportarse! ¡No, hija, no! ¡Los de la albóndiga!

—¿Y por qué tienen el dedo pegado al timbre?

—Espera a que les tengamos con la punta de las narices levantada con nuestras escopetas y se lo preguntamos... ¡Vamos para allá! —ordenó la abuela dirigiéndose hacia la puerta.

—Coño, abuela, ¿vamos a abrir a esos tíos?

—Calla y sígueme. Tú también, Chicho, y ladra a toda pastilla, ¡que se enteren los Albóndigas de quién eres!

La abuela recorrió el pasillo con la escopeta en ristre y su nieta y Chicho detrás, ladrando como su dueña le había mandado. Luego, atravesaron el salón y finalmente terminaron en la entrada de la casa donde, de puntillas, se acercaron hasta la puerta y la abuela miró por la mirilla...

—¡Es muy guapo! —susurró Berta al instante, con una sonrisa de oreja a oreja.

Lucas era un joven de unos treinta años, alto, musculado, atractivo, con el cabello de color

caramelo, los ojos intensamente verdes, y unos hoyuelos de lo más encantadores que se le marcaban al sonreír. Vestía con una chaqueta negra, unos vaqueros desgastados y unas deportivas negras, y a pesar del tremendo frío de la noche serrana no parecía acusarlo.

—¡Abuela, por favor, no estamos para frivolidades! —dijo Isabel con el alma en vilo.

—Es verdad, el Albóndiga parece un galán de cine y viene solo... —explicó guiñando el ojo a su nieta.

—Tú lo has dicho, parece, lo mismo hay catorce escondidos en las sombras...

—Pues si están igual de buenos que él, solo puede ser la selección italiana de fútbol...

—De verdad abuela que...

Isabel no pudo terminar de regañar a su abuela porque Chicho ladraba tan fuerte que el Albóndiga gritó desde el otro lado de la puerta:

—Tranquilo, amigo, soy Lucas...

—Anda mira, se llama Lucas, como el novio de la Nancy... —comentó la abuela en un tono de voz lo suficientemente alto como para que Lucas lo escuchara.

—Señora, buenas noches, soy un hombre de bien —aseguró levantando las manos sobre la cabeza —, he tenido un accidente y solo ha podido ser por amor...

—¿Qué dice? —preguntó Isabel sin entender absolutamente nada.

—Que se ha accidentado por amor. ¡Este chico es una joya! ¡Cañón y romántico! ¡La combinación perfecta! —murmuró la abuela, sin dejar de mirar al joven por la mirilla.

—¡Ni se te ocurra abrirle! ¡Es evidente que ese tío es un loco! —replicó Isabel, con los nervios de punta.

—Qué va... Tiene cara de bueno y de listo... Tal vez tenga algún hueso roto. Calla que le voy a preguntar, es un delito la denegación de auxilio.

—¡Ni se te ocurra, abuela!

Berta, sin hacer caso a su nieta, preguntó a través de la puerta...

—¿Estás herido, Lucas?

—Solo por la flecha de Cupido... —respondió el joven llevándose la mano al pecho.

—Criatura... —masculló la abuela con una sonrisita cómplice, al tiempo que colocaba la mano en el picaporte.

—Abuela ¿no irás a abrir la puerta a este tío que está como una regadera? —murmuró Isabel con los ojos como platos y el corazón a mil.

—¿Qué enamorado no lo está? —repuso la abuela encogiéndose de hombros.

—No abras hasta que llegue la Guardia Civil...

—¿Cómo vamos a dejarlo ahí fuera con este frío que pela? ¡Lleva puesto solo una chaqueta! ¡Va

sin bufanda, guantes, ni gorro!

—¡Que se meta en el coche! —replicó Isabel, indignada con el exceso de empatía de su abuela que rayaba en la temeridad.

—A saber cómo se ha quedado el coche después del porrazo que se ha metido... —comentó Berta.

—Me da igual, ¡no abras! —exigió Isabel, negándose en rotundo.

—Sé un poco más caritativa, hija... Yo voy a preguntarle... Oye, Lucas, ¿qué te ha pasado exactamente? ¿Por amor has empotrado el coche contra la arboleda?

—¿Coche? —preguntó el joven extrañado.

—Este no es castellano... —dedujo la abuela—. Quiero decir auto, automóvil, carro...

—Nave, señora, se me ha caído la nave en su jardín... —matizó Lucas.

—Nave espacial... —replicó Berta, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Sí, señora... Vengo de un poco lejos...

—¿De una galaxia muy lejana, como los de *Stars Wars*? —preguntó la abuela.

—Algo así... —dijo el joven, y a Isabel por poco no se le cayó la escopeta al suelo...

Capítulo 2

Cuando la abuela estaba a punto de abrir la puerta, Isabel colocó la mano sobre la de Berta para impedir que lo hiciera y mirándola desafiante, le susurró:

—Ni se te ocurra...

—¡No pienso dejar que E. T. se muera de frío! —replicó la abuela apartando la mano de Isabel de un manotazo.

—¿Un E. T. que se llama Lucas y usa chaqueta de Zara? —protestó Isabel frunciendo el ceño, mientras se resistía a liberar la mano de su abuela.

—¿Zara? Mi ojo bueno no da para tanto, pero ¿qué pasa que no puede haber un E. T. que se deje caer por Zara? ¡Y es tan guapo...! ¡Este chico es un mirlo blanco, Isabelita!

—Imposible que tengamos tanta suerte...

—Anda ¿y por qué no? —preguntó la abuela encogiéndose de hombros.

—Porque los tíos que conozco últimamente son unos *mierders* por lo general... ¡Este seguro que es uno más!

—¿Qué es un *mierder*? —preguntó la abuela echando otro vistacito al chico a través de la mirilla.

—Pues un cabrón, narciso, *peterpan*, muermazo, malfollador, puñetero, vulgar, traidor, borde, cobarde, grosero, vago, cretino...

—¿Has conocido alguno al que le adorne tanta virtud? —preguntó la abuela mirando a su nieta con lástima.

—¡Si solo fuera uno! ¡Los veo venir de lejos! Y te digo abuela que este que está afuera además de todo eso es un chiflado. ¡Así que no abras!

—Está de toma pan y moja, qué quieres que te diga —musitó la abuela escrutando otra vez al joven.

—¡Y está genial de la cabeza! ¿No te da miedo meter en casa a un desconocido que se cree que es un extraterrestre?

—¡Habla más bajo que te va a escuchar! —le reprendió la abuela llevándose el dedo índice a la boca—. No se cree un tío de otras galaxias, lo es... ¿O acaso no escuchaste el estruendo cuando se le descuajaringó la nave?

Isabel se tapó la boca con la mano, de la desesperación y luego susurró:

—¡La nave comprada en los chinos! Pero abuela ¿cómo te puede parecer tan normal que haya un E.

T. ahí fuera?

—Porque desde que llegué a este lugar no he parado de ver cosas raras en el cielo, así que era solo cuestión de tiempo que acabara cayendo algún alienígena y si además es guapo y está aquí por amor, bienvenido sea... ¡La pena es que me pille con los rulos puestos, pero tampoco pasa nada, como me los pongo tan tirantes me hacen un efecto *lifting* de lo más arrebatador! ¡Venga quita la mano de una vez que yo voy a abrirle! —le instó a su nieta.

—¡Ni de coña! ¡Pídele que te dé una prueba de que es un extraterrestre! —propuso Isabel a la que no se le ocurrió otra forma mejor de disuadir a la terca de su abuela.

—¡Eso es una tremenda grosería! ¿Cómo voy a dudar de la palabra de mi invitado?

—Espera que me he debido perder algo... —repuso Isabel, ofuscada—. ¿Me puedes decir en qué momento has invitado a este tío a que venga a pasar el *finde* con nosotras?

Berta resopló y armándose de paciencia para soportar a la desconfiada de su nieta, preguntó a Lucas a gritos:

—Perdona, hijo, pero mi nieta es de ver para creer. Cosa muy mal hecha porque como dice el Evangelio: “Bienaventurados los que no vieron y creyeron”.

—Al grano, abuela. No te enrolles... —farfulló Isabel, ansiosa.

—¿Te quieres callar para que pueda exponer mi idea? —le increpó la abuela—. Lucas, perdona, que mi nieta me tiene frita...

—No se preocupe, señora, me hago cargo... —dijo Lucas, desde su lado de la puerta.

—¿De qué se hace cargo? ¡No, si todavía voy a tener que soportar que ese majara me falte al respeto! —saltó Isabel, molesta, alzando la voz para que ese ser pudiera escucharla a la perfección.

—Me refiero a que entiendo que les cueste creer que vengo de muy lejos —explicó Lucas, flemático.

—A mí no me cuesta nada, porque además de creer y tener fe, leo la prensa: la NASA está harta de manifestar que encontrará vida extraterrestre en menos de veinte años, así que para mí todo esto es hasta natural. Pero mi nieta es otro cantar, por eso te pido, si no te importa, majo, que hagas alguna cosita para que a la desconfiada de mi nieta no le quede ni la más mínima duda de que vienes de las galaxias —pidió la abuela.

—Con mucho gusto... —respondió Lucas, sacando del bolsillo de la chaqueta unas gafas de visión total y poniéndoselas para complacer a doña Berta—. Acabo de ponerme unas gafas que me permiten comprobar lo que ya intuía... —dijo Lucas y después lanzó un suspiro.

—¿Ah sí? ¿Y qué ves? —inquirió doña Berta, atusándose con coquetería una ceja.

—¿Qué va a ver? ¡Te está vendiendo la moto, abuela! —replicó Isabel con un mohín de desdén.

—Veo a una bella dama con el cabello recogido en un singular peinado...

—Rulos, hijo, es que mañana vamos a almorzar a un restaurante que han abierto nuevo cerca de aquí y quiero llevar el pelo en condiciones... —explicó la abuela, llevándose la mano a la cabeza.

—Sí, tú cuéntale todo con pelos y señales, ¡que así yo también soy una criatura del espacio con poderes! —cuchicheó Isabel, enojada.

—Relájate un poquito, niña, que estás muy tensa... —le rogó su abuela y Lucas lo escuchó.

Y sí, estaba tensa, pero al mismo tiempo Lucas pensó que esa chica estaba envuelta en una extraña luz, que hacía que no pudiera dejar de mirarla.

—Percibo la crispación de la joven en el ceño fruncido y la nariz arrugada —apuntó Lucas, alucinado con lo que estaba viendo—, pero sobre todo percibo su luz, una luz como jamás había visto ni en el espacio profundo...

—¡Lo que me faltaba! —bufó Isabel—. Ahora se va a poner a hablar de vibraciones, energías y chakras para no ir a lo concreto. Ya sí que no me cabe duda: este tío o se droga o es un farsante. Apuesto a que las dos cosas a la vez...

—Puedo ir a la concreto, a las cejas gruesas que le dan carácter al rostro —replicó Lucas mirándola fascinado, sintiendo como algo muy potente estaba creciendo en su interior y también entre sus piernas—, a los ojos de color avellana —continuó con un nudo en la garganta—, brillantes, inquietos, expectantes...

—Buah, buah, buah... Acierta porque solo dice vaguedades... —resopló Isabel.

—El pelo es del color de los árboles jóvenes, marrón vivo, ondulado y suave como un desierto, los pómulos altos, los labios gruesos y dulces, el cuello...

Cuando Lucas estaba a punto de reconocer que se moría por besar el cuello de esa terrícola, Isabel le interrumpió:

—¡Basta ya! No sé de quién habla este ridículo ser —opinó Isabel con el ceño más fruncido todavía, a pesar de que Lucas le estaba haciendo un retrato perfecto.

—De Chicho... —respondió la abuela con sorna—. Calla y deja que siga, esto es muy entretenido, ¡es como tener un trovador en la puerta!

—¡Yo lo que quiero es irme a dormir y acabar con esta locura cuanto antes! —gruñó Isabel.

—¿No querías pruebas? ¡Pues ya las tienes! Hale, voy a abrir... —dijo la abuela.

—¿Para ti es una prueba que diga rasgos físicos al tuntún?

La abuela resopló y, armándose de paciencia, volvió a preguntar al joven de las estrellas:

—Lucas, guapo, ¿te importaría especificar algunos detalles más para que la petarda de mi nieta se convenza?

—No, claro que no. Lleva un pijama negro de seda y una rebeca de lana gruesa gris, que se le está desplazando un poco por el hombro derecho... —Ropa que por cierto Lucas estaba deseando

arrebatarle en ese mismo instante, pero no se lo dijo.

Tras escuchar aquello, Isabel se colocó bien la rebeca y farfulló:

—Solo tiene sentido común. ¿Quién no se compró un pijama de seda negro para Nochevieja y se lo pone un mes y medio después para que no se quede muerto de risa en el armario?

—¿Saliste en Nochevieja con el pijama? —preguntó la abuela extrañada.

—¡Como todo el mundo! ¡Es tendencia!

—¿Y qué va a saber Lucas de tendencias terrícolas? Lo ha acertado porque nos está viendo con sus gafas ultrasónicas.

—Ja, sí. Seguro que sí. ¿Y ahora qué hago Lucas? —preguntó Isabel a gritos, levantando el puño y luego estirando el dedo medio.

—Creo que se llama peineta...—contestó Lucas, con una sonrisa y fascinado por la joven incrédula que le atraía con una fuerza a la que era imposible resistirse.

—¡Qué gesto más feo! ¡Baja ahora mismo esa mano! —le ordenó Berta a su nieta.

—Y las escopetas... deben pesar un montón —apuntó Lucas, tan divertido como excitado.

—Este tío debe ser como los adivinos de los canales cutres de televisión, acierta las cosas de pura chorra. ¡No me fío en absoluto de él! —concluyó Isabel, muy enfadada.

—Yo solo sé que mi nave se ha averiado aquí por algo. La literatura de donde vengo está repleta de casos de visitantes a la Tierra cuyas naves cayeron en picado por culpa de la llamada del amor...

—explicó Lucas que ahora que tenía a esa chica delante lo entendía todo.

Isabel llevándose el dedo índice a la sien y haciendo el gesto de que estaba loco, le susurró a su abuela:

—Espera que venga Antonio y que le lleve derecho a Urgencias Psiquiátricas... Va ser lo mejor...

—¿Pero no estás escuchando que se ha caído por amor? —replicó Berta, empezándose a hartar de la terquedad de su nieta.

—Ah, perdona, que es el amor de tu vida llamando a tu puerta... —se burló Isabel.

—El mío no. ¡El tuyo! ¡Que no te enteras! Gracias a Dios encontré al mío hace muchos años y algún día me volveré a reencontrar con tu abuelo ahí arriba. Ahora a quien le toca encontrarlo es a ti... —cuchicheó la abuela emocionada.

—¿Qué? ¿Con ese que hay afuera? —replicó Isabel con cara de asco.

—El amor es así, imprevisible. Llega cuando llega y de la manera más insospechada... Y por supuesto que no voy a permitir que Antonio se lo lleve para que el pobre chico acabe como E. T. lleno de cables en el hospital de campaña que plante el Ministerio de Defensa en el jardín... Voy a acogerle en la casa hasta que descubramos si hay tomate entre vosotros...

—Me parece lo más sensato, señora —dijo Lucas desde fuera.

—Te equivocas, tío. Lo más sensato es que te metas en tu nave y regreses a tu jodida galaxia —comentó Isabel gritándole a través de la puerta.

—¿Cómo va a regresar si tiene la nave averiada? —le recordó la abuela.

—Tranquilas que hasta que pueda averiguar qué es lo que ha pasado, la he invisibilizado para que no tengan ningún problema con los vecinos.

—Vaya, la nave es invisible. ¡Qué casualidad! —ironizó Isabel.

—Oye, pues a mí me interesa eso de hacerme invisible —reconoció la abuela.

—Es muy sencillo... Observe... —replicó Lucas, que al instante desapareció.

—¡Ostras, ha desaparecido! —exclamó la abuela, atónita y pegada a la mirilla.

—¡No digas bobadas, abuela!

—Es óptica cuántica, pero no estoy autorizado a hablar sobre ello... —indicó Lucas, que de pronto apareció junto a ellas en el descansillo de la casa.

Isabel no dudó en coger la escopeta y apuntarle muy cabreada:

—¿Cómo has hecho para colarte aquí dentro?

Lucas se quedó más fascinado todavía al contemplar a esa brava y atractiva mujer que echaba chispas por los ojos, mientras su abuela encontraba una explicación para todo aquello:

—Pues porque es como los fantasmas, puede atravesar las paredes. ¿No querías pruebas? ¡Pues toma prueba! —exclamó la abuela asombrada con lo que estaba sucediendo.

—Tiene que tener alguna explicación lógica... —repuso Isabel, convencida—. Se ha debido colar por mi ventana, aprovechando que no le mirabas y ha entrado en la casa sigiloso y como una flecha...

—Pero si he estado todo el rato con el ojo pegado a la mirilla...

—No le den más vueltas. Es el efecto túnel de la mecánica cuántica que apenas está desarrollada en este planeta. Se lo explicaría encantado, pero ni estoy autorizado, ni tienen ustedes conocimientos suficientes para llegar a aprehenderlo. Espero que me disculpen —se excusó Lucas, llevándose la mano al pecho y con una ligera inclinación de cabeza.

—Nada que disculpar. Entiendo que vienes de una civilización superior y que nuestras mentes no están preparadas para asimilar tanto concepto complejo...

—Abuela, por favor, ni que estuviéramos ante Einstein...

—¿Cómo que no? ¿Tú sabes la que hay que liar para llegar hasta Cuenca desde una galaxia lejana? Por cierto, joven galáctico, soy Berta... ¿cómo nos saludamos? ¿Vale el saludo Vulcano? —se presentó la abuela, tras dejar la escopeta sobre una cómoda blanca y después levantar la mano y hacer la uve separando los dedos anular y corazón.

—Como tengan por costumbre en estas tierras, doña Berta. Y por supuesto que pueden estar

tranquilas con este contacto, pues les garantizo que seguimos un estricto protocolo de protección planetaria y no hay riesgo de contagio de ningún virus extraterrestre.

La abuela le cogió por los hombros y le dijo:

—¿Qué contagio? ¡Si acabo de pasar la gripe! Ven que te dé dos besos bien dados, que es lo que se hace por estos lares...

Lucas que llevaba un año dando tumbos por la Tierra, pero jamás había entrado en contacto físico con un humano, sintió una profunda emoción al sentir los cariñosos besos ensalivados que le dio la abuela en ambas mejillas.

Después, se quedó mirando con los ojos vidriosos a Isabel y le preguntó, con unas ganas infinitas de perderse con ella por las galaxias:

—¿Tú no me vas a besar?

Capítulo 3

Isabel miró a Lucas con sumo desprecio y, sin dejar de apuntarle con la escopeta, le respondió:

—Ni se te ocurra acercarte a mí.

Lucas se quedó frente a la chica furiosa del pijama negro y supo que no tenía más opciones que arriesgarse, atravesarse y descubrir el misterio que le había llevado hasta allí.

—No seas maleducada, Isabel, y saluda como Dios manda —le exigió Berta a su nieta.

Por supuesto que Isabel no estaba por la labor de saludar a Lucas, sin embargo a Chicho de pronto se iluminó la mirada, comenzó a mover el rabo y, sin ninguna ansiedad, se acercó a saludar al recién llegado...

—¡Hola guapo! —saludó a Chicho, acercándole la mano para que le oliera.

Chicho le dio un lamento en la mano al joven de las galaxias y luego se restregó cariñoso contra su pierna...

—Es Chicho... ¡Y esto que está haciendo contigo es la primera vez que lo veo! ¡Chicho es tímido y suele necesitar un tiempo tomar para confianzas! —exclamó la abuela encantada de que a Chicho le hubiera caído bien Lucas.

—Lo que me faltaba. Nuestro perro en vez de protegernos del peligro se pone a babearlo —comentó Isabel resoplando.

—Es que Chicho funciona con el corazón y ve a Lucas tal cual es... No como tú... —le reprochó la abuela, mientras el chico de las galaxias acariciaba la cabeza del perro que recibía el cariño agradecido.

—Abuela querida, te recuerdo que este tío acaba de colarse en nuestra casa —replicó Isabel, cabreada.

—Es verdad, lo he hecho fatal —se excusó Lucas, que solo deseaba que a esa chica se le pasara el tremendo enojo—. Un momento, por favor...

Y Lucas volvió a desaparecer de la estancia, de repente se volatilizó dejando a Isabel entre furibunda y perpleja...

—¡Este tío va a acabar conmigo! ¿Dónde coño se ha metido ahora? —preguntó Isabel, bufando y mirando a su alrededor.

Y al momento, sonó de nuevo el *My Way*, la melodía del timbre de la puerta... Y Chicho ladró con mucha fuerza, pegado a la puerta y moviendo el rabo, encantado con lo que estaba pasando.

—Ahí le tienes —comentó la abuela al tiempo que señalaba la puerta con la cabeza.

—¡No puede ser! —exclamó Isabel apoyando la culata de la escopeta en el suelo puesto que le pesaba demasiado, casi tanto como *el cretino de Lucas*.

—¡Qué cabezota eres, hija! El chico ha reconocido que no ha hecho las cosas bien, pues ahí le tienes rectificando...

—Tiene que ser la Guardia Civil... —replicó Isabel mirando por la mirilla y comprobando para su horror que el que estaba pulsando el timbre era Lucas—. ¡Joder, está ahí fuera el muy cabrón! ¡Este tío tiene que ser mago!

—¿Pero qué mago ni qué ocho cuartos? ¡Es un tío de las galaxias! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —insistió Berta.

—Este es un mago que debe estar de bolos por la zona y viene a casa porque se habrá enterado de que soy amiga de Caye y está montando este teatrillo para que le consiga un hueco para actuar en el local. ¡Menudo manipulador! ¡Es capaz hasta de levantar a una anciana en mitad de la noche y ganarse al buenazo de su perro con malas artes para lograr sus objetivos! ¡No tiene escrúpulos! ¡Es un ser sin entrañas! —concluyó Isabel entre susurros.

—¿Quieres dejar de hacer un drama barato? ¡Estoy feliz con lo que está pasando! ¡Somos unas privilegiadas! ¡Unas elegidas!

—¿Elegidas para que se rían de nosotras a mandíbula batiente? Este tío está jugando con nosotras, aprovecha que estamos medio dormidas para colarnos sus trucos de magia. ¡Con la lucidez de las ocho horas de sueño, descubriré cómo narices hace para simular que atraviesa las paredes! —aseguró Isabel convencida.

—No simula lo hace. Y no es teatrillo, es la ley de Clarke que dice que: “toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia” —replicó la abuela más convencida todavía.

—Arthur C. Clarke es tu problema, abuela. Leer a ese tío te está pasando factura y te hace ver una criatura galáctica donde solo hay un burdo mago de pueblo.

—¡Abre de una vez y déjate de gaitas que no puedes ser más ridícula! —le exigió a su nieta, a la vez que se abalanzaba sobre la puerta y la abría—: Anda, hijo, pasa y perdona a mi nieta porque no sabe lo que hace... —dijo cogiendo al joven por el brazo para que entrara.

Lucas pasó de nuevo a la casa, empujó la puerta para que se cerrara y soportó estoicamente el ataque de Isabel, mientras Chicho no paraba de hacerle fiestas:

—Sé muy bien lo que hago, detecto a un bicho malo a miles de kilómetros de distancia. ¿Qué es lo que quieres? —dijo Isabel apuntando a Lucas con el dedo—. ¿Camelarme para que te consiga una actuación mañana en el Caye? Pues guárdate tus trucos baratos, porque el Caye es para gente con algo que tú no tendrás jamás. ¿Me oyes?

—Isabelita, ¿no estarás hablando de huevos? Porque hay que tenerlos bien gordos para subirse a una nave espacial y viajar hasta donde el diablo perdió el poncho.

—Hablo de talento, abuela.

—Yo no soy mago, soy músico... —matizó Lucas con una sonrisa y flipado con la energía que desprendía esa chica ofuscada.

—¿Ves? Ya sabía yo... Hay que ser miserable de montar todo este número de las galaxias para conseguir una actuación... Pues te jodes que mañana tocan Garci Naso y los Outsiders...

—¿Y esos quiénes son? —preguntó Lucas, al tiempo que se agabacha para abrazar a Chicho.

—Unos mamarrachos que cantan como el culo —respondió Berta feliz por las buenas migas que hacían Chicho y Lucas—, pero el peor es el Garci Naso, para que te hagas una idea, es un fantoche que tiene un aire a Chewbacca, que se cree moderno porque luce pantalones ajustados, camisas horteras y los nudillos tatuados con patochadas varias, que va de profundo y misterioso porque se pasa el día diciendo obviedades con cara de que acaban de pisarle un juanete y que para hacértelo corto te diré que es menos que menos dividido por menos.

—Garci Naso y los Outsiders son más que más por más —matizó Isabel, sobre todo molesta con la descripción de su admirado Garci Naso.

Lucas se puso de pie, frente a Isabel, y opinó:

—Me quedo con el retrato de Berta que parece mucho más preciso y objetivo.

Isabel le retiró la mirada y le preguntó a su abuela con un cabreo que, aunque parecía imposible, iba en aumento:

—Abuela ¿me quieres decir qué vamos a hacer con este tío?

Berta cogió la escopeta que su nieta aún sostenía, no sin que ella pusiera cierta resistencia, y la dejó en el aparador junto a la suya:

—Ejercer de anfitrionas —respondió la abuela sin pensarlo.

Y Lucas, como no podía ser de otra manera, agradeció la gentileza de la abuela siguiendo los protocolos de cortesía terrícolas que bien había estudiado para estos casos:

—Buenas noches, soy Lucas y vengo de otra galaxia —se presentó Lucas a Isabel, con una sonrisa enorme y llevándose la mano al pecho.

—Tío ¡vete a la mierda! ¡Vergüenza te tendría que dar de aprovecharte de la bondad de una pobre abuela y su perro! Pero yo no soy tan ingenua como ellos...

Chicho ladró molesto, como si esas palabras le hubieran ofendido y Berta, por supuesto, que también estaba enojada...

—¡Perdona, pero aquí la única ingenua eres...! —La abuela no pudo terminar la frase porque sonó el *My Way* otra vez...

Isabel miró por la mirilla y después dijo con una sonrisa, de oreja a oreja, triunfante:

—Es Antonio. Se acabó el circo...

La abuela se echó las manos a la cara y le susurró al joven de las galaxias:

—¡Ahí fuera hay un miembro de las Fuerzas y Cuerpos de la Seguridad del Estado! ¡Tienes que invisibilizarte si no quieres terminar enchufado a miles de cables, en una camilla de un hospital de campaña!

—¡Gracias por avisar, doña Berta! Y por favor, es muy importante que nadie más sepa de dónde vengo porque...

Isabel no esperó a que el joven el joven acabara de dar sus explicaciones, ya que le faltó tiempo para abrir la puerta y tirar del brazo de Antonio que iba acompañado de su compañero Quiroga.

—¡Buenas noches, Antonio! ¡Qué tranquilidad y seguridad siento al verte!

Antonio era un hombre de mediana edad, regordete y de 1,65 cm de altura, que agradeció el cálido recibimiento con media sonrisa. Luego, Quiroga, un joven espigado y muy serio, de unos veinticinco años y de casi dos metros de estatura, saludó a la joven con una leve inclinación de cabeza y entró también en la casa...

—¡Antonio, qué bueno que hayas venido! —exclamó Berta, tendiendo los brazos al guardia.

—Siempre es un gusto verla, doña Berta —dijo Antonio, mientras la abuela le tomaba por los carrillos y luego le daba dos besos sonoros en las mejillas.

—Me pasa lo mismo, Antoñito... Gracias por venir y —como Berta se percató de que a Lucas no le había dado tiempo a invisibilizarse, decidió salir del paso con una mentirijilla—, déjame que te presente a Lucas, el novio de Isabel... —habló tomando al joven galáctico por el brazo.

—¿Mi qué? —saltó Isabel, alucinada.

—¡Los jóvenes y su fobia a llamar a las cosas por su nombre! —comentó Berta, dando un manotazo al aire—. Su chica, su *cari*, su *churri*, su amor...

—¡Yo no soy de nadie y menos de ese tío! —replicó Isabel furiosa y todos se echaron a reír.

—¡Qué carácter tiene su nieta, doña Berta! —opinó Antonio, celebrándolo.

—A quien los suyos parece, honra merece —replicó la abuela encogiéndose de hombros—. De mí ha aprendido a ser tan libre y tan suya...

—Encantado, Lucas —saludó Antonio estrechando la mano del joven—. Espero que disfrutes de la estancia en el pueblo...

—Sí, claro, estando con mi novia siempre... —respondió Lucas con una sonrisa enorme.

—Queréis volverme loca, pero no lo vais a conseguir... —dijo Isabel estrujando el cinturón de seda de su pijama negro.

—¡Qué chica! ¡Te lo pasarás genial con ella! ¡Es tan divertida! —exclamó Antonio, dirigiéndose a

Lucas.

—Así es, con ella es imposible aburrirse... —repuso Lucas, acercándose a Isabel, cogiéndola por cintura y estampándole un beso en los labios que le puso tan en órbita que podía haber salido escopetado a su galaxia.

—*Argggggggggg* qué asco —gruñó Isabel, limpiándose los labios con el dorso de la mano. Y como además, Lucas seguía agarrándola por la cintura le exigió al tiempo que le daba un manotazo en el brazo—: ¡Suelta, bicho!

Suelta bicho, pero Isabel había sentido algo, una especie de punzada en el corazón y un como despertar de la sangre que ella solo achacó a la abstinencia. *Y es que la carne era débil y como el fantoche de Lucas después de todo estaba bueno, la reacción era más que comprensible*, pensó.

—¿Ves? ¡Si es que no para! ¡Siempre estamos así de bromas! ¡Isabelita es tan graciosa! —exclamó Lucas, soltando una carcajada.

—Me alegro mucho de que os lo paséis tan bien, hombre. Y en cuanto al aviso que me dio, doña Berta, hemos inspeccionado la zona y no hemos visto nada. Tampoco hemos recibido ninguna llamada más, usted es la única que ha escuchado el estruendo que no sé qué ha podido ser...

—Yo sí que lo sé —intervino Isabel levantando el dedo índice—. Lo he descubierto hace un ratito. Seguro que ha sido un truco de magia...

—¿Magia? —inquirió Antonio arrugando el ceño.

—Efectos especiales sonoros... —matizó Isabel.

—¿Qué insinúas que hay un aprendiz de Juan Tamariz suelto por la serranía que se pone a practicar de madrugada? —quiso saber Antonio.

—Sí y lo tienes delante —respondió Isabel, contundente.

—¿Tú? ¿Desde cuándo te dedicas a la magia, Isabelita? ¡Tu abuela no me había dicho nada!

—¡Coño, no me llaméis Isabelita! ¡Lo odio! Yo no, joder, el mago es este... —dijo señalando a Lucas con la cabeza, más ofuscada que nunca con él por lo del beso.

Con lo a gusto que estaba ella con su abstinencia y había tenido que aparecer él para recordarle lo que se estaba perdiendo. Lo odiaba, sí. Y mucho.

—¿Y qué pasa que no le dejas hacer trucos en casa? Uf. Ahora lo entiendo todo. Y no sabes cuánto empatizo contigo —se solidarizó Antonio con el chico galáctico—, me pasa lo mismo con la armónica. Mi mujer no me deja tocarla en casa; si quiero tocarla, a la armónica no a ella, tengo irme al monte.

—Así son las cosas de pareja, Antonio, qué le vamos a hacer. Lo único que se me ocurre es que os juntéis mañana en la arboleda y que mientras uno hace magia el otro que toque la armónica. ¡Quién sabe lo que puede salir de ahí! Lo mismo hasta acabáis actuando en Montecarlo —se guaseó la

abuela, mientras Isabel se frotaba los ojos para asegurarse de que aquello no era un mal sueño—. Bien, pues descubierto el misterio de las aficiones ocultas, ¿qué tal si nos vamos al dormir?

—Genial. Antonio ya puedes llevarte a este tío al cuartelillo... —le pidió Isabel y todos de nuevo se echaron a reír.

—¡Eres tremenda, Isabeli... Isabel! —exclamó Antonio, dirigiéndose a la puerta—. ¡Que descansen, familia! ¡Y guarden esas escopetas!

—¿Cómo vamos a guardarlas si no haces nada? ¡Libéranos de este tormento! ¡Haz algo con este tío! —rogó Isabel, que estuvo a punto hasta de ponerse de rodillas.

La abuela haciendo caso omiso a su nieta, destapó un frasco de cristal que había sobre la cómoda y que estaba lleno de Bertitas —los bombones estrellas de su confitería, un bombón en forma de corazón, relleno de cereza y licor y envuelto en papel rojo brillante—, cogió un puñado y los puso en la mano de Antonio:

—Toma, hermoso, para que se te endulce un poquito la noche...

Luego volvió a meter la mano en el frasco y tomó otro puñado para Quiroga.

—Gracias, doña Berta, jamás he probado bombones más buenos que los que hacen en su confitería... —reconoció Antonio, guardándose los bombones en el bolsillo de la chaqueta.

La abuela entonces cogió el frasco y se lo entregó...

—Toma, majo, para vosotros. Gracias por ser nuestros ángeles custodios... Que se os dé bien lo que queda de noche... —deseó la abuela abriendo la puerta de la casa.

—¡Antonio no te vayas! ¡Haz algo, por Dios! —le suplicó Isabel con los ojos llenos de lágrimas de pura rabia.

Y Antonio, tras echarse a reír, lo que hizo fue salir por la puerta junto a su compañero Quiroga y perderse de nuevo en la oscuridad de la noche con un kilo de bombones...

Capítulo 4

Lo primero que hizo Berta, al quedarse de nuevo a solas con el chico de las galaxias, fue tratar de tranquilizar a su nieta:

—Nuestro deber es proteger a Lucas, porque ya has escuchado que el mundo no está todavía preparado para asimilar que no estamos solos en el universo.

—No sabe cuánto se lo agradezco, doña Berta... —replicó Lucas emocionado llevándose las manos al pecho.

—Tutéame por favor —pidió Berta.

—A mí mejor que ni me dirija la palabra. Gracias —intervino Isabel batiendo las manos al aire.

—¿Cómo vas a estar sin hablar con Lucas el tiempo que esté con nosotras? —inquirió Berta.

—Perfecto —habló Isabel cruzándose de brazos—. O sea que vas a meter en casa a un tío que no sabemos ni de dónde viene...

—Es que los telescopios terrestres tienen todavía muy poco alcance para que pueda enseñaros de dónde vengo. Se llama Igewfekeqe que en vuestro idioma viene a significar algo así como Vida.

—¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Mequetrefe? —comentó Isabel partida de risa.

—Si queréis, vamos a mi nave y os lo muestro... —propuso Lucas, sin que le afectara lo más mínimo la mofa de Isabel. Al contrario, le encantaba verla sonreír, pues se intensificaba el brillo tan especial que tenía en la mirada.

—Mira, chato, corta el rollo —le exigió Isabel—, imagino que has llegado hasta aquí a dedo, que no tienes dónde pasar la noche y que tu idea era actuar mañana en el Caye...

—¿El Calle? ¿No se dice la calle? —preguntó Lucas, confuso.

—¡Qué obsesión con el bar de Cayetana! ¡Ni que fuera el Carnegie Hall! —exclamó la abuela, desquiciada por la tozudez de su nieta.

—Pues casi, el bar de mi amiga Caye es un escenario de referencia en cuanto a salas íntimas y pequeñas. ¿Por qué crees que vienen Garci Naso y los Outsiders?

—Porque hay un montón de chicas en el pueblo a las que se les fue el cerebro a la vagina y porque de repente todos se han vuelto muy modernos... —respondió la abuela, sin pensarlo.

—Curioso fenómeno, el Caye y sus gentes, tendré que estudiarlo... —musitó Lucas, sorprendido.

—No vas a tardar ni un minuto: es un local donde dan caca musical para salidillas y modernetes.

—Abuela no hables de lo que no sabes, por favor. ¡Y tú, Lucas, no te hagas de nuevas! —le

reprendió Isabel—. Tú conoces muy bien de qué va esto y sabes muy bien por qué estás aquí...

—Sí, sí que lo sé... —replicó Lucas, porque no le hacía falta más que mirarla para entenderlo todo.

—Me alegro de que lo reconozcas —afirmó Isabel, levantando una ceja y retándole con la mirada.

—Tú, no hay más razón que tú —susurró enfrentándose a la mirada de Isabel con el arrojo que le daba la fuerza de lo que estaba sintiendo.

—¡Lo tuyo no tiene nombre! —farfulló Isabel, escandalizada con el descaro de ese tío que no solo la miraba con cara de idiota, sino que presentaba un bulto de lo más sospechoso entre las piernas.

—Sí, que lo tiene: se llama flechazo —apuntó la abuela Berta trazando una estela invisible en el aire con los dedos de la mano.

Isabel se tapó la cara con las manos de la desesperación y luego corrigió a su abuela:

—No, perdona, se llama cerdo. ¿Cómo puede ponerle cachondo esta situación?

—¿Lo dices por mi erección psicógena? ¿Qué tiene de particular? Es una respuesta rápida a un bello estímulo que se suele dar en sujetos jóvenes y sanos —respondió Lucas, muy tranquilo.

—O sea que ¿somos de la misma especie? ¿Sois como nosotros? —preguntó Berta, con suma curiosidad.

—Abuela, hemos metido a un perverso en casa ¿y a ti lo único que te preocupa es si es como nosotros? —inquirió Isabel, desquiciada—. ¿Pero es que no tienes ojos en la cara? ¿Este tío cómo va a ser como nosotros? ¡Este tío es un pedazo de golfo!

—La pregunta de tu abuela es muy pertinente —apuntó Lucas, al que los exabruptos de Isabel le pusieron más duro todavía—. Pero verás, Berta, es justo al revés —explicó Lucas—. Vosotros sois como nosotros, porque hace mucho tiempo nos dejamos caer por aquí...

—¿Y sois inmortales? ¿Habéis encontrado ya el secreto de la eterna juventud? —preguntó la abuela, fascinada.

—No, aún no...

—Abuela, por favor, no le des más carrete —le interrumpió Isabel, desesperada—. Es obvio que este tío tiene una imaginación desbordante y que puede seguir con el cuento de las galaxias hasta el infinito. Lo importante es que es un sátiro y que de ninguna manera puede quedarse a pasar la noche en casa.

—Lo que es obvio es que no te estás enterando de nada. ¿Tú sabes lo que significa este encuentro entre dos mundos? —preguntó Berta a su nieta.

—Claro que sé lo que significa, que este gorrón se va a aprovechar de tu buena fe para comer y dormir gratis. Y si de paso se mete en mi cama, ya ni te cuento. ¡Pleno al quince!

—¡Llévame a tu nave! ¡Quiero verla! —le pidió la abuela a Lucas, emocionadísima, sin hacer ni

caso a las palabras de su nieta.

—Será un placer mostrártela, Berta. ¿Vamos? —propuso Lucas y Chicho ladró muy contento, moviendo el rabo.

—Madre mía, ¡te valen todos los autobuses! —exclamó Isabel que, de repente, creyó percatarse de las verdaderas intenciones de ese sátiro sin escrúpulos.

—No entiendo. ¿De qué autobuses hablas? —replicó Lucas, pestañeando deprisa.

—Que como yo no te hago caso, ni corto ni perezoso vas y le tiras los trastos a mi abuela. ¡Tío, eres el mayor sinvergüenza que me he echado a la cara!

—¡Anda, niña, que tienes una noche de retorcida...! ¡Mi corazón pertenece a tu abuelo! —recordó Berta—. ¿Cómo se te ocurre que puedo lanzarme a los brazos de este joven galáctico?

—Para mí sería todo un honor que lo hicieras, Berta...

—¿Ves? ¡Lo que te digo! ¡Es un tumbaviejas! —exclamó Isabel, enojadísima.

—No, no. Tu abuela es una belleza de película, pero a mí me gustas tú... —confesó Lucas.

—¿Y ahora qué tienes que decir, celosilla? —preguntó la abuela, divertida.

—¿Celosa yo? ¡Lo que no quiero es que este tío se ría de nosotras!

—Celosa tú —insistió Berta—. Estabas poniéndote mala de pensar que te lo iba a quitar. ¡Si es que eres la perra de hortelano! ¡No comes ni dejas comer! Y a ver si te enteras de una vez: Lucas una bendición caída del cielo...

Berta se enganchó del brazo de Lucas y así se dirigieron hasta la puerta...

—¡Dios mío, abuela! ¿Qué te está pasando? ¿Este tío no te habrá drogado con algo? ¿Te ha pasado alguna pastilla a mis espaldas?

—Me ha pasado verdad, esa verdad que tú no puedes ver con tus prejuicios. Y desde luego que no pienso perdérmela... —confesó abriendo la puerta de la casa, que al momento Isabel cerró de un empujón.

—Abuela, por favor, este tío es un farsante... ¡Espabila, joder! ¿Cómo vas a salir ahí fuera con el tiempo tan horrible que hace a cazar gamusinos? —preguntó Isabel, horrorizada.

Berta se dio la vuelta y le dijo a su nieta:

—Este es un regalo de la vida y voy a disfrutarlo intensamente.

—En bata y rulos. ¡No pienso permitir que salgas ahí fuera y que te cojas una neumonía! ¡De aquí no sale nadie! ¡Bueno, sí! ¡Él! —gritó señalando a Lucas con el dedo índice.

—Tu nieta tiene razón —reconoció Lucas—. Es mejor que lo dejemos para mañana...

—Sí, pero eso no significa que vayas a pasar la noche con nosotras. No te hagas ilusiones, colega de las estrellas —advirtió Isabel en un tono de lo más burlón.

—¿Cómo que no? —objetó Berta.

—¿Acaso no tiene su maravillosa nave ahí afuera, llena de adelantos que jamás podríamos ni imaginar con nuestras pequeñas mentes subdesarrolladas? —replicó Isabel con más sorna todavía—. ¿Para qué dormir en una cama del siglo pasado cuando en su nave seguro que tiene una maravilla digna de un sultán intergaláctico?

—Así es. Cuando quieras, puedes venir a verla —le propuso Lucas, con una sonrisa mordaz.

—Mejor vete tú solito y ya. Venga, chaíto, *byebye*, vuela pajarito, vuela... —canturreó Isabel, abriendo la puerta de casa para que Lucas saliera.

—Lucas no se va a ninguna parte —dijo Berta, cogiendo al joven del brazo.

—Abuela, un poco de cordura, ¿no ves que es una imprudencia temeraria dar cobijo a un tiparraco como este?

—Tengo suficientes años encima como para saber cuándo tengo a una buena persona enfrente. Así que no hay más que hablar —aseveró, llevando a Lucas del brazo al interior de la casa, para conducirlo hasta la habitación de invitados.

Isabel no dijo nada, al fin y al cabo era la casa de su abuela y ella mandaba. Tan solo se limitó a dejarse caer en el sofá de piel marrón del salón, desde donde no pensaba quitar ojo a ese mago pervertido de cuarta... Es más, cogió el móvil de su abuela que estaba sobre la mesa de centro del salón, y se puso a *googlear* a Lucas el mago, porque la información nunca estaba de más...

Si bien no encontró absolutamente nada, cosa que confirmaba su teoría de que era un tío de tan poquísima monta que ni tenía ni una triste entrada en Internet.

Menuda nochecita, pensó, en qué hora se les había caído semejante caradura en casa... Aunque dada la suerte que tenía con los tíos últimamente, la verdad era que no sabía de qué se sorprendía. Así que ¿qué iba a aparecer en su casa a altas horas de la noche? ¿El hombre de su vida? No, por supuesto que no... Lo único que podía aparecer era otro mierder para su colección... Su enooooooooooooooooorme colección...

Y en esos pensamientos estaba Isabel, cuando de nuevo apareció la abuela Berta en el salón para informarle de que:

—Ya le he acostado...

—¿Y le has cantado una nana? —ironizó Isabel.

—No, pero me ha dado un beso de buenas noches con un cariño... ¡Ay qué ternura me ha dado! Pobrecito, si es que me ha contado que lleva tres años fuera de su galaxia... ¿Te imaginas lo que debe ser eso? Se ve que necesita mucho cariño... Chicho como es tan sensible también lo ha captado y se ha quedado a dormir a sus pies para que no se sienta solo...

Isabel se revolvió en el asiento del sofá y luego le dijo a su abuela:

—Abuela, estás tan confundida... Entiendo que te chifle la cosa de las galaxias y que estés ansiosa

por confirmar que hay vida extraterrestre, pero siento comunicarte que este tío es solo un pintamonas caradura con una imaginación delirante. Y Chicho lo sabe, por eso se ha quedado controlándole, lo mismo que voy a hacer yo: que pienso tenerle estrechamente vigilado desde aquí.

—¿Vas a pasar lo que queda de noche en el sofá? —preguntó Berta, extrañada.

—Por supuesto —asintió convencida.

—Pues te vas a fastidiar el cuello y la espalda a lo bobo, porque ese chico es un trozo de pan que solo puede traernos cosas buenas.

—Abuela, respeto tu opinión, pero la gente de hoy no son como los chicos de tu época. Los tíos de hoy son egoístas, manipuladores, caprichosos, traidores, mentirosos, amargados, hoscos... ¡Ay abuela, si yo te contara!

Berta puso la mano en el hombro de su nieta, le dio un beso en la frente y luego le recordó:

—Tú también eres una joven de hoy y no eres así. Así que vete a la cama y deja de emparanoiarte...

La abuela se marchó a su habitación a descansar, pero Isabel se quedó en el sofá tapada con una manta de estampado de cebra, porque no se fiaba para nada de ese tío. Incluso se levantó a coger la escopeta y la colocó a su lado por lo que pudiera pasar...

Y lo que pasó fue que cuando a la media hora se le caían los párpados de sueño, apareció de repente Lucas sentado a su lado con un pijama de cuadros...

—¿Qué haces aquí? ¡Y con el pijama de la suerte de mi hermano Pedro! —exclamó Isabel con el corazón latiendo con fuerza, tras dar un respingo en el asiento.

—Me lo ha dado tu abuela para que no tuviera frío, pero si es tan importante para él me lo quito... —sugirió Lucas, levantando la parte de arriba del pijama y dejando a la vista un torso espectacular con todo bien marcado.

—¡Deja, deja! ¡No te lo quites! —le exigió.

—De verdad que entiendo que le moleste que otro se ponga su pijama de la suerte... —Lucas se quitó la prenda y se quedó con el torso desnudo junto a Isabel.

Ella que no estaba preparada para ver semejante colección de músculos, se acaloró un poco y luego le soltó mosqueada:

—El gimnasio y la depilación láser —pues Lucas no tenía ni un solo pelo en el torso— seguro que también son por el morro...

—¿Qué morro? —preguntó Lucas, arqueando una ceja porque no entendía lo que la chica quería decir.

—Por la cara que tienes de dura. A mí no me engañas...

—Entreno en la nave y no tengo vello en esta parte de mi cuerpo, sin embargo aquí sí... —dijo

bajándose un poco el pantalón del pijama para mostrarle el vello del pubis.

—¡No seas cochino y tápate eso! —exigió furiosa, cogiendo la parte del arriba del pijama y lanzándosela a la tripa para que se tapara.

Lucas volvió a subirse el pantalón y aclaró para que la joven se tranquilizara:

—Quería mostrártelo a modo informativo, no tenía ninguna intención sexual...

Sin embargo, al volver a tener a esa chica delante, con su luz maravillosa, sus ojos chispeantes, su olor a dulces flores terrícolas y esa boca que era una locura, le sobrevino otra inoportuna y súbita erección que estuvo a punto de hacerle pasar por un auténtico mentiroso.

—Ya, ya veo... —dijo Isabel, mirándole de soslayo.

—De verdad que no la tenía, lo que pasa es que es verte y me pongo “contento”, pero todas partes. O sea por dentro y por...

—¡No me expliques nada y tápate, por lo que más quieras!

Y se lo pidió porque a Isabel se le estaban empezando a ir los ojos detrás de ese cuerpo y, *dada la abstinencia que padecía, tenía que evitar a toda costa que pudiera caer en la tentación con ese jeta profesional, que no le convenía para nada.*

Lucas obedeció, y se puso otra vez la parte de arriba del pijama...

—Ya está, perdona por haberte puesto nerviosa.

—Tápate con esto también... —pidió lanzándole la manta.

—No tengo frío...

—Me da igual. Tú tápate.

—Que sientas deseo ante la visión de un cuerpo joven, es normal. No te preocupes —dijo Lucas tapándose con la manta.

—Tío, no seas creído. Por ti no siento más que indiferencia —mintió porque sentía de todo, menos eso.

Lucas se acercó aún más a ella, la miró a los ojos y luego susurró:

—He venido a estar contigo porque te estaba sintiendo, como ahora...

Isabel se apartó de él, para recuperar el espacio que había ganado Lucas, y le replicó a la defensiva:

—¿Tú qué vas a sentir? No me vengas con trucos de ligón casoso porque no respondo...

—Puedo sentirte —insistió con tanta vehemencia que Isabel se levantó, de lo nerviosa que le estaba poniendo.

—¡Déjame en paz y vete a la cama! O mejor dicho ¡vete de la casa!

Y tras decir esto, Lucas se levantó, se paró frente a ella, se miraron y fue entonces cuando Isabel sintió una pena que no era suya...

Porque a quien estaba sintiendo era a Lucas, aunque todavía no lo supiera...

Capítulo 5

Isabel lamentó ser tan empática, porque esa facilidad suya de ponerse en el lugar del otro, le hizo decir lo que a todas luces era una insensatez como un piano...

—Esta situación me tiene muy tensa, pero no soy una ninguna cabrona... —explicó Isabel, llevándose la mano a la frente.

—Lo sé —musitó Lucas, lamentando que su presencia alterara tanto a esa chica a la que no podía dejar de mirar.

—¿Ah sí? —replicó Isabel arqueando una ceja, porque con él no había podido ser más borde.

—Solo te estás protegiendo.

—Sí y lo hago fatal... Pero bueno, supongo que algún día dejaré de pifiarla.

—Espero que no, para acertar hay que estar dispuesto a equivocarse...

—Estoy harta de tanto equivocarme...

—Pero es que solo se avanza equivocándose, cuanto más grande es el error más se aprende y más lejos se llega. El error es parte del proceso, sin pifiarla es imposible ser creativo, ni original, ni lograr nada que merezca la pena. Así que no tengas miedo a pifiarla, los muertos son los únicos que no se equivocan... —habló Lucas, con unas ganas infinitas de cagarla, coger a esa chica de la cintura, estrecharla contra él y ponerse a bailar.

—Todo eso está muy bien para la ciencia, la tecnología o el mundo empresarial, pero me temo que no es aplicable a las relaciones. Yo me he equivocado bastante y la verdad es que no tengo la sensación de haber llegado ninguna parte. Bueno, sí... a la estación: El amor no me interesa.

—Yo también he pasado por ahí. De hecho esa era la razón por la que llevo tres años dando tumbos por las galaxias...

Isabel arrugó el ceño y resopló molesta:

—Joder, qué mierda. ¡Lo has estropeado todo! ¡Con lo interesante que se estaba poniendo la conversación! ¿Me quieres decir para qué coño sacas otra vez a relucir el rollo de las galaxias?

Lucas respiró hondo y, aun a riesgo de que le mandara de una patada a Saturno, respondió:

—Porque es verdad...

—No te hace falta seguir mintiendo. Es lo que te decía antes, no soy tan cabrona como para dejarte en mitad de la nada a estas horas de la madrugada. Alicia la taxista del pueblo trabaja de día y no voy a hacerle la faena de despertarla. Y si llamamos a un taxi de fuera puede tardar como dos horas

en llegar, así que lo mejor es que te quedes hasta que mañana te acerquemos al pueblo.

—Te lo agradezco, pero yo no miento... —dijo rotundo.

—No me mires así, que hasta parece que estás diciendo la verdad.

Lucas se acercó un poco más a ella y le susurró al oído:

—Es que digo la verdad...

Isabel sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, dio un paso atrás y musitó:

—No tienes pinta de estar mal de la cabeza.

—No padezco un trastorno delirante: vengo de muy lejos. Pero entiendo tu negación, he leído muchísima literatura contactista y la negación es la reacción más frecuente en los contactados.

Lo gracioso era que Isabel le miraba y sentía que estaba diciendo la verdad, pero la razón le decía que en el supuesto de que existiera vida extraterrestre, más allá de la ficción y los programas frikis de la tele, los tíos de las galaxias no podían tener esa actitud tiendepuentes, ni esa mentalidad respetuosa y abierta, ni mucho menos marcar culazo con los Levi's, ni tener los ojos de Lucas, ni esa sonrisa perfecta. *Joder, no, pensó. Eso era una putada de las grandes. Los hombres de las galaxias tenían que ser verdes, feos, invasivos, despiadados y con tupé como Trump. Vamos, que cuanto más lejos mejor y no llegar a conocerlos nunca. Pero si las galaxias estaban llenas de tíos como Lucas... ¡que no hubieran venido ya era un auténtico desperdicio! Qué angustia estar rodeado de tanto mierder cuando el espacio exterior estaba lleno de tíos como Lucas... Dios, qué injusto...*

Aquello era tan descorazonador que Isabel prefirió no pensar más y suplicarle a Lucas que no siguiera con aquello:

—No quiero saber nada de las galaxias, por favor. Me afecta demasiado... ¿Serías tan amable de actuar como si fueras de aquí?

—¿De Cuenca?

—O de Sidney, me da lo mismo. Pero terrícola...

—Me estás pidiendo que haga algo que debo deseando sentir desde hace muchísimo tiempo.

—¿El qué? ¿Ser de Cuenca?

—Sentir que pertenezco a algún lugar, que mi sitio está en alguna parte...

—¿Pues a qué esperas?

—No sé si sabré, precisamente me marché porque sentía que no encajaba en ninguna parte y vosotros sois tan peculiares con vuestra sola Luna... Y que conste que no lo digo con desprecio, sino con auténtica admiración hacia vosotros, por supuesto.

Isabel resopló al ver lo plasta que era ese tío:

—Ya, ya. Oye, mira, no tengo la cabeza para pensar más, hoy no. Solo te pido que dejes aparcado el tema de las estrellas ¿de verdad que es tan complicado?

—Solo quiero que estés bien y que puedas descansar tranquila. Por eso, decidí plantarme en el salón, te sentía muy inquieta...

—Para no estarlo, menuda nohecita...

—Sí, pero ya no estás tan crispada...

Era cierto, no estaba crispada pero al hablar de sus errores se le habían despertado las ganas de comer chocolate. Así que Isabel ni se lo pensó, abrió un frasco de cristal con los Bertitas y le ofreció a Lucas, sin siquiera sospechar lo que esa pequeña acción iba a desatar:

—¿Quieres?

—El chocolate es una de las mejores cosas de tu plane...—Isabel le miró de tal forma que al momento Lucas rectificó mientras cogía un bombón—: de la vida. El chocolate es lo mejor de la vida.

Isabel tomó otro bombón, lo abrió y se lo metió en la boca:

—El chocolate es mi vida... —replicó la chica mientras disfrutaba de esa delicia.

—*Mmmmm* —masculló Lucas, sentándose al lado de Isabel—. En mi vida he probado nada igual. Esto es sublime...

—Es que nuestros bombones son los mejores del mundo —sentenció Isabel con orgullo, mientras cogía la escopeta y la dejaba detrás del sofá.

—Y del universo... Pero, *tranqui*, que no voy a seguir con el rollo galáctico...

—Si es para hablar de mis bombones te dejo que menciones al universo... —bromeó Isabel—. Y ya estoy más tranquila, por eso he retirado la escopeta...

—Pero has sacado los bombones, este arma es mucho más peligrosa —repuso Lucas, lamiendo con la punta de la lengua un resto de bombón que se le había quedado en la comisura de los labios.

—Eso es cierto... —musitó Isabel, a la que el gesto de ese chico le puso un poco... ¿nerviosa? Pues sí, aunque no entendía muy bien por qué, porque solo era un resto de chocolate, unos labios y una lengua, le puso nerviosa.

—Me vuelven loco... ¿Los bombones los haces tú? —preguntó Lucas, sorprendido de que esa chica alucinante, además supiera hacer maravillas como esas.

—No tengo talento ni paciencia. Afortunadamente, contamos con un gran maestro confitero...

—¿Puedo probar otro? —preguntó Lucas, ansioso por volver a gozar de esa exquisitez.

—Están hechos para eso. Son una trampa, en el momento en el que pruebas uno, estás perdido para siempre —respondió Isabel, mientras destapaba el frasco para que Lucas cogiera los bombones que quisiera.

—Como con tus besos... —apuntó Lucas, al tiempo que abría otro bombón.

Y contra todo pronóstico, y quizá por el efecto euforizante de los bombones, Isabel en vez de

ponerse a la defensiva replicó divertida:

—¿Qué le pasa a mis besos?

—Que son como tus bombones...

Isabel sonrió, abrió otro bombón y con la boca llena, farfulló:

—Ojalá, pero me temo que no.

—Pues yo que he probado ambas cosas te digo que sí.

—Perdona, pero mis besos no los has probado todavía... —Y al percatarse de que había dicho todavía, se mordió los labios como si así pudiera borrar la palabra recién pronunciada.

—He probado uno robado y fugaz y ha sido tan bueno como este bombón...

Isabel se envaró en el sofá, negó con la cabeza y luego tras coger otro Bertita, replicó con el bombón en la mano:

—Qué va, el beso ese ha sido no ha sido como un Bertita. ¿Qué dices? Este es un bombón de manga, que se hace de forma artesanal, uno a uno, con las mejores materias primas y con la misma receta secreta del maestro confitero vienés que se vino a Madrid con mi abuelo hace sesenta años. Así que para que un beso fuera como un Bertita tendría que ser apoteósico...

Lucas estaba loco porque se dieran uno de esos besos apoteósicos, pero de momento le arrebató el Bertita que la chica sostenía entre sus dedos, lo abrió y se lo metió en boca sin dejar de mirarla...

—Con esto conquistarías galaxias enteras... —masculló Lucas, saboreando ese *bouquet* que se deshacía en su boca y al mismo tiempo percatándose de que había vuelto a meter la pata—. ¡Es solo una hipérbole, por supuesto! —matizó.

—Pero es que es cierto —insistió Isabel sin poder dejar de mirar la boca de ese tío y lo que era peor: preguntándose cómo besaría, cómo sería sentir esos labios sobre los suyos, y lamer su lengua que sabría a chocolate. *Se estaba volviendo loca por culpa de la puta abstinencia*, pensó. Y temiendo que se le cruzara la vena y acabara lanzándose a los brazos de Lucas, decidió seguir hablando de los bombones en el tono más neutro y profesional que encontró—: Los Bertitas son la excelencia y el arte hechos bombón. Y luego es cardiosaludable, tiene propiedades antioxidantes y antiinflamatorias, retrasa el envejecimiento, mejora...

Isabel no pudo terminar la frase porque Lucas, que se moría de ganas de besarla, tal vez por el efecto bombón y porque sentía que ella estaba deseando que la besase, no se pudo contener más, se acercó a Isabel, le colocó la mano en el cuello y la besó despacio en los labios que ardían y sabían a chocolate.

—Lo mejoran todo... —susurró Lucas con los labios pegados a los de ella.

—Sí... —musitó Isabel que no quería apartarse para nada de los labios de ese tío que estaba como una cabra, pero qué más daba. Además, olía a Hugo Boss, y le gustaba tanto ese perfume...

Isabel rodeó el cuello de Lucas con las manos y le besó otra vez, luego él lamió una brizna de chocolate que se le había quedado a la chica en los labios y volvió a besarla de nuevo, si bien en esta ocasión el beso fue más intenso y más profundo y sus lenguas se encontraron a pesar de todo.

Isabel sentía la calidez de la respiración de Lucas en su mejilla y él sentía a esa chica de una forma tan intensa que ella se asustó y se separó de él...

—Esta tontería de los besos es culpa de los bombones... La mezcla de licor, chocolate y cereza se sube un poco a la cabeza... Pero enseguida se pasa... —se justificó Isabel, encogiéndose de hombros. *Porque ¿qué coño hacía morreándose con ese tío?*

—A mí esto no se me va a pasar en la vida... —susurró él, apartándole a Isabel un mechón de pelo que le caía por el rostro.

—No seas Pinochón, por favor —pidió Isabel, que llegó a la conclusión de que aunque no sabía por qué le había besado, estaba loca por hacerlo otra vez.

—No lo soy, pero lo estoy —replicó Lucas con una sonrisa gamberra.

—Piensa en otra cosa...

—No puedo pensar más que en ti —reconoció, lanzado y sin frenos.

—A mí es que todo esto me estresa, tu intensidad me da fatiga —confesó Isabel abanicándose con la mano, de la ansiedad que le provocaba ese tío petardo y porque había visto de reojo el Pinochón que tenía entre las piernas y estaba un poquito alterada.

—Lo lamento, pero es lo que siento...

Y lo peor de todo era que parecía sincero, pensó Isabel cada vez más agobiada porque estaba en un momento de su vida en que ni esperaba ni quería absolutamente nada. Así que por mucho que molara besarle *¿qué sentido tenía estar haciendo la escena del sofá y encima con un tío que decía que venía de las galaxias?*

—Ya, pero es que yo estoy cerrada a todo... —confesó Isabel.

—Pero te ha gustado que te besara...

—Tampoco te vengas arriba, tío. Ha sido algo inesperado, agradable, pero sin la menor trascendencia.

—Pues para mí no.

—¿No? —replicó Isabel, con suma curiosidad para ver por dónde salía.

—Tu beso lo ha trascendido todo. ¿No tendrás algo por ahí para celebrarlo?

—Sí, una escopeta.

—Al cerrarte al amor no evitas lo malo sino lo bueno.

—¿Lo bueno eres tú? ¿Un tío que aparece en mitad de la noche diciendo sandeces y que se camela a mi abuela para no pasar la noche al raso?

—Pero te mola cómo beso y sientes que estoy diciendo la verdad... Tu corazón lo siente, me miras y sabes que todo es cierto, pero eres rehén de tu terca cabeza terrícola.

Isabel soltó una carcajada y, como la intensidad de la puesta en escena de ese tío le había desvelado por completo, y total aquello se le estaba yendo totalmente de las manos, decidió proponerle:

—Eres un teatrero de primera, pero me lo estoy pasando genial. Tengo champán en la nevera. ¿Te apetece?

—Ya me gustaría a mí saber hacer teatro, pero no valgo... Soy lo que sientes que soy...

—Y dale... Qué pesadito eres, guapo. Ahora vengo...

Isabel se fue a la cocina y al momento regresó con la botella que abrió Lucas y con dos copas...

—Nunca había probado esto... Me encanta —confesó Lucas, después de dar un sorbo a su copa de champán.

—¿El Moët?

—El champán...

—¿Eres más de sidra? —preguntó Isabel agitando la copa al aire.

—No. En Mequetrefe, como tú lo llamas, no hay nada de esto. El champán solo lo había visto en las películas.

—Al menos llega el cine a Mequetrefe... —se guaseó Isabel.

—Lo sabemos todo de vosotros —replicó Lucas, alzando las cejas.

—Uy qué miedito... —bromeó Isabel.

—No tengas miedo... —le susurró Lucas al oído, justo antes de besarla en el cuello.

Capítulo 6

Isabel después del beso, que le gustó no podía negarlo, dio un sorbo al champán con el corazón a mil, más que por miedo a nada, porque se lo estaba pasando bomba y luego le confesó:

—Hubo un tiempo en que los tíos como tú me ponían muchísimo...

—Es lo que tiene venir de tan lejos, llego tarde a todo lo bueno —se lamentó Lucas, divertido.

—Si me hubieras visto, yo antes no era así de borde.

—Eras peor.

—Qué va, me molaba el peligro, hacer el idiota y perder el tiempo con cuanto cretino que salía a mi paso. ¿No ves que tuve ruptura tranquila con un novio que tenía desde casi que nací? Pues a partir de entonces, lo típico, fue como si mi vida empezara de nuevo... Se abrió la veda...

—Te valían todos los autobuses... —bromeó Lucas, con ganas de besarla otra vez, aunque acabara de llamarle cretino.

—Pues casi que sí. En mi fase absurda de experimentación estuve hasta con uno de casi sesenta por aquello de probar las bondades de los vinos viejos...

—¿Y?

—Un desastre, como todos los desastres anteriores. Aquello fue una sucesión de citas esperpénticas, cuerpos de todos los tamaños y colores, polvos olvidables, enganches con malotes, días de esperas de llamadas que nunca llegaban y decepciones a trote y moche.

—Los terrícolas tenéis una tendencia al sufrimiento y al flagelo que nunca dejará de sorprenderme.

—Es que antes era muy enamoradiza, me encaprichaba de cualquier cosa...

—Entiendo, y te habrías podido perfectamente encaprichar de alguien como yo...

—Sí, tú eres el clásico gorrón que no tiene ni para el autobús, pero que te embauca con la labia y los polvazos que duran hasta que se acopla en tu casa y ya no vuelve a mover un dedo ni para follar.

—Menudo retrato, está para enmarcarlo...

—Es lo bueno de tener cierto bagaje, os veo venir de lejos. Por eso te digo, en otra época tu intensidad, tus prisas y tu caradura me habrían vuelto loca y seguramente ahora estaríamos haciéndolo como salvajes en el sofá. Pero hace seis meses decidí dejar atrás esa etapa que no me traía más que desencanto y frustración y he optado por el celibato consciente, voluntario y sereno. Paso de tíos. Vivo centrada en los que quiero y en mi trabajo y ¿sabes qué? —Isabel dio un sorbo a su champán, mientras Lucas negaba con la cabeza—. Que soy más feliz que nunca...

—Celebro que seas feliz, de lo otro no me alegro porque es evidente que preferiría estar haciéndolo contigo salvajemente en el sofá.

—Así es, pero has llegado tarde. ¡Brindemos por eso! —exclamó Isabel, risueña, levantando su copa.

—Brindo porque he llegado, que sea tarde o no... Ya se verá... —replicó Lucas brindando con ella.

—No hay nada que ver. ¡Así estoy de maravilla!

—No me extraña, con los seres queridos que tienes y trabajando con chocolate...

Isabel se puso seria, de repente, y le advirtió:

—Ni se te ocurra hacer alusión al chocolate como sustituto del sexo, porque me pone especialmente de los nervios.

—Te anticipas demasiado, lo que quiero decir es que tienes que sentirte plena con lo que tienes. Eres muy afortunada, tienes una abuela adorable y te dedicas a hacer Bertitas...

—No solo hacemos Bertitas, tenemos más de veinte variedades de bombones, y también elaboramos más cosas: pastas, tartas, pastelillos, carbayones, moscovitas, trufas, canapés...

—Y los haces tú...

—¡Qué manía con que lo hago yo! ¿A ti qué pasa que te pone imaginarme con las manos en la masa o qué?

—Me pone imaginarte de cualquier forma...

—Soñar es gratis —replicó Isabel encogiéndose de hombros—. Pero lo cierto es que soy una manazas, las veces que he intentado hacer Bertitas, me salen Cagaditas.

—Lo mismo que te pasa con tu vida amorosa...

—¿Qué le pasa a mi vida amorosa? —inquirió con una ceja disparada, de puro mosqueo.

—Que termina siempre en cagadita.

Isabel apuró la copa de champán y luego dijo:

—No lo había pensado nunca, pero es verdad. Tal vez lo que me pasa con las Bertitas sea una señal... —Y que lo fuera era algo tan deprimente que ni quería pensarlo—. Ponme más champán, por favor, que me estoy viniendo abajo por momentos —pidió Isabel.

—¿Por qué? ¿Por si es una señal? ¿Señal de qué?

—¿De qué va a ser señal que todos los corazones que intento hacer acaben convertidos en una mierda, hijo mío? Blanco y en botella.

Lucas le sirvió otra de champán; él, que se había terminado la suya, también se puso otra y luego le dijo:

—Tranquila que estoy aquí para resarcirte de tanta cagada...

Isabel al escuchar aquello, estuvo a punto de escupir el champán que tenía en la boca...

—¿Cómo? ¿Haciéndome que cometa la mayor de todas? ¡Un cagadón de otra galaxia! —replicó muerta de risa.

—Sé que estoy aquí por algo...—habló Lucas convencidísimo y feliz de ver a Isabel partirse de risa.

—Por ahorrarte los 130 euros que cuesta el hotel rural más cercano...

—Tú riéte, pero estoy aquí por ti...

—No, perdona, estás aquí por mi abuela que es un espíritu noble y generoso. Por mí te habrías ido derecho al cuartelillo de la Guardia Civil a cenarte un yogur caducado...

—Yo sé lo que me digo... —masculló Lucas, que a cada segundo que pasaba con esa chica, lo tenía cada vez más claro.

—Tú puedes decirte lo que quieras, pero conmigo no tienes nada qué hacer. Solo tengo energía para mi gente y mi empresa... Me dedico a la Dirección Empresarial y la Gestión y la Optimización del trato con el cliente, ya sea presencial o a través de Internet que también vendemos un montón.

—Suena mucho más divertido hacer Cagaditas, qué quieres que te diga.

—Qué va. Mi trabajo es apasionante, desde las labores de *community manager*, pasando por atender a una abuelilla que viene a por 100 gramos de bombones, hasta cuidar el último detalle del Visual Merchandising.

—Pero seguro que te sigue sobrando energía...

—Para lo que tú estás pensando no tengo ni una gotita... —replicó Isabel a la defensiva.

Y como la conversación iba camino de torcerse, Lucas optó por cambiar de tema:

—¿Tienes la tienda en el pueblo?

—No, en Madrid.

—Cuando solucione lo de mi nav... mis cosas —rectificó para no alterarla—, me pasaré por tu tienda.

—Es la confitería Isabel... —informó Isabel aunque al instante se arrepintió de haberle dado el dato.

—Se llama como tú...

—Por una mentira. —Isabel dio un sorbo a su copa y luego le contó, porque de perdidos al río—: Mi abuela Berta cuando conoció a mi abuelo Manuel le dijo que se llamaba Isabel.

—¿Y eso?

—Porque mi abuelo era otro intenso, la vio en un cine donde ponían *Gigante*, y a la salida se presentó y le preguntó que cuál era el nombre de la mujer de su vida. Mi abuela se echó a reír, le dijo el primer nombre que se le vino a la cabeza y se marchó corriendo.

—Imagino que del susto que tendría pensando que era un loco.

—Pensó que era un loco, pero ella corría de felicidad. ¿No ves que es otra loca? De hecho estaba tan contenta que al sábado siguiente regresó al cine para volver a verle y allí estaba mi abuelo con sus mejores galas. Bueno, mi abuelo llevaba plantado en la puerta del cine toda la semana por si a ella le daba por aparecer, pero mi abuela no acudió hasta el sábado. Y él ese mareó al verla...

—De amor.

—De idiotez. El muy bobo ni comía ni dormía de la angustia de no saber si volverían a verse, por eso cuando la vio se quedó medio grogui.

—Pobre hombre, cuánta emoción...

—El caso fue que con la cosa del mareo estaba vez no solo hablaron un poco más sino que se sentaron juntos a ver *Guerra y Paz*...

—Qué pelicolones...

—Sí, y no te lo pierdas, que después de muchas películas más, porque a partir de ese día se veían todos los sábados, con *Centauros del Desierto* se besaron por primera vez...

—Otro pelicolón...

—Desde luego, con esas películas es que hasta los besos tienen que saber diferente...

—Si quieres lo probamos, pon alguna de John Ford y te beso... —propuso Lucas, completamente en serio.

Sin embargo, Isabel se lo tomó como una broma, soltó una carcajada y siguió con el relato de la historia de amor de sus abuelos:

—A partir de esos primeros besos, mi abuelo empezó a rumiar lo de la confitería. Él era panadero, tenía un obrador de pan que había heredado de su padre, pero le parecía que no era un negocio suficientemente ambicioso como para impresionar al padre de mi abuela. Mi abuela era una niña bien, que estudiaba Comercio, hija de un arquitecto con malísimas pulgas...

—Que has heredado tú... —comentó Lucas, estirándose en el sofá.

—Yo soy un dulce de leche —replicó molesta—. Además ¿qué haces juzgándome si no me conoces de nada?

—Tenías que haberte visto la cara cuando me apuntabas con la escopeta...

—Es que la forma en la que has aparecido no era como para recibirte con confeti... Y para ser tan bruja, mira cómo te tengo: bombones, champán...

—Y besos...

—Los besos no cuentan. Han sido un accidente.

—Para mí no, es más ha sido tan inspirador que me está pasando como a tu abuelo con el beso aquel y estoy empezando a rumiar algo para impresionarte y que te quedes conmigo.

Isabel dio un sorbo a su copa y después le informó, risueña:

—Lo tienes muy chungo, amigo... Ni montando una pulpería, que el pulpo es una de las cosas que más me gustan en el mundo.

—Si me tienes por amigo, es que no está todo perdido.

—No te lo tomes al pie de la letra, digo amigo como quien dice trol.

—No importa. De donde vengo nos enseñan a tolerar la frustración y la incertidumbre desde pequeños... No existe la felicidad fácil.

—Vaya, ¡no me digas! ¡Yo pensaba que sí! —dijo Isabel con sorna.

—Termina la historia de la confitería antes de que saques a todas las malas pulgas a pasear...

—Es que para no sacarlas con las perogrulladas que dices. Bueno, sigo, unas semanas antes del beso mi abuelo había conocido en el Retiro, por casualidad, a un joven maestro confitero vienés que estaba pensando instalarse en la ciudad, porque se había enamorado de una madrileña. Mi abuelo le habló de su modesto obrador de pan, pero solo tras el beso decidió venderlo, entramparse y asociarse con el vienés para montar, en un local del Barrio de Salamanca, una confitería elegante y exclusiva a la que puso el nombre de la chica de sus sueños.

—¿Después de los besos siguió diciéndole que se llamaba Isabel?

—Cosas de mi abuela. Le daba vergüenza reconocer que había mentado... ¿Pero sabes qué sucedió? El día de la inauguración mi abuelo le sorprendió con su producto estrella, una exquisitez de bombón en forma de corazón relleno de licor y cereza, inspirado en el amor que sentía por ella, al que le había puesto un nombre que le fascinaba de siempre y no sabía por qué...

—Bertita —musitó Lucas con los ojos brillantes.

—Ahí la que se mareó fue mi abuela, entre otras cosas porque estaba embarazada de mi madre a la que puso de nombre Isabel...

—¿Y el abuelo malas pulgas cómo se lo tomó?

—Fatal hasta que mi abuela insistió en que probara un Bertita y ese hombre, que era todo menos tonto, se dio cuenta de que aquello era una obra de arte. La confitería fue un éxito desde su estreno y sesenta años después aquí seguimos, con la misma ilusión que mi abuelo, haciendo felices a nuestros clientes de todas partes del mundo.

—Es una historia preciosa. Y ahora entiendo por qué el bombón sabe así: es todo amor... ¿Puedo, por favor? —preguntó Lucas, señalando el frasco con los bombones, porque necesitaba volver a sentir todo ese amor.

—Claro, los que quieras... Ahora con motivo del sesenta aniversario, quiero hacer algo especial y me gustaría que Garci Naso y los Outsiders nos compusieran una canción para celebrarlo. He contactado con Garci Naso que es el compositor por redes sociales y tal, pero no responde. Debe

estar muy ocupado, a ver si mañana que actúa en el Caye puedo cogerle por banda y le convengo para que nos escriba una genialidad de las suyas.

—Tendré que escucharlo... —dijo convencido de que ese tío con ese nombre tan ridículo, y después de lo que había contado sobre él doña Berta, solo podía un auténtico pufo.

—Es brutal. Y desde luego sería un puntazo que nos compusiera algo, porque incorporaría a nuestra marca unos atributos de modernidad, sensibilidad y autenticidad que además nos vendrían de maravilla para captar al público más joven.

—Para eso no te hace falta a ningún Garci Moñas, con que te grabes a ti, sin la escopeta, es suficiente.

Isabel frunció el ceño y replicó:

—Oye, un respeto a los artistas de verdad. Y yo ya salgo mucho, ¿no ves que tenemos un canal? Empecé un día grabando unos consejitos para hacer tartas con la repostera y tuvo tanto éxito que tengo un canal en Youtube en el que sale hasta mi abuela. Pero ahora quiero algo más... y la canción de Garci Naso sería la guinda perfecta a estos sesenta años —confesó suspirando.

—¿Te gusta? —preguntó Lucas, temiendo que dijera que sí.

—¿Garci Naso? Como artista es muy talentoso y como tío... es que como paso de todo.

—Mejor.

—¿Mejor por qué?

—Porque así me da tiempo a conquistarte, mientras monto la pulpería...

Capítulo 7

Isabel se partió de risa, a la vez que se compadecía de ese pobre diablo que después de todo le estaba alegrando la noche.

—¿Dónde pondrías la pulpería? ¿En Mequetrefe? —replicó mordaz, colocando las piernas sobre la mesita.

—¿Te vendrías a Mequetrefe conmigo? —preguntó Lucas, con los ojos chispeantes.

—No me apetece mucho, la verdad.

—Entonces la tendré que montar aquí, que se está de maravilla... —replicó Lucas, estirando las piernas y subiéndolas también a la mesa.

—Ya veo ya.

—Me gusta la Tierra —dijo poniendo las manos detrás del cuello.

—Y sin dar un palo al agua, tiene que ser una locura...

—Pues sí...

Isabel se giró y mirándole asombrada le preguntó:

—¿No te da vergüenza reconocer que eres más perro que Chicho?

—Te estoy dando la razón, con lo bonito que es el planeta es una pena tener que pasarse horas encerrado en una oficina, cuando tenéis tantos mares, tantas montañas, tantos bares y el Museo del Prado.

—¿Y qué propones? ¿Un rentita básica? —preguntó molesta—. ¿Que los demás nos matemos a trabajar y a pagar impuestos para que tú puedas tener unos euritos por la cara con los que irte de cañas a la playa?

—No estaba hablando de mí —replicó Lucas, negando con la cabeza.

—¿De quién entonces? ¿De tus amigos del piso *okupado* en el que vives?

—No vivo en un piso y mis amigos están demasiado lejos... Lo que quería decir es que este planeta es para disfrutarlo intensamente...

—Y si es viviendo del cuento como tú, mucho mejor...

—Yo no vivo del cuento, soy músico y desde que estoy por aquí también soy una especie de antropólogo...

—¿Por aquí por Cuenca? —preguntó Isabel, con los ojos achinados de incredulidad.

—Por aquí, por la Tierra, practico lo que vosotros llamáis la observación participante...

—Observación participante... —musitó Isabel, perpleja, porque en su vida había conocido a un tío tan raro. *Mira que si después de todo resultaba que estaba frente a un investigador social un tanto despistado*, pensó.

—¿Has leído a Malinowski?

—Estudié Investigación de Mercados y conozco el intercambio Kula, sí, pero ¿qué coño estás observando en Cuenca? —preguntó Isabel con los ojos como platos.

—Qué pesada con Cuenca, estoy observando el planeta entero. En Cuenca he caído esta noche porque tenía que conocerte...

—Sí, ya, claro... —dijo fingiendo más incredulidad de la que realmente sentía, porque muy en el fondo le gustaba que ese ser extraño dijera esas majaderías, que después de todo subían la autoestima—. ¿Y trabajas para alguna Universidad o eres investigador independiente?

—Todos los que venimos de Mequetreffe practicamos la observación participante...

—¿Os paga el Ayuntamiento por hacer estudios antropológicos? Joder ¿y tienen pasta para estas cosas? —preguntó Isabel, sin entender absolutamente nada.

—Nuestra ordenación territorial no tiene nada que ver con la vuestra... De hecho ese concepto ni existe...

—¿Pero dónde narices está Mequetreffe? —preguntó Isabel, de los nervios.

—Ya te lo he dicho, muy lejos.

—Tío, no me vengas con rollos que hay ayuntamientos hasta en Islandia.

—Islandia está aquí al lado. Yo vengo de muchísimo más lejos...

Y tras decir aquello, un golpe de viento abrió la vieja contraventana de madera que estaba enfrente del sofá, haciendo un ruido que sobresaltó a Isabel...

—¡Qué susto! —exclamó Isabel, dando un respingo en el asiento.

Y a Lucas le faltó tiempo para abrazarla fuerte y susurrar:

—Tranquila, solo es el viento...

—No puedo estar tranquila, si me abrazas —replicó Isabel porque el abrazo le estaba haciendo sentir demasiadas cosas y ninguna buena.

—Si apagas tu mente, seguro que sí.

—No pienso apagar mi mente, que me pierdo —dijo Isabel mientras se preguntaba cómo lo hacía ese tío para hacer que el abrazo fuera a la vez cálido, tierno y *sexy*.

—¿Qué puede pasar? —preguntó Lucas, loco por volver a besarla.

—No creo que me convenga para nada bajar la guardia con un tío que dice venir de Mequetreffe, donde quiera que esté eso —respondió con la cabeza apoyada en el hombro de Lucas.

Lucas se apartó un poco para mirar a los ojos avellana de esa chica que se moría por besar,

respiró hondo y dijo, aun a riesgo de que le mandara a la mierda:

—Eso está en una galaxia muy lejana.

—Ya... —musitó Isabel, sin dejar de mirar a los ojos de ese tío tan buenorro como majara, y sintiendo, para su asombro más absoluto, que estaba diciendo la verdad.

—¿Ya me crees? —susurró Lucas, feliz porque sentía que esa chica estaba venciendo sus resistencias.

Pero de pronto Isabel sintió un vértigo tan grande que empezó a racionalizar lo que estaba sucediendo y solo encontró una explicación a su repentina pérdida de cordura: los ojazos verdes de ese tío que tenía que dejar de mirar como fuera.

Porque aquellos ojos verdes miraban de una forma tan intensa, eran tan *jodidamente bonitos* que le hacían perder la sensatez y la cordura hasta tal extremo que estaba a punto de tragarse la bola de que ese tío venía de las galaxias lejanas.

¡Lo que hacían unos ojazos! Podían llegar a trastornar más que una droga dura, pensó Isabel, que para protegerse del embrujo de esa mirada, no se le ocurrió nada mejor que pegarse al cuerpazo de ese muchacho, recostar su cabeza en el hombro y así esquivar esa maldita mirada.

Luego cerró los ojos, respiró despacio y al poco recobró la lucidez suficiente como para preguntar:

—¿Hace mucho que has dejado tu medicación? —preguntó porque *era evidente que ese tío no estaba bien de la cabeza*.

—¿Prefieres abrazarte a un loco antes que a un extraterrestre? —preguntó Lucas, risueño, porque estaba sintiendo que Isabel, a pesar de que evitaba su mirada, estaba a gusto entre sus brazos.

—Pues sí, te prefiero loco porque elegir la otra opción implicaría que la loca soy yo...

—Con que me prefieras, me basta.

—No te prefiero, es que me atrae el peligro.

—Más que atraerte has caído en picado... —sugirió Lucas, sin dejar de abrazarla.

—Esto del abrazo es como asomarse a un precipicio, pero no me voy a dejar caer porque mi mente está en alerta máxima.

—Por eso evitas mirarme a los ojos...

—Es que tus ojos son flipantes, quiero decir que me hacen flipar...

—¿Flipar? —preguntó Lucas, feliz de hacer flipar a esa chica.

—Sí, como esas drogas que las tomas y ves pitufos... Pues tus ojos son algo parecido, los miro y me creo que eres el primo de Han Solo... Como comprenderás, no es plan: yo soy una chica seria y cabal, con los pies en el suelo y la cabeza sobre los hombros.

—Joder, qué aburrimiento...

—Bueno, a ratos también se me va la pinza, pero nunca tanto como para creerme que Mequetrefe esté a siete galaxias más para allá de la mía.

—Más que siete son...

—¡Ay chico! No seas cansino, por favor... Calla un poquito y déjame disfrutar del abracito...

—¿Te mola? —preguntó abrazándola un poco más fuerte.

Isabel a pesar de que deseaba no volver al tema de Mequetrefe, no pudo evitar soltar tras ese “mola”:

—Para ser de una galaxia muy lejana dominas mi lengua que no veas. “Molar” es tan de aquí...

—¿Me callo o te explico hasta donde pueda contar?

—Si no hay nada que explicar. ¿De dónde eres? ¿De Tarancón?

—Vosotros accedéis a la información por lo que veis, lo que escucháis, lo que oléis, pero hay otras formas de que llegue ese conocimiento al cerebro: lo más práctico es hacerlo desde dentro.

—Ya, sí, claro. ¡Yo también he visto *Matrix*! El futuro son las pastillitas: una para aprender chino, otra para el inglés, otra para el español...

—Algo así, se trata de introducirse en los capilares que hacen las conexiones neuronales y depositar el conocimiento... Te lo explicaría con mayor detalle, pero ni estoy autorizado ni lo vas a entender.

—Pues mejor cierra el pico y emplea la lengua en otra cosa.

—¿Es una orden? —preguntó Lucas, ansioso por obedecerla.

Isabel que estaba empezando a sentir un ligero mareo, entre el champán y el sueño que tenía, respondió:

—Haz lo que quieras...

—Se me ocurren tantas cosas y luego tu olor a flores terrícolas me pone tanto... —susurró Lucas con la nariz pegada al cuello de Isabel.

—¿Flores terrícolas? Es *La vie est belle* de Lancôme... Me gusta perfumarme antes de ir a dormir.

—Es un olor tan especial... —dijo Lucas, bajando hasta la clavícula de la chica.

—Será que antes de cenar me he dado un baño relajante con esencias de lavanda y espliego...

Nunca tengo tiempo para estas pijadas, pero en cuanto llego al pueblo es como si el tiempo se detuviera y me da por los baños con velitas y esas cosas...

—Yo creo que no es Lancôme, ni el espliego, ni el tomillo... —susurró descendiendo hasta el escote del pijama de seda.

—¿Qué tomillo? ¡Es lavanda! ¿Y qué estás haciendo? ¿Vas a olerme entera? ¡Saca la nariz de ahí! —exigió Isabel empujándole para que se apartara.

—¿No me has dicho que hiciera lo que quisiera? —preguntó Lucas, sorprendido de que esa chica

hasta gruñendo estuviera guapa.

—Porque no imaginaba que ibas a tener el descaro de meterme la nariz en la pechera...

—Disculpa es que jamás me había embriagado tanto un aroma...

—Detesto a los que con dos copas pierden el control y el dominio de sí mismos —replicó Isabel, cruzándose de brazos.

—No es el champán, eres tú, con tu presencia, con tu pelo, con tus ojos, con tus labios, con tu olor... Eres tú la que me emborrachas.

—No digas tonterías, tío. Y no seas abusón...

—¿Abusón? —preguntó levantando una ceja.

Isabel se echó la melena hacia atrás, dejando otra vez el cuello a la vista del chico galáctico que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse y no lanzarse a morderlo.

—Estás bajo techo, te has tomado unas copitas, unos bombones maravillosos y ahora ¿no pretenderás también tirarte a la anfitriona?

Lucas le miró horrorizado pensando que se refería a doña Berta y respondió:

—¿Cómo se te ocurre?

Isabel se revolvió en el asiento y muy ofendida porque ese tío hubiera reaccionado como si ella fuera una pera pocha, replicó:

—¿Ya ves? ¿Qué ocurrencia la mía? ¿Te recuerdo dónde tenías metida la nariz hace un instante?

—No estaba hablando de ti, sino de tu abuela. Ella es la auténtica anfitriona...

—Y demasiado buena, porque mira que meterte en casa...

—Déjate de lamentos terrícolas, que gracias a mí te lo estás pasando teta.

—Teta es lo que tú quisieras pillar, pero no majo, no —anunció Isabel, negando con la cabeza y poniéndole morritos.

—Bien, pues me voy a dormir... —dijo Lucas, poniéndose de pie, porque lo que menos quería era irritarla más todavía.

Isabel le miró, perpleja y echando humo de pura rabia, exclamó:

—¡Qué bonito! ¿Y no te da vergüenza reconocerlo?

—¿El qué?

—Que me estabas dando palique, porque querías tema...

—Contigo no puedo separar palique de tema, y como no quieres ni una cosa ni otra: me voy a dormir.

Isabel se puso de pie y se paró frente a él, muy ofuscada:

—Me alegro de que lo hayas pillado y como en Mequetrefe tenéis tanta tolerancia a la frustración, sé que te será leve.

—Desde luego, estamos muy avanzados en ingeniería de la virtud. La que lo va a pasar peor eres tú...

—¿Yo por qué? —replicó Isabel, alzando la barbilla y retándole con la mirada.

Lucas se acercó a ella y le susurró al oído:

—Porque no quieres que me vaya, pero tranquila que no se lo diré a nadie.

Luego se quedó mirándola, con una sonrisita que a Isabel le sacó tanto de quicio que solo pudo farfullar:

—Idiota.

—¿Algo más? —preguntó Lucas, enarcando una ceja.

—Este es el insulto más suave que he encontrado, pero tengo un arsenal. ¿Lo quieres?

—Deberías contrarrestar toda esa ira con una emoción mucho más positiva, porque así no vas a poder pegar ojo.

Isabel miró a la boca de ese tío, a sus labios carnosos y apetecibles, luego a sus ojos verdes, intensos y chispeantes, y sintió que en ese momento no había más emoción positiva que la venganza. Por eso, le cogió del cuello, le trajo hacia sí y le dio un beso largo, húmedo, intenso y apasionado que los dejó sin aliento.

Después, con los labios pegados a los suyos, Isabel susurró:

—Que duermas bien... Si puedes...

Y se marchó a su habitación, dejando al chico de las estrellas con ganas de todo, menos de meterse solo en la cama...

Capítulo 8

Tras dar unas cuantas vueltas en la cama, Isabel se despertó a las dos de la tarde de un mal humor que se hizo más tremendo todavía, cuando después de darse una ducha, encendió el móvil y leyó un wasap de su abuela:

Hemos estado esperando a ver si despertabas, pero han dado las doce y seguías durmiendo como un tronco. ¿Qué te hizo anoche Lucas que te ha dejado tan agotadita, pillina? Él se ha despertado pronto y ha desayunado conmigo. Se le ve distinto, le brilla más mirada y luce una sonrisita tonta de lo más delatora. ¡Este se ha prendado de ti! Tenías que haberle visto durante el desayuno, no paraba de hacerme preguntas sobre ti, entre suspiritos. ¡Ay que le has robado el corazón, Isabelita! Yo estoy muy contenta, porque se le ve que es un buen muchacho, aparte de que es un galán de cine. Porque no me digas que no hemos tenido suerte, para ser de otra galaxia está como un queso, hija mía. El único inconveniente que le veo es que viene de un poco lejos, pero al ritmo que avanza la tecnología lo mismo dentro de nada nos podemos plantar en su galaxia, después de un viajecito de tres o cuatro meses. Oye y tampoco es tanto... Como lo que se tardaba en el siglo pasado en cruzar el charco... Así que a ti que no te tire para atrás eso, que no es problema... A mí es que encanta, lo veo ideal para ti, tan guapo, tan atento, tan listo, tan ocurrente y tan de otra galaxia... Por cierto, nos hemos bajado al pueblo en tu coche nuevo, porque Chicho en mi viejo Golf va fatal, y si vieras qué bien conduce Lucas... Como es tan gentil se ha empeñado en conducir... ¡Lo hace de maravilla, como todo! Además, otro punto a su favor es que le he enseñado el pueblo y le encanta. Y yo me lo estoy pasando bomba, porque la gente me pregunta quién es el joven tan apuesto y simpático que me acompaña. Ya sabes cómo son... Y nada, hija, que como le había contado la mentirijilla de que era tu novio a Antonio, no me ha quedado más remedio que seguir con la trola, y lo estoy presentando como tu prometido. También le estoy haciendo pasar por madrileño, por lo que dice Lucas de que el mundo no está preparado para asimilar que no estamos solos en el universo. Pero bueno, la cosa es que está teniendo un éxito arrollador. Si vieras las caras... ¡Todas me felicitan y se alegran mucho por ti! Yo también, aunque la cosa haya sido un poco rara, pero el amor es así... rompe todas las barreras, incluso las galácticas. Bueno, ya hablaremos, ahora te dejo que hemos hecho un alto en el camino, pero tengo que seguir enseñándole cosas y luego comeremos por aquí. Iba a ir al estreno del restaurante nuevo, pero ya lo visitaré otro día. A Lucas le hace ilusión probar las migas y el corderito, así que

iremos donde Prada. Te esperamos si es que te levantas a una hora decente, si no ya me contarás más tarde qué pasó anoche, que me muero de la curiosidad. Besos de mi parte. Y besos de parte de Lucas, que me está pidiendo que te los mande a toneladas. (Es lo que te digo: le tienes loquito).

Isabel se frotó los ojos para cerciorarse de que no estaba inmersa en una terrible pesadilla. Pero aquello era cierto, su abuela estaba siendo manipulada por ese ser sin escrúpulos que a este paso no iban a quitarse de encima en la vida. ¡Y lo peor era que ella le había agasajado con bombones, champán y besos! *¿Pero dónde tenía la cabeza?*, se lamentó. *¿Por qué no le mandó a la mierda en cuanto apareció en el salón, en vez de estar de cháchara con venganza incluida?*

Isabel dio rápido con la respuesta: *la puta abstinencia de los cojones*, pensó. *Qué error más garrafal, qué noche tan ridícula como olvidable y qué ganas de no volver a ver nunca más a ese tío en su vida.* Por eso, escribió con un cabreo monumental:

Anoche me tocó aguantar la chapa de ese tío que yo no sé cómo aguantas. Como pude me libré de él y me fui a la cama, con la esperanza de que cuanto me levantara no iba a volver a verle nunca más. Craso error. No solo me entero que sigue por aquí, manejando mi coche nuevo que me ha costado un ojo de la cara, sino que además tú le vas a invitar a que se zampe un cordero. ¿Pero esto qué es? ¿Nos hemos vuelto locos? Abuela, por Dios, vuelve en ti, recupera tu lucidez habitual y después de comer, y con carácter de urgencia, ponle en la parada de autobuses y que salga cuanto antes de nuestras vidas. Hazme caso, por favor, que como pierda el autobús de las cinco de la tarde, que es el último que sale los sábados, le tenemos otra noche más durmiendo con nosotras. Y te advierto que de ahí a que se nos meta de okupa va un trecho muy corto, así que espabila y dale boleto cuanto antes... A comer, por supuesto, que no me esperes. Comeré aquí algo y luego me iré con Caye a echarle una mano con lo del concierto. Hoy es cuando viene Garci Naso y se va a liar una buena... A ver si consigo que me haga la canción para el aniversario de la confitería. ¡Deséame suerte y cuidadín con el gorrón que nos ha caído encima!

Isabel envió el mensaje a su abuela y después se fue a la cocina a prepararse el desayuno-comida con lo primero que encontró al abrir la nevera: el puré que sobró de la cena de la noche pasada, un filete de pollo y un yogur a punto de caducar.

La comida no tenía nada que ver con la del Prada, pero perder de vista al ciudadano de Mequetrefe no tenía precio, pensó satisfecha mientras colocaba a calentar el cuenco con el puré, en uno de los fuegos de la cocina.

Claro que su felicidad no sería completa, pensó, *hasta que su abuela le confirmara que se había subido al autobús de las cinco, entonces es que iba a hacer hasta una fiesta porque...*

Isabel tuvo dejar suspendida la reflexión, pues sonó el aviso de que había llegado un nuevo wasap, lo abrió y leyó:

¡Como para esperarte para comer a las horas que te levantas! ¡Si ya estamos a punto de terminar el cordero! ¡Lo que te has perdido por tonta! Y lo que te vas a perder como sigas con esa actitud tan desconfiada y absurda. La que tiene que abrir los ojos de una vez eres tú. ¡Espabila, hija! Que este chico es un bombón como los que hacemos en la tienda, y al final se lo va a acabar comiendo otra...

Isabel replicó al momento, con los dedos que le quemaban:

Pues que se lo coma y a ver si no se atraganta.

Isabel dio a “Enviar”, luego retiró el puré que ya hervía en el fuego y mientras se lo servía en un plato, recibió otro mensaje que abrió en cuanto soltó el cucharón.

No sabes lo que dices, este chico es un portento y deberías encargarle que hiciera la canción para el aniversario. ¿Tú sabes que música tan bonita hace en su galaxia?

Isabel respondió al instante:

No acudiría a él ni aun siendo el último músico de las galaxias.

Pero la abuela insistió:

Me ha estado tarareando algunas de sus composiciones y es un músico de primera. De verdad que me parece lamentable que teniendo la posibilidad de que Lucas componga algo precioso para nosotras, te pongas en manos del mamarracho de Garci Naso que no va a tener la sensibilidad suficiente para captar la esencia de lo que somos.

Pero Isabel seguía en sus trece, porque sabía muy bien lo que ese tío estaba tramando. Así que texteo:

Como tenga que esperar a que este gorrón capte la esencia de lo que somos, no se va de casa ni treinta años.

Y doña Berta que no pensaba rendirse porque sentía que ese chico de las galaxias era un verdadero prodigio, escribió:

Lo ha captado al instante. Tenías que haber visto lo mucho que se ha emocionado cuando le he contado la historia de los Bertitas, y eso que me ha dicho que ya se lo habías contado tú, pero no veas cómo lloraba...

Isabel bufó y tecleó furiosa con ese embaucador de tres al cuarto:

Lloraba porque debe hacer siglos que no se zampaba un cordero. Abuela, por favor, que te la está metiendo doblada, espabila un poco. Y ya te dejo que se me va a enfriar el puré. Déjate de sensiblerías baratas y, a las cinco, pon a ese ser en la parada del autobús y que se vuelva a su querido Mequetrefe.

Doña Berta resopló y, harta ya de intercambiar mensajes sin sacar nada en claro, concluyó:

¿Cómo se va a volver a Mequetrefe si tiene la nave averiada? Espera a que la arregle y

mientras tanto seamos gentiles y hospitalarias. ¿Tú sabes lo afortunadas que somos por ser contactadas con alguien de una civilización tan avanzada? ¡Todo el mundo desea ser Elliott cuando ve E.T! ¿Sabes cuánto nos vamos a enriquecer con este encuentro? Ni tú ni yo vamos a ser las mismas después de Lucas...

Isabel horrorizada de que su abuela se hubiera tragado completamente la bola de ese tío, escribió a toda prisa:

Desde luego, como no le dejes a las cinco en el autobús, ¡estamos perdidas! ¿Pero cómo no puedes verlo, abuela? Es todo mentira, por Dios. ¿Qué te pasa? No eres Elliott, eres una pringada. Hemos tenido la mala suerte de conocer a ese caradura, pero todavía estamos a tiempo... ¡Que se tome el postre y después derecho a la parada del autobús!

Y como la abuela ya estaba cansada de teclear y de marear la perdiz, decidió darle la razón a su nieta para que se callara por un ratito. Y escribió, tras disculparse con Lucas por el tiempo que estaba empleando en wasapear con su nieta:

Que sí, que sí, que derecho al autobús, y deja ya de escribir que se te va a enfriar el puré.

Al leer esas palabras, Isabel esbozó una sonrisa triunfante: había costado pero por fin su abuela había entrado en razón. O eso creyó.

Se tomó el puré feliz de saber que en un par de horas se habría quitado un peso de encima y luego se hizo a la plancha el filete de pollo, mientras canturreaba alegre una canción triste de Garci Naso y los Outsiders: *Roto y descosido*.

Roto y descosido. Qué pedazo de canción, pensó Isabel mientras devoraba el insípido filete de pollo. ¿Cómo su abuela había podido osar a comparar a Mister Mequetrefe con el gran Garci Naso que le ponía los pelos de punta cada vez que cantaba esas canciones tan intensas y desgarradas?

No conocía a Garci Naso más que a través de sus letras, pero le sentía tan especial, tan original, tan de verdad, tan sensible y tan puro que se moría porque llegara la noche y poder conocerlo.

Y si después aceptaba componerle una canción, *¡eso sería ya la locura!*, pensó mientras se terminaba el yogur casi caducado.

Porque tenía que ser él y solo él... *El sesenta aniversario de su tienda no se merecía a nadie más que al mejor y ese era Garci Naso, pues no había nadie que compusiera canciones con más emoción, ni que se dejara la vida en cada letra, ni que cantara con tanta verdad y tanto corazón.*

Además parecía tan majo y tan enrollado que estaba casi segura de que en cuanto le contase la historia de su tienda, se iba a conmovir de tal forma que incluso hasta podía acabar escribiendo una canción para ella, esa misma noche, en una servilleta.

Como había sucedido con *Roto y descosido*, una de sus canciones favoritas, que escribió de

madrugada en una servilleta arrugada, en un garito de mala muerte, después de que su novia le dejara.

O eso era lo que contaba en las entrevistas y en la web del cantante que Isabel se sabía de memoria de tanto como le visitaba.

Y es que Garci Naso era su cantante favorito, desde que lo descubrió hacía años, en un antro de mala muerte al que le llevó un *mierder* que iba de moderno, pero que en realidad era patético. De hecho, lo único bueno que sacó de esa cosa que ni se atrevía a llamar relación fue el descubrimiento de Garci Naso, ese chico de aspecto frágil, tímido y asocial que cantaba casi abriéndose las venas, con su camisa de cuadros y sus pantalones rotos, sobre la soledad y el desamor en una sala casi vacía.

Ahora tampoco era que Garci Naso llenara estadios de fútbol, pero su último disco estaba empezando a sonar en emisoras de radio comerciales y su libro de poemas, porque al fin se había atrevido a sacarlos a la luz, lo había publicado una editorial de las grandes, así que estaba en su mejor momento.

No solo ya era conocido en el entorno moderno de las salas pequeñas, sino que su nombre estaba sonando por todas partes... ¡Incluso había hecho una canción para una película rara que no había visto nadie, pero que estaba nominada a los Goya!

Así que era ahora o nunca, porque era obvio que Garci Naso iba como un cohete, y que no tardando mucho no iba a tener tiempo para nada, por lo que era el momento perfecto para pillarle por banda y pedirle una canción...

Ilusionada como no recordaba, metió los platos en el lavavajillas, recogió la cocina y luego buscó en su armario algo que ponerse para el concierto. Sin embargo, era todo tan de la década pasada, tan previsible y tan aburrido que finalmente decidió que le prestara Caye algo memorable, que estuviera a la altura de ese genio moderno.

Sin más tiempo que perder, se subió al Golf blanco de dos puertas de su abuela, de 1990, rumbo a casa de su amiga y despotricando contra el cretino de Mequetrefe que en su gorrismo, seguro que había manipulado hasta el pobre de Chicho para bajarse al pueblo y así tener la excusa perfecta para subirse a su flamante Mazda CX-5.

Es que era de traca, pensó, tener un coche un nuevo comprado con el sudor de su frente, y verse obligada a conducir una carraca, porque ese tío tenía comido el coco hasta al bueno de Chicho.

Ver para creer... Y no se plantaba en el Prada para llevarle ella misma hasta la parada del autobús, porque tenía miedo a que la embaucara con alguna de sus males artes y acabara besándole otra vez. Y eso sí que no, porque el tío no lo hacía nada mal, mejor dicho lo hacía muy bien, y si a eso se sumaba la dolorosa abstinencia que padecía, corría el riesgo de cometer una locura y terminar otra vez en los brazos de ese cretino por la más pura y dura desesperación. Así

que mejor tenerle lejos y que su abuela se lo quitara de encima para siempre...

Al menos ese era su deseo, pero la realidad hacía lo que le daba la gana.

Capítulo 9

Cuando Isabel llegó a casa de su amiga Caye, pasó sin llamar porque en ese pueblo se dejaban las puertas abiertas, y se la encontró en el salón muy angustiada, abrazada a un cojín de estampado de lunares...

—¿Qué te pasa? ¿La regla o digestión pesada? —preguntó Isabel, preocupada, sentándose a su lado.

—Erik, que sí que es un pesado.

Caye era una chica de treinta y siete años, rubia, de ojos azules, curvas por todas partes y una sonrisa preciosa, cuando lo hacía pues últimamente sonreía muy poco por culpa de Erik, que la traía por la calle de la amargura.

Erik era un escritor australiano, megacañón y surfero, de treinta años, que había conocido hacía un año en su bar y con el que había tenido un rollo de tres meses hasta que este tuvo que volverse a su país.

Según ella había sido bonito, pero no podía engancharse a un tío que vivía en el culo del mundo y con el que no tenía ningún futuro posible. Sin embargo, Erik estaba convencido de todo lo contrario y solo estaba contando los días para regresar a la serranía de Cuenca y volver a estar con su gran amor.

Porque para Erik eso era lo que significaba Caye y porque esos meses que se había pasado en el pueblo documentándose para su nuevo thriller, sin duda habían sido los más felices de su vida...

—Los enamorados son pesados... —musitó Isabel, agarrando otro cojín.

Caye miró a su amiga con la mirada encendida y replicó:

—¿Y quién le manda enamorarse?

—Ni que se pudiera elegir. Caye, hija, que pareces nueva en esto...

—Reconozco que estuvo bonito, fueron tres meses maravillosos, pero tía no tiene ningún sentido seguir con esto por Skype. Que se ponga a escribir su novela y se olvide de mí...

—¿Cómo se va a olvidar de ti, si te ama?

—Este no tiene ni idea de lo que siente, solo sabe de surf y de thrillers, pero de amor ni tiene ni puta idea. Como mucho se ha enchochado y ya está...

—Ya han pasado meses desde que se fue y no te olvida... Eso es mucho más que un enchochamiento...

—Porque se pasa el día encerrado escribiendo y no sale, pero en cuanto termine la novela y se

pegue tres garbeos: ya verás que pronto se olvida de mí.

—Jo, pero es que parecíais tan felices juntos.

—A ver que fui feliz, pero hay que tener un poquito de sensatez. Él vive en Australia y mi vida está en este pueblo...

Caye era analista financiera, pero una crisis de estrés tremenda que confundió con una angina de pecho, le hizo replantearse todo y acabó haciendo lo que siempre había querido: irse a vivir un pueblo perdido y montar algo con encanto y wifi...

—Vale, tú no puedes moverte de aquí, pero él es escritor y puede trabajar en cualquier parte del mundo.

Caye resopló, apartó el cojín a un lado y replicó:

—No funcionaría jamás. ¿Cómo un tío tan inquieto como Erik iba a ser feliz en un sitio como este?

—Estando contigo, en cualquier sitio sería feliz...

—Sí, eso dice él, pero yo sé que no... Que los inviernos aquí son larguísimos y al final acabaría agobiándose de tanta paz y de tanto pueblo.

—Tiene Madrid a tiro de piedra...

—Si le hubiera conocido en mis tiempos de ejecutiva, cuando vivía en Callao y estaba desquiciada, todavía... Pero ahora que soy una empresaria rural, serena, adicta a cotorrear con mis vecinas y a las puestas de sol en mi terraza, es obvio que no tenemos nada que hacer.

—Pero te mola y tampoco te puedes olvidar de él.

Caye se revolvió en el asiento, bufó desesperada y luego replicó:

—¿Cómo me voy a olvidar si está todo el día llamándome? ¡Hablo más con él que con nadie! Pero yo no puedo seguir así, acabo de decirle que se centre en su novela y que deje de darme el coñazo...

—Ahora entiendo por qué estás así de mustia...

—Es que no ha sido muy agradable pedirle que me deje en paz, le tengo mucho cariño.

—Le quieres más bien —matizó Isabel aun a riesgo de que a su amiga no le gustara que se lo dijera.

Caye suspiró, se abrazó al cojín y susurró resignada:

—Como si importara algo.

—Caye que no eres la primera que se enamora de un australiano, además te recuerdo que hay aviones y que puedes luchar por tu amor y tal...

Caye miró a su amiga, con los ojos llenos de lágrimas, y confesó:

—Una retirada a tiempo es una victoria.

—Una retirada a tiempo es una estupidez.

—¿Vas a enmendarle la plana a Napoleón?

Isabel asintió con la cabeza y luego dijo:

—Napoleón sabría mucho de lo suyo, pero en tu caso te digo que la retirada es un error.

—Por favor, Isa, no digas chorradas. ¿Cómo voy a obligar a Erik a que renuncie a su familia, a su casa llena de mierda, a sus olas y a sus tiburones por esto? —preguntó señalando a la ventana que daba a una calle con un par de abedules agitados por el viento y por donde no pasaba ni un alma.

—Por ti. ¿Te parece poco? Además, esto es muy bonito, tía. A su familia puede traerla de visita y tenemos un pantano cerca, en el que puede cambiar el surf por el *paddle surf* y a los tiburones por los peces carnívoros que dice la gente que hay... Y que la única distracción sea tu bareto también es un punto a tu favor porque así escribe tan ricamente, así que ¿me quieres decir dónde está la renuncia?

—No podía ser de Cuenca, joder, el muy cabrón tenía que nacer en Brisbane... —se lamentó Caye apretando el cojín contra su pecho con rabia.

—Pobrecillo, ni que se pudiese escoger dónde nacer, además te repito que la playa Moloolaba tampoco es que esté en otra galaxia.

—Solo me faltaba eso...

Isabel bufó, soltó el cojín que dejó en el asiento vacío contiguo y luego farfulló:

—Mejor no hablemos de galaxias.

—¿Por qué? —preguntó Caye, pestañeando muy deprisa y pasando del estado medio abúlico, medio resignado en el que se encontraba, a la curiosidad más absoluta—: ¿Has conocido algún tío de otra galaxia?

—Por favor, Caye, no digas absurdecos...

—Oye que mis vecinas han visto cosas muy raras en las noches de verano... ¿De verdad crees que estamos solos en el universo? —preguntó colocándose el cojín detrás de la cabeza.

—Lo único que sé es que ese tío, por mucho que diga, no es un extraterrestre...

—¿Se te ha presentado como extraterrestre? —comentó Caye, flipada total.

—Me alegra ver que ya no estás tan abatida, pero no te vengas arriba porque en esta historia no hay nada que rascar.

—¿Porque no tiene piel? ¿Es un droide como C-3PO? —preguntó Caye, alucinada.

—¡Es un jeta del que no quiero hablar, te lo ruego!

—Pero es que no me puedes dejar así, ¡necesito saber qué es lo que te ha contado ese tío! ¡Creo en ellos firmemente!

—Sí, seguro que sí —ironizó Isabel—, a ti te cae un caradura de estos y te digo yo que no le aguantas ni tres minutos. He sido tremendamente paciente con él, menos mal que en un rato mi abuela lo pondrá en el bus de regreso a su casa.

—¿Ha venido en bus al pueblo? ¿Y la nave dónde la tiene? ¿En Madrid?

Isabel dio un respingo y le suplicó a su amiga, juntando las palmas de las manos:

—Que no sigas por ahí, por favor. Apareció de madrugada en casa diciendo que venía de las galaxias, pero todo era cuento barato para pasar la noche recogido y posiblemente camelarme para actuar en tu garito. ¿No ves que se me puso a hacer trucos de magia? Y luego salió con que era músico...

—Oy qué interesante. ¡Un mago-músico del espacio! Tenemos que ponerlo de telonero de Garci Naso... ¡Llama a tu abuela y pídele que no le suba al autobús!

—¿Qué dices? Que es un pufo de tío, ni es mago, ni es músico, ni viene del espacio.

—¿No le viste hacer trucos de magia?

—Sí, atravesó una pared y apareció de repente en el salón, pero vamos que deben ser trucos de Magia Borrás, lo que pasa es que como estaba muerta de sueño, no me dio tiempo a pillar el truco.

Caye se puso muy seria y preguntó:

—¿Y si de verdad tiene poderes? Porque yo tenía el Magia Borrás y en mi vida atravesé una pared...

—Que no —replicó Isabel dando un manotazo al aire—, que es un gorrón que se inventó eso para dormir caliente...

—Caliente... ¿*hot*? ¿Te pidió también tema?

—La intención la tenía, pero le paré los pies...

—¿Qué pasa que es un extraterrestre de los feos? —preguntó lamentando la mala suerte de su amiga.

—¡Por favor, para de una vez! ¡Ni es un extraterrestre, ni es feo! En honor a la verdad tengo que decir que está bueno...

—¿Cuánto de bueno? ¿Bombón de los tuyos, bombón de cajita de tres euros u onza de chocolate blanco de oferta? ¡Dime!

—Bombón de los buenos, pero *mierder* de los buenos también. Un tío que aparece en mitad de la noche contando que se ha caído de una nave y que no conforme con camelarse a mi abuela y a mi Chicho con sus mentiras para pasar la noche bajo techo, luego intenta enrollarse conmigo, me dirás lo que es...

Caye, con los ojos como platos, musitó:

—Lo más flipante que he escuchado nunca. Necesito conocerlo. ¿Tienes fotos?

—Solo me faltaba tener un recuerdo de esa noche nefasta...

—¿Nefasta por qué? Ojalá se me presentara a mí un tío de las estrellas...

—Sí, seguro, se te apareció un australiano y no sabes lo que hacer con él, como para tener a uno de las galaxias. Pero te repito que este tío es un farsante al que besé porque me pilló con la guardia

bajada por culpa de mi abstinencia, que si no de qué iba a yo a cometer semejante error.

—No me entero de nada ¿le paraste los pies, pero le besaste? ¿Cómo se come eso?

—Le paré los pies después del beso...

—¿Qué pasa que tenía una lengua asquerosa de reptil o qué?

—Sucedió que caí por la abstinencia, pero ya no va a pasar más.

—Hoy te desquitas...

—*Mmm*. Pues si se terciara, a lo mejor así... —dijo Isabel con una sonrisa traviesa.

—Va a venir mucha gente a ver a Garci Naso.

—¿Crees que me hará la canción?

Caye achinó los ojos y luego preguntó:

—¿Lo de la canción es un ardid? ¿Ese tío es el elegido para resarcirte de los meses de hambre?

—Qué va, Garci Naso es que es un genio. No concibo a nadie mejor para hacernos la canción del aniversario.

—¿Y también te mola como para tener algo con él?

—Es un tío que lo tiene todo. Talentoso, inteligente, original, sensible y cañonazo, pero ni se me pasa por la cabeza tener algo con él. A ver, que si se terciara no te digo que no, pero no va a suceder porque él está muy centrado en su carrera y yo casi que también...

—¿Cañonazo? ¿Tú le has visto bien? A mí es que me agobia tanto pelo como tiene y estos días que he estado hablando por teléfono con él, no me ha parecido ninguna de las cosas que dices...

—¿Cómo? ¿Muchísimo mejor? —preguntó Isabel, aferrándose entusiasmada al cojín.

—No. Un tío mediocre, antipático, maleducado y creído... —contestó Caye, poniendo cara de asco.

—Será el estrés. Porque yo le sigo por redes sociales y es un tío de lo más enrollado... Por cierto, me tienes que dejar algo para ponerme porque he abierto mi armario y lo más moderno es de 2006.

—Pues a juego con Naso porque su rollo es muy de esa época.

—¿Qué dices? Naso está más allá de modas y tendencias. Es tan especial...

—Especial es que te bese un extraterrestre. Pero tú me ocultas algo, porque no me creo que le pares los pies a un tío que está bueno y besa bien solo porque tiene la cara de hormigón. Joder, si a ti antes te gustaban así...

—Tú lo has dicho, antes. Ahora soy una mujer nueva...

—Ahí tuvo que pasar algo más... ¿Es de pelo en pecho?

—Calla, no me lo recuerdes, que de golpe y porrazo me enseña el pubis y me dice que solo tiene pelos ahí.

—Ah, pues eso es. Ya lo decía mi abuela: pelo en el pecho, pirulo derecho.

—¿Ni sé cómo tiene el pirulo, ni me importa! —mintió Isabel, porque lo atisbó a través del pantalón y no parecía ni pequeño ni torcido.

—¿Los hombros eran anchos?

—Está musculado, pero tampoco es que tenga los hombros de armario ropero.

—¿El culo duro?

—Rellenaba los Levi's.... Pero ¿qué preguntas son estas?

—Es que si la lengua la tenía corta el veredicto es claro: la tiene pequeña.

—¿Lengua corta, pene pequeño? Esto quién lo decía ¿tu abuela? —replicó Isabel partida de risa.

—Eso lo sabe todo el mundo... Los que la tienen pequeña son reflexivos, sofisticados, y prudentes... Este tío como viene de una civilización mucho más avanzada la tiene que tener enana. Lo típico de las mentes más privilegiadas, exquisitas y refinadas. Algo que por supuesto a ti no te va nada, porque tú eres más rústica y prefieres la campechanía y la insensatez de un alegre pollón. ¿Me equivoco?

Capítulo 10

Isabel rompió a reír y luego le dijo a su amiga poniéndose de pie:

—Te equivocas porque hubo un momento en que temí que reventara el pantalón por ahí...

—¿Entonces?

—Pues eso, el hambre... Pero yo ya tengo las cosas clarísimas, a lo mejor para evitar que me pase otro desastre como el de anoche, me lío con alguien potable y ya está. Pero se acabó eso de dejarse la vida en relaciones con tíos que no merecen la pena. Estoy muy a gusto como estoy, centrada en mi familia, mis amigos y mi trabajo. No necesito a ningún *mierder* que me amargue la existencia. Y ahora ¿vamos a tu armario a ver si encuentro algo para esta noche? No me puedo presentar delante de Naso vestida así...

—¿Pero cómo sabes que es un *mierder* si apenas te ha dado tiempo a conocerlo? —preguntó Caye, poniéndose también de pie.

—Me bastan segundos para calar a los tíos... Este es un chupasangres de libro: te saca hasta los higadillos, tú te quedas para al arrastre y cuando ya no eres más que un guiñapo, va y te deja por otra, porque estos siempre necesitan sangre fresca.

—¿Y si es un tío de las galaxias de verdad que ha llamado a tu puerta porque estaba perdido? —preguntó Caye, mordiéndose los labios de la ansiedad.

—Joder, pues mala suerte. Habrá pagado justo por pecador, pero vamos que te digo yo que no. Que este tío es de aquí y que cuanto más lejos mejor...

—A mí me encantaría conocer a alguien de otra galaxia... —confesó Caye con un deje soñador.

—Con tu australiano te basta y te sobra, no seas acaparadora...

—No me hables de Erik, por favor, que como me ponga a pensar en él se me va a despertar el jaquecón. Vamos mejor a mi armario y centrémonos en tu estilismo...

—Por fin, parece que nos vamos entendiendo...

Las dos chicas atravesaron un pasillo muy largo, donde al fondo a la izquierda estaba el dormitorio de Caye: una estancia acogedora y con encanto, con paredes de color lavanda y muebles en blanco de estilo rústico chic.

—Yo apostaría por esto... —dijo Caye en cuanto abrió una de las puertas del armario de cinco cuerpos y descolgó un mono dorado, largo, plisado, con tirantes y escote en pico.

Isabel lo miró con desdén y, arrugando el ceño, comentó:

—Lo encuentro demasiado brillante y superficial, es decir muy poco en la onda de Naso... Me va a mandar la mierda por frivolona y festera... Si me lo pongo es como si siguiera de empalmada desde la Nochevieja. No sé, no lo encuentro serio.

—Tú no eres una fan de Naso, tú eres tú, una profesional del sector del chocolate...

—Ah, claro, por eso me vistes de Ferrero Rocher.

Caye se echó la melena hacia atrás de un manotazo y le explicó a su amiga, convencida de que esa era la prenda perfecta para esa ocasión:

—Te visto con un mono tan brillante, elegante, moderno y sofisticado como tú, te voy a prestar unos taconazos que tengo sin estrenar y te vas a poner una *blazer* maravillosa, con la que te vas a ver tan divina que Naso te va a componer quince sinfonías...

Sin embargo, a pesar del apasionamiento y de la fe que parecía que tenía Caye en esa prenda, Isabel seguía sin estar muy convencida:

—Con que me componga algo de treinta segundos me basta, así que sácame algo más discreto, te lo ruego...

—¿Tú sabes lo que sucedió cuando me puse este mono?

—Yo que sé... —replicó Isabel encogiéndose de hombros.

—El australiano se volvió tan loco que la tierra tembló...

—Madre mía, razón de más para que me des otra cosa.

—Tampoco te asustes, que lo hicimos en una barca en el pantano. Pero no pienso dejar que te invisibilices. Además ¿no dices que también quieres picaflorar algo esta noche para así evitar volver a caer en la tentación de besar a extraterrestres? ¡Pues te pones el mono y no hay más que hablar! —ordenó Caye entregándole la percha con la prenda.

—No voy a saber defender este estilismo porque no lo siento muy yo... —masculló Isabel cogiendo la prenda a regañadientes.

—El mono se defiende solo, es lo bueno que tiene. El escote y el frunce de la cintura dan volumen al pecho y la caída del pantalón te estiliza la pierna. Es la elección perfecta. Píntate bien, ojos y morros, la melena leonina y a triunfar...

—Creo que debería apostar más por la sencillez de mis vaqueros y mi jersey grueso...

—La misma apuesta de las ochenta Nasolocas que estarán esperándole para que les firme una teta.

—¿Qué? —replicó Isabel sin dar crédito porque su Naso no era de esos—. ¿Firma tetas? No le pega para nada...

—En el contrato me exige solo dos firmas por persona y siempre que sean CD's y/o el libro. No acepta marcapáginas, ni servilletas, ni camisetas, ni gorras, ni tetas... Pero de boquilla, que yo ya me conozco a los de su calaña. Estos que van de dolientes, raros y modernos son los más golfos de

todos...

—Me voy a probar esto antes de que sigas con tus teorías que me están trastornando por completo...

—Pues anda que tú que conoces a un extraterrestre y lo mandas a hacer gárgaras. ¡Eso sí que me tiene trastornada por completo! —replicó Caye mientras su amiga se desvestía.

—Sí, pero con un enjuague de los buenos, porque se vuelve a casa después de zamparse un cordero.

—Pobre chico de las galaxias... —musitó Caye al tiempo que sacaba de una caja los zapatos que iba a prestarle a su amiga.

—Se le pasará... —replicó flipada al ver los zapatos que su amiga acababa de sacar de la caja—. ¿Zapatos de suela roja?

—Es un regalito de Erik, me los envió la semana pasada... —comentó Caye a la vez que contemplaba fascinada su reluciente Louboutin de cuero brillante negro, fundiéndose con el rojo de la suela.

—Te agradezco muchísimo tu generosidad, pero no voy a estrenarlos... Es tu regalazo y tú eres la que tienes que calzártelos y hacerte unas fotos para que te vea —replicó Isabel, tras ponerse el pantalón del mono.

—Sí, claro, para que piense que soy bipolar. Acabo de mandarle a la mierda, pero a las tres horas estreno sus zapatos y le mando fotitos. No, gracias. Estrénalos tú que tienes que darlo todo esta noche...

—Pero es que Naso está en contra del lujo, de los excesos, de todos estos símbolos de ostentación capitalista. ¿No has escuchado su canción *Cacarea*?

—No, ¿qué es? ¿Un homenaje a la gallina ponedora?

—Es una crítica a la sociedad de consumo que hace perdamos el tiempo con lo accesorio y olvidemos lo importante.

—Lo importante es comprar sus discos y sus libros, claro. Es todo tan coherente... ¿Y quién cacarea? ¿Él en contra de la sociedad de consumo? ¿Se llama a sí mismo gallina? Es más cretino de lo que pensaba... —concluyó muerta de risa.

—*Cacarea* es el ruido que hace esa sociedad inmersa en esa vorágine de consumismo y la vacuidad —explicó Isabel colocándose el tirante derecho del mono.

—Pues a mi garito no viene gratis... Me ha pedido un caché casi como el de Coldplay...

—Es que su talento no tiene precio. Y yo con este mono me veo rarísima... —comentó Isabel mirándose al espejo.

—Porque estás descalza, ponte los zapatos y verás cómo cambia.

—Si fueran unos truchos de Aliexpress de siete euros me los pondría, aunque luego tuvieran que amputarme los meñiques. Si tú me lo pidieras, de verdad que lo haría. Pero no me pidas que estrene unos originales, porque no puedo aceptarlo...

—Claro que vas a aceptarlo, te pondrás tus zapatitos para el baile pero no pierdas ninguno, que ahí ya sí que no respondo —bromeó mientras le entregaba los zapatos.

—Los acepto porque eres una plasta y porque sé que me los prestas con amor, pero iría mucho más cómoda con mis deportivas negras —replicó Isabel, tomando con delicadeza los zapatos, como si de verdad fueran de cristal y después subiéndose a ellos con mucho más cuidado todavía.

—¿Cómoda para qué? No será para bailar, porque las canciones de ese tío no pueden ser más coñazos, es que no sirven ni para bailarlas lentas.

—Quiero estar cómoda para sentirme yo, con estos zapatos me siento otra totalmente distinta —confesó Isabel, sin dejar de mirarse los pies en el espejo.

Caye se puso detrás de ella, le levantó la melena y empezó revolvérsela con las manos, mientras decía:

—No hay nada más emocionante que descubrir tus nuevos yoes... Esos que ni sabías que tenías porque tus inseguridades y tus miedos estaban bloqueándolos.

—Yo no suelo llevar taconazos y dorados por una cuestión de sensatez, no tiene nada que ver con mis inseguridades ni con mis miedos. Y ¡para ya de enredarme el pelo que parece que acabo de bajarme de la moto!

—Es el efecto que busco —replicó Caye que no paraba de removerle el cabello—. Y deja de quejarte que es por tu bien: necesitas mucha fantasía, Isa. Y yo te la voy a dar...

Y se la dio porque a los dorados, los taconazos y la melena leonina, le añadió un maquillaje metalizado, dramático y sofisticado con el que Isabel se sintió tan rara que hasta le pesaba la cara, como si llevara puesta una máscara.

—Te agradezco todo lo que haces por mí, pero yo esto no lo voy a aguantar... —le dijo Isa a su amiga, en cuanto esta dio por finalizada su obra de arte.

—Por supuesto que sí, solo tienes que abrir la mente y permitirte jugar con total libertad...

—¿Y tú qué te vas poner?

—Yo voy en vaqueros y chupa de cuero. Pero es que a mí ese tío me importa una mierda...

—Conmigo te has pasado, el atuendo es un despropósito y el maquillaje es un espanto. ¡Llevo tanta pintura que parece que hablo como Sara Montiel de lo que me tira!

—No digas bobadas, que Lady Gaga lleva mucho más y canta, baila y hasta salta de los tejados...

Después de rezongar un buen rato más y estar a punto de quitárselo todo como unas siete veces, al final Isabel se subió a su coche de 1990, con el estilismo diseñado por su amiga para triunfar y solo

triunfar... Porque no había más opciones...

Y así, resignada ante lo inevitable, Isabel llegó al bar acompañada de su amiga, que nada más entrar decidió que lo mejor era saludar cuanto antes a Garci Naso.

Isabel no consideraba que fuera el momento más oportuno porque sabía que tenía rituales antes de salir de escena que exigían mucha concentración, pero a Caye le dio lo mismo y la empujó hasta el camerino que habían improvisado en un cuartito que normalmente utilizaban para guardar trastos.

—La mayoría de los que tocan no necesitan camerino, pero este petardo me lo ha pedido... —contó Caye a su amiga, antes de llamar a la puerta.

—¿Quieres bajar la voz? ¡Se te escucha todo lo que dices! —replicó Isabel horrorizada de pensar que Naso se estaba enterando de todo.

—Buah, este no se entera de nada. Va a su puñetera bola —repuso al tiempo que tocaba la puerta y luego canturreaba—. ¡Hola, hola! ¿Podemos pasar, guapi?

—Dios mío, qué vergüenza —susurró Isabel, escandalizada—. Naso es un tío serio y cabal, no puedes hablarle con si fuera un amiguito...

—Calla que así le reseteo y está más receptivo... Todo esto lo hago por ti, nena —cuchicheó guiñándole el ojo a su amiga.

—Sí, adelante... —respondió Naso con su voz cavernosa desde el otro lado de la puerta.

—Jo, qué nervios —farfulló Isabel con las rodillas temblorosas.

—Tía, relájate, que has estado con un extraterrestre tan pancha y este no es más que un cantamañanas con pelos y tatuajes hasta en la pinga.

—No sabía que tuviera eso tatuado...

—¿De qué si no va a tener esa cara perpetua de dolor? Pues del recuerdo del día que estuvieron haciéndole dibujitos en el nabo —comentó Caye muerta de risa.

—No sé cómo puedes bromear en este momento...

—Tía, que eres experta en *mierders* y este juega en la Champions de los *mierders*... Desténsate, mujer.

Y tras decir esto, abrió la puerta del camerino improvisado con su mejor sonrisa y se encontraron con que Naso estaba retirándose del rostro, con una esponjita, los brillos provocados por el exceso de *Vitalumière* de Chanel.

Capítulo 11

Isabel se quedó tan impactada que su amiga tuvo que empujarla para que entrara en el camerino. Luego saludó con timidez a Naso, con la vista puesta en la mesa que estaba debajo del espejo del camerino, en la que había un zumo de piña y un maletín de maquillaje con más pinturas que en el Museo del Prado:

—¡Hola!

—Isabel te presento a Naso, Naso mi amiga Isabel que es megafan tuya... —les presentó Caye, mientras Naso seguía retocándose los brillos.

—Hola —saludó Naso contrariado agitando una mano al aire—, pero ya te dije que no quiero ver a fans hasta después del concierto. Y solo dos artículos por persona para firmar...

—Es que ella no es una megafan normal...

Naso echó un vistazo rápido a Isabel a través del espejo y luego preguntó con repentino interés, mientras dejaba la esponjita en el maletín:

—¿Trabajas para alguna discográfica multinacional?

—Es la propietaria de la confitería Isabel y le gusta tanto lo que haces que le encantaría que le compusieras algo... —respondió Caye, con orgullo.

Naso no disimuló la decepción que le supuso la respuesta y preguntó con un mohín de asco, al tiempo que buscaba algo en el maletín de maquillaje.

—¿Confitería Isabel? ¿Eso qué es?

—El sitio donde hacen los mejores bombones del mundo. ¿No me digas que no los conoces?

—No tomo mierdas calóricas —contestó Naso, cogiendo una máscara de pestañas.

Caye tuvo ganas de responderle que él sí que lo era, pero se las aguantó y en su lugar replicó:

—Los bombones de mi amiga son delicias cardiosaludables famosísimas en el mundo entero. De hecho, no hay personalidad importante que pase por Madrid que no acuda a la confitería de mi amiga...

—No exageres tampoco... —masculló Isabel, agobiada.

—Eso digo yo —comentó Naso agitando la máscara de pestañas al aire—. Ni que su confitería fueran Las Meninas...

—Mi amiga es que es muy discreta y no le gusta presumir de clientela, pero si te digo Bono de U2, Tom Cruise, Michelle Obama, Coppola... ¿cómo te quedas?

Naso arqueó una ceja, volvió a mirar a Isabel a través del espejo y respondió entre dientes:

—Luego te pasaré una tarjeta con mi dirección para que me envíes una caja, no voy a ser menos que Bono, al que por cierto detesto con todas mis fuerzas. Reconozco que me gustaba al principio, pero muy muy al principio, cuando aún no se había vendido a la industria.

—Ya, pero es que Bono los paga... —le recordó Caye.

—Joder, es que si no paga él, con lo que gana, no sé quién lo va a pagar.

—Yo te los envío encantada... —intervino Isabel antes de que Caye volviera a la carga y Naso acabara más cabreado de lo que ya estaba. Luego, decidió ir al grano para evitar que su amiga siguiera desquiciando más al artista y acabara mandándolas a la mierda—: También me gustaría comentarte que este año celebramos el sesenta aniversario de la tienda y me encantaría que, si te apetece, nos compusieras algo, aunque sea pequeñito.

Naso resopló, abrió la máscara de pestañas resistente al agua y comenzó a aplicársela, en tanto que hablaba como si estuviera harto de que siempre le hicieran la misma propuesta.

—Ni hago publicidad, ni mucho menos cosas pequeñitas.

—Pequeñito me refiero a que con medio minuto me bastaría, sería algo para colgar en las redes sociales. Tengo un canal de Youtube que sigue mucha gente... —explicó Isabel muy nerviosa porque aquello estaba saliendo fatal y todo era por culpa de Caye, pensó, porque ni era el momento de haber abordado a Naso, ni el lugar y menos vestida de Ferrero Rocher.

Naso dejó de aplicarse la máscara, de repente, y tras mirarla ofuscadísimo a través del espejo replicó:

—No me cuentes tu vida. No, es no. Y ahora me gustaría estar solo antes de salir a escena. Estos momentos son muy especiales para mí, necesito conectarme conmigo mismo y con tanta cháchara me estáis descentrando.

—Perdona, siento mucho la molestia y ya te mandaré los bombones... —se excusó Isabel convencida de que Naso tenía razón, solo a Caye se le podía ocurrir entrar en el camerino del artista en esos instantes en los que debía estar de los nervios.

Pero, con todo, Caye insistió:

—Tú prueba los bombones que ya verás cómo te inspiras para componer algo para mi amiga. ¿Quieres un poco de *gloss*? —preguntó sacando uno del bolsillo de su pantalón.

Naso miró el *gloss* con más cara de asco todavía y acto seguido respondió:

—El *gloss* queda fatal en los *selfies*, yo me pongo algo mate y suave. Estas cosas hay que cuidarlas porque me suelen tirar fotos tías que van maquilladas como puertas y como no te pongas a su altura, sales como un puto payaso de cara blanca...

—Es que eso es lo que eres... —replicó Caye, mientras su amiga intentaba disimular el bochorno

que estaba pasando.

Naso se giró y le preguntó arqueando una ceja...

—¿Cómo dices?

A Caye le daba igual que ese gazmoño cogiera la puerta y se marchase, es más la espantada le venía genial porque solo iba a ser publicidad gratis para su local, pero tenía que contenerse por su clientela que esperaba a ese ser con ansiedad y por respeto a su amiga que adoraba a ese bicho.

—Que tienes la piel muy blanca... —respondió Caye, muy calmada.

—Ah, como has dicho que soy un puto payaso...

—De piel finísima... —replicó Caye, haciendo esfuerzos sobrehumanos para no romper a reír.

Naso se mordió los labios, gruñó y luego preguntó:

—Tía, no soporto que me vacile ni Dios. ¿Me estás llamando puto payaso de piel finísima?

Isabel no sabía dónde meterse y no podía dejar de pensar en qué hora se le había ocurrido que Naso le hiciera una canción...

—No te puedo llamar puto payaso porque yo respeto muchísimo a los payasos de verdad.

—¿Entonces? —replicó Naso echando chispas por los ojos.

—Que haces muy bien en salir al escenario con más pintura que mi abuela cuando va al bingo.

Naso agitó la cabeza, como si se estuviese reseteando y luego contraatacó:

—Joder tía ¿estás insinuando que voy maquillado como una vieja chocha?

Caye se puso muy seria y le dijo apuntándole con el dedo índice:

—Un respeto, chato, que mi abuela no está chocha.

—Es un decir, no entres tampoco en paranoia... —comentó Naso, revolviéndose el pelo con la mano.

—Debe ser que es contagiosa... —repuso Caye, retándole con la mirada.

Entonces, Isabel que ya no podía más de los nervios que tenía, cogió a su amiga del brazo y sugirió:

—Chicos ¿habéis visto la hora? Es tardísimo. Vámonos que está a punto de empezar el concierto...

—Yo es que jamás empiezo en hora, prefiero que se pongan ansiosas perdidas, consuman más y así salimos ganando todos —dijo Naso girándose y buscando la barra de labios mate en su maletín.

—Y luego sales y cantas *Cacarea*, lo tuyo es... —repuso Caye, a la vez que se soltaba del brazo de su amiga.

—Si haces una primera lectura, simple y superficial, podría interpretarse como cinismo por mi parte, pero los procesos creativos son muchísimo más complejos. Y desde luego que mi idea es entrar en el sistema para dinamitarlo desde dentro...

Caye se arremangó la cazadora de cremalleras y le advirtió airada:

—Ojito con romperme nada, que te lo cargo a tus honorarios...

Incomprensiblemente, Naso se echó a reír y le dijo a Caye al tiempo que se pintaba los morros:

—Me molas, tía.

—Pues tú a mí no... —replicó Caye partida de risa.

—Por eso me molas. Estoy hasta el escroto de los que solo se me acercan para comerme el rabo...

—Uy, yo eso jamás... —dijo Caye, batiendo las manos.

—Por eso vendré siempre a tocar a tu garito de mierda.

—En el que nunca actúan artistas de mierda, pero no te preocupes que contigo haré siempre una excepción.

Naso le tiró un beso y luego replicó:

—Muchas gracias, será siempre un honor.

—Pues ya sí que nos vamos. Mucha mierda, Naso. Y mira que ya tienes un montón, pero te deseo mucha más... —ironizó Caye.

Naso se partió de risa y luego lanzó más besos de despedida...

—Le tenemos en el bote —concluyó Caye en cuanto salieron del camerino.

Isabel que estaba alucinando, empujó a su amiga hasta la puerta del cuarto de baño que estaba unos metros más allá, y le susurró regañándola:

—¿Cómo se te ocurre tratar a Naso de esa forma?

—Solo le he estado tatuando el escroto, intelectualmente hablando, ¿no ves que es masoca? Y ya has visto: el chico lo agradece.

—Estaba cagada pensando que en cualquier momento nos iba a mandar a la mierda.

—No hacía falta que nos mandara porque ya estábamos allí: él es mierda.

—Qué rato más malo he pasado... —musitó Isabel, llevándose la mano a la frente.

—Isa es que estabas de un paradito, le has visto y te has guiñado viva. ¿Qué pasa que te mola mucho?

—Como artista le admiro muchísimo. Tía, es que es un genio... ¡Estábamos en el camerino con Naso! Me temblaba todo...

—Pues no entres nunca en el camerino de un genio de verdad porque colapsas. Mira, creo que este cretino te gusta porque te ha pillado en un momento muy malo de tu vida y estás tan dispersa como confundida...

—Tú sí que estás confundida y de la canción me olvido para siempre, porque entre que pasa de mí y lo cabrona que has sido con él... ¡Y encima me pica todo con el mono y los zapatos me están matando! ¡Por no hablar de estas putas pestañas postizas!

—Anda calla, que esto solo acaba de empezar, cuando acabe la noche me cuentas. Y ahora vamos afuera que te he reservado la mejor mesa junto al escenario...

Isabel miró horrorizada a su amiga y le preguntó a punto de entrar en pánico:

—¿Para qué? Me voy a poner atrás del todo a rezar para que se olvide pronto de mi cara...

Caye resopló, dio un manotazo al aire y luego le dijo:

—No seas melodramática. Como que me llamo Caye, que este te va a escribir una canción esta misma noche con su *khôl* de Chanel.

—Te lo tomas a cachondeo porque no tienes ni idea de quién es. Pero yo te digo, que he leído casi todo lo que se publica sobre él, que este tío es grande de verdad.

—No debe medir más de 1,65 cm con alzas...

—¿Qué dices de alzas?

—¿No te has fijado? Lleva unas botas con un tacón de unos siete centímetros...

—No estaba yo como para ponerme a mirarle los pies...

Caye cogió a su amiga del brazo y mientras la conducía a través de un largo pasillo hacia la sala, intentó tranquilizarla diciendo:

—Está saliendo todo de maravilla. Va a ser una noche perfecta, ya lo verás...

—Sí, seguro que sí... —masculló Isabel, convencida de todo lo contrario.

Y más cuando al llegar a la sala, se encontró con que su abuela, Chicho y el *caradura* de las galaxias estaban sentados en la mesa que Caye tenía reservada para ella...

Capítulo 12

Isabel se giró rápidamente, se echó la melena leonina hacia el rostro y le informó a su amiga que ya estaba saludando a su abuela con la mano:

—Tengo que huir de aquí...

Caye alucinó con el extraño comportamiento de su amiga y luego preguntó:

—¿Quién es el tío tan bueno que está acariciando la cabeza de Chicho?

Lucas llevaba puesto un traje oscuro sin corbata del hermano de Isabel que le quedaba genial, aunque a ella le estuviera dando muchísima rabia que hubiese tenido el morro de trincarle también el traje a su hermano. Por eso, respondió sin dudar:

—La razón por la que tengo que huir de aquí...

—¿No me digas que es el extraterrestre?

—¡Yo me voy! —exclamó Isabel, volviendo sobre sus pasos.

Pero tampoco pudo llegar muy lejos, porque Caye la agarró del brazo y la detuvo.

—¿Dónde vas? ¡Si te han visto perfectamente!

—Por eso, por si le queda alguna duda de que paso de él, que la despeje.

Isabel intentó zafarse del brazo de su amiga, pero esta la agarró más fuerte todavía y replicó:

—¿Cómo vas a hacer ese feo a tu abuela y a Chicho? ¡Y cómo me voy a quedar yo sin conocer a un extraterrestre! Sé un poquito generosa con los tuyos, por favor.

Isabel se resistió a ser generosa con los suyos hasta que su amiga le metió tal empujón que la obligó a darse la vuelta y enfrentarse de nuevo a la realidad más espantosa.

Ahora, eran los tres los que la saludaban desde la mesa: la abuela agitando las dos manos, Chicho el rabo y Lucas las cejas.

—Ay qué mono, si hasta mueve las cejas como los humanos... —cuchicheó Caye, sonriente, levantando la mano y moviendo los dedos.

—Pero sobre todo lo que tiene muy humano es el morro. ¿Por qué narices no se habrá subido al autobús?

—Pues porque esto está hoy animadísimo y para bajar a Madrid siempre hay tiempo —contestó tirando de ella y arrastrándola hasta la mesa, al tiempo que Isabel no dejaba de refunfuñar.

—¡Qué nohecita, madre mía! Voy de cagada en cagada... Y la culpa la tienes tú y este atuendo ridículo que encima da mala suerte. ¡No me vuelvo a vestir de Ferrero Rocher en mi puñetera vida!

—Calla, anda, que estás perfecta. No tienes más que fijarte en cómo te está devorando con la mirada ese buenorro venido de una civilización tan lejana... Anda, no seas chungueta y regálale un sonrisita... —murmuró Caye, cuando ya estaban a escasos dos metros de ellos.

—Y un piso también para que no esté dando tumbos por los pueblos... —gruñó Isabel, justo antes de que su amiga le metiera el empujón final que le puso al borde de la mesa.

Y al hacerlo, a Lucas le vino el inconfundible aroma a flores terrícolas de esa chica tan preciosa y sintió una alegría como si de pronto hubiera llegado la primavera más loca y salvaje.

Chicho por su parte, ladró muy contento al verlas llegar y desplegó su catálogo de fiestas a discreción, mientras Isabel regañaba a su abuela:

—¿Cómo se te ocurre traerte a Chicho al concierto? ¡Se va a poner enfermo con los ruidos! ¡Qué inconsciencia la tuya, de verdad!

—Dale un voto de confianza a Naso, mujer, sé que es malo... Pero no creo que tanto como para enfermarnos... —replicó Berta, con sorna.

—¡Hola Berta! ¡Estás guapísima! —exclamó Caye, abrazando a la abuela y luego dándole dos besos.

Berta lucía un traje de chaqueta fucsia complementado con tres collares gigantes de colores, brazaletes grandes y tres anillos con pedrolos enormes.

—Se lo debo a los rulos con los que dormí anoche y a Lucas que se ha empeñado en que abriera mi joyero —confesó Berta a la vez que agitaba los brazaletes hasta el codo que llevaba en ambos brazos.

—¡Genial! —refunfuñó Isabel, mientras Lucas pensaba en lo bien que le quedaban los destellos dorados a esa terrícola tan malhumorada como *sexy*—. Un desconocido te pide que abras el joyero y tú lo abres tan ricamente...

—Pues si es un desconocido tan agradable y que sepa tanto de estilismos como Lucas, por supuesto que se lo abro.

—Has hecho muy bien porque el resultado es espectacular. ¡Felicidades a los dos! —exclamó Caye.

—Pelota de mierda... —masculló Isabel.

—Te agradezco mucho el piropo, querida. Y fijate que pensé que a Isabel también le iba a gustar mi aspecto...—comentó Berta, un poco apenada por la reacción de Isabel.

Isabel lanzó una mirada furibunda a su abuela, en tanto que Lucas, que se había puesto de pie en cuanto las había visto llegar, no dejaba de mirar a Isabel con un deseo creciente...

—Un poco más y te pone el joyero entero encima, ¿le has estado vigilando para que no te manguen nada? —preguntó Isabel mirando a Lucas con recelo.

—Si casi todo lo que tengo en el pueblo es *bisuta*, Isa...

—Sí, pero este tío es muy vivo y fijo que ha echado ojo a lo bueno. —Y luego, dirigiéndose a Lucas le amenazó—: Cómo hayas trincado algo a mi pobre abuela del joyero, te juro que no vas a tener tierra para correr...

—Por favor, Isa, qué vergüenza... Contrólate un poco... —le rogó su abuela.

—Es que como no chinga, está muy tensa —explicó Caye y todos rompieron a reír.

—Ja, ja, ja. Qué chispa tenéis... —ironizó Isabel, muy cabreada—. ¿Y se puede saber qué ha pasado que no has puesto a este espécimen a las cinco en el bus como te dije? —inquirió Isabel ignorando completamente a Lucas.

—¿Adónde va a ir el pobrecillo si tiene la nave escacharrada? Digo el coche.... Quiero decir... el coche... ¡Estoy chocha! —disimuló Berta.

—No, lo no lo estás —dijo Lucas.

—Sí, un poco sí que estoy —insistió la abuela—. Lo que quería decir es que Lucas no ha subido en el autobús porque tiene averiado el coche en el jardín de casa y hasta que no lo arregle no puede irse...

Y a Caye que se moría por saber más de ese ser venido de tan lejos, le encantó escuchar aquello:

—¿No me digas que te vas a quedar unos días con nosotros? ¡Qué maravilla! Por cierto, soy Caye, amiga de la familia, puedes confiar en mí totalmente... Sé guardar los secretos y siempre he intuido que estabais pululando por aquí —se presentó Caye a Lucas, guiñándole un ojo y luego tomándole por los hombros y dándole dos besos muy efusivos.

—Encantado de conocerte, Caye —dijo Lucas, feliz de ser tan bien recibido por la mejor amiga de Isabel—. Y aunque le he dicho a Berta y a Isabel que no comenten nada, sé que lo que dices es cierto: sé que tú sabes y que lo sientes. Así que es absurdo que hagamos teatro alguno, y sí, voy a pasarme unos días por aquí.

—¿Queeeeeeeeeeeeeeeeeé? —soltó Isabel escandalizada, en tanto que Chicho no paraba de mover el rabo de alegría.

Y Caye alucinada con lo que estaba viviendo, se llevó la mano al pecho y musitó emocionada:

—¡Oh, qué maravilla! ¿Sientes que te siento? ¿Cómo es eso? ¿Puedes leer las mentes?

Isabel se cayó a plomo en la silla que quedaba libre junto a su abuela, mientras farfullaba:

—Me voy a sentar porque este tío puede echarle más cuento que Calleja...

—Tampoco es que pueda hablar demasiado —habló Lucas, al que le hizo gracia el comentario de Isabel—, pero para que te hagas una idea te diré que tenemos una especie de redes neuronales artificiales que aúnan el procesamiento del discurso a través de un algoritmo analítico, la megacomprensión holística y el análisis de sistemas neurolingüísticos.

—Vendemotos... —espetó Isabel dando un manotazo al aire—. Claro que con lo ocioso que debes estar, te da tiempo a caracterizar a tu personaje con patochadas de lo más variadas.

—Imagino que tendréis superdesarrollada la inteligencia artificial, ¿tenéis máquinas que sean más inteligentes que los humanos? Porque ¿eres humano, no? ¿O la imagen que proyectas es un avatar? —preguntó Caye, emocionadísima de estar frente a un E. T. buenorro.

—Sí, es un avatar. Realmente, es chiquitito, feo, cabezón y peludo... —comentó Isabel, que por fin estaba empezando a pasárselo bien.

—Perdona, ese es Naso... —matizó la abuela y todos se echaron a reír menos Isabel, a la que no le hizo ninguna gracia.

—Soy lo que ves. Somos de la misma especie, pero no puedo explicar los porqués ya que tenemos unos protocolos éticos muy estrictos que debo respetar. Y en cuanto a las superinteligencias la respuesta es sí...

—¿Y os tienen sometidos? ¿Por eso estás aquí? ¿Eres un rebelde que has escapado de alguna tiranía robótica? —preguntó Caye intrigadísima.

Isabel se echó las manos a la cabeza de la desesperación, y estuvo a punto de llevarse una pestaña postiza con el gesto, resopló y luego ironizó:

—Es un Nexus-6 de Tyrell Corporation Taras que no vale ni para pasar la escoba...

—En mi mundo no hay replicantes al estilo de *Blade Runner*, entre otras cosas gracias a los muchos protocolos éticos que tenemos. Para que te hagas una idea, uno de ellos es parecido a las *Leyes de la Robótica* de Isaac Asimov que prohíben que los robots causen daño a los humanos por acción u omisión —explicó Lucas para más alucine de Caye.

—Es flipante —dijo Caye boquiabierta—, y además conoces a la perfección nuestra cultura... ¿Llevas mucho tiempo empapándote de conocimientos terrícolas?

—¡Y tanto! Debe pasarse la vida tumbando a la bartola viendo *pelis* y leyendo todo lo que pilla. ¡Así cualquiera! —bufó Isabel—. Le ponía yo a currar de lunes a domingo, doce horas al día, a ver si tenía tiempo para tanta película y tanta gaita...

—¡Chica, que es cultura general! No seas cazurra... —le reprochó Caye.

—Lo es, Caye; Isa es cazurra como ella sola. Hasta que no le vea partir en su nave espacial —comentó la abuela en voz baja para que el grupo que acababa de sentarse en la mesa de al lado no la escuchara—, no va a creer nada...

Isabel dio un respingo en la silla y se le iluminó la mirada solo de fantasear con la idea de verle partir:

—Estoy loca por creer, así que por mí que se pire cuanto antes...

Caye miró a su amiga perpleja y le regañó por su comportamiento tan hostil:

—Isa ¿qué te pasa? ¡No te reconozco! Con Naso que es un gilipollas te cagas viva y con Lucas que es un amor de criatura del espacio exterior te pones de un impertinente que asusta.

—Eres tú la que estás equivocada —repuso Isabel ofuscada, mientras Lucas se partía de risa al escuchar lo de Naso—. Y tú no sé de qué te ríes... —le espetó a Lucas.

Caye cogió a Lucas por el brazo y le recomendó con todo el cariño:

—Disculpa a mi amiga, es que lleva unos meses bastante desubicada; pero te aseguro que es una buena tía...

—Lo mismo le he dicho yo —comentó la abuela.

—Pues estáis muy confundidas porque soy una bruja y cada día que pasa más... —confesó Isabel con una sonrisa perversa.

—Ten paciencia con ella, te lo ruego —le pidió Caye a Lucas—. Y ahora os dejo que esto se está llenando de gente, pero en cuanto acabe el concierto nos tomamos unas copitas juntos y tú, Lucas, me cuentas todo lo que puedas, por favor...

—Encantado, pero te ruego que no comentes nada a nadie de lo mío. Tú estabas preparada, pero el resto no lo está...

—No, claro que no, porque el resto se huele el percal a kilómetros... ¡So charlatán de medio pelo! —le espetó Isabel.

—Pero ¿qué dices? —replicó Caye haciendo el gesto de que le faltaba un tornillo—. Si cualquiera desearía estar en nuestro lugar. Así que disfruta, cuida de mi invitado y cambia la cara de estreñida que tienes, guapa...

Capítulo 13

Isabel solo cambió la cara que tenía cuando Naso apareció en el escenario y comenzaron a sonar los primeros acordes de *Roto y descosido*. Se destensó por completo, colocó una mano debajo de la barbilla y lanzó un suspiro profundo que a Lucas le llegó al corazón.

No se podía suspirar con más arte, pensó Lucas que, aunque lamentaba no ser el que se lo provocara, se sentía feliz de ver que esa chica por fin había dejado de arrugar el ceño, a pesar de que estuviera terriblemente *sexy* cuando se ofuscaba.

Si bien, ese estado de trance duró otro suspiró porque Naso comenzó a desgarrarse a golpe de guitarra, a chillar que estaba roto y que *no había más pegamento que la línea quebrada de tu espalda*, las chicas del público rompieron a aplaudir enfervorecidas y Chicho se asustó tanto que no podía parar de aullar, a pesar de los vanos esfuerzos de Lucas, que lo tenía a su lado, por calmarlo.

Isabel muy agobiada por la situación y temiéndose lo peor porque sabía que el desgarró de Naso iba en aumento, le habló a Lucas abriendo mucho la boca para que pudiera entenderle:

—Amárralo fuerte porque este se tira al escenario.

—Tranquila, está todo controlado... —replicó Lucas, acariciando la cabeza de Chicho.

—Tú y tus ideas...—le reprochó Isabel a su abuela.

—¿Qué? —replicó la abuela llevándose la mano a la oreja.

—Que mira que traerte a Chicho... —dijo Isabel abochornada, alzando la voz.

—Nada, no escucho nada —insistió la abuela dándose unos golpecitos en el lóbulo de la oreja.

—*Chichoooooooooooooooo* —gritó Isabel, señalándole con el dedo.

Y al llamarle, Chicho se revolvió en el sitio y comenzó a ladrar con una fuerza que se podía escuchar por encima de los berridos de Naso, que estaba rompiéndose que daba pavor escucharlo.

—¿Qué pasa con Chicho? —gritó la abuela.

—¿Es que no tienes ojos en la cara? —gruñó Isabel, apuntándose el ojo con el dedo índice—. De verdad, ¡qué irresponsabilidad! —exclamó Isabel llevándose la mano a la frente.

—La culpa es de este tío que canta como si estuvieran pisándole el juanete... —se excusó Berta, a voz en grito.

Isabel sintió tal vergüenza que enterró la cara en las manos, justo en el instante en el que Naso dejó de cantar.

—Dios mío... —susurró Isabel, rezando para que no sucediera lo que estaba sucediendo.

—¡Qué alivio! ¡Cómo se agradece que se calle! —comentó Berta y Lucas tuvo que hacer esfuerzos ímprobos por contener la carcajada.

Los Outsiders que seguían con la música, al ver que Naso no retomaba la canción pararon también y finalmente el cantante, se echó la guitarra que llevaba colgada al hombro hacia un lado, agarró el micro con ambas manos, y dijo todo dicharachero, como si de pronto se hubiera liberado del dolor del desgarro:

—Cómo se nota que esto es un pueblo... Perros ladrando, abuelas comentando la jugada. ¡Es todo tan jodidamente auténtico! —Y soltó una carcajada que a Isabel la descolocó por completo.

El público rompió a aplaudir con tanto entusiasmo que Naso tuvo que hacer un par de reverencias, con la mano en el pecho, mientras que Caye preguntaba desde el lado derecho del escenario:

—¿Está todo bien?

Naso solía introducir un pequeño monólogo en clave de humor para presentar algunas canciones y le solía funcionar bastante bien. Sin embargo, esta vez tuvo casi que improvisarlo:

—Es un problema que haya un mastín aullándome, una abuela gritando que le duelen los juanetes y tanta gente de campo tan guapa, y es que con tanto estímulo rural me cuesta conectar con mis emociones urbanas...

El público rompió a reír y a aplaudir más fuerte todavía...

—Os mola que me lo esté pasando de puta pena ¿eh, cabrones? —preguntó, esta pregunta era un clásico en su repertorio, y el público se vino más arriba todavía, como solía pasarle siempre—. A mí los aplausos me ponen cantidad, pero parad un poco para que os cuente que esta canción la escribí porque me dejó tirado una tía en un agujero de Malasaña, y el alquiler costaba un pastón además, porque si te dejan tirado en el pueblo debe ser mucho más llevadero... Por cierto ¿cuánto estáis pagando aquí por un puto agujero de mierda donde tienes que cagar de lado? —Lo del agujero también era otro clásico que no fallaba—: Ya me contáis luego, el caso es que esta tía me dejó con el corazón roto y un montón de facturas por pagar, de hecho me dejó tan hecho mierda y con un pufo tal a 48 meses con el Ikea, que compuse dos discos dobles. —El público se partía de risa y Naso se explicaba—: Sé que da risa pero no se me ocurrió mejor forma de sacarme el roto y pagar la cocina Knoxhult, con los electrodomésticos Lagan y luego aparte la nevera Smeg. Ella era muy Smeg —confesó alzando las cejas—. Os cuento todo esto, para que entendáis que no puedo revivir toda aquella pelota emocional con el mastín y la abuela, porque sería como un error de raccord. ¡Y ojo, que ya me habría encantado que hubiesen estado ahí en vez de las pizzas caducadas y la maría de mierda que me acompañaron en aquellos días grises! Pero es lo que hay, entonces y ahora me dirijo al mastín y a la abuela: u os calláis un poquito o vais a tener que esperar a que escriba un disco nuevo, inspirado en todo lo que me hacéis sentir... Porque os escucho y me viene a la mente el

retirándose el sudor de la frente con la mano:

—¿Se van?

—Sí, para que puedas bramar más a gusto —respondió Berta, tirando de Chicho que seguía aullando al cantante.

—Búsqueme en Youtube que tengo muchos videos y ponga al perro todos los días alguna canción mía. Ya verá cómo poco a poco se va acostumbrando y en el próximo concierto pueden venir los dos sin problemas...—sugirió Naso, echándose otra vez la guitarra para atrás.

—No tengo otra cosa que hacer.

Todo el mundo se echó a reír, menos Isabel que se juró en ese mismo instante que jamás volvería a ponerse nada dorado en su vida.

—¡Qué arte y cuánta verdad tiene usted! ¡Me pongo a sus pies! —comentó haciéndole una reverencia.

—Deja a mis pies en paz, que yo solo te he dicho la verdad y nada más que la verdad.

—Por eso me gusta usted tanto... Porque hoy es todo tan *fake*, que cuando me encuentro a alguien tan original y tan puro como usted, es que tiemblo entero de emoción. ¡Déjeme que la bese por favor!

—Si no hay más remedio... —bromeó Berta, encogiéndose de hombros

Naso se acercó a la mesa donde se encontraba la abuela y, cuando estaba a punto de besarla, Chicho gruñó:

—¡Qué autenticidad! —comentó Naso, en tanto que Chicho le estaba enseñando los dientes—. Me encanta la franqueza con la que este perro manifiesta su rechazo.

—Es que haces una música, hijo mío, que no le dejas otra opción...—replicó Berta.

Isabel se tapó otra vez la cara con las manos y lamentó no saber hacer los trucos de magia de Lucas, que parecía muy divertido, para desaparecer de la escena.

—Compondré algo para él —observó Naso, apuntando a Chicho con el dedo.

Chicho se quedó mirando fijamente al dedo largo del músico y luego dio un paso hacia delante gruñendo, como si quisiera morderlo.

—A Chicho, no, gracias, que tiene buen gusto. Sin embargo, a mi nieta le encantaría que le perpetraras algo para la tienda...

—¡La chica de las chokolatinas es su nieta! —replicó Naso, atando a cabos, y retirando el dedo no fuera a ser que al perro le diera por mordérselo y se quedara sin poder tocar la guitarra durante un mes.

Isabel se destapó la cara, esbozó una sonrisa de lo más tirante y saludó moviendo los dedos de la mano.

—¿Chokolatinas? —inquirió la abuela con el ceño fruncido—. Ya te mandaré unos Bertitas,

cuando se me olvide lo mal que tocas. ¡Buenas noches!

Berta tiró de Chicho que seguía intimidando a Naso con sus gruñido y se marcharon de allí, entre los aplausos del público...

—¡Hasta pronto, amigos! —se despidió Naso, rasgando las cuerdas de su guitarra.

Y después, arrancó otra vez con los primeros acordes de *Roto y descosido* para alboroto de la sala entera...

—¿Otra vez vuelve con el *Roto y escocido*? —susurró Lucas al oído de Isabel, tras acercar su silla a la de ella.

Isabel que seguía abochornada con todo lo que estaba pasando, le fulminó con la mirada y le respondió:

—¿Te crees gracioso? Pues no me hace ninguna gracia.

—No he pretendido ser gracioso, ¿no es el título de su canción?

Isabel bufó, se apartó de él desplazando la silla como medio metro y luego le espetó enfadadísima:

—Tío, ¿por qué no me haces un favor, haces un truco de magia de los tuyos y desapareces?

—¿Es lo que deseas?

—Con todas mis fuerzas —contestó Isabel, cerrando los ojos tan fuerte que vio fosfenos.

Y cuál no fue su sorpresa que, cuando volvió a abrir los ojos, Lucas ya no estaba allí...

Capítulo 14

Isabel imaginó que habría aprovechado los instantes que había cerrado los ojos para desaparecer y lo celebró dando un trago bien largo a la Fanta que le acababa de traer Vega, la camarera más guapa y borde de la provincia.

Y, aunque sabía que todavía iba a tardar en pasársele el bochorno del numerito de Chicho y la abuela, decidió relajarse un poco y disfrutar del concierto en el que Naso se dejó hasta las pestañas como siempre, pues jamás aguantaba el concierto entero, con su repertorio de veinte temas y cuatro bises, con las pestañas postizas puestas.

Después Naso se dedicó a firmar poemarios y CD's, sentado en una mesa que ordenó colocar junto al escenario, a todas las Nasofans que no paraban de reír las gracietas que de tanto en tanto soltaba el cantante:

—Si llego a saber que sois legión le pido prestada la mano con vida propia a los Adams — comentó Naso a voz en grito, agitando la muñeca al aire, tras firmarle a una chica con *brackets* que le miraba embobada.

Y todas se partieron de risa, mejor dicho todas menos Vega, la camarera, que justo en ese mismo instante dejaba sobre la mesa la Coca-Cola sin nada, ni caféina, ni azúcar, ni hielo, ni limón que Naso había pedido.

—No sé cómo puedes beber esta mierda —le dijo Vega, con una cara hasta los pies que a Naso le volvió loco.

—De tu mano bebería con gusto hasta cicuta... —replicó Naso que se bebió después la bebida del tirón.

—Gilipollas —soltó la chica, con desprecio.

Insulto que a Naso le puso tanto que sonrió y musitó:

—Gracias, no hay nada que ame más que la verdad.

Vega se pegó la bandeja que llevaba vacía al pecho y repuso:

—¿A mí qué coño me importa?

Naso se quedó embobado mirando a esa chica altísima, estilizada, de pelo negro y liso, ojos enormes y castaños, flequillo largo, *piercing* en la aleta de la nariz y en el labio inferior, camiseta de tirantes negra sin sujetador que dejaba a la vista los brazos tatuados de la muñeca hasta el hombro, vaqueros rotos y deportivas negras.

—Es que a las diosas les suele importar una mierda los mortales... —comentó Naso fascinado con la belleza y el carácter de esa mujer.

Vega se aferró con fuerza a la bandeja y, mirándole con verdadero desprecio, le dijo:

—Corta el rollo, tío, que conmigo no te va a funcionar el argumentario de poeta barato.

Naso se atusó la barba extasiado con esa diosa rural y luego le preguntó:

—¿A lo mejor con el de cantautor?

—Todo lo que cantas suena a impostado, como si no lo hubieras pasado por las tripas. No te compro, tío. Eres menos creíble que el lobo travestido de abuelita.

A Naso esas palabras le dolieron tanto, que sonrió de placer y confesó sin dejar de mirarla a los labios gruesos pintados de un rojo intenso...

—Joder, me gustas tanto que quiero follarte en los eriales o lo que coño sea que haya aquí fuera...

—Fuera hay pollos y peces...

—¿Pollos y peces? Joder, qué cosa más rara.

—Pollos para que te la piquen y peces para que te follen esa boca de la que solo sale música hedionda.

—Estoy duro como no recuerdo —confesó Naso, con los ojos brillantes, removiéndose en la silla.

—Pues métela en el agujero de la guitarra...

Y Vega se marchó dejando al cantante completamente trastornado, porque de repente le encontró sentido a todo: a su música, a su poesía, a sus locuras, a sus decepciones y a sus flaquezas. *Todo había sido necesario para terminar en ese garito serrano y encontrarse con esa valquiria que caminaba hacia la barra con la sinuosidad de una lengua de fuego*, pensó Naso.

Y mientras el cantante seguía firmando discos y poemarios con la convicción de que esa noche acababa de cambiar su vida para siempre, la valquiria, orgullosa de haber puesto en su sitio a ese petardo de tío, siguió poniendo copas con una sonrisa que sorprendió a todos.

—Anda, si tienes dientes... —bromeó Caye en cuanto se cruzó con ella.

—Es por culpa del trovador de saldo que has traído hoy.

—¿Te mola? —preguntó Caye extrañada, porque sabía que Vega tenía especial manía a los especímenes como Naso.

—Le ha dado estopa de la buena y estoy hasta cachonda. Joder, no sé lo que me pasa. ¿Me habrá vuelto sádica ese puto barbas? —replicó Vega, encogiéndose de hombros.

—No lo sé, pero nunca te había visto sonreír tanto...

—Es por los zascas que le he metido, y es que le miro... —confesó mirándole desde la mitad de la sala donde se encontraban—, y le veo tan enano, tan cretino, tan imbécil integral que me entran unas ganas incontenibles de volver a plantarme frente a él y continuar poniéndole a caer de un burro.

—Pues no te reprimas, porque le tienes idiotizado... —observó Caye, en tanto que Naso les saludaba con la mano desde la distancia.

—Joder qué gilipollas —masculló Vega, sin poder dejar de sonreír—. Bueno, voy a seguir trabajando porque a este paso yo voy a acabar convertida en otra con tanta sonrisita...

Vega se fue a dejar unas copas a una mesa y Caye se percató de que el chico de las estrellas estaba como perdido, deambulando entre las mesas del fondo, así que fue a su rescate.

—¿Lucas, que haces tan solito? —le preguntó cogiéndole por el brazo.

—Es que me levanté al baño y ahora quería pedir una copa... —mintió porque lo que estaba haciendo era idear la mejor manera de volver junto a Isabel, sin que le montara un pollo tremendo.

—Volvamos a la mesa y ahora se la pedimos a Vega...

Lucas vio el cielo abierto y del brazo de Caye regresó a la mesa en la que Isabel languidecía de aburrimiento, con la vista perdida en el móvil.

—¿Cómo se te ocurre dejar a tu invitado solo? —regañó Caye a su amiga, sentándose a su lado.

—Es que este tío no es mi invitado —contestó Isabel, dejando el móvil sobre la mesa.

—Ya, bueno, pero las cosas han venido así y tienes que adaptarte —dijo Caye, sentándose al lado de ella y después pidiendo a Lucas con un gesto de la mano que se sentara en la otra silla que estaba libre, junto a Isabel.

—Gracias —habló Lucas, sonriendo a Caye, agradecido.

—¿Adaptarme a qué? ¿A que me gorroneen? —replicó Isabel cruzándose de brazos.

—A lo que ha sucedido, este hombre se ha caído por aquí y tendremos que ayudarle hasta que pueda regresar...

—¿No pretenderás que yo le pague el taxi de vuelta a Madrid? —repuso Isabel revolviéndose en la silla.

Caye cogió a su amiga de la mano, la apretó fuerte, y mirándole a los ojos le suplicó entre susurros:

—Asume de una vez que este tío viene de muy lejos, por favor. Tenemos que darle cobijo hasta que arregle su nave espacial...

Isabel resopló, se soltó de golpe de la mano de su amiga y exclamó batiendo las manos de los nervios:

—¡Os habéis vuelto chifladas, pero a mí no me habéis a llevar a vuestra locura!

Caye iba a replicar algo, pero Naso la interrumpió y la llamó desde la mesa en la que seguía con las firmas, así que se puso de pie y le dijo a su amiga:

—Voy a atender a Naso, enseguida vuelvo con vosotros.

—En cuanto vuelvas, me despido de ti y me piro. Estoy loca por volver a casa, quitarme el disfraz

que me has puesto, meterme en la cama y olvidarme para siempre de este día... —respondió Isabel en un tono de lo más melodramático.

—No te vayas, que en cuanto Naso termine de firmar, le voy a pedir que cene con nosotros y así cerramos bien lo de la canción.

—¿Qué vas a cerrar? ¿La canción para Chicho? ¡Me muero de la vergüenza cada vez que lo pienso!

—Pero si lo de tu abuela y Chicho ha sido un puntazo... Voy a ver que quiere y tú confía en mí.

—Lo mejor es que me olvide de todo, del día de mierda, de la canción y de este señor que no me quito de encima ni con agua caliente —comentó Isabel, señalando a Lucas con la cabeza.

Lucas iba a decir algo, pero Caye le interrumpió:

—Mira, ahí viene Vega, pídele la copa, por favor...

—Como has dicho que nos vas a invitar a cenar, mejor dejo el copazo para luego—habló Lucas, risueño, llevándose la mano a la tripa.

Isabel le miró pasmada y le reprochó a su amiga:

—Esto es culpa tuya. Le das la mano y mira por dónde va ya este pancista con la cara de hormigón armado... Pidiendo copa y puro...

—Tiene razón. Os voy a invitar a cenar. Además ten un poco de empatía, ¡qué se ha caído del cielo, coño! Tú no te preocupes —le dijo Caye a Lucas, poniéndole la mano en el hombro—, que vamos a ayudarte en todo lo que esté en nuestra mano.

Después, se marchó a ver qué era lo que quería Naso, que no era otra cosa que suplicarle que Vega, porque no podía ser otra persona, le volviera a traer otra de cola sin nada.

Y mientras el cantante le comentaba a Caye lo mucho que le había hecho sentir la tía más borde la provincia, Lucas intentaba relajar el ambiente un poco con Isabel que en ese momento debía estar a punto de quitarle el título a Vega...

—¿Te ha gustado el concierto? —preguntó en tanto que Isabel tenía la vista clavada en los *louboutines*.

—Es Naso. Con eso se dice todo... —masculló, encogiéndose de hombros.

—Es una mezcla de Damien Rice, Gianluca Grignani, Serrat, Sabina y Chewbacca cuando le pisan el juanete... —dijo con intención de sacarle una sonrisa, pero consiguió el efecto contrario.

Isabel le miró echando rayos y centellas por los ojos, arrugó el ceño y, con una cara de asco tremenda, le espetó:

—¿Y tú qué eres? ¿Una mezcla de patetismo, con vagancia y ausencia de talento?

—Esta noche si quieres te toco algo en casa, y me dices...

Isabel gruñó y luego replicó ofuscadísima...

—¡Las narices, como siempre!

—Si prefieres te podría tocar otras cosas.

—Las que te las va a tocar soy yo a ti, porque ni sueñes con que esta noche la vas a pasar en casa

—replicó con una sonrisa triunfante.

—¿No te mola tocarme en casa? ¿Prefieres que lo hagamos en sitios extraños? —inquirió con una sonrisa perversa.

—Ya te gustaría a ti, te saldría el día redondo: corderito, concierto y cena con kiki con peligro.

Pero me temo que hoy no es tu día de suerte... —contestó Isabel, levantando las cejas.

Lucas iba a responder, aun a riesgo de que le llamara de todo, que estaba equivocada porque ya era más que afortunado por el solo hecho de estar a su lado; pero de pronto escuchó algo que hizo que encajaran muchas cosas...

—Escucha —le dijo a Isabel, señalando al techo con el dedo índice.

—¿El qué? —preguntó Isabel mirando al techo—. ¿Bowie? —En el garito estaba sonando *Starman*.

—He escuchado muchas veces esta canción, pero esta noche el —cantó Lucas, con una voz y afinación impecable—: *Look out your window I can see his light/ If we can sparkle he may land tonight* me hace un sentido brutal.

—¡Qué bien cantas! —reconoció Isabel, sorprendida de encontrar algún talento al de Mequetrefe—. ¿Y qué es lo que te pasa con esa letra?

—La canción va de un tío que viene de las estrellas que está esperando en el cielo para bajar a la Tierra y justo en esa estrofa dice algo así como que: si brillamos, puede ser que aterrice esta noche.

Isabel sí que de repente encontró sentido a las palabras de ese tío:

—Si lo que pretendes es que retire lo de ausencia de talento, de acuerdo. Reconozco que alguno tienes: cantas bien y parece que hablas algo de inglés. No hace falta que me sigas traduciendo la canción...

—No, si tienes razón. No me adorna ningún talento, pero esa estrofa confirma la razón por la que estoy aquí.

—¿Cuál? —preguntó Isabel muy intrigada.

Él la miró muy serio y luego respondió muy emocionado:

—Es tu brillo el que hizo que yo aterrizara anoche...

Capítulo 15

Isabel sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero, incluso por un instante llegó a creer que lo que estaba diciendo ese chico era cierto, cosa que le horrorizó hasta tal punto que se echó nerviosa la melena leonina a un lado y le advirtió muy seria:

—No me vaciles, tío.

—No te estoy vacilando. Si te dejas llevar por tu corazón y no por los prejuicios, sabes que es verdad lo que digo. Lo acabas de sentir...

Isabel pensó que sí, que lo acababa de sentir, pero lo último que podía hacer era reconocerlo, así que resopló molesta y después añadió:

—No me vengas con palabrería sentimentaloides que vomito...

—Lo que sé es que mi nave se escacharró en tu jardín por tu luz, tu brillo, tu destello...

—Perdona pero anoche iba con un pijama de seda negro, negrísimo. Si te llegas a caer hoy, que luzco un dorado ridículo a lo mejor podría creerte.

Lucas pensó que esa noche estaba espectacular, pero no se lo dijo por temor a que acabara vomitando. En su lugar, prefirió preguntar:

—¿Por qué dejaste de creer?

—¿En los farsantes? —replicó Isabel levantando una ceja, sabiendo perfectamente a lo que se refería, pero sin ganas de hablar de eso con él.

—En que puede suceder, de repente, cuando menos te lo esperas...

—¿El qué? —preguntó Isabel, nerviosa.

—Esto. La magia.

Isabel respiró hondo, porque después de tanto chasco lo único que quería era estar tranquila. Por eso dijo:

—Ahora busco otras cosas...

—Ahora lo que tienes es miedo.

Isabel negó con la cabeza y luego explicó:

—No es miedo, es que la he pifiado lo suficiente para saber lo que no quiero.

—Yo en cambio sé perfectamente lo que quiero. Me alegro tanto de lo que me está pasando, aunque tú no lo entiendas, aunque me mires así...

—¿Cómo te miro?

—Con la contradicción que te provoca sentir que lo que digo es cierto y la convicción de que no puedes cometer el error de creerme.

—No soy tan complicada —mintió Isabel, porque eso era justamente lo que estaba sintiendo.

Le escuchaba y le creía, pero al mismo tiempo la razón le decía que no podía fiarse para nada de un tío con una historia tan loca, de un supuesto E.T. enamorado y plasta que, en cualquier caso, solo iba a traerle problemas.

—Si fuera verde y con antenas, a lo mejor me creerías un poco más —comentó Lucas, risueño.

—Seguiría pensando lo mismo, ya no me dejo llevar por arrebatos, ni por impulsos, ni por corazonadas que en el fondo no son más que unas ganas desesperadas de encontrar algo que a lo mejor ni existe.

—¿Cómo puedes decir que el amor no existe si estás rodeada de amor por todas partes? Tu familia, tus amigos, tu trabajo, tu mundo... Amas lo que eres, lo que haces, lo que vives... ¡Tú sabes bien que existe!

—Pero el amor en pareja es distinto y a lo mejor no existe para mí. Y no es ningún drama. No pasa nada.

—Desde luego, el drama es el mío que estoy flipado contigo y tú pasas de mí.

—Es imposible que estés tan flipado —replicó Isabel incrédula.

—Porque no te has caído de una nave espacial hipersegura por culpa del brillo de una chica más que especial.

—De momento, eso no me ha pasado nunca —bromeó Isabel.

—Pues es un drama bonito.

—No, si como película está bien —dijo Isabel fantaseando con esa historia que como mera ficción no tenía mala pinta.

—Sí, el chico de las galaxias se queda flipado con la chica, la chica pasa de él y de repente suena Bowie y le entran unas ganas enormes de bailar con ella. Pero no se lo pide, porque ella solo tiene ojos para Naso, un cantante que no puede bailar porque está... roto y escocido.

—¡Buah! Con lo bien que ibas, lo has estropeado al final...

—¿Iba bien? —preguntó Lucas, revolviéndose el pelo con la mano de la ansiedad.

—Como historia, estaba curiosa. El chico de la nave, la chica que pasa de él, Bowie... hasta ahí, genial.

—¿Saco a Naso entonces de la historia?

—Sí, porque no aporta nada.

—¿Pero no es Nasoconesosedicetodo? —preguntó Lucas, feliz por lo que estaba escuchando.

—Sí, el puto amo. Un genio. Un megacrack. Pero no pinta nada en esta historia. Es el clásico

pegote que solo estorba, que no hace avanzar la trama...

—¿Ah sí? —replicó Lucas, viniéndose arriba.

—Sí, sácalo de la historia y dime cómo sigue.

—El chico pasa los mejores días de su vida junto a ella, se ríen, pasean, toman bombones y champán, hasta que él consigue reparar su nave y regresa a su casa muerto de pena, pero feliz porque al menos ha tenido la fortuna de conocerla y la llevará en su corazón para siempre.

—Vaya mierda de final... —bufó Isabel, muy contrariada.

—Es que te recuerdo que ella pasa de él...

—Pero que se lo curre un poco, es que detesto los finales de sí pero no. O son felices o unos desgraciados de mierda. Pero ese sí pero no, me saca de quicio. ¿Cómo va a ser feliz el tío las estrellas si regresa a su mundo sin ella?

A Lucas se iluminó la mirada y le preguntó, tras morderse los labios de la emoción:

—¿Tú crees que si me lo curro, tengo alguna opción?

Isabel negó rotunda, con la cabeza, y luego contestó:

—Ninguna. Estaba hablando de la historieta esta que nos estamos montando. En ningún momento me estaba refiriendo a nosotros... Es obvio que paso del amor y que paso de ti, por supuesto.

—Es obvio que yo no paso de nada y que estaba hablando de nosotros...

—¿Nosotros? Nosotros ni siquiera somos nosotros, así que tú tranquilo que lo superarás...

Lucas iba a responder que jamás superaría ser un desgraciado de mierda, pero que intentaría sobrellevarlo con alegría, cuando apareció Caye con Naso que acababa de terminar de firmar.

—¡Qué intenso todo! Miedo me da mirarme al espejo, tengo que tener la cara como pintada a gotelé —comentó Naso sentándose al lado de Isabel.

—Estás lleno de churretes. Vete a retocarte y pedimos por ti —le sugirió Caye, que ocupó el sitio que estaba frente a su amiga.

—¡La puta ley de Murphy! Como pensaba que el concierto del hoy iba a ser un coñazo atómico, no me he puesto prebase de maquillaje, es que tapa mucho el poro y luego la piel se resiente de tanta silicona —explicó Naso agobiado—. Así que me he dicho: Naso, tío, dale un descanso a tu piel, que ya le toca. Y mira tú por dónde justo hoy es cuando más lo necesitaba, porque el público ha sido la caña y me he puesto megacachondo, las tías en las firmas me han rechupeteado entero, como si fuera el santo del pueblo, y sobre todo aparece Vega, que es un sueño de tía. Joder y yo sin prebase... ¿Se puede tener más mala suerte?

—Y sin pestañas —apuntó Caye por si acaso no se había dado cuenta.

—Me siento muy inseguro. Me piro al camerino, id pidiendo vosotros, pero lo mío dejádmelo a mí que necesito volver a hablar con Vega...

Naso corrió a retocarse y Lucas comentó sorprendido:

—No sabía que la prebase fuera tan importante...

—Hace que te aguante más el maquillaje, a Isabel le he puesto una tonelada —comentó Caye, mirando la carta que estaba sobre la mesa.

—Tengo unas ganas de llegar a casa y quitarme todo lo que me has puesto encima que ni imaginas...

—Te queda muy bien, siempre estás bien... —comentó Lucas con timidez, no fuera a ser que Isabel se soliviantara.

—¡Qué encanto, Lucas! —comentó Caye, maravillada—. ¿Todos sois así en tu galaxia?

—Yo soy de los peores... ¡Y jamás me pongo prebase!

—Ni falta que te hace. ¡Y no seas modesto! —replicó Caye—. Jo, llévame a tu galaxia que yo quiero conocer a uno como tú...

—No le hagas ni caso, que tiene a un tío increíble en Australia que la ama y le parece que está lejísimos. ¡Cómo para enamorarse de uno de otra galaxia! —bromeó Isabel.

—¿Tienes un novio en Australia? —preguntó Lucas, como si fuera lo más normal del mundo, porque para él todo estaba como a la vuelta de la esquina.

—Es escritor. Estuvo aquí unos meses documentándose y nos liamos...

—Se enamoraron... —matizó Isabel.

—Nos liamos —insistió Caye—, y ahora él se empeña en que sigamos a distancia. Pero no yo no estoy por la labor...

—¿Ya no te gusta? —preguntó Lucas.

—Él me encanta, pero está muy lejos... Para ti supongo que no será nada, pero para nosotros humildes terrícolas está en el quinto pino.

—Pero el amor no entiende de distancias —replicó Lucas.

—Yo qué sé si es amor... —musitó Caye encogiéndose de hombros—. Erik se porta genial conmigo, de hecho si tengo chef nuevo es gracias a él... Mirad, la carta a ver qué queréis... —comentó cogiendo una—. Como veréis está lleno de pijadas, es que Nick es muy *cool*.

—¿Y el otro? ¿Sebastièn? —preguntó Isabel.

—Me cansé de llevarle mamado a casa todas las noches. Era un cocinero excepcional, pero se cogía unas cogorzas de campeonato. Se lo comenté a Erik, que es mi australiano —le explicó a Lucas— y me recomendó a un americano que había conocido surfeando y que sabía que estaba por Europa. Le llamé y a la semana estaba trabajando con nosotros. No creo que me dure mucho porque es buenísimo, pero mientras tanto vamos a disfrutarlo...

—Pues si te encuentra un buen cocinero, es amor. Ni lo dudes —comentó Lucas, mientras ojeaba la

carta.

Caye resopló y luego dijo:

—Es todo tan complicado...

—Joder, ¿qué tienes en la carta para que te angustie tanto elegir? —preguntó Naso que regresaba del camerino pintado como una puerta.

—Hablamos de amor —respondió Caye.

—No me hables de amor —le pidió Naso, que se había puesto hasta pestañas nuevas—, que el Cupido de los cojones me ha metido un flechazo en tu bareto que no me deja ni respirar.

—¿En mi bareto? ¿Quién?

—Vega. Me vuelve loco. Es un sueño. Un viaje. Una locura. El abismo... ¡Joder, qué hambre tengo de todo! —respondió Naso, abriendo la carta.

—Está todo buenísimo, el chef ya os digo que es un crack.

Y de pronto, como si acabaran de invocarla, apareció Vega para tomar nota y preguntar, sin dejar de sonreír a Naso:

—¿Sabéis lo que vais a tomar?

—Yo lo tengo clarísimo —respondió Naso, con una mirada penetrante.

Y entonces fue cuando Vega se percató de algo...

—¡Qué pestañacas! Si parecen las de la Gallina Caponata ¿son tuyas?

—Sí, porque las he pagado yo —contestó Naso, haciendo una bajada lenta de pestañas.

—A mí los tíos que se pintan me dan una grima que lo flipas —confesó Vega.

—Pues cada vez somos más... —replicó Naso, sacando pecho.

—Es el apocalipsis, definitivamente el mundo se va a la mierda —concluyó Vega.

—Tráeme para celebrarlo, por favor, huevo de corral poché con calabaza, emulsión de lechuga, zanahoria morada y almendra agria —pidió Isabel, que no tenía ni idea de lo que podía resultar de la mezcla, pero era lo único que entendía de la carta.

Vega tomó nota, después Caye y Lucas por no demorarlo más decidieron tomar lo mismo; en cambio Naso...

—¿Tú también quieres el huevito con guarnición para tu canario? —le preguntó Vega, con un espíritu de mofa que no le cabía en el cuerpo.

Naso cerró la carta, levantó sus cejas que parecían más gruesas de lo que ya eran por la cantidad de maquillaje de cejas que se había aplicado y respondió retando a Vega:

—A mí tráeme un par de huevos...

—¡Guau, aquí hay huevos! —exclamó Vega perpleja.

Por amor estaba dispuesto a todo, pensó Naso, por eso decidió apostar fuerte y pedir también:

—Y con chorizo, bien grasiento...

Que ya se encargaría él después de tomarse un Almax y pasarse los tres días siguientes a dieta *detox*.

Capítulo 16

Tras la cena, para seguir impresionando a Vega, Naso se pidió un whisky doble y después le comentó a Caye:

—Tenía pensando pedir un taxi y regresar a Madrid esta misma noche, porque los pueblos me agobian cantidad...

—¡Perfecto! —exclamó Isabel, entusiasmada con la idea de matar dos pájaros de un tiro—, te llevas a este, así se te hace el viaje de vuelta más corto.

—No, si yo lo que no quiero es volver. Como no tengo actuación hasta el próximo sábado he pensado que si me podéis dar asilo esta semana... Porque Vega ¿vive aquí toda la semana, no?

—Sí, vive aquí, pero me temo que vas a necesitar más de una semana para lograr lo que quieres —sugirió Caye.

—Lo sé y me pongo duro como el titanio. ¡Seducción lenta en un entorno rural! De verdad que no se me ocurre mejor planazo. Yo me quedo aquí como sea...

—Es que yo tengo a los Outsiders en mi casa —explicó Caye, y eran siete, nada menos—. Me pidieron que si podían quedarse unos días por aquí para desconectar y les dije que sí... Y de verdad que yo todavía no sé ni cómo hecho para que quepan los siete. Así que, que te acoja Isabel y listo.

—¿Yo? —replicó a punto de atragantarse con el postre, un sorbete de pera y otras siete cosas que no sabía lo que eran, del *shock* de escuchar que iba a tener al grandísimo Naso, metido en casa.

—El hotel rural está lleno, además así podéis trabajar juntos en la canción... —le recordó Caye dándole pataditas por debajo de la mesa para que dijera que sí que una vez.

Con todo, a Isabel le daba un corte tremendo tener a ese genio en su casa, *¿de qué iba a hablar con él sin dejar de sentirse estúpida? ¡Y luego su abuela pululando por allí y tratándole como si fuera un auténtico cretino!* El escenario era tan poco apetecible que se excusó con lo primero que se le vino a la cabeza:

—Es que la casa no es mía, es de mi abuela y seguro que ya lleva dos horas dormida.

—Tu abuela es muy hospitalaria, así que estará encantada de tener a Naso en casa, mientras no cante. ¡Y Chicho igual! —dijo Caye, convencida de que era la solución perfecta.

—Y a mí me hacéis un favor con no cantar, así descanso las cuerdas vocales —comentó Naso llevándose la mano a la garganta.

—Pero la canción se la compones, que encima que tiene la gentileza de acogerte en su casa, no te

vais a ir tú de Cuenca sin canción. ¡Es de ley! —le exigió Caye.

Isabel, azorada por la situación, porque era tan descarado como exigirle a Picasso un cuadro o Einstein una fórmula nueva por tenerlos alojados unos días en casa, matizó a su amiga con un hilillo de voz...

—Lo que es de ley es que yo le pague la canción, si es que se decide a componerla...

Naso se rascó la cabeza, bufó y luego dijo:

—Una canción de esas te la compongo en tres patadas, pero es que no quiero que mi nombre se asocie a determinadas marcas.

—Perdona pero es al revés, tú eres el que jamás estarás a la altura de un Bertita —le corrigió Caye.

Naso puso cara de asco, se revolvió el pelo con la mano y repuso:

—Joder, se me ha olvidado echarme cera en el pelo y lo tengo de un fosco... Pero a lo que iba, que mi nombre no se puede asociar a algo con un nombre tan moñas... Bertita... ¡Me cargo mi reputación de un plumazo! Yo soy un tío de la calle, que habla de las cosas que pasan en la ciudad, sobre lo que me duele, sobre los palos que me dan en el amor, sobre las injusticias que nos tenemos que comer cada día. ¿Cómo voy a ponerme a cantar a un bombón? Eso sería la perversión de mi arte...

—Pues es lo que hay, macho: o te perviertes o duermes en la puta calle —le advirtió Caye.

Isabel agobiadísima por la manera en que su amiga estaba tratando al genio, quiso darle la importancia que merecía diciendo:

—Para mí sería un honor que nos compusieras la canción y estoy dispuesta a pagar lo que vale.

Naso se atusó la barbilla, achinó los ojos y como necesitaba sí o sí quedarse en ese pueblo como fuera, replicó contundente:

—La semana en tu casa a gastos pagados y seis mil euros porque tu abuela me cae de puta madre.

Lo de los seis mil euros no era ni un 10% de lo que valía su arte, pero con tal de estar cerca de Vega estaba dispuesto hasta a palmar pasta, pensó Naso.

—De acuerdo —asintió Isabel.

—¡Y luego el gorrón soy yo! —saltó Lucas, alucinado.

—¿Todavía osas a compararte con Naso? —le reprendió Isabel—. Naso es un grande que puede pedir lo que le dé la gana, porque su arte es impagable.

—¿Qué arte? —preguntó Lucas, mientras se terminaba el postre.

—Hay que ser verdaderamente insensible para no verlo... —espetó Isabel, ofuscada.

—Pues no lo veo... —insistió Lucas, encogiéndose de hombros.

—Me parece genial que no lo veas... —dijo Naso, levantando su whisky y dándole un buen trago.

—Y desde luego que me parece un abuso pedir ese dineral por una composición tuya de treinta

segundos, cuando utilizas apenas cuatro notas y versificas con los pies.

Naso soltó una carcajada y luego dijo, tocándose el arito que llevaba en la oreja:

—Tiene que molar tener una pareja que piensa totalmente distinto a ti.

—¿Qué pareja? Yo no soy nada de este tío —respondió Isabel, negando con la cabeza y con la mano.

—Pero si tenéis el rollito ese chungo de las parejas que llevan juntas mil años —opinó Naso, a pesar de la cara de asco que estaba poniendo Isabel.

—Yo también pienso que tienen mucha química —apuntó Caye, aun a riesgo de que su amiga se enfadara más todavía, como así fue.

—Caye, deja de tocarme las narices...

—No te las toco, digo la verdad. Si es que salta a la vista...

—Sí, es cierto —afirmó Naso—. Se miran como esas parejas de años que tienen tantas ganas de joderse como de follarse.

—Yo solo tengo ganas de lo segundo... —confesó Lucas, tras apurar su postre.

—Anda, mira, hoy es tu día de suerte... —le dijo Naso a Isabel, divertido—. Yo te voy a componer a domicilio y este tío quiere dártelo todo...

—Que se lo quede para él... Gracias —murmuró Isabel, dando un manotazo al aire.

—Más onanismo, no. Gracias —repuso Lucas con una sonrisa malévola.

—Maldito desamor. Es muy triste que, por miedo a que nos vuelvan a hacer daño, caigamos en el gayolismo... —reflexionó Naso, con la vista puesta en su whisky.

—Yo no tengo ya nada roto y descosido —confesó Lucas—, ni tengo miedo a que me desgracien otra vez por amor, practico el autoerotismo porque llevo tres años viajando solo... por el mundo.

—Joder, qué interesante —dijo Naso, dando otro trago a su bebida—. Yo tengo unas ganas inmensas de pegarme una vuelta al mundo, pero de momento debo dejarlo aparcado porque tengo la agenda a tope de conciertos y lecturas.

—Yo también tenía mi agenda así, pero tras una ruptura y la sensación asfixiante de que no encajaba en ninguna parte, decidí marcharme muy lejos...

—¿Y ahora qué coño pintas en Cuenca? —preguntó Naso.

—Caí aquí. Quiero decir que mi coche cayó aquí...—rectificó porque sintió que Naso no estaba preparado para la verdad—. Se averió cerca de la casa de Isabel, que amablemente me tiene acogido...

—Genial, entonces después de que nos tomemos unas copitas, nos vamos los tres a casa con la yaya y el perraco —propuso Naso frotándose las manos.

—No, no. Él en mi casa no entra más... —dijo Isabel, rotunda.

—Tía, que lleva tres años solo viajando por el mundo matándose a pajas. Ten un poco de consideración y piedad... —le sugirió Naso.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso? —preguntó Isabel, sin entender nada.

—No, si no se trata de culpa, sino de empatía. Este tío necesita cariño y compañía, ¡vamos a dársela, joder! Nos quejamos de que el mundo es una porquería, pero cuando está en nuestra mano hacer algo por los demás, aunque sea con un pequeño gesto, nos inhibimos... ¡Qué hipócrita! ¿No te parece?

Lucas que acababa de terminar su postre, se limpió la boca con la servilleta y luego dijo haciendo verdaderos esfuerzos por ponerse serio, asintió:

—Así es. Totalmente hipócrita.

Isabel resopló, se llevó las manos a la cabeza y luego exclamó:

—Parad, que me he perdido. ¿De qué pequeños gestos estamos hablando? ¿De irnos a mi casa a hacernos unas pajillas a lo Torrente para paliar la soledad de este tío?

—Si invitas a Vega, yo me apunto a algo en grupo —propuso Naso, emocionado con la idea.

—Yo no quiero nada en grupo —se negó Lucas—, yo solo con Isabel...

—Pero yo no quiero nada contigo, no sé si lo pillas... —replicó Isabel con una sonrisa enorme.

—Bueno, Isa, pero no vas a dejar que pase la noche al raso. Tienes que acogerlo en tu casa, por lo menos hasta que arregle su... coche —le aconsejó Caye.

—Que se quede el bar, en el sofá que tienes en tu despacho... —propuso Isabel.

—Si es de dos plazas y tiene los brazos altísimos. Se va a tronchar el cuello, el pobre...

—Dejadlo, ya me buscaré yo la vida... —comentó Lucas.

—¿Qué vida? No tienes tú pinta de entrar con nocturnidad y alevosía en las casas de las viejas del visillo que habitan en estos lares —intervino Naso—. Tranquilo, que estando yo aquí tú no te quedas tirado en la calle con el frío del carajo que hace. En *Cacarea* precisamente hablo de esto... ¿Os acordáis? —Naso se llevó la mano al corazón y se puso a cantar con los ojos cerrados—: *Hay un sin techo que mira al cielo buscando una estrella que arroje su sueño, mientras tú solo piensas en pagar a plazos un crucero al absurdo mar del desencanto...*

—¡Lo has clavado! —le interrumpió Caye—. Porque te aseguro que Isabel no va a pensar en otra cosa que en cómo te va a pagar la burrada que le pides por cuatro notas...

Naso contrariado por la interrupción, abrió los ojos y luego habló, molesto:

—No me compares un crucero de estos turísticos en los que se entrapa la gente, en los que no hacen más que comer y pisar cuatro monumentos, con una composición mía que es algo mucho más trascendente y sustancial. En el arte nunca hay que escatimar y ella es ahora como un Médicis, una mecenas maravillosa que me elige para que haga inmortales a sus Chabelitas.

—Son Bertitas... —le corrigió Isabel.

—El nombre es lo de menos —apuntó Naso, quitándole importancia—. Pero yo te las immortalizo como que me llamo Naso...

—Pero no te llamas Naso —replicó Caye.

—Yo solo respondo a mi nombre artístico. No tengo más nombre que ese. Me comprometo a hacer algo memorable, pero solo te pongo una condición: a Lucas te lo traes también...

—Sí, está bien... —farfulló Isabel, asintiendo con la cabeza, porque no le quedaba otra.

—¡Genial! Y ahora quiero otra copa, que necesito que Vega me abrase otra vez con su mirada de jodido hielo... ¿La veis por ahí?

Caye localizó enseguida a la camarera que tomó nota ignorando completamente a Naso, cosa que hizo que sintiera que la flecha se le clavaba más hondo todavía.

El artista se quedó suspirando, mientras a Lucas solo le rondaba una idea por la cabeza:

—Si quieres, yo también me comprometo a hacer algo memorable esta noche...—le susurró al oído de Isabel.

Isabel le miró pasmada y replicó aferrada a su Fanta de limón:

—Con que te quedes calladito me basta...

—Para besar no hace falta hablar —susurró Lucas, mientras a Isabel el cosquilleo del aliento de ese chico en su cuello le provocó un suspiro de lo más absurdo.

Maldita abstinencia, pensó, y luego se bebió la Fanta de un trago.

Capítulo 17

Tres horas después, Isabel y Lucas salieron del garito cargando con Naso que iba borracho como una cuba. Como pudo y muerta de frío, ella abrió la puerta del viejo Golf de su abuela, abatió el sillón del copiloto y, con la ayuda de Lucas, empujó a Naso para que se sentara en la parte de atrás.

—Joder, ¿cuántos años tiene este coche? A ti con los Consuelitos te tiene que ir de puta pena... — farfulló Naso con la lengua de trapo.

—Es el coche de mi abuela Berta, y los bombones se llaman como ella: Bertitas —le recordó Isabel.

—En mi cabeza no hay sitio más que para un nombre: Vega, Vega, Vega...

—Sí, tío, sí —dijo Isabel, enderezando el asiento en el que se sentó Lucas.

—¿Cómo va esto de amortiguación? Porque no respondo de mí, después de todo lo que me he mamado...

Lucas abrió la guantera del coche y encontró una bolsa de la compra de tela doblada en ocho partes.

—¿Le paso esto por si vomita o tenéis mucho cariño a la bolsa? —le preguntó Lucas, en cuanto Isabel se sentó.

—Dásela, que ya solo me queda terminar el día limpiando potas...

—Pero sería la pota de un genio... —replicó Lucas, divertido, pasándole la bolsa a Naso.

Isabel ignoró el comentario de Lucas y arrancó el coche con unas ganas tremendas de llegar a casa y quitárselo todo de encima: pintura, zapatos y a Lucas. Sobre todo a Lucas...

Naso no le molestaba lo más mínimo, aunque en ese momento estuviera cantando a puro berrido:

—*Roto y descosido sí que estoy jodido, roto y descosido no puedo vivir sin tiiiiiiiiiiiiiii.*

A lo que Lucas replicó a grito pelado y llevándose las manos al pecho:

—*Aaaay.*

Aaaay.

Y Naso al encontrar apoyo para su causa, volvió a la carga con más fuerza todavía:

—*Roto y descosido sí que estoy jodido, roto y descosido no puedo vivir sin tiiiiiiiiiiiiiii.*

Y Lucas de nuevo, chilló muy fuerte, como sintiéndolo desde lo más profundo:

—*Aaaay.*

Isabel le miró echando chispas por los ojos y le exigió:

—¡Calla yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

—¡No me la da gana! —gritó Naso desde atrás.

—A ti no te digo. ¡Se lo digo a él, que parece mentira que no sepa comportarse!

—¿Qué dices, tía? —replicó Naso—. ¡Si se está comportando de puta madre! Canta como los

dioses, dice aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay que le sale de bien adentro. Y no me extraña

porque enamorarse de una bruja como tú, tiene tela...

Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay.

Lucas se echó a reír, pero a Isabel no le hizo ninguna gracia. Por eso, le reprochó:

—Lo de él tiene perdón por el pedal que lleva encima, pero lo tuyo no tiene nombre...

—¿Yo qué he hecho? ¿Qué tiene de malo hacerle los coros al artista? —se defendió Lucas con una sonrisa que a Isabel le desquició aún más.

—Como vuelvas a cantar, paro el coche y te bajas. Y me importa una mierda el frío, los lobos y los miles de peligros que pueden acecharte... —le advirtió Isabel apuntándole con el dedo índice.

—Baja el dedito que está muy feo eso de señalar, agarra bien el volante y deja de regañar a mi amigo que no merece tanto desprecio... —pidió Naso y Lucas asintió con la cabeza.

—Tiene razón, los borrachos siempre la tienen —añadió Lucas.

—¿Ah sí? ¿Y cuando me ha llamado bruja, también?

—Joder, tía. ¿No te ves? Si es que eres una amargada y una aguafiestas —respondió Naso—. Estamos aquí cantando nuestras penas de amor y vas tú y nos frustras...

—¿No te das cuenta de que compartimos tragedia? ¡Nuestras princesas pasan de nosotros! —replicó Lucas.

—¡No digas chorradas! Si a mí me conociste ayer y este no hace ni cinco horas que ha conocido a la otra...

—No ha faltado más que una mirada para descubrir cuál es mi destino.. —habló Naso, con ojos de carnero degollado.

—Y su brillo es tan fuerte que me caí del cielo... —susurró Lucas.

—¿Cómo que te caíste del cielo? —preguntó Naso que, aunque estaba como una cuba, todavía le quedaba algo de lucidez.

—Es un decir... —contestó Lucas, nervioso.

—¿Pero qué es lo que quieres decir con el decir? ¿En qué cielo estabas cuando la conociste? ¿En el de tu paraíso onanista? No entiendo la imagen... ¡Joder y esa luz! —exclamó Naso, tapándose los ojos con la mano, para que no le deslumbrara una luz amarilla que apareció de repente en mitad de la carretera, balanceándose.

—Es la Guardia Civil, ¿no has visto las balizas para la reducción de la velocidad? —informó

Isabel, rezando para que no les pararan. Y no por temor a dar positivo porque se había pasado la noche a Fanta, sino porque estaba loca por llegar a casa.

—¿Qué va a ver si va ciego? —replicó Lucas, justo en el instante que Antonio les hacía indicaciones para que detuvieran el coche en el arcén.

—Lo que me faltaba, ¡ahora a soplar! A Dios pongo por testigo de que jamás me vestiré de dorado...

—Harás muy mal, porque te sienta de maravilla —comentó Lucas, con una sonrisa que a Isabel le sacó aún más de quicio.

—¿Podrías callarte un poco? Por si no te has dado cuenta estoy nerviosa...

—Es que dar positivo en Fanta hunde la reputación de cualquiera —intervino Naso con su lengua de trapo y a punto de caerse hacia el lado contrario de la ventana.

A Isabel no le dio tiempo a responder nada, porque no le quedó más remedio que parar y saludar a Antonio que seguía de guardia con Quiroga:

—¡Buenas noches, Antonio! —saludó forzando la sonrisa porque tenía ganas de todo menos de sonreír.

—¡Buenas noches, pareja! —saludó Antonio, bajándose la braga que le tapaba la mitad de rostro por el frío.

—¿Pareja? Jojojoho. Pues sí que tiene ojo el picoletto... —dijo Naso justo antes de caer a plomo sobre el asiento.

—¿Y ese? —preguntó Antonio, mirando a través de la ventana y saliéndole un tremendo chorro de vaho por la boca.

—Es Garci Naso, el cantante que ha venido a actuar en el bar de Caye —respondió Isabel, como si fuera lo más normal del mundo llevar a un cantante borracho en el asiento trasero.

—¡Vaya cogorza que lleva! Nosotros hemos puesto el control por el concierto y es el tío que he visto más perjudicado en lo que va de noche. ¿Qué pasa que se lo ha bebido todo él solo? —preguntó Antonio, rascándose la frente.

—Lo que sé es que yo solo he bebido Fantas...

—Y él las paga... —soltó Antonio muerto de risa, refiriéndose a Lucas.

—Ya quisiera yo que fuera un *pagafantas*, pero este no gasta ni en saliva... —refunfuñó Isabel, porque el tío ni había hecho ademán de meterse la mano en el bolsillo durante toda la noche.

—¿Para qué quieres un novio *pagafantas*, mujer? ¡Que yo lo he dicho de broma!

—Eso mismo le digo yo... —intervino Lucas—. Que me tiene que aceptar tal cual soy...

—A ver, bueno —matizó Antonio—, tú también tienes que hacer tus esfuerzos por mejorar y gastarte la pasta, tío. A mí me daría cosa que mi novia fuera con un coche del año de la pera pasando

frío, cuando por doscientos euros al mes tienes ahora cosas muy majas.

—Tomo nota, sí... —dijo Lucas.

—¿Qué notas vas a tomar, si me he comprado un coche hace poco? Este es el de mi abuela...

—Precisamente, te he parado porque pensaba que era ella... —comentó Antonio.

—¡El picoletto quería hacer soplar a Chicho! —gritó Naso, desde atrás, partido de risa.

—¿Y este tío se pilla estos mocos cada vez que actúa? —preguntó Antonio, arrugando el ceño.

—Es que se ha enamorado así a primera vista y para impresionarla, porque la chica tiene pinta de malota, se lo ha tomado todo —contestó Isabel, encogiéndose de hombros.

—Qué malo es eso de no ser uno mismo. Volvemos a lo mismo de antes...

—¿No ha dicho antes que hay que esforzarse? —preguntó Naso que de repente se incorporó—.

Pues yo me lo he bebido todo para ver si encajaba con sus fantasías de cantante chungo...

—Muy mal hecho. Hay que esforzarse, pero siempre en positivo... —explicó Antonio alzando el dedo índice para remarcar la palabra “positivo”.

—Creo que ya es un poco tarde... —masculló Naso que justo en ese instante sintió una náusea tan fuerte que abrió la bolsa que Lucas le había pasado y vomitó.

Isabel clavó la frente en el volante, mientras mascullaba:

—¡Qué asco, qué asco, qué asco!

—¿Y adónde te lo llevas? ¿A Madrid? —preguntó Antonio, mientras Lucas sacaba unos clínex de la guantera y se los pasaba a Naso.

—No, se queda en casa unos días, vamos a trabajar juntos... Me va a componer una canción para la tienda —respondió Isabel, levantando la cabeza y después abriendo la ventana.

—Pon las botellas bajo llave, porque quien hace un cesto hace ciento —le sugirió Antonio.

—Lo haré. ¿Me puedo ir o tengo que soplar?

—Te he parado porque pensaba que era tu abuela, quería comentarle que anoche, después de salir de vuestra casa, recibí la llamada de doña Ramona y me dijo que había escuchado un estruendo tremendo, como si se hubiera caído del cielo algo muy gordo.

—Anda, como tú, que te caíste del cielo... —farfulló Naso, entre vómito y vómito.

—¿Qué dice el borrachín? —inquirió Antonio, con los ojos entornados.

—Nada, está fatal... No sabe ni lo que dice —dijo Lucas, batiendo las manos.

—Pero es que doña Ramona está como a tres kilómetros de vuestra casa, el estruendo tuvo que ser muy fuerte para que lo escuchara...

—Es que el ruido fue morrocotudo —recordó Isabel.

—No paro de darle vueltas, porque es imposible que este hombre hiciera tanto ruido con sus trucos de magia como para que lo escuchase doña Ramona que está medio sorda —apuntó Antonio,

acariciándose la barbilla.

—Lo que escuchó esa señora no tuvo nada que ver con mi magia, a lo mejor de lo señora fue un ruido de algo natural como un corrimiento de tierras... —sugirió Lucas, para salir del paso.

—Esta mañana hemos estado inspeccionando la zona, pero no hemos visto nada. Es que es rarísimo, que un ruido se escuchara en dos sitios tan distantes y que no haya dejado ni rastro...

—Ha sido este, agente, que se ha pillado por el brillo de Isa y ¡se ha caído de arriba haciendo *bumbatubuuuuuuuuuuuuuum!* —exclamó Naso a gritos.

Y nada más pronunciar la última palabra, al cantante le vino otra arcada y volvió a vomitar...

—Puaj, este hombre está fatal. Me lo voy a llevar a casa cuanto antes, porque a este paso se nos deshidrata —comentó Isabel, muerta de asco.

—Sí, pero lo que ha dicho de tu novio... ¿De dónde saca lo del brillo y el *bumbatum*?

—Que no son novios, que ella pasa de él... —gritó Naso con la cabeza metida en la bolsa.

—Es que no rige bien, lo que he dicho es que me ha impactado tanto ver a Isabel vestida de dorado que mi corazón ha hecho *bumbatum* —explicó Lucas sonriendo a Isabel, y ella le retiró la mirada abochornada.

—Y a ella le habrá hecho lo mismo, porque hacéis una pareja muy bonita. Ay, chicos —suspiró Antonio—, tenéis que quererlos mucho, me lo tenéis que prometer...

—*Argggggggggggggggggggggg*. —Este era Naso, rompiendo a vomitar de nuevo.

Loca por salir de allí cuanto antes y media mareada por el olor, Isabel dijo:

—Nosotros nos vamos ya, que este hombre está fatal, que tengas buena noche, Antonio...

—Lo mismo digo, parejita, lo mismo digo... —masculló con una sonrisita que a Isabel le hizo morir de la vergüenza—. Y seguiré investigando lo del estruendo...

Capítulo 18

Al llegar a la casa, de nuevo cargaron con Naso hasta dejarlo en la habitación que solían ocupar los sobrinos de Isabel y que estaba empapelada con posters del Real Madrid de fútbol y baloncesto.

—¿Esto qué es? ¿Una cámara de tortura? —preguntó Naso horrorizado, al ver que el edredón y las sábanas también eran del Real Madrid—. Yo aquí no duermo ni loco. ¡Que soy del Atleti a morir, coño!

—Es lo que hay —dijo Isabel, encogiéndose de hombros—. Es la habitación de mis sobrinos.

—¿No tienes otras sábanas?

—Las de 90 cm son todas así.

—Méteme en otra habitación... —exigió medio grogui.

—La otra libre es donde se ha instalado Lucas...

—Cámbiame la habitación, tío. Que tú tienes cara de madridista —le pidió Naso a Lucas.

—A mí es que me gusta más la habitación donde estoy, y la cama es de matrimonio, que me viene genial por lo que pueda pasar... —replicó Lucas, y a Isabel la respuesta le puso de los nervios.

Y por si aún no se había percatado, le faltó tiempo para dejar las cosas claras:

—Pues como no se meta Chicho contigo, no sé para qué quieres tanta cama...

—Eso digo yo, tío. Si para hacerte pajas te da lo mismo que la cama sea de 90 cm o de 1, 50 cm —le sugirió Naso, con los ojos cerrados del colocón que llevaba.

—Al que le da lo mismo con el ciego que llevas es a ti. Yo no pienso cambiarme de habitación, la vi primero. Lo siento —dijo Lucas, rotundo.

Naso estaba tan mareado que no tenía fuerzas ni para rebatir, así que decidió sentarse en la cama con cuidado, no fuera a ser que se le pegara algo, hacer de tripas corazón y luego decir:

—Creo que podré resistir una noche entre tanto horror...

—Ahora te traigo Aquarius y una manzanilla —le ofreció Isabel, mientras se quitaba la bufanda de lana que llevaba.

—Y agua micelar, por favor —pidió Naso.

—¿Para desmaquillarte? —quiso saber Isabel.

—Para suicidarme. ¿Para qué va a ser? ¿No pretenderás que duerma con todo lo que llevo puesto?

—No usamos.

—¿No me jodas que no tienes ni la del Mercadona?

—No. Tenemos un gel de limpieza que...

—¿Cómo puedes desmaquillarte con eso? —replicó espantado—. Los geles son tensoactivos y resecan muchísimo la piel.

—Mi abuela tiene una leche limpiadora muy buena...

—Uff. ¡La leche deja residuos grasos! —exclamó Naso, muy agobiado.

Isabel para tranquilizarle cometió el error de sugerir:

—¿Y qué tal el agua y el jabón?

Pero Naso saltó como si le hubieran mentado a lo más sagrado:

—¡El agua no se lleva la suciedad oleosoluble y el jabón me altera el pH! ¡Que estamos en el siglo XXI, por favor! ¿Cómo se puede vivir sin agua micelar?

—¿Pero tú no críticas el consumismo absurdo en *Cacarea*? —le preguntó Lucas, asombrado por la adicción del genio al agua micelar.

—Critico el consumo de chorradas, no de cosas básicas como el agua micelar. En fin... Dejarme solo, que ya veré lo que hago cuando pare de darme vueltas esta mazmorra en la que vais a encerrarme.

Naso se sentó en la cama, se sacó las botas y se tumbó a esperar a que Isabel le trajera los líquidos, un trapo húmedo para la frente y un pijama que llevaba estampada la cara de Batman.

Cuando Isabel le trajo todo, él se limitó a echarle un vistazo y decir:

—¿Lo del pijama de Batman es para terminar de cachondearte de mí? Todo el mundo sabe que tengo fobia a Batman.

—No sabía... —se disculpó Isabel.

—Cuando era pequeño, entró en mi habitación un murciélago y desde entonces estoy traumatizado.

—Te lo he traído porque es el que he visto más corto de manga y pernera... —se justificó Isabel, lo que fue muchísimo peor.

Naso arqueó una ceja, y aún estando fatal de lo suyo, todavía tuvo fuerzas para gruñir:

—¿Insinúas que soy bracicorto y paticorto?

—No, no, estás muy proporcionado —mintió—. Pero mi hermano es más alto que tú y los otros pijamas te van a quedar fatal.

—Te equivocas, primero porque a mí todo me queda bien y segundo porque se llevan las mangas muy largas.

Isabel se mordió los labios de la ansiedad de no dar una a derechas y propuso:

—Espera un momento y te traigo otro.

—Paso, que eres capaz de traerme algo con gaviotas. Prefiero dormir en bolas. Cierra la puerta y no molestes más, guapa, que eres muy pesadita. Adiós, muy buenas —dijo batiendo la mano al aire

para que se marchara.

Isabel salió de la habitación un poco agobiada por si Naso al final decidía no hacerle la canción, después de haber metido tanto la pata. Pero cuando llegó al salón se puso además de una mala uva tremenda al ver que Lucas estaba sentado en el sofá, mirándola con una sonrisa de oreja a oreja y con el abrigo puesto.

—¿Ya has acostado al genio? —le preguntó Lucas.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no te acuestas? Son las cuatro y media de la mañana...

—Mañana no tengo que madrugar...

—Yo solo tengo ganas de quitarme todo y meterme en la cama... —dijo Isabel despojándose el abrigo negro que llevaba puesto.

—¡No te quites el abrigo! —le pidió Lucas, batiendo las manos.

Isabel se quedó aferrada a las solapas de su abrigo, resopló y muerta de cansancio, le habló:

—Después del momento señorita Pepis que acabo de tener con Naso y de removerle un trauma infantil con el pijama que he escogido para él, solo quiero dormir y con un poco de suerte olvidar.

—¿Quién es la señorita Pepis?

—¿No conoces el maletín de la señorita Pepis? —preguntó Isabel extrañada y Lucas negó con la cabeza—. Un maletín de maquillaje y belleza de juguete, de los 70 y 80 que ahora se ha vuelto a vender.

—Intento estudiar todo lo vuestro, pero hay cosas que se me escapan...

—Ya, claro, a Mequetrefe no llegan estas cosas.

—Déjame que te lo enseñe, es que no voy a poder dormir hasta que no sepas mi verdad. Necesito que sepas de dónde vengo... —susurró Lucas, poniéndose de pie y acercándose a ella.

Isabel le vio tan interesado en mostrarle su pueblo que le pidió:

—Venga, anda, ponlo en Google Maps y nos vamos a dormir.

—Es que tiene que ser en mi Google Maps, porque con vuestra tecnología es imposible alcanzarlo.

—Mira, tío, no estoy para vaciles, me caigo de sueño... Buenas noches. —Isabel se dio la vuelta con la intención de marcharse para su habitación, pero Lucas la cogió de la mano y la detuvo.

—Será un momento, por favor. Tú necesitas ver para creer y por mucho que te cuente, sé que hasta que no veas vas a seguir sin confiar en mí.

Isabel sintió tal estremecimiento al sentir la mano de Lucas, que se soltó de pura extrañeza, porque no entendía cómo podía estar provocándole eso un tío del que pasaba totalmente y luego replicó casi gruñendo:

—¿Qué es lo que tengo que ver? ¿El campanario de tu pueblo?

—Te puedo mostrar lo que quieras... —respondió con tal cara de pena que era imposible

resistirse.

Isabel resopló y farfulló, haciendo acopio de las últimas gotas de paciencia que le quedaban:

—Joder, qué habré hecho yo para merecer esto. Venga, saca las fotos...

—Es que tenemos que salir, por eso te he pedido que no te quites el abrigo.

—¿Salir adónde? —preguntó Isabel, mientras se arrepentía de tener tanta empatía.

—Al lugar donde caí accidentalmente, aquí en tu finca... ¿Te atreves o no? —la retó.

—¿Qué si me atrevo a salir a estas horas a ver las fotos de tu pueblo que guardas en el cascajo de coche que debes tener? No, claro que no me atrevo.

—No es ningún cascajo. Al contrario, me vine en lo último de lo último, si ha fallado no ha sido por una cuestión técnica, ha sido por tu luz que es más fuerte que todo —dijo con los ojos brillantes de emoción.

—Te juro que en mi vida he conocido a un tío más brasas que tú —replicó Isabel y para su pasmo sintiendo que ese tío estaba diciendo la verdad.

—Enfréntate de una vez a la verdad. ¿O te da miedo que sea cierto?

Llegados a ese punto a Isabel le daba igual si ese tío tenía fuera una carreta o una nave espacial, lo que le estaba dando pánico era que de alguna forma le estaba sintiendo, podía percibir sus emociones y concluir con certeza que estaba siendo absolutamente sincero con ella.

Pero entonces ¿qué hacía? ¿Se dejaba llevar por el corazón que le gritaba que confiara en él o por la cabeza que le estaba alertando de que no era más que un cara de hormigón charlatán?

—No tengo miedo a nada —contestó Isabel, sintiendo que, a pesar de la insensatez que era salir a esas horas de la noche, tenía que hacerlo, que junto a ese tío nada malo podía pasarle y que debía hacer caso a su corazón.

—Haz caso al corazón —susurró Lucas, tendiéndole la mano.

Isabel alucinada se quedó con la vista clavada en la mano bonita, grande y fuerte, que ese chico le tendía y comentó:

—Es imposible que puedas leer mi mente.

—Puedo sentirte, como tú a mí...

Isabel volvió a sentir ese maldito estremecimiento y luego dijo enojada, porque era imposible que estuviera sucediendo eso, aunque lo percibiera con total intensidad:

—Mentira, si pudieras sentir lo hasta la coronilla que estoy de ti, me habrías dejado marcharme a dormir hace mucho tiempo.

—Pero como también siento que estamos conectados, necesito que conozcas mi verdad, para que tu mente se convenza de que no soy ningún gorrón que ha venido a sablearte.

—¿Ah no? ¿Y a qué has venido entonces? —preguntó pestañeando muy deprisa.

Lucas respondió sin vacilar, mirándola intensamente:

—A hacerte feliz.

Isabel se quedó perpleja, sintiendo que ese tío estaba diciendo la verdad, pero era todo tan absurdo que lo mejor era desmontar a ese farsante cuanto antes. Por eso, cogió la bufanda que tenía sobre el sofá y le pidió:

—Vamos, que estoy loca por conocer Mequetrefe.

—¡Bien! —celebró Lucas, levantando los puños, como si hubiera ganado algo. No en vano, había ganado la posibilidad de que esa chica empezase a mirarle con otros ojos—. ¡Vas a flipar, ya lo verás! —exclamó tendiéndole la mano.

—Veo todo lo que quieras, pero no hace falta que vayamos agarraditos. Gracias —dijo despreciando la mano que Lucas le tendía y dirigiéndose a toda prisa hasta la puerta de la calle.

—Gracias a ti —replicó Lucas, feliz como no recordaba.

Cuando Isabel abrió la puerta, un golpe de viento frío le hizo reconsiderar la escapadita, pero como si de nuevo le hubiese leído el pensamiento, Lucas la empujó un poco para que saliera...

—¡No hace falta que empujes! —protestó Isabel.

—No estés remisa, que te va a encantar... Tenemos que ir detrás de la arboleda.

Isabel le miró ofuscada, abrió un viejo aparador y sacó unas zapatillas deportivas porque no tenía ya lo pies como para plantarse en la arboleda en *louboutines*. Se quitó los zapatos, se calzó las playeras y se echó a andar a toda prisa hasta el lugar que le había indicado Lucas, con los brazos cruzados y sin dirigirle la palabra, pero sin dejar de percibirle estúpidamente feliz.

Sin embargo, ella a medida que se acercaba a la arboleda se sentía cada vez más idiota, y no podía parar de pensar que cómo se había dejado manipular de esa forma por un tío que no había hecho otra cosa más que tocarle las narices.

Y nuevamente, como si Lucas pudiera leerle el pensamiento, susurró:

—Vas a alucinar. Ya verás...

Isabel gruñó y no dijo nada hasta que después de atravesar la arboleda, Lucas la cogió del brazo para que se detuviera, sacó como una especie de mando a distancia del bolsillo, apuntó al aire y de repente, una estructura metálica enorme, en forma de platillo, surgió de la nada...

Capítulo 19

Isabel se quedó petrificada y a Lucas no se le ocurrió nada mejor para calmarla que tomarla de la mano y decir:

—Venga, sube y te enseño Mequetrefe.

Isabel se soltó de la mano y mirándole horrorizada inquirió:

—¿Qué pretendes? ¿Secuestrarme y llevarte a tu mundo? ¡Yo no me meto ahí dentro ni loca!

—Si quieres te secuestro, pero tendrás que esperar a que arregle la nave.

—¿Entonces cómo me vas a enseñar Mequetrefe? —preguntó Isabel con la vista clavada en el platillo.

—Hay cosas que funcionan, por ejemplo tengo una especie de Google Mequetrefe con el que vas a poder ver todo y en tiempo real.

—Esto no puede ser verdad... —dijo impresionadísima con lo que estaba viendo.

—Es verdad, pero no pasa nada.

—No ¡qué va! Ahora vendrán el resto de los tuyos, nos invadirán, nos someterán y nos convertirán a todos en esclavos.

—Mira que os pone a los terrícolas imaginar desastres, pero tranquila que tenemos altamente desarrollada la biología neuronal de las emociones y los sentimientos.

—Ah, pues no sabes lo tranquila que me deja —ironizó Isabel, al tiempo que le entraron unas ganas infinitas de salir corriendo.

—Quiero decir que sabemos organizar las emociones, nos esforzamos en cultivar lo mejor y en reducir todo lo que conduce a la violencia y al conflicto. En general, tenemos un buen equilibrio metabólico y una buena química interna, así que no tienes nada que temer: somos gente de paz.

Pero por mucho que dijera aquel tío, Isabel no salía de su alucine:

—Esto solo me pasa a mí...

—Solo soy un chico que viene de un poco lejos, en un medio de transporte un tanto diferente —replicó Lucas encogiéndose de hombros.

—Sí, esto es muy normal... —farfulló Isabel, a la vez que una escalerilla se desplegaba para subir a la nave.

Lucas se situó frente a Isabel, la miró a los ojos y susurró:

—Estamos muy lejos, pero en lo importante somos lo mismo. Es el amor lo que nos mueve...

Isabel tuvo que tragar saliva para descartar que no estaba soñando, que era cierto que Lucas estaba ahí mirándola con una mezcla de deseo y ternura, con una nave espacial por testigo.

—Madre mía... —atinó a decir, porque estaba tan en *shock* que no le salían más palabras.

Un golpe de viento revolvió el pelo de Isabel que se levantó las solapas de su abrigo como si así pudiese dejar de temblar y no precisamente por el frío.

Lucas la vio tan vulnerable, que no se le ocurrió nada mejor para que se convenciera de que estaba diciendo la verdad, que estaba allí por amor, que tomarla por la cintura, que atraerla hacia sí y besarla con todo el amor que le movía...

Isabel que pensaba que ya no podía sorprenderse más, se vio de repente devolviendo el beso al extraterrestre, mordiéndole los labios, profundizando el beso, abrazándose fuerte a él y deseando que aquello no terminara nunca.

Pero sucedió que de pronto las luces de la nave se encendieron y de nuevo Isabel se asustó:

—No tengas miedo, solo son luces... —le susurró Lucas, con los labios pegados a los suyos.

Luces que comenzaron a girar en una suerte de remolino entorno a la estructura central y ahí Isabel no es que tuviera miedo, es que entró en pánico y lamentó con un nudo en la garganta:

—Solo a mí se ocurre morrearne con un E.T. Si es que no escarmiento, yo me piro de aquí antes de que sea peor... ¡Y tú, si no quieres que Antonio se plante en la finca, apaga esas luces que dan el cante que no veas! —le aconsejó Isabel, apartándose de él.

—La he arrancado para que subas... —reconoció Lucas, triste por haber perdido el abrazo de esa chica.

—No voy a subir. Todavía me queda algo de cordura...

Isabel lo dijo tan convencida que Lucas no insistió:

—Como quieras... —replicó, alzando otra vez la especie de mando a distancia y haciendo que la nave desapareciera de repente.

—Esto es una puta locura... —farfulló Isabel, al ver que la nave desaparecía otra vez.

—¿El qué? ¿Qué invisibilice la nave o lo nuestro?

—¡Todo! ¿Adónde conduce esto? No niego que hay una atracción, pero ¿qué me aporta tener un follorollo con un tío de las galaxias?

—¿Follorollo?

—Sí, lo típico de que te gusta alguien y te enrollas sin más complicaciones. Porque no hay más que pura atracción y sexo... Contigo me pasa eso, podría tener sexo tranquilamente...

—¿Solo tranquilamente?

—Y nerviosamente también, sobre todo si están girando esas lucecitas que me estaban poniendo atacada perdida. Pero nada más...

—¿Nada más? ¿No podríamos comer cosas ricas que tenéis por aquí y beber vino tinto mientras se escucha a lo lejos alguna canción de Sabina que me ponga triste, y que luego suene Enrique Iglesias y me venga arriba y entonces nos dé por correr por las callejuelas empedradas y desiertas del pueblo, hasta caer exhaustos y muertos de risa junto el arroyuelo, y allí tumbarnos bajo un árbol y hablar por hablar, de todo y de nada, hasta que salgan las estrellas y tengamos sexo con el adjetivo que elijas?

Isabel respiró hondo, porque de verdad que era lo más raro que le había pasado en su vida, y contestó:

—Algún día, no te digo que no, pero es que eres un extraterrestre.

—¿Y?

—Que este no es tu sitio, tu vida está en Mequetreffe, supongo que más pronto que tarde arreglarás tu nave y te marcharás.

—¿Y eso no es lo que sucede con los tíos con los que tienes follorollos? Supongo que siempre llega un día en que desaparecen de tu vida y no los vuelves a ver más.

—Sí, bueno, pero siguen en el planeta... Los sigo en Facebook, compruebo que siguen siendo los mismos cretinos de siempre y siento paz. Pero eso de que un follorollo se vaya a tantísimos años luz, sé que me va a desasosegar demasiado.

—Tú a lo que tienes miedo es a enamorarte —afirmó Lucas, acercándose otra vez a ella.

Isabel solo sabía que se moría de ganas de besarle otra vez, pero prefirió no decírselo y responder:

—Me piro. Créeme que es lo mejor...

Y se apartó de él y se echó a correr hacia la arboleda, con Lucas detrás gritando:

—¡Eres una cobarde!

Isabel se paró en seco, se dio la vuelta y sofocada le replicó:

—¿No te das cuenta que te estoy haciendo un favor? Aquí decimos “a enemigo que huye, puente de plata”.

—Pero tú no eres mi enemiga.

—Te he tratado como un cara de hormigón armado y, a diferencia de mi abuela y Caye, no he creído en ti en ningún momento.

—Pero eso no te hace mi enemiga. No te engañes a ti misma, huyes porque tienes miedo a que mis besos te gusten demasiado.

—Besas bien, pero tampoco vayas de sobrado.

—¿Entonces por qué huyes? Soy un tío de otra galaxia, pero de verdad que son todo ventajas: ¡soy todo para ti! Mi madre, mis hermanas, mis amigotes, mi ex... ¡todos están a años luz! Como mucho los verás en holograma y siempre que tú quieras...

—¡Pero yo es que no te quiero para nada!

—¿Estás segura? Mira que un chollo como yo no te lo vas a encontrar en ninguna parte.

—¡Menudo chollo cargar contigo a todas partes!

—Todos los que me conocen me suelen encontrar alguna utilidad... Por lo pronto ya has visto lo bueno que soy haciéndole los coros a Naso —bromeó Lucas, a ver si conseguía arrancarle alguna sonrisa a Isabel.

—Tengo demasiado sueño como para pensar en tonterías... —replicó Isabel, agotada, y echándose a andar otra vez de vuelta a casa.

—No son tonterías... —insistió Lucas, caminando junto a ella.

—Tienes razón, son majaderías. Llevas demasiado tiempo solo vagando por el espacio y estás totalmente confundido.

—Sé lo principal, que me he caído por tu luz. Para todo lo demás, solo necesito tiempo...

—Te has caído en Cuenca de pura casualidad.

—Las casualidades no existen. Me he caído en tu finca porque tenía que conocerte.

—Te has caído aquí, como podías haberte caído en una granja de Wisconsin.

—Ya, pero es que el amor de mi vida resulta que eres tú, y no el dueño de una granja de pollos.

Isabel no pudo evitar echarse a reír, porque en el fondo todo aquello resultaba cómico:

—Te estás haciendo una *pele* romántica conmigo y es que no me conoces de nada...

—Lo sé, ya te lo he dicho: solo necesito tiempo. Pero la chispa la tenemos...

Isabel aceleró el paso para llegar cuanto antes a casa y repuso ofuscada:

—¿De qué chispa hablas, tío?

—Perdona, tienes razón, más que chispa es un incendio descontrolado, porque nuestros besos tienen la propulsión suficiente como para plantarnos en la luna en un segundo. Total, que con esta química bestial que tenemos, y la caña que me metes, tenemos garantizada la felicidad de por vida.

¿No ves que lo que mata el amor es el tedio?

—Ojalá fuera todo tan sencillo... —masculló Isabel.

—El amor cuando es de verdad es sencillo.

—Al principio siempre lo es, pero luego yo no sé qué pasa que acaba convirtiéndose en una auténtica pesadilla.

—Pero no siempre tiene que ser así, alguna vez tendrá que terminar bien.

—Digo yo, pero no creo que sea mi caso —confesó Isabel, sintiendo de pronto un escalofrío.

Lucas la cogió por la cintura y la estrechó contra él, mientras decía:

—Mira que eres ceniza... Lo mío serán las *pelis* románticas, pero es que tú no paras de darle al thriller: La gente de otras galaxias va a venir a encadenarte, jamás podrás ser feliz en el amor...

—No creo en la basura de la positividad y el buen rollo. Es un consuelo para necios, la realidad es que casi todo es una puta mierda. Y no pasa nada, lo tengo más que asumido: el universo está lleno de cabrones, lo de tu tribu debe ser una excepción—habló Isabel, cogiéndole también por la cintura—, y en el amor me va a ir de puta pena. Y no es un drama, es lo que es. Te agarro por el frío, no te vayas a pensar... —le aclaró.

—Lo importante es que te agarres, las razones me dan lo mismo. Ah, y no olvides que los buenos siempre llegan más lejos que los villanos.

—Si tú lo dices...

—Los de mi tribu hemos llegado más lejos que los cabrones galácticos.

—O sea que existen...

—No estoy autorizado a hablar de eso. Pero del amor puedo hablar todo lo que quieras, y sé que no te va a ir de puta pena.

—Si es que me da igual. ¡Ahora mismo estoy tan a gusto que no necesito que haya un tío en mi vida para ser feliz!

—Pero es que ya estoy aquí —repuso Lucas, sin cortarse un pelo.

—Tú estás aquí accidentalmente, arreglarás tu nave y te marcharás por donde has venido.

Lucas se paró, la cogió por los hombros y luego le dijo muy serio:

—Estoy aquí por ti.

Isabel resopló, se apartó un mechón del rostro y replicó:

—Sería precioso que fuera así, pero no lo es.

Lucas entonces la agarró por la cintura y volvió a besarla con una pasión tan desesperada que Isabel llegó a creer que ese tío estaba diciendo la verdad, y se asustó tanto que lo empujó hacia atrás y salió corriendo hacia la casa, mientras Lucas se quedaba atrás y le gritaba:

—¡Sí que lo es!

Capítulo 20

Aquella madrugada, después de llegar a casa, quitarse los tres kilos de maquillaje y el estilismo que le había traído tan mala suerte, Isabel se metió en la cama sin dejar de pensar en Lucas, que había entrado en la casa después que ella y que se había marchado directamente a dormir.

Para Isabel era mejor así, porque no hubiese aguantado ni un minuto más cerca de ese tío que además de extraterrestre estaba como una cabra y en su locura presentaba tal lucidez que había llegado hasta a creerle.

Pero no podía ser, ni ese tío estaba ahí por ella, ni había llegado desde tan lejos para hacerla feliz, ni nada que se le pareciera, pensó mientras las alondras ya cantaban y al día le quedaba ya poco para despuntar.

Después, se quedó dormida y apenas cinco horas después se despertó con el taconeo de su abuela por el pasillo que estaba a punto de marcharse a misa de doce.

¿No estaría pensando en dejarla sola con Naso, Lucas y Chicho?, se preguntó muy ansiosa, mientras saltaba de la cama, abría la puerta y salía corriendo al pasillo...

—*Abuelaaaaaaaaa* —susurró para no despertar a los otros.

—¿Qué pasa? —preguntó la abuela, girándose.

—¡Espera que me voy contigo!

—¿A misa? Si tú no vas a misa, desde hace siglos... —musitó Berta.

—Adonde sea, pero yo aquí sola no me quedo con estos.

—Sé que está Naso, me lo encontré a las ocho en la cocina, ¡menudo susto! Pensé que nos estaba asaltando la nevera Chewbacca jibarizado...

—Es que bebió un poco más de la cuenta y me lo traje a casa. Además, va a pasar unos días con nosotros porque va a componerme un tema para el aniversario de la tienda. ¡Ha aceptado al final!

¿No es genial?

—¿Gratis? —preguntó Berta, temiéndose lo peor

—¿Cómo qué gratis? Naso es un grandísimo artista, su arte no tiene precio.

—¿Y cuál es precio del artista impagable?

—Ya te lo cuento de camino al pueblo. Me ducho rápido y nos vamos...

Quince minutos después, Isabel se subía al coche con el pelo mojado y apurando el zumo de piña que llevaba en la mano.

—¿Te vas a coger una pulmonía! Mira que salir con el pelo así con el frío que hace...

—Prefiero correr el riesgo antes que quedarme a solas con ellos —confesó Isabel, poniéndose el cinturón.

—Con Naso todavía, pero Lucas es un amor de chico.

—Demasiado amoroso para mi gusto —replicó Isabel al tiempo que arrancaba el coche.

—¿Se te ha declarado? —preguntó Berta con una sonrisa de oreja a oreja, mientras se agarraba al asidero del techo.

—No, exactamente. Dice que se cayó en la finca por mi luz y que está aquí para hacerme feliz.

—¿Y qué más quieres que te diga? ¡Ay cuánto me alegro de que por fin conozcas a un chico como Dios manda! —exclamó la abuela mirando las nubes que encapotaban el cielo.

Isabel miró pasmada a su abuela y luego le preguntó:

—¿Cómo te puede alegrar tanto que me tire los tejos un extraterrestre?

—¿Tú le has visto bien? —replicó la abuela, levantando las cejas—. Menuda suerte has tenido, porque te podía haber tocado un extraterrestre como Yoda o uno de tres metros verde lechuga, pero no... ¡Te ha tocado el cañón de las galaxias! ¡Ay qué afortunadas somos! —exclamó Berta, muy ilusionada.

—Abuela, por favor, que esto es un drama... —farfulló Isabel, con la vista puesta en la carretera vacía.

—¿Dónde está el drama? ¿En que tenía que haber bajado unos cuantos años antes para haberle empezado a catar antes? —replicó la abuela entre risas.

—Ni le he catado, ni le voy a catar...

—Pues más tonta eres tú.

A Isabel le molestó tanto lo de tonta que para viera que no lo era tanto, desembuchó:

—A ver, lo he catado un poco... Besa bien. Muy bien —rectificó—, pero es un tío de las galaxias.

—¿Ya te has convencido de que es un E.T. *sexy*?

Isabel resopló, se mordió los labios y luego le contó a Berta:

—Para no convencerme, si nos adentramos más allá de la arboleda y la vi...

—¿El qué? ¿Su cosota? ¿Pero no dices que le has catado solo un poco? ¿En qué quedamos?

—¡Vi la nave espacial! La tiene invisibilizada, pero dio a una especie de mando a distancia y ante mis ojos apareció un pedazo de platillo volante que me dejó sin habla.

—¡Ay yo quiero verlo! En cuanto volvamos de misa, le pido que nos tomemos el vermú en el platillo...

—Abuela, por favor —la interrumpió angustiada—, ¿cómo te puedes tomar esto tan serio con esa ligereza? Es que te repito que es un drama, pero de los gordos...

—No va a pasar nada porque vamos a llevar este asunto con muchísima discreción, para la gente del pueblo es tu novio y punto.

—Pero Antonio está haciendo sus averiguaciones, anoche me lo encontré en un control y me dijo que doña Ramona había escuchado también el estruendo. Sé que anda peinando la zona...

—Que peine lo que le dé la gana, nosotras chitón y punto en boca. El mundo no está preparado todavía para asimilar que no estamos solos en el universo, que por ahí pululan criaturas guapas, inteligentes, educadas, simpáticas y tan románticas... —suspiró Berta—. Así que ¿ves? No hay drama, si somos listas y discretas. Tranquila, que no vamos a permitir que Lucas caiga en manos de científicos desaprensivos que le traten como a un conejito de Indias.

—Sí, pero imagina que llegara a suceder que...

—¿Qué se pone enfermo? Con el nivel de desarrollo tecnológico que tiene debe poseer solución para casi todo por lo que hoy palmamos. ¡Eso no es problema! —replicó Berta, quitándole importancia.

—Sí, pero imagina por un momento que me vuelvo loca y me enamoro de él. ¡Joder es un tío que vive a años luz de aquí!

—¿Y? Como si es de Tarancón. ¿Qué más da de dónde sea?

—Abuela, por favor, que su vida está en otra galaxia.

—Su vida estará donde esté su corazón, ¿te lo imaginas en la tienda vendiendo bombones? ¡Nuestras clientas alucinarían! —fantaseó Berta.

—¿Cómo va a renunciar a su Mequetrefe perfecto por este planeta de mierda? —inquirió Isabel, desquiciada por el entusiasmo de su abuela.

—Por la misma razón que me vine al pueblo con tu abuelo, por amor, hija por amor. ¿Qué más razón necesitas?

—No necesito nada, esta conversación es absurda. Yo jamás me volveré loca, Lucas arreglará su nave y se irá. Fin de la historia —concluyó Isabel encogiéndose de hombros.

—Y será verdad, anda que no hay que ser tonta para dejar escapar a un tiarrón así.

—Perdona, lo que no soy es una desesperada que se va con el primero que aparece...

—Pero es que a ti se te han aparecido un montón y ninguno como este.

—Este es como todos, abuela. Así que no insistas, paso de tíos...

—Menos de Naso, como canta tan bien y apenas tiene pelos por todas partes... —ironizó Berta.

—Lo de Naso es distinto, no está en la categoría de *tío mierder*, él es un genio y vamos a acogerle en casa una semana...

—¿Una semana al lado de ese petardo? —protestó Berta, enfurruñada—. ¿Por qué no dejas que Lucas te componga la canción?

—Lucas tiene una voz bonita y tal, pero no es Naso, abuela. Naso es el cantautor más talentoso de la escena musical actual.

—Pues qué mal está la escena, hija mía.

—Ya verás cómo nos hace algo maravilloso...

—Sí, sacarnos la pasta por chillar como si estuviese expulsando una piedra del riñón: *Cómete un Bertita, no seas plastita aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay, aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay* —canturreó imitando Naso, cuando estaban ya entrando al pueblo.

—Búrlate todo lo que quieras, pero ya verás cuando esté lista la canción: sé que va a ser algo prodigioso y por supuesto un exitazo.

—¿Y necesita una semana para componer esa genialidad?

—Lo que haga falta, pero en principio va a ser una semana. Lo que haré será trabajar desde el pueblo hasta que la termine.

—Yo no voy a irme hasta que Lucas arregle la nave, no puedo dejarle solo.

—Pero si lleva solo un porrón de tiempo pululando por las galaxias.

—Porque no le quedaba más remedio, pero ahora que se ha caído y está en la Tierra, el pobre muchacho necesita contacto humano y ahí voy a estar yo para dárselo.

—Conmigo que no cuente —replicó Isabel negando con la cabeza, mientras subían una calle empinada y estrecha que desembocaba en la vieja iglesia del siglo XVI.

—Me parece fatal, la hospitalidad hay que practicarla siempre.

—Sí, la hospitalidad está genial, pero hasta ahí. No pienso ir más allá, ni entrar al trapo de sus delirios románticos —aseguró Isabel, parando justo delante de la iglesia para que su abuela se bajara.

Berta antes de apearse del coche le replicó a su nieta, risueña:

—Parece mentira que te dediques a elaborar bombones irresistibles y no sepas ver que tienes uno delante.

—Precisamente porque me dedico a eso, sé que es un bombón trucho —replicó Isabel convencida.

—Tú sí que estás trucha...

Berta abrió la puerta, salió del coche y se metió en la iglesia mientras Isabel se marchaba a aparcar unos metros más allá, junto a una fuente de piedra antiquísima.

De vuelta a la iglesia, la chica se sentó junto a su abuela en la octava fila mientras no paraba de darle vueltas a lo que su abuela había dicho de Lucas.

Y sí, reconocía que ella podía estar trucha, pero ese bombón intergaláctico no se lo iba a comer, lo tenía clarísimo y más cuando al llegar el momento de la Comunión, se quedó sentada sola en el banco, porque la abuela Berta se levantó a comulgar, y notó el aliento en el cogote de alguien que

estaba detrás de ella, que olía de maravilla a Hugo Boss y que luego susurró:

—No te asustes...

Isabel dio un respingo y, con el corazón latiendo fuerte, se giró y comprobó que Lucas estaba arrodillado justo detrás de ella.

—¿Cómo no me voy a asustar si apareces de la nada?

—Es teletransportación cuántica en cortas distancias. No te puedo contar más... —cuchicheó al oído de Isabel, que permanecía rígida sentada en el banco.

—¿Qué haces aquí? —inquirió nerviosa, con la vista puesta en el altar.

—Sentí que estabas agobiada por lo que pasó anoche y no podía esperar para decirte que estés tranquila, que no va a volver a suceder.

Isabel se giró otra vez para preguntarle muy intrigada y en voz baja, para que no la escuchara la familia que tenía delante:

—¿El qué? ¿Lo de enseñarme tu nave?

—A la nave puedes venir cuando quieras, me refiero a los besos. Ha sido un error, lo siento mucho, no se va a volver a repetir.

—¿Ah no? —preguntó Isabel extrañada de lo pronto que había tirado la toalla.

—No, te altera demasiado y yo solo quiero lo mejor para ti —musitó Lucas, deleitándose con el delicioso aroma a flores terrícolas de esa mujer, que le fascinaba pero que a todas luces, según él, no estaba preparada para que sucediera nada entre ellos. Así que después de darle vueltas al asunto que le tenía sin pegar ojo había decidido, con todo el dolor de su corazón, que eso era lo mejor.

—Te pasaste veinte pueblos, mira que decir que estás aquí por mí.

—Sigo pensándolo, pero ya da lo mismo. No quiero incomodarte más, solo he venido para decirte que no es necesario que me evites, ni que estés a la defensiva cada vez que nos encontremos. Entiendo que todo esto te desborda y lo respeto... —musitó lamentándolo muchísimo.

—Me alegra saber que por fin lo has pillado... —susurró Isabel, sintiendo una pena muy extraña.

Porque se suponía que debía de estar contenta por quitarse a un pelma de encima, y no lo estaba, y porque también estaba sintiendo la pena de Lucas, aunque ella no fuera consciente todavía...

Capítulo 21

Después de misa, Isabel recibió la llamada de Caye que le propuso ir a hacer senderismo con los Outsiders, pero declinó la invitación porque no tenía ganas de nada y optó por quedarse con Berta y Lucas tomando el aperitivo en el pueblo, sin intercambiar ni una sola palabra con él, por supuesto, y luego regresar a casa y atender los infinitos caprichos de Naso.

Y es que cuando regresaron a casa, se lo encontraron sentado en el salón, con un jaquecón tremendo y un grano en el pico del labio superior que le tenía hundido en la miseria.

—¿Por qué a mí? —se lamentaba con los codos apoyados en los muslos y sosteniendo la cabeza con las manos.

Chicho que dormitaba a sus pies, abrió los ojos, le miró unos instantes y volvió a abandonarse al sueño. Berta y Lucas, por su parte, se marcharon a la cocina a preparar la comida, porque se olían lo ridículo del drama, pero Isabel se sentó preocupada a su lado para reconfortarle:

—¿Qué te pasa?

Naso levantó la cabeza y comentó compungido:

—Tenía pensado pasarme esta tarde por el bar de Caye para ver a Vega, pero ¿cómo me voy a plantar con este granaco en la boca? ¡Doy asco!

A Isabel no se lo ocurrió nada más que decir:

—Apenas se te nota...

Pero fue echar más gasolina al fuego, porque Naso gruñó y luego dijo:

—Detesto que me mientan, así que mejor no digas nada.

—Lo siento —masculló Isabel.

—O sea que reconoces que doy asco.

—No, solo digo que siento que estés así.

—¿Así cómo? —inquirió Naso frunciendo el ceño.

Isabel no sabía cómo responder sin hacer alusión al grano, pero al momento creyó encontrar el adjetivo perfecto:

—Abatido.

Sin embargo, la lió mucho más, porque Naso tenía demasiado que reprocharle:

—Y todo por tu culpa.

Isabel se echó la melena a un lado, tragó saliva y luego preguntó nerviosa por si alteraba más al

genio:

—¿Por mi culpa?

—Si hubieses tenido agua micelar, hoy no tendría este granaco. Pero es que la cosa no acaba aquí... ¡Mira mi pelo! —ordenó Naso enojadísimo, señalando con el dedo índice su mata de pelo tan encrespado como siempre.

—¿Qué le pasa? Yo lo veo muy bien...

Naso se puso de pie de los nervios que tenía y le exigió:

—Tía, no seas cínica, parezco un puto Nanas, por culpa de que en tu cuarto de baño solo hay champús con sulfatos, parabenos y siliconas.

—Lo siento, Naso, no tenía ni idea...

—Yo no sé ni cómo tienes pelo todavía lavándote con eso.

—Es lo que uso desde siempre —repuso Isabel, pasándose la mano por la melena reluciente y abundante.

—¡No estás calva de milagro! A mí desde luego ya me has jodido el día, porque no pienso salir con estas pintas ni a la puerta de la calle. Así que si quieres que te componga la canción para tus chocolates, más te vale que me traigas agua micelar, Moroccanoil para el pelo y... unas cuantas cositas más que te voy a apuntar en una lista.

—Lo que quieras, el lunes bajaré a la farmacia del pueblo a ver si lo tienen todo.

—¿El lunes? No, chata, yo no puedo pasarme un día más sin mis productos de *beauty*. Búscate la vida y me lo traes todo hoy.

—Tendré que ir a la farmacia de guardia que está un poco lejos, pero es que no sé si lo tendrán todo.

—¿Sabes por qué el mundo no funciona? Por las palabras “pero es que”... ¡Menos excusas y más mover el culo! Si no está en un pueblo, te vas a otro. Y si no te das un paseíto a Madrid —exclamó Naso, cogiendo un bolígrafo que estaba sobre la mesa y garabateando algo en los márgenes del periódico del día anterior.

—Vale, te traigo lo que quieras... —farfulló Isabel, fingiendo entusiasmo, pues había planeado pasarse la tarde del domingo encerrada en su cuarto, leyendo tan ricamente.

—Todo lo de esta lista —exigió recortando el trozo de periódico y dándoselo en la mano—. Y ahora me voy a la cama otro rato a ver si se me pasa este dolor de cabeza tan terrible —informó al tiempo que Chicho se desperezaba de nuevo.

—¿Quieres que te lleve algo? —preguntó Isabel, toda solícita.

—Solo quiero estar tranquilo y olvidar el estropicio que me has causado con tus productos de mierda.

Entonces, sucedió que Chicho se dio por aludido y comenzó a ladrarle con fuerza.

—Después de comer iré a comprarte lo que me has pedido... —dijo Isabel, acariciando la cabeza del mastín para calmarle.

—No sé ni cómo tienes cuerpo para probar bocado después de la que has liado, pero qué se puede esperar de este jodido mundo sin valores —se quejó Naso, justo antes de perderse por el pasillo y dejar a Isabel avergonzada por no tener ni idea de desmaquillantes eficaces, parabenos y sulfatos y a Chicho con un cabreo del quince.

—¿Qué le pasa a mi perrito que está tan enfadado? —preguntó Berta, que de pronto apareció en el salón con el mantel en la mano para poner la mesa.

—Supongo que es porque Naso acaba de retirarse a su habitación...

—¿Y eso le enfada? No puede ser. ¡Estaría como unas castañuelas! Chicho no le soporta...

—¿Qué dices, abuela? Si Chicho estaba tan a gusto con él cuando he llegado, será que tiene hambre...

—Le está preparando Lucas la comida a él también. Esta hecho todo un chef, este chico es una mina de oro, te lo digo yo... —cuchicheó Berta, dando unos golpecitos en el hombro de su nieta.

Isabel no dijo nada, se limitó a ayudar a su abuela a poner la mesa y luego a comerse las delicias que había preparado Lucas, que era cierto que era un magnífico cocinero.

Luego aprovechó que todos se echaban la siesta para salir a la caza y captura de las chucherías de belleza de Naso por los pueblos de la serranía conquense y tres horas después regresó con las siete bolsitas de las distintas farmacias, y una sensación de pringada que no podía con ella.

Pero no lo comentó con nadie, prefirió ir derecha a la habitación de Naso, dejarle los productos sobre la mesita de noche y después encerrarse en su habitación hasta la hora de la cena, en la que Lucas preparó otras exquisiteces estupendas.

Sin embargo, Isabel apenas intercambió unas palabras con él, ni durante la cena ni el rato que estuvieron viendo la televisión, hasta que decidió meterse en la cama y que mañana fuera otro día.

En fin, que todo apuntaba a que Lucas iba a cumplir con su palabra de dejarla en paz, y a Isabel le parecía genial haberse librado de ese moscardón que no paraba de zumbarle majaderías románticas.

Pero sucedió que durante la madrugada el inconsciente le traicionó y se lo trajo en forma de un inesperado sueño en el que le volvió a besar bajo la luna llena, que esa noche brillaba en el cielo.

Y aquel beso fue tan vívido, Isabel sintió de una forma tan intensa y tan nítida la calidez del aliento, la suavidad de los labios, la humedad de la boca y la avidez de la lengua de ese tío que la miraba con ganas de todo, que se despertó apenas sin aliento, convencida de que no había sido un sueño.

Porque en la habitación olía a él, porque en sus labios todavía tenía su sabor y porque en los dedos

todavía sentía el cosquilleo de haber removido el cabello de ese hombre que, aunque Isabel ni se lo imaginara, estaba sintiendo lo mismo que ella en su cama.

Y es que pesar de que Lucas se había prometido a sí mismo que no iba a volver a importunar a Isabel, de repente en el sueño, sin filtros de ningún tipo, el astral no se detuvo y su corazón voló hasta donde quería estar, y se vio inmerso en un sueño de lo más lúcido, en el que la besó a luz de luna.

Y el beso fue tan cierto, tan húmedo y tan intenso, que Lucas se despertó con una erección tremenda, sintiendo aún la dulzura de los labios de Isabel sobre los suyos y embriagado con el inconfundible olor a flores terrícolas.

Isabel, entretanto, en su habitación se sentía tan inquieta que se levantó, descorrió la cortina ansiosa, como si en el cielo pudiese encontrar alguna respuesta que la aquietara, si bien no encontró más que a la luna dormida.

Era la misma luna que estaba contemplando Lucas, sin saber qué hacer, si dejarse llevar por las ganas que le desbordaban de salir al encuentro de Isabel y continuar con el beso que todavía le tenía hechizado o echarse a dormir y dejar que el sueño continuara hasta donde quisiera llevarles.

Porque le daba lo mismo si sucedía en la realidad o sucedía en el sueño, Lucas lo único que quería era seguir besando a esa mujer que junto a su ventana estaba sintiendo algo muy parecido.

Y es que Isabel, a pesar de todo, a pesar de que sabía que ese tío era el que menos le convenía del universo, necesitaba más, quería seguir con ese beso que había quedado interrumpido, y le daba igual si ocurría en el pasillo o de nuevo en el sueño, pero que siguiera y siguiera mientras la luna dormía...

Lucas sintió con tanta intensidad el deseo de Isabel que tuvo que reprimir las ganas de teletransportarse y meterse en su cama, y en su lugar cerró los ojos y esperó a que el sueño hiciera el resto.

Isabel hizo lo mismo y, aunque se moría de ganas de colarse en la habitación del chico de las estrellas con todas las consecuencias, incluso que la tomara por una loca de atar, decidió que lo mejor era volver a la cama, cerrar los ojos y que el sueño siguiera...

Sin embargo, los sueños son caprichosos y esa noche los besos no volvieron...

Isabel estuvo dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño y Lucas otro tanto de lo mismo.

De tal forma que una hora después, los dos se encontraron en la cocina buscando desesperados algo que, a falta de besos, pudiera relajarles un poco los nervios.

—¡Hola! —susurró Lucas nada más entrar en la cocina, para que Isabel, que estaba abriendo la nevera, no se asustara.

Pero inevitablemente se asustó...

—¡Jo qué susto! —exclamó Isabel, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Perdona, no era mi intención asustarte... Es que no me puedo dormir y no sé si tomar una infusión o meter... la cabeza en el horno —improvisó Lucas, porque él donde quería meterse era en la cama con esa mujer que estaba preciosa iluminada por la luz blanca de la nevera.

—Estoy igual, la verdad es que es desquiciante no poder conciliar el sueño. Debe ser por la luna llena... —mintió Isabel, nerviosa, a la vez que sacaba un cartón de leche de la nevera.

—Es que además los terrícolas tenéis solo una luna, eso desequilibra muchísimo...

—¿En Mequetrefe cuántas hay? —preguntó Isabel, cerrando la nevera.

—Teníamos un problema de equilibrios que contrarrestamos hace tiempo con la construcción de unos megasatélites, pero...

—Ya, no puedes hablar de eso —dijo Isabel, cogiendo un vaso del armario y llenándolo después de leche.

—Ni de casi nada —musitó Lucas, porque de lo que él quería hablar, que era del sueño, no podía decir ni mú.

—¿Y qué te lo impide? —preguntó Isabel, metiendo el vaso de leche en el microondas.

Lucas cogió otro vaso, lo llenó de agua y respondió lánguido:

—El sentido común.

Isabel no dijo nada, porque a ella el sentido común también le estaba diciendo que no comentara nada del sueño. Por eso, se limitó a esperar a que se calentara la leche y cuando terminó, metió el vaso de Lucas para que hirviera su agua...

Después dio un sorbo a su vaso de leche caliente y al momento sonó la campana del microondas...

—Ya tienes lista el agua... —dijo ella.

—Gracias —susurró Lucas sin poder dejar de mirar a los labios de esa mujer.

—¿Me he manchado? —preguntó Isabel, limpiándose con la lengua la comisura derecha de la boca.

Lucas tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no abalanzarse sobre ella y comerle la boca entera; en su lugar se acercó y retiró con el dedo índice un resto de leche que tenía sobre el labio.

Luego la miró, se chupó el dedo muy lento con unas ganas inmensas de empotrarla contra la nevera, pero apareció de pronto Naso y Lucas salió por piernas, dejando en la cocina todo hirviendo: el agua y sobre todo a Isabel...

Capítulo 22

Lucas apenas durmió un par de horas más, después del casi beso de la cocina, se levantó pronto, desayunó fuerte, se puso a picar leña para ver si agotándose dejaba de pensar tanto en Isabel, pero no había manera de sacársela de cabeza.

La veía en las siluetas del fuego que encendió después, la olía en las sábanas que oreó antes de hacer la cama, la sentía en la piel por la que se deslizaba el agua helada con la que intentó sofocar, en vano, el deseo urgente que tenía por ella y ni encerrado en el pequeño universo de su nave espacial, tan ajeno a ella, dejaba por un instante de pensarla.

Isabel, por su parte, se pasó toda la mañana trabajando en su habitación, de la que apenas salió para ducharse y tomarse un café rápido. Después de lo sucedido la noche anterior, tenía miedo a encontrarse con Lucas, y más desde que le había visto partir leña desde la ventana, con la camisa abierta y unos vaqueros que lo marcaban todo, y ante semejante espectáculo tropecientos mil pensamientos lujuriosos llevaban torturándola toda la mañana.

Aquello era horrible, pensó Isabel, que apenas podía concentrarse en sus tareas del día, porque su mente solo tenía espacio para imaginarse debajo, encima, detrás y delante, del cuerpo fibroso y sudoroso del leñador de las galaxias, que casi le había provocado un orgasmo con solo chuparse el dedo.

Así que como pudo, despachó los asuntos más importantes del día y luego se sentó a la mesa a comerse el cocido que Lucas había preparado siguiendo una receta de Internet y que le había quedado espectacular, como si llevara cocinándolo toda la vida.

Lo que Isabel no sabía era que Lucas, después de revisar unas cosas en la nave, se había decantado por ese plato elaborado a fuego muy lento, para ver si concentrándose en el puchero encontraba algo de sosiego para su agitado espíritu y... también para su cuerpo, que estaba totalmente revolucionado.

Pero no había logrado nada, porque a cada instante que pasaba pensaba en ella con tanta pasión que temía que esa energía se hubiese volcado también a los garbanzos y las viandas, y que los comensales con tan solo probar el plato pudiesen sucumbir al más delicioso de los orgasmos.

Como así fue porque ya con la sopa que había aromatizado con hierbabuena y azafrán, Naso por poco no orgasmó:

—*Mmmmmmmmmmmmmmmmmmm* —dijo Naso, en cuanto probó aquella delicia—. Esto está para correrse de gusto, tío.

—Gracias... —masculló Lucas, con media sonrisa, porque no era precisamente él quien quería que se muriera del gusto.

—Es de lo mejor que he probado nunca... —opinó Berta, deleitándose con el caldo humeante.

—Está muy bueno —añadió Isabel, sin levantar la vista del plato porque tenía pavor al contacto visual con Lucas, no fuera a ser que llegara a leer su mente que estaba de un calenturiento que asustaba.

Y es que había sido volver a ver a Lucas, esta vez con una camiseta blanca de manga corta que dejaba a la vista sus potentes brazos y un delantal rojo encima de lo más inocente, y volver a imaginarse encima, debajo, delante y detrás de ese pedazo de tío que cocinaba como los ángeles.

—Me alegro de que te guste —habló Lucas, ahora sí que con una sonrisa enorme y con una erección que le dolía solo de pensar que Isabel tenía en su boca, lo que de alguna manera antes había estado en sus manos.

—Esto es lo único bueno que me ha pasado en toda la mañana —comentó Naso, en tanto que devoraba la sopa del cocido—. Porque aparte de que te has equivocado con el Moroccan oil, que me lo has traído para cabello fino y yo lo tengo grueso, y mira qué mal se me ha quedado el pelo...

—Yo te lo veo igual que siempre —le interrumpió Berta, con la cuchara en alto.

—¿Igual cómo? ¿Mal, bien?

—A mí siempre me has recordado a Chewbacca, y Chewbacca qué quieres que te diga, ni mal ni bien... Chewbacca. ¿Lo pillas? —preguntó Berta, subiéndose las gafas que tenía en la punta de la nariz, con el dedo índice.

—Me encanta, porque amo la verdad y usted Berta es tan verdad.

—Menos rollos, hijo, y dime ¿con la canción cómo te va? —replicó Berta, metiendo la cuchara en el plato.

—Es lo que estaba contando antes, que he tenido una mañana terrible...

—¿Qué mañana si te has levantado a la una de la tarde? —le recordó Berta, tras sorber la sopa.

—Es que descansar es fundamental para la piel, yo como mínimo necesito dormir diez horas al día. Para mí es ley...

—Ley de vagos, querrás decir —matizó Berta.

Lucas se echó a reír y al momento Isabel le fulminó la mirada, abochornada de que su abuela llamara vago a un tío que simplemente era un genio que tenía otros ritmos.

—Ley en cualquier caso —concluyó Naso, apurando la sopa—. Y me he puesto en la cama a darle vueltas a lo de la canción, a ver si surgía una letra o una melodía...

—¿Y? —preguntó Berta, expectante.

—Nada, estoy bloqueado, como estoy enamorado... Me pasa siempre, solo me vuelvo creativo

cuando la soledad me atenaza o tengo una novia cabrona a *full*.

—¿Y quién es tu enamorada que ahora mismo la llamo para que te haga la cusqui?

Lucas de nuevo rompió a reír, mientras que Isabel le reprendía con la mirada, cosa que le hizo ponerse más duro todavía.

—Es Vega, la camarera del bar de Caye. Ha sido un flechazo brutal que me tiene fuera de juego, pero no os preocupéis que yo me voy a poner pico y pala con la canción, y va a acabar saliendo. Me va a costar, no os voy a engañar, por lo que os digo de la flecha que me tiene agilipollado, pero yo os compongo la canción como que me llamo Garci Naso.

—¿Y si llamo ahora mismo a Vega y confirmamos que pasa de ti? ¿Se te pasaría el atolondramiento y podrías tenernos la canción lista para mañana que es San Valentín? —propuso Berta, con los ojos brillantes.

—¡Abuela, por favor! ¡No presiones a Naso! Los artistas no funcionan así —le recordó Isabel.

—Lo mío es arte, señora, no es algo tan sencillito como hacer Conchitas...

—Bertitas... —le corrigió Isabel.

—Pero estaría genial que la abuela llamara a Vega a ver qué piensa de mí... —comentó Naso atusándose la barba.

—Perdona, pero yo solo soy abuela de Isabel, a mí llámame Berta, y ¿qué va a pensar esa muchacha? Pues que eres un mamarracho... Qué cosas tienes... —replicó Berta.

—¿Por qué no hace una llamadita para confirmar? —insistió Naso.

—Luego llamo, cuando terminemos de comer...

—Aunque os adelanto que la cosa está chungu, porque si pasa de mí seguramente me enamore más y si no pasa, voy a estar flotando y sin dar pie con bola igualmente... —confesó Naso, tan pancho.

—¿Entonces qué? ¿Para cuándo calculas que nos vas a tener la puñetera canción? —preguntó Berta, justo después de terminar con la sopa.

—Tiempo al tiempo, y no olvide que todo lo bueno se hace esperar...

—Y tú no olvides que no vas a ver ni un céntimo, hasta que escuche la canción enterita... —le advirtió Berta, convencida de que ni en mil años ese tío iba a componer absolutamente nada para ellas.

Naso se revolvió en el asiento y replicó:

—Yo es que funciono con adelantos...

—¿Te parece poco adelanto estar en este lugar paradisiaco a pan y cuchillo y barra libre de potingues?

—Tampoco se pase Berta, que para que algo sea paradisiaco tiene que tener al menos mar y palmeras...

—¡Calla y no ofendas a Dios y a los conguenses! ¡Qué sabrás tú de paraísos!—replicó Berta dando un manotazo al aire.

—Si usted lo dice —habló Naso encogiéndose de hombros.

Y Lucas, que no paraba de reírse, se levantó a por el segundo plato con los garbanzos, las patatas, la verdura, la carne, el chorizo y el pollo, que todos devoraron, incluido Naso que al principio se resistió porque estaba a dieta *detox vegan bio*, pero apremiado por Berta terminó comiéndoselo todo.

Después de la comida, se echaron una siesta muy larga, en la que Isabel y Lucas desearon retomar lo de la noche anterior, si bien no pasó absolutamente nada. Durmieron y tuvieron sueños de lo más anodinos, que ni siquiera recordaron en cuanto despertaron.

Luego, cada uno estuvo trabajando en sus asuntos, Isabel dando el visto bueno a los *banners* que le había enviado el diseñador gráfico con motivo de San Valentín y ultimándolo todo para que ese día fuera un éxito de ventas, como siempre.

Y Lucas intentando arreglar el sistema de comunicaciones con su mundo que se había estropeado con el impacto y que todavía no había logrado resucitar. Si bien, le dieron las diez de la noche y seguía sin solucionar nada, por lo que decidió regresar a la casa y preparar una cena ligera que disfrutaron frente al televisor.

Naso pidió que pusieran un documental muy interesante sobre el cambio climático con el que se durmió en cuanto se comió la manzana que se tomó de postre. A Berta le pasó casi lo mismo, pues se quedó dormida cinco minutos después... Y ya cuando el documental estaba a punto de acabar, los dos decidieron despedirse y marcharse a sus respectivas habitaciones para continuar con el sueño.

Isabel y Lucas, en cambio, se supone que se quedaron para saber si el futuro del planeta iba ser negro o muy negro, y digo que se supone porque esa fue la excusa que dieron, aunque la verdadera razón fuera que a ninguno de los dos les apetecía volver a la cama... solos.

Y es que durante la cena se habían cruzado unas cuantas miradas que no dejaban lugar de dudas y ya era inútil seguir escondiéndose. Ya fuera en sueños o ya fuera en la realidad, los dos estaban convencidos de que esa noche iban a acabar abrasados en el mismo fuego...

Ya no tenía sentido otra opción, porque Isabel estaba fatigada de luchar con un deseo que se había apoderado totalmente de ella y Lucas... Lucas no es que estuviera cansado, es que estaba a punto de reventar...

Estando así las cosas, los dos se quedaron solos frente al documental apocalíptico y el fuego de la chimenea que para Isabel simbolizaba a la perfección lo que estaba sintiendo por dentro.

Porque sabía que lanzarse a los brazos de ese tío solo podía terminar fatal, pero ya daba lo mismo porque estaba tan en llamas como el tronco que estaba ardiendo.

Así que no le quedaba otra más que resignarse, sucumbir a la tentación del E. T. más *sexy* de las galaxias y que Dios la cogiera confesada...

—Ay. —A Isabel se le escapó un suspiro cuando el documental terminó.

—No te preocupes, dudo mucho que el futuro del planeta sea ese... —comentó Lucas.

—No me preocupo por el planeta, a ver... —matizó— que sí que me importa lo que le pase, pero que suspiro por otra razón.

—Ya, por lo inexorable.

—¿Te refieres a que la Tierra tenga fecha de caducidad?

—No, me refiero a que estás aquí por la misma razón que yo —respondió Lucas que estaba sentado en el otro sofá.

—Supongo que es el peaje que debo pagar por una abstinencia de caballo... —dijo Isabel encogiéndose de hombros.

—Perdona pero es la primera vez que me llaman peaje. Necesito un vodka... ¿Quieres algo? —preguntó Lucas, poniéndose de pie.

—No, nada. Gracias. Pero no te tomes como algo personal lo del peaje...

—No. Qué va. ¿Y cómo quieres que me lo tome? —preguntó mientras abría el mueble bar de madera maciza.

—¿Con hielo? —preguntó Isabel, enarcando las cejas.

—No hace falta, me has dejado helado.

—Las verdades no suelen ser muy cálidas —insistió Isabel.

—Las mentiras tampoco —replicó Lucas, a la vez que se servía el vodka.

—Pero yo no te estoy mintiendo...

—Creo que sí —aseguró Lucas, sentándose junto a ella.

—Te equivocas...

Lucas se acercó a ella tanto que sus labios casi podían rozarse y luego susurró:

—Tú sabes que no...

Capítulo 23

Isabel cerró los ojos pensando que Lucas iba a besarla, pero él lo que hizo fue tomar un pequeño sorbo de vodka...

—Yo solo quiero saber por qué no me besas —dijo Isabel, mirándole alucinada en tanto que Lucas dejaba unos segundos el vodka en el paladar, para saborearlo y después exhaló por la nariz.

—Porque no soy un peaje —replicó tras tragar el vodka.

—Pero reconoces que esto es una locura que solo puede acabar fatal —confesó Isabel mordiéndose los labios.

—Tiene cuerpo, pero a la vez es sutil y suave.

—¿El qué? ¿Lo nuestro?

Lucas miró a Isabel con una sonrisa enorme y respondió:

—El vodka. Lo nuestro es explosivo.

—¿Nunca lo habías probado?

—Jamás he conocido a una mujer como tú —contestó negando con la cabeza.

—Hablo del vodka...

—Llevo un tiempo por aquí y he visitado unos cuantos bares... Claro que conozco al vodka y a las mujeres también.

—¿A las mujeres terrícolas? —preguntó con curiosidad.

—Salí de mi mundo con una herida muy profunda convencido de que con el tiempo y la distancia dejaría de doler, pero que jamás volvería a tener nada parecido a lo que perdí... Y entonces, apareciste tú...

—¿Yo? —susurró Isabel, con el corazón latiéndole muy fuerte.

—Sí, tú, con tu nariz respingona, tus cejas gruesas y tan distinta, tan loca, tan desconfiada, tan terca...

—Gracias por los piropos.

—No me des las gracias que todavía no he terminado.

—¿Hay más?

—Orgullosa, borde, impulsiva, exasperante y siempre haciendo como que pasas de mí.

—Es que paso de ti.

—Te agradezco que me recuerdes que me falta otro adjetivo: mentirosa.

—Mira quién va a hablar de mentiras, el que dijo que no se repetiría lo de los besos...

—Y no te he besado, todavía.

—Pero te mueres por hacerlo.

Lucas dio otro sorbo de vodka, se perdió en los ojos avellana que estaban pidiendo a gritos que la besara y susurró:

—Tanto como tú.

—Puede ser...

—Pero soy solo un peaje...

—Si lo prefieres podemos llamarlo amor verdadero y así tienes una razón de peso para llamarme mentirosa —replicó Isabel, echándose el pelo a un lado de tal forma que dejaba a la vista el cuello.

Gesto que a Lucas le puso mucho más todavía:

—Me encanta la forma tan *sexy* que tienes que de fingir que me ignoras.

—No te ignoro, estoy aquí.

—Finges que solo sientes deseo...

—¿Y se supone que tendría que sentir algo más? ¿InstaLove?

—¿No sientes curiosidad por saber por qué puedes sentirme? —preguntó Lucas tras apurar el vodka y dejar el vaso sobre la mesa.

—¿Sentirte cómo?

—Por dentro, puedes leerme, percibir lo que estoy sintiendo...

—Sí, como E. T. y Elliott —repuso Isabel soltando una carcajada.

Sin embargo, lo gracioso era que Isabel solo tenía que mirar a los ojos de Lucas para sentir todo el deseo y toda la ansiedad que estaba padeciendo, aunque para ella eso no tuviese demasiada importancia.

—Como la conexión tan brutal que hay entre dos personas que tienen un vínculo tan fuerte como para crear un universo entero.

—No exageres. Soy una persona empática, lo que me está pasando contigo, me pasa con todos.

—¿Con este mismo nivel de intensidad? —preguntó Lucas llevándose la mano al pecho.

—O parecido —respondió Isabel encogiéndose de hombros, aun cuando la verdad era que lo que estaba sintiendo por Lucas era muy poco parecido a lo había experimentado con los demás.

—Mientes otra vez —replicó Lucas, dando un manotazo al aire.

—Puede ser, pero tampoco tiene mayor trascendencia. Hay atracción entre nosotros, empatía y pare usted de contar.

—Pero es que yo quiero seguir contando...

—¿El qué?

—Las pecas, los besos, los días de lluvia, las tazas de café, las caricias, las *pelis*, los pisotones al bailar agarrados, las pizzas quemadas, la ropa tendida, las sábanas arrugadas, los baños a la luz de tu luna... Me gustaría contar todo eso contigo, y también tus malas pulgas, tu luz, tu fuerza, tu magia...

—¿Y todo en los pocos días que estés por aquí hasta que regreses a tu galaxia lejana?

—¿Tú quieres que regrese pronto? —preguntó Lucas con el corazón encogido.

—Yo quiero que dejes de hablar y que me beses —contestó Isabel, sintiendo la inquietud que le estaba provocando a ese tío la idea de abandonar para siempre la Tierra.

Claro que Lucas también podía sentirla a ella, por eso aclaró:

—Sé que estás herida, pero yo jamás te haré daño. Además soy paciente, puedo esperar lo que haga falta... Entiendo que necesites tiempo, que los sentimientos se cuezan a fuego lento...

—Los sentimientos no sé, pero yo estoy al borde de la combustión espontánea...

Lucas se puso de pie, tiró de la mano de ella hasta levantarla y luego con una facilidad pasmosa la cogió en brazos.

—¿A dónde me llevas, a tu nave? —preguntó Isabel divertida, rodeando el cuello de Lucas.

Y sin saber cómo, en un visto y no visto, aparecieron en la habitación de Isabel...

—Prefiero tu cuarto, si no te importa —dijo Lucas, dejándose caer en la cama de Isabel con ella encima.

—¿Cómo me has traído hasta aquí? —preguntó Isabel, apartándose de él, tan asustada como fascinada.

—No te asustes, por favor. Solo es teletransportación... —respondió lamentando haber metido la pata—. Estaba tan a gusto y tenía tantas ganas de estar contigo aquí, que por un momento he olvidado que estaba en la Tierra y que para ti esto es algo extraordinario.

—¿Y hasta dónde podrías teletransportarme? —preguntó Isabel, alucinada con la idea de trasladarse de un sitio a otro con un solo pestañeo.

—Adonde quieras.

—¿Cómo?

—Con mis besos —respondió Lucas con una sonrisa gamberra y unas ganas infinitas de dejarla desnuda.

—Venga, en serio. ¿Podrías cogerme otra vez en brazos y aparecer, qué sé yo... en París? —preguntó Isabel, tumbándose en la cama.

—¿Quieres ir a París conmigo? —pregunto Lucas, arqueando una ceja.

—¿Podrías llevarme ahora mismo? —preguntó Isabel fascinada.

—Puedo pero no debo.

—Seguramente que tampoco debías teletransportarme, pero lo has hecho... —replicó Isabel,

pinchándole—. ¿Te castigarán?

Lucas se tumbó a su lado, a una distancia tan prudencial que podía haberse metido Chicho en medio, se colocó un cojín debajo del cuello y luego, mirándola con una sonrisa enorme, preguntó:

—¿Quieres que lo hagan?

Isabel asintió y soltó una carcajada:

—París bien vale una multa.

—En Mequetrefe no hay multas...

—¿Teletransportación a París conlleva penas de cárcel? —Lucas negó con la cabeza—. ¿Algo peor? ¿Tortura? ¿Deportación de la galaxia?

—Para —susurró Lucas, colocando el dedo índice sobre los labios de Isabel.

—¿Por qué? ¿Nos están escuchando? —masculló Isabel mirando en todas las direcciones.

Lucas apartó el dedo de la boca que se moría por besar y a continuación dijo:

—Ojalá porque llevo desde que me caí intentando que alguien me escuche...

—Joder ¿y qué te puede pasar si te quedas aquí tirado?

—Que tengas que aguantarme los próximos setenta años. ¿Te apetece el plan? —replicó Lucas, mordaz, deseando quitarle el jersey negro que Isabel llevaba puesto.

—Si me teletransportas a sitios bonitos, la verdad es que me ahorraría un dineral en viajes...

—Aunque por protocolo no estoy autorizado, contigo podría hacer una excepción. En Mequetrefe no funcionamos con premios y castigos, se apela a la responsabilidad de cada uno, nada más. Todos sabemos bien lo que debemos hacer para que no se rompan los equilibrios.

—Entonces, llevarme a París, no entrañaría ningún riesgo.

—Para Mequetrefe ninguno, para ti: todos.

—¿Como que fallara la teletransportación cuántica y yo apareciera en París un poco descuajaringada, tal que con una oreja en el pie y una rodilla en la frente?

—Podría suceder algo más grave... —contestó Lucas muy serio.

—Coño, no me asustes.

—Podrías enamorarte y tal... —replicó Lucas poniendo cara de circunstancias.

—Ah bueno... Eso... —farfulló Isabel dando un manotazo al aire—. No hay problema, lo tengo totalmente controlado.

—Vaya qué suerte.

—Sí, mucha. Puedes llevarme a París tranquilamente que no voy a hacerme ninguna película romántica. A estas alturas del partido estoy curada de espantos.

—Pues qué pena —musitó Lucas, cruzándose de brazos.

—Pena cuando era una ilusa y me enganchaba del primer cretino que pasaba por allí pensando que

era amor.

—Pero hay un término medio entre colgarse del cualquiera y cerrarse al amor.

—Sí, se llama pasar de todo y reducir a cero mis expectativas. Ya te conté que cometí demasiados errores después de finiquitar mi relación de siglos y ahora voy con pies de plomo. Así que venga, enróllate que un paseo junto al Sena o una cenita con velas no me va a hacer perder la cabeza...

Lucas se quedó callado y luego dijo sin ningún entusiasmo:

—Genial.

—Pero puede ser divertido.

—Divertidísimo, ir al lugar más romántico del mundo a solo folleear como conejos... —ironizó Lucas, clavando la vista en el techo.

A Isabel, que sintió de pronto la decepción de Lucas, no se le ocurrió nada mejor para animarle que descorrer un poco con el pie la cortina y decirle:

—La luna está preciosa.

Lucas colocó una mano en la frente y replicó frustrado:

—Pero menguante, así que se reducen las posibilidades de que te vuelvas loca y pierdas esa cabeza tan dura que tienes.

—Solo soy realista, reconozco que me pones muchísimo pero nada más. Además ¿qué tiene de malo follar alegremente? —preguntó risueña.

Lucas suspiró y contestó sin esperar demasiado:

—Si es el comienzo de algo, por mí perfecto.

—Vivamos el momento... Oye ¿y si me llevas al mar? Es bonito, pero no tiene tanta connotación romántica como Paris...—se le ocurrió a Isabel de repente.

—¿Ahora? —Isabel asintió—. ¿Te gustaría ver esta luna en el agua?

—Sí, me apetece ver el mar... —respondió Isabel con una sonrisa enorme que a Lucas le desarmó por completo.

—¿El Mediterráneo?

—Sí, me encanta.

—¿Tú sabes lo que estás pidiendo? Luna, mar, acantilados salvajes... No vayas de chulita que mira que si caes con todo el equipo... —susurró Lucas acercándose a ella.

—Que no, que yo no caigo. Soy inmune a cualquier escenario. Así que te dejo que elijas tú... Pero llévame a alguna parte... Este invierno se me está haciendo muy largo.

—Está bien —dijo embriagado con el perfume a flores terrícolas de esa chica tan terca—. Tú solo abrázame.

Capítulo 24

Isabel se pegó contra el cuerpo duro de Lucas, le rodeó con un brazo y cerró los ojos con la ilusión de una niña que espera la magia en la Noche de Reyes.

—Esto es lo más emocionante que me ha pasado nunca —susurró emocionada.

—Dime tú si no soy enamorable... —replicó Lucas, colocando una mano en la espalda de Isabel y apretándola fuerte contra su pecho.

—A tenor de la erección que tengo clavada en el pubis diría que más bien pluscuamfollable.

—Pero reconoce que también te hipertrofio tus miocitos cardiacos.

—Oye no te pases, tú no me hipertrofias nada, es solo el rollo de la teletransportación que me tiene flipada.

—Lo que tu digas, pero te tengo hipertrofiada y neuronalmente te estimulo que es un gusto. Así que no lo pienses más, soy yo —repuso Lucas, deslizando la mano que tenía en la espalda de Isabel hasta su culo que apretó más todavía contra su erección.

—¿Y ahora qué haces? ¿Es necesario que me agarres el culo para teletransportarnos lejos?

—Es necesario para volvernos locos...

Con la otra mano, Lucas la tomó por el cuello y luego la besó en la boca con tanta urgencia y tanta desesperación que casi se quedaron sin aliento. Se besaron, se lamieron los labios, se mordieron las ganas, las lenguas se enredaron y las manos se acariciaron ávidas de mucho más entre gemidos entrecortados.

—¿Así es cómo vas a llevarme junto al mar? —preguntó Isabel, mientras Lucas metía las manos por debajo del jersey negro.

—Podría también... —susurró besándola en el cuello.

—¿Podrías? ¿Vas a hacerlo o no?

—¿Quieres? —preguntó Lucas, mientras acariciaba el pecho de Isabel por encima del sujetador, sin dejar de besarla.

—Claro que quiero, pero le estás dando tantas largas que me temo que es solo un farol, que solo sabes teletransporte en las distancias cortas —replicó Isabel mordiéndole una oreja y con las manos enredadas en el pelo de Lucas.

—Mujer de poca fe... —musitó Lucas, apartando la mano del pecho de Isabel para meterla en el bolsillo de su pantalón.

—¿Y ahora qué buscas? ¿Condomes? —preguntó Isabel mirándole extrañada.

—Nosotros utilizamos hidrogeles... —respondió sacando una especie de mando o llave electrónica del bolsillo y dejándolo sobre la cama, junto a él.

—¿Para ponértela más dura todavía? Si eso que tienes aquí ya es puro titanio —dijo bajando la mano y colocándola sobre la tremenda erección.

—Es por tu culpa... —masculló, al tiempo que Isabel le acariciaba con una sonrisa perversa.

—Y me encanta, te lo tienes merecido.

Lucas cerró los ojos, suspiró y luego susurró:

—Me encantan tus castigos, dame más...

Isabel desabotonó el pantalón y coló la mano a través del bóxer:

—Está en buenas manos... —Lucas gruñó de puro placer y ella sacó aquello—: Tremenda espada laser, ¿para qué le querías poner un gel? ¿O es tu plan para cargarte una a una a las terrícolas? —susurró acariciando la tremenda erección.

—Tú sí que me vas a matar como sigas haciendo eso... —replicó jugueteando con los pezones duros de Isabel—. Y el gel es también preservativo, pero si prefieres que utilice algo parecido a vuestro condón, tengo unos de grafeno con microbicidas que te van a encantar, son muy finos y tienen propiedades estimulantes. No se parece a nada de lo que has probado...

—¿Y dónde los tienes? ¿Es eso que te has sacado antes del bolsillo?

—Esto es para teletransportarnos —dijo cogiendo la especie de llave electrónica—. Los condones los tengo en la nave...

—Deja, quédate aquí quitecito, que ya los probaré otro día, mientras tanto utilicemos los que tengo en el cajón de la mesilla. Solo espero que no estén caducados, como me has pillado en una etapa de abstinencia, espera... —comentó Isabel, incorporándose un poco y abriendo el cajón—. Ah, pues no. No han caducado... —comentó cogiendo la caja—. Está sin estrenar —habló moviendo la caja delante de Lucas—. ¿Qué hacemos? ¿Nos los ventilamos en Cuenca o nos piramos al mar?

—¿Quieres ventilarte la caja entera? —preguntó Lucas, ansioso por acabar con los suministros de condones de la Tierra con ella.

—Ya puestos, siempre es mejor apuntar alto. ¿No te parece?

Lucas la cogió por el cuello, la besó en la boca despacio, intenso y húmedo y luego susurró:

—Me da igual donde lo hagamos, porque contigo todo es cielo... Pero a ti te hace una ilusión tremenda que te lleve hasta el mar.

—Joder, qué bien besas... —replicó Isabel, con los ojos cerrados esperando más.

—No voy de farol, ya te he dicho que puedo llevarte como quiera.

—Llévame con todo —pidió Isabel, tumbándose encima de él y besándole en la boca con los ojos

cerrados.

—Abrázame fuerte... —musitó Lucas devolviéndole el beso.

Luego cogió el mando que tenía junto a él, tecleó algo, esperó unos instantes y acto seguido, la abrazó fuerte con sus potentes brazos al tiempo que apretaba el dispositivo que les permitió volar hasta el mar, en un simple pestañeo.

—Vaya si abrazas fuerte... —habló Isabel abriendo los ojos y comprobando alucinada que no estaba en su cuarto—. Dios ¿esto qué es? —preguntó con el corazón el mil y asombrada con la maravillosa suite en la que había aparecido, decorada en tonos blancos, mobiliario elegante, sofás de cuero, escritorio de ensueño de los que apetece sentarse a escribir tochos de tres mil páginas, cuadros alucinantes de artistas que tienen algo que decir, jacuzzi, tele gigante, minibar, Nesspresso, una cama infinita y confortable y una terraza con minipiscina con vistas al impresionante mar.

—Es la Hacienda Na Xamena, en San Miguel, en Ibiza —respondió mientras Isabel dejaba los condones que también había teletransportado sobre la mesita de noche, saltaba de la cama y corría hacia uno de los impresionantes ventanales.

—¿Nos hemos colado en el hotel? —preguntó Isabel, flipada con las vista espectacular al mar sobre el que se reflejaba la luna.

—Cuento con una suerte de aplicación que lo ha hecho todo por mí, ha elegido el mejor lugar, ha efectuado la reserva y el pago. Lo siento, porque yo creo que en el fondo veo que te pone la idea de que sea un gorrón, pero me temo que no lo soy... Pago siempre religiosamente, por todo.

—Esto es un pasada... ¡Ven! —exclamó Isabel, pidiéndoselo con un gesto de la mano y después, abriendo el gigantesco ventanal.

Lucas se abrochó el pantalón a duras penas, salió de la cama y se dirigió a la terraza donde abrazó por detrás a Isabel que contemplaba extasiada el cielo ibicenco.

—¿Te gusta? —preguntó Lucas, feliz de estar en ese lugar mágico con ella.

Isabel se giró con los ojos brillantes y luego le susurró estremecida más de emoción que de frío, y eso que hacía bastante:

—Tengo hasta ganas de llorar de lo hermoso que es.

—Y yo, aún ni me creo que esté aquí contigo.

—¡Pues créetelo! ¿No hueles los pinos y el mar?

—Y a ti, pero en sueños también puedo olerte.

—¿Ah sí? —preguntó Isabel.

—La otra noche cuando nos encontramos en la cocina...

—¿No me digas que soñaste conmigo?

—Mi parte consciente se prometió que te dejaría en paz, pero durmiendo ya no pude hacer nada

para evitar que se fuera adonde quería estar.

—¿Puedes creer que lo sentí? —confesó Isabel abrazándose a él.

—Como que era la parte de mí que no pude reprimir y que fue a asaltarte...

—Fue tan corto... —lamentó Isabel—. Estuve esperando a que vinieras a por más besos, pero la magia ya no funcionó.

—Y cuando pudo arreglarse, Naso nos arruinó el polvo —recordó Lucas, risueño.

—Pero ya no está... —susurró sujetándose la melena que estaba echando a volar el viento.

—Entre otras cosas porque si estuviera, estaría montando un pollo por los parabens del champú.

—Ni me lo recuerdes... —bufó Isabel.

—A veces pienso que le soportas tanto porque en el fondo te gusta...

—¿Cómo tío? No, para nada. Como artista no es que me guste, es que le admiro mogollón. Sus canciones son brutales, de las que te agarran y no te sueltan...

—Si tú lo dices... Lo que temo es que esa admiración, ahora que lo tienes metido en casa, se transforme en enamoramiento.

Isabel esbozó una sonrisita simpática y luego le preguntó en un tono cantarín:

—¿Estás celoso de Naso?

—No voy a negar que me encantaría que conmigo alcanzaras el mismo éxtasis que cuando le escuchas cantar, pero como no soy un genio como él... —replicó Lucas, encogiéndose de hombros.

—Naso no es mi tipo, por muy genio que sea, que lo es, jamás podría estar con un adicto al agua micelar y a las pestañas postizas... Y en cuanto a lo otro: hay muchas formas de llegar al éxtasis. Tú no eres ningún destalentado...

—Gracias por la confianza... Pero prefiero que opines con conocimiento de causa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Isabel, ansiosa por conocer.

Lucas la cogió en brazos otra vez y la llevó hasta la cama donde la besó en la boca y luego le susurró al oído:

—Déjame que te sorprenda...

Entonces, fue Isabel la que no se creyó estar ahí, con el mar enfrente y Lucas enterrando la cabeza en su cuello, oliéndola hambriento y luego devorándola el cuello, el pecho, los pezones, el vientre, demorándose en su ombligo, y finalmente arrebatándole los pantalones vaqueros y las braguitas que ya le estorbaban demasiado...

Lucas había dicho que iba a sorprenderla y efectivamente lo estaba haciendo, perdido entre sus muslos y torturándola dulcemente con su lengua que no daba tregua. Como si pudiera sentirla, Lucas acariciaba, lamía y chupaba, con la presión y el ritmos justos, se demoraba dónde y cuándo había que hacerlo, y aumentaba el ritmo y la intensidad en el momento y lugares precisos.

Ese tío sabía tan bien lo que estaba haciendo que no solo estaba sorprendiendo a Isabel, sino que la tenía a su merced con las manos tirando de su pelo y pidiendo a gritos que se apiadara de ella.

—Por favor... —musitó después de un rato de dulce tormento, aferrándose fuerte con las manos a las sábanas.

Pero Lucas lejos de apiadarse siguió entre sus piernas dándole un placer que Isabel hasta creía haber olvidado. *¿Aquello había sido tan bueno siempre?*, se preguntó.

Y quien respondió fue la luna en el agua que se estremeció con más fuerza, por el ímpetu del viento que empezó a soplar con más ganas.

Isabel supuso que aquello significaba que daba lo mismo si lo que estaba sintiendo era nuevo o era un placer olvidado, solo había que dejarse llevar hasta donde quisieran los dedos y la lengua incansable de ese tío que estaba haciéndola gritar de placer.

Así que cerró los ojos y ella solo sintió cómo la mano fuerte de Lucas buscaba su pecho y lo acariciaba hasta volverla loca, y cómo con dos dedos de la otra se perdía en su interior buscando un placer que hacía infinito con las caricias de la lengua.

Lucas estaba disfrutando tanto con los gemidos y la humedad de esa chica que se deshacía en su boca como una fruta exquisita, que habría podido seguir ahí, devorándola, hasta que el amanecer les hubiese sorprendido sin apenas fuerzas.

Pero eso no sucedió, porque llegó un momento en que el placer lo desbordó todo, Isabel clavó las uñas en los hombros de Lucas que, extasiado de felicidad y ansioso por penetrarla, sintió cómo el orgasmo de esa mujer apretaba sus dedos y estallaba irremisible en su boca...

Capítulo 25

Isabel, jadeante todavía, musitó mientras Lucas la miraba todavía entre sus piernas:

—Vaya si me has sorprendido...

—Esto no ha hecho más que empezar —susurró colocando la mano a unos dos centímetros por encima del pubis de Isabel.

—¿Y ahora qué haces? —preguntó la chica, extrañada, incorporándose un poco y mirándole la mano.

—*Shhhhhh*. Calla y siente...

Isabel estaba tan agotada que no tenía ni fuerzas para rebelarse, así que se tumbó de nuevo, cerró los ojos y sintió una tan energía intensa, en forma de calor placentero justo donde Lucas tenía la mano, que volvió a gemir.

Lo que ni imaginaba es que desde ese punto el placer fuera en aumento extendiéndose como en círculos concéntricos por todo su cuerpo, de la cabeza a los pies...

—No sé qué estás haciendo, pero es increíble... —atinó a decir Isabel, que se estremecía de placer envuelta por esa energía.

—Es amor, lo concentro en este punto y desde ahí te inunda entera —dijo Lucas, levantando un poco la mano y provocando que Isabel agitara la pelvis, como en un espasmo con el que sintió un placer infinito.

—Haces con mi cuerpo lo que quieres. Soy como un títere en tus manos... —musitó Isabel, estremecida.

Lucas siguió ascendiendo y descendiendo la mano sobre el pubis de Isabel, sin rozarla en ningún momento, en tanto que ella se retorció de placer, jadeante, y sucumbía después a otro orgasmo que la dejó cubierta de un manto de energía tan extraña como amorosa.

Y es que se sentía mejor que nunca, feliz, serena, segura, deseada, especial...

—¿Así es el sexo en Mequetrefe? —preguntó todavía casi sin aliento.

—Así es como amo yo —respondió Lucas tumbándose a su lado.

—En mi vida me habían follado sin tocarme.

—Es que yo no te follo, no es solo sexo, no es solo deseo, es mi energía, lo que te ofrezco es mi amor. Te he dado lo que tengo, lo que me haces sentir, lo que quiero darte, lo que quiero compartir, lo que quiero que sientas...

Isabel exhaló el aire y luego, llevándose la mano a la frente para retirarse el sudor, confesó:

—Este es el polvo más raro que he tenido en mi vida, y mira que los he tenido raros, te lo aseguro...

—¿Raro, cómo? ¿Estás segura de que raro es el adjetivo que quieres utilizar? —preguntó Lucas enarcando una ceja.

—Raro es rarísimo, no me fastidies. Ibiza de repente, tú entre mis muslos, tú haciendo con mi cuerpo lo que quieres...

—Pero te mola, no me mientas que sé que te mola.

—Sí, ha estado genial.

—Entonces es raro, como esas cosas raras que son especiales y bonitas, tal vez incluso excepcionales. Y perdona que me venga arriba...

—No, si puedes venirte... Es cierto. Es todo precioso, el mar, la luna, el misterio de dos extraños atrapados en una habitación...

—¿Sientes de verdad que soy un extraño? —preguntó Lucas, cogiéndola de la mano y mirándola a los ojos.

—No sabemos nada el uno del otro.

—Por favor, Isabel... Eres una mujer valiente que no necesita escudarse en esa clase de mentiras. Me miras y lo sabes todo, estás leyéndome, estamos siempre desnudos el uno frente al otro.

—No, todavía no —replicó Isabel, quitándose el jersey y el sujetador y quedándose ahora sí, completamente desnuda.

Lucas hizo lo mismo con su camiseta y luego Isabel se ocupó de despojarle del pantalón y de los bóxers.

—Ya sí que es una cuestión de desnudez de piel y de alma —dijo Lucas, abrazándola muy fuerte.

Isabel sintió tal vértigo al ver lo deprisa que iba el chico galáctico que decidió que lo mejor era pararle un poco los pies.

—¿Tú siempre eres tan intenso cuando ligas?

—Soy así contigo, y por mucho que te pongas a la defensiva, nada va a cambiar lo que siento. Ni siquiera tú puedes cambiarlo...

—¿Yo qué no puedo cambiar?

—Joder, las cosas que estás sintiendo conmigo y que van mucho más del peaje que supuestamente estás pagando conmigo.

—Eres muy pesado —repuso Isabel, tumbándose encima de él.

—Y tú muy terca —replicó Lucas acariciándole la espalda.

—Puede ser, pero me va de maravilla siendo así.

—Sí, ya veo lo bien que te va, que estoy aquí y eres incapaz de verme.

—A lo mejor es que te veo demasiado bien, con tu pelo revuelto, tus ojos verdes, a veces tristes, a veces gamberros, a veces completamente indescifrables...

—Y porque me ves demasiado bien ¿quieres mantenerme alejado?

—Tan alejado que tengo tu erección aplastando mi tripa...

—Eres demasiado *sexy*, por eso te pasan estas cosas —susurró Lucas con una sonrisa enorme.

—Justo esta sonrisa tuya sí que es *sexy*, me matas... Creo que es la verdadera razón por la que estoy aquí. No puedo resistirme al poder de esa sonrisa... Me erotiza completamente.

—Algo es algo... —bromeó Lucas, sonriendo más todavía.

—Si la fuerzas, ya no es *sexy*.

—¿Ah no?

—No, es payasil y ya dejas de ponerme... —Era mentira, porque a Isabel le ponía ese tío de cualquiera de las maneras.

—Tendré que hacer algo entonces para que vuelvas a ponerte otra vez... —dijo Lucas, deslizando las manos hasta el culo de Isabel y apretándola contra él.

Y la respuesta de Isabel fue mover las caderas para frotarse suavemente contra él:

—Inténtalo a ver qué pasa...

Lucas la besó en el cuello, un beso medio mordido, que le arrancó un gemidito de lo más excitante:

—Parece que no lo estoy haciendo mal... —musitó Lucas, sonriendo otra vez de aquella manera que a Isabel la volvía loca.

—Joder, qué cabrón... Mi venganza será terrible... —replicó Isabel, besándole también en defensa propia en el cuello y después descendiendo a besos por los pectorales de ensueño, los abdominales marcados, para acabar justo ahí... en la espada láser.

—Madre mía, si llego a saber que ibas a ser tan fiera con tu venganza, habría empezado antes con mis besos infalibles...

—Nunca subestimes a una terrícola...

Isabel siguió con aquello, entregándole lo mismo que Lucas le había dado antes, chupando, besando, lamiendo hasta que él no pudo más y ella se apartó, le puso un condón y se sentó a horcajadas sobre él, con el pelo en cascada cayéndole sobre el pecho.

Lucas gruñó de placer, recorrió el cuerpo de esa mujer con las manos, del cuello a las caderas, y ella empezó a moverse de forma sinuosa, como la luna se agitaba en el agua.

Luego, contemplándola extasiado, le retiró el cabello hacia la espalda, acarició sus labios, sus pechos, se entretuvo en los pezones, en tanto que ella comenzó a incrementar el ritmo de sus caderas y a lograr lo que casi parecía imposible que era volverle más loco todavía.

—Amo tu energía, amo tu fuego, eres un milagro... —susurró Lucas.

Isabel no dijo nada, prefirió el silencio, cerrar los ojos y solo sentir mientras su cuerpo se ondulaba libre sobre ese hombre que se había caído de las estrellas.

Y aquello era tan bueno que se sentía una estrella más colgada sobre un cielo extraño del que no quería caerse.

Tal vez por eso, para que supiera que no iba a dejarla nunca caer, Lucas se incorporó jadeante, para acabar haciendo el amor sentados, frente a frente, labio a labio, gimiendo desesperados con cada sacudida de los cuerpos sudorosos.

Y así abrazados, pegados, fundidos, sin dejar de besarse y de buscarse, cuando parecía que ya era imposible sentir más placer, se miraron y los dos se estremecieron de la cabeza a los pies por culpa de una poderosa energía que iba más allá del mero deseo a punto de saciarse.

Isabel cerró los ojos porque aquello era demasiado fuerte para ella, pero lejos de zafarse de esa energía la sintió con más intensidad.

—Deja que fluya, no tengas miedo... Entrégate —le exigió Lucas.

Isabel obedeció, porque no podía hacer otra cosa. Aunque su mente pusiera todavía alguna resistencia, su cuerpo y su corazón se entregaron por completo.

Solo entonces, cuando la sintió absolutamente abierta, Lucas acarició con el pulgar el clítoris de Isabel que al poco estalló en un orgasmo brutal que provocó, con sus espasmos, que él también se corriera de forma salvaje...

Exhaustos, los dos cayeron fulminados en la cama, mientras la energía liberada todavía estaba en el aire, tanto que aún podía sentirse, podía olerse y casi también que tocarse, mientras fuera la luna brillaba con más fuerza que nunca.

Luego Lucas miró a Isabel, ella le sonrió y él, feliz como no recordaba, cerró los ojos y se quedó dormido casi al instante, cosa que Isabel celebró porque así pudo disfrutar a sus anchas de la contemplación del cuerpo divino de ese tío que además follaba de fábula.

Porque Lucas no solo estaba bueno, es que además lo daba todo en cada beso, en cada caricia y en cada penetración. No era como esos guaperas narcisos que follaban mirándose los músculos en los espejos, que casi olvidaban que ella estaba ahí, que en cuanto se corrían daban la fiesta por terminada y que la abocaban siempre a una paja rápida, entre las sábanas y sin hacer ruido, para no despertar al patán que ya roncaba como un bendito.

No, Lucas no era así, era un bello amante generoso, que sabía bien lo que hacía y cómo lo hacía, que le había dado un placer inimaginable y con el que había alcanzado unas cotas de intimidad y complicidad que habían llegado a asustarla.

Porque Lucas tenía razón en lo que decía de que él no follaba, lo suyo era mucho más que saciar un

instinto, él se daba entero en un acto que tenía una trascendencia totalmente distinta a la que había conocido con los frustrantes polvos anteriores.

Y es que era verdad que Lucas era mucho más que un polvo, había que ser muy cerril para no aceptar que lo acababa de suceder era algo más que sexo sin más...

¿Pero estaba ella preparada para ese más que ese tío le daba a manos llenas?, se preguntó Isabel.

Inquieta por desconocer la respuesta, se puso la camiseta de Lucas que olía a él, y se acercó al ventanal a contemplar el mar que parecía tan sabio.

Apoyó la frente el frío cristal y se sintió como la luna que palpitaba en el agua, trémula y brillante. Porque sentía miedo, pero al mismo tiempo también se sentía más luminosa que nunca, feliz y en paz, flotando en el mar que Lucas había puesto ahí para ella.

Lucas...

Era todo tan extraño.

Un misterio caído de las estrellas, un acantilado ibicenco, una cama en la que había tenido mucho más que sexo y una camiseta con la que, a pesar de ser de unas cuantas tallas más, se sentía tan cómoda como si fuera una segunda piel.

Todo eso le había traído Lucas y la verdad era que no sabía qué hacer con ello...

Porque era fácil volver a la cama y pasarse la noche enredada en las sábanas con ese pedazo de tío, pero luego qué...

¿Seguir descubriendo y sintiendo como esa noche intensa, hasta que se fuera más lejos de lo más lejos que había conocido nunca?

¿Eso era lo que le esperaba? O tal vez tan solo se trataba de ser como esa luna que titilaba en el agua sin importarle que apenas faltaran unas horas para que el sol volviera. Quizá todo era tan fácil como vivir el momento y que le quitaran lo bailado... No en vano, solo tenemos presente, no somos más que el ahora, así que ¿para qué perder el tiempo con futuros que a lo mejor ni llegan?

Ya más calmada, regresó otra vez en la cama, cerró los ojos y, con la calidez de Lucas en su espalda, que la abrazaba con dulzura, cayó en un sueño tan profundo como el mar que los miraba...

Capítulo 26

Isabel se despertó sola en su cama de la serranía de Cuenca, sin braguitas y con la camiseta de Lucas puesta.

Lucas, ¡jo qué noche, pensó sin poder evitar lanzar un suspiro al recordarla.

Después, cogió el móvil para comprobar qué hora era, y alucinó cuando vio que eran las diez mañana.

¡Las diez de la mañana de un 14 de febrero, uno de los días en los que más bombones se vendían del año, y ella todavía metida en la cama!

Aquello era imperdonable, pensó mientras verificaba si tenía algún mensaje urgente del trabajo.

No había nada, tan solo un wasap de su abuela, o eso creía porque enseguida leyó:

Buenos días, soy Lucas, me he despertado pronto y te he traído de vuelta a casa. Estabas tan dormida que me ha dado pena despertarte, espero no haber metido la pata, si es así discúlpame.

Y sobre todo gracias por lo de anoche que no olvidaré jamás. Fue tan bonito y tan especial que me ha inspirado una melodía y una letra que te dejo en el video que te adjunto. Le he robado la guitarra a Naso y le he pedido el móvil a tu abuela para grabarme, espero que no te importe. Es para ti...

No soy un genio como Naso, pero la he escrito con el corazón, es mi verdad, es lo que siento...

Ojalá que no te horrorice demasiado, solo lo justo para borrarla y mandarme a la mierda.

Feliz San Valentín, mi bella terrícola. Y espero que también me perdones por esto.

Isabel dio al play y se quedó flipada al escuchar a Lucas tocar con maestría unos acordes y luego cantar con su voz preciosa y profunda:

Duermes en mi cama esta mañana

Aún no he despertado de este sueño

De un sueño que es mágico al tenerte

Al poder besarte transparente

Duermes y no sé si despertarte

O tratar de entrar en tu silencio

Me enredo en tus piernas sonriendo

Y siento que el cielo hoy ya es nuestro

Dibujo en tu espalda una rosa

Una rosa roja en tu universo

Tomo tu cintura y luego pienso

Quiero que lo nuestro sea eterno

Sabes, para mí tú lo eres todo...

El video se cortó e Isabel se quedó tan impresionada que ni pestañeaba, luego respiró hondo y, a duras penas, farfulló:

—La madre que lo parió y a este quién le manda celebrar San Valentín...

Y a continuación, lo escuchó una vez y otra y otras siete más... Y cada vez que lo escuchaba le gustaba más todo, la música, la letra, la voz, el cantante...

—Joder, es que el tío no lo hace nada mal, aparte de estar como un queso... Pero ¿qué coño hago yo con este regalito de San Valentín? —rumió Isabel para sus adentros.

Porque ella estaba dispuesta a vivir el momento, pero de ninguna manera a ponerse a celebrar San Valentín *con ese tío que follaba como nadie, que era un intenso de pelotas, pero del que no estaba en absoluto enamorada.*

¿Qué hacer entonces ante tamaña tesitura?

Pues lo que le había recomendado a Caye que no hiciera, y que no era otra cosa que marcarse un Napoleón, ese genio que decía que una retirada a tiempo era siempre una victoria.

Así que se metió en la ducha, se vistió a toda prisa y sin desayunar ni despedirse de nadie, se marchó a Madrid a currar como una mona y a rezar para que, con un poco de suerte, cuando volviera al pueblo de noche, Lucas se hubiera encamado y ya fuera 15 de febrero.

Sin embargo, nada sucedió como tenía previsto porque cuando llevaba dos horas despachando bombones a discreción, con Inés y María, las chicas que atendían al público habitualmente; apareció Coral, una cliente soltera vocacional de unos cincuenta años que acudió a autoregalarse unos Bertitas, que le comentó:

—Isa qué bonito el video que has colgado hoy en el canal...

—¿Qué video? —preguntó extrañada, mientras cogía con mimo un Bertita y lo metía en una preciosa caja dorada.

—En vuestro canal, la canción que habéis colgado con ese chico tan guapo y tan talentoso agradeciéndonos a los clientes tantos San Valentín juntos.

—Ah, la canción, esa canción... —masculló Isabel, temiéndose lo peor.

—*Quiero que lo nuestro sea eterno/ Sabes, para mí tú lo eres todo...* —canturreó—. Oy, es preciosa. Mira que a mí, moñadas las justas. Pero esta canción me ha llegado, hasta el punto que he echado una lagrimita y ¿sabes qué?

—No —negó Isabel con la cabeza, perpleja.

—Que por eso llevo treinta años comprándome bombones aquí, porque se nota el compromiso que tenéis con los clientes, lo que os importamos y lo que nos cuidáis. Así que ¡yo también quiero que lo nuestro sea eterno! Y por supuesto que también sois todo para mí, en lo que respecta a los bombones, claro...

—Coral, qué honor significar tanto para ti... Te lo agradezco de corazón en nombre de todos —dijo Isabel, llevándose la mano al pecho y alucinada con lo que estaba pasando con la canción de Lucas.

—Yo también he escuchado la canción —dijo un joven trajeado, que esperaba su turno— y no para de sonar en mi cabeza... Y eso que solo la he escuchado unas cinco veces...

—Es que es pegadiza la jodida... —opinó otra chica de unos veinte años con el pelo rosa y un *piercing* en la nariz que también esperaba a que la atendieran—. Yo llevo cantándola dos horas... Y cómo me habéis hecho llorar, cabrones, porque me ha traído recuerdos de mi yaya con la que venía aquí a comprarme bombones...

—Y a mí... —comentó el joven trajeado—. La primera vez que pisé esta tienda fue en el carrito de bebé donde me trajo mi tía Elisa... Cuando la letra dice eso de “quiero que lo nuestro sea eterno”, han empezado a venirse a mi cabeza tantos recuerdos... Es buena la canción, muy buena.

—¿Y el chico de dónde lo has sacado? —preguntó la chica del pelo rosa.

—Es... un amigo —contestó Isabel con los ojos llenos de lágrimas, emocionada por las palabras de sus clientes. O eso creía.

—Pues lo va a petar, porque yo se lo he pasado a varias amigas y han babeado el móvil.

—¡Qué bien! —susurró Isabel, mientras se apartaba discretamente una lágrima.

—El video desde luego es un puntazo —insistió Coral—, habéis tenido un detalle muy bonito con nosotros.

—Me alegro mucho de que os guste... —agradeció Isabel.

—Es que es genial, y la canción os la tendríamos que cantar nosotros a vosotros porque ¿qué hay más eterno y que llena más que un bombón? Sé que los novios irán desfilando uno tras otro, pero los Bertita estarán siempre. ¡Para mí sí que lo sois todo vosotros! —exclamó la chica del pelo rosa y todos asintieron. En especial, el chico trajeado que la sonrió y sintió de pronto como si su vida acabara de teñirse del color del pelo de ella. Y a ella le pasó exactamente igual, pues se quedó mirándole con una cara de idiota que no podía con ella...

Maldito amor, malditas flechas, pensó Isabel.

Los dos se marcharon juntos y ella siguió despachando hasta que, en cuanto dieron las tres de la tarde y la tienda se despejó un poco de clientes, paró un poco para llamar a su abuela desde el despacho, con el fin de que le explicara por qué había subido el video sin su consentimiento.

—No te tenía por tan cobardica... —dijo Berta en cuanto descolgó el teléfono.

—Cobardica ¿por qué? —replicó Isabel, sabiendo perfectamente por qué se lo decía.

—Pobre chico, con la ilusión con la que te había compuesto la canción y tú le pagas poniendo pies en polvorosa...

—Tú sabes cómo se pone la tienda por San Valentín, Inés y María necesitaban refuerzos...

—Sí, ya, seguro que es por eso.

—Y menos mal que he venido, porque llevamos toda la mañana con la tienda hasta los topes...

—Es que la canción de Lucas está siendo un exitazo. ¿Has visto todas las visualizaciones que llevamos? ¡Estamos batiendo récords históricos! —comentó Berta, entusiasmada.

Berta se recostó en el sillón giratorio de cuero de su despacho y le regañó a su abuela:

—¿Por qué no me has comentado que ibas a subir el video?

—¡Pero si lo has despreciado! Así que antes de que lo borraras, he decidido salvarlo y subirlo a las redes. Es que me ha parecido tan bonito y tan apropiado para este día...

—Sí, pero esa canción era para mí —le recordó Isabel en voz baja para que no la escucharan, porque ya solo le faltaba que empezaran las chicas de la tienda a hacerle preguntas sobre chico del que no paraban de hablar maravillas.

—Sí, ya he visto que habéis pasado la noche juntos, pillina... Que las matas callando, mona. Y que sepas que le tienes loco de amor, si vieras la cara de enamorado que trae hoy, que por cierto nos ha hecho unas chuletitas de cordero de rechupete. Y lo ha hecho por ti, que sabe que es tu plato favorito...

—Pues no sé de qué lo sabe, porque yo no le he comentado nada.

—Ah, ni yo tampoco. Pero este chico es muy listo y te ha guardado tu plato por si subes a comer... Yo he pensado: pobre iluso... Pero no le he dicho nada.

—Con el curro que hay hoy, imposible ir a comer al pueblo.

—Ya sí, el curro... Cobardica, así con todas sus letras.

—Yo seré cobardica, pero tú eres una ladrona de tomo y lomo. Mira que apropiarte de MI CANCIÓN, así con mayúsculas y todas sus letras.

—Tu canción que estaba en mi teléfono móvil y como he visto que ni te has tomado la molestia de escribir ni un triste “gracias”, he decidido rescatarla ya que nos viene que ni al pelo. ¿Acaso no queremos que nuestro romance con nuestros clientes sea eterno? ¿Acaso ellos no son todo para nosotros?

—No, si todavía te tengo que dar las gracias, por entrar en mi intimidad y atracarme vilmente.

—Pues sí, dame las gracias porque tú serás una brillante *community manager*, pero yo con mi genial idea de subir la canción de Lucas he pulverizado todos tus récords. Lo petamos, nena...

Isabel abrió su ordenador y comprobó que Berta tenía razón, porque no solo había subido el tráfico en la red, sino que los pedidos habían incrementado un 300% respecto a las ventas del mismo día en años anteriores.

Pero decidió no comentarle nada a su abuela, no fuera a ser que se lo creyera demasiado, y siguiera haciendo de las suyas a sus espaldas, y prefirió centrarse en Lucas:

—¿Y Lucas qué dice? Porque no creo que le haga mucha gracia que su careto esté circulando por las redes sociales y que la gente pregunté quién es ese tío...

—Ya he respondido yo en las redes que es un amigo de la familia... Nadie va a pedirle el DNI, además antes de subirlo le he consultado que si le importaba que lo compartiera, y me ha dicho que no. Que hiciera lo que quisiera... Es tan gentil... y está tan colgado de ti.

—Qué lianta eres, abuela.

—Por eso tienes la tienda llena y los pedidos subiendo como nunca. ¡Que yo lo veo todo!

—En qué hora te enseñaría a familiarizarte con los ordenadores...

—Como veo que estás cagada de miedo con este pobre chico que solo puede traerte cosas buenas. Hazme caso, vente cuanto antes a casa a celebrar San Valentín como Dios manda y deja de hacer el avestruz.

Isabel bufó porque Berta se estaba poniendo más que pesada y optó por cortarlo de raíz:

—¡Yo no hago el avestruz! ¡Tan solo estoy haciendo lo que debo hacer que es trabajar a destajo! Nos vemos esta noche, abuela. ¡Adiós! —Y colgó deseando una vez más que cuando llegara a casa, Lucas ya durmiera.

Si bien, como todo el mundo sabe, a veces los deseos no solo no se cumplen, sino que suceden cosas muchísimo mejores.

Capítulo 27

Cuando Isabel llegó a la casa del pueblo a las once y cuarto de la noche, muerta de cansancio, entró sigilosa y por la puerta de atrás, y se encerró en la cocina donde se preparó un sándwich de pavo y lechuga y devoró una tarta de fresa que se encontró en la nevera.

No pudo resistirse, aunque lo más posible era que la hubiera elaborado Lucas, pero la tarta de fresa era su favorita y estaba muerta de hambre, así que cayó sí o sí.

Y al terminar, sintió cómo Berta apagaba la tele y se despedía de Naso y de Lucas, a los que escuchó perderse por el pasillo hacia sus habitaciones.

Fue entonces cuando respiró tranquila... Apenas quedaban tres minutos para que acabara el día y había logrado zafarse de Lucas en el día moñas por excelencia.

Orgullosa de su hazaña, abandonó la cocina y salió de puntillas hacia el salón con la intención de lanzarse al sofá en plancha.

Si bien, cuando apenas no llevaba ni un momento de relajó, tumbada a sus anchas, tan ricamente, escuchó cierto carraspeo masculino a sus pies:

—Ejem, ejem. ¡Buenas noches!

Isabel saltó de un respingo al comprobar que Lucas estaba sentado en el otro sofá:

—¿Qué susto me has dado, cabrón! ¿Qué haces aquí?

—Desearte un feliz San Valentín, todavía me quedan unos cincuenta segundos.

—No me hables de San Valentín que menudo día he tenido... —se lamentó tumbándose otra vez.

—Y no te ha servido de mucho, porque al final estamos juntos y en San Valentín.

Isabel se sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y esperó en silencio los quince segundos que quedaban para que fuera 15 de febrero. A continuación, con una sonrisa triunfante, dijo alto y claro:

—Ya ha pasado, a Dios gracias.

—Yo estoy contento, al final hemos estado juntos aunque hayan sido unos segundos.

—¿No me digas que en Mequetrefe también se celebra?

—No, es una tradición terrícola.

—¿Entonces de qué le tienes tanta devoción, hijo mío? —preguntó Isabel sin entender nada.

—Me he informado de que es el patrón de los enamorados y a él me encomiendo para que nuestro amor prospere.

Isabel se revolvió en el sofá, se colocó un cojín debajo del cuello y acto seguido replicó:

—¿Nuestro amor? Jo, tío, no te pases... Ayer sucedió lo que sucedió, pero de ahí a hablar de “nuestro amor”, va a un trecho y largo, muy largo.

—Por eso he puesto velas al santo, para que interceda por mí y el trecho se achique.

—Y será verdad que las has puesto...

—Me ha llevado tu abuela a la iglesia del pueblo donde tiene el santo una capillita.

Isabel le miró y pensó que no podía ser más mono con sus *jeans*, su jersey de lana gris y ese brillo tan especial en sus chispeantes ojos verdes.

Pero se equivocaba, porque de pronto se dio la vuelta y sacó de detrás del sofá un ramo de margaritas.

—También te he traído esto... Tu abuela me ha dicho que es tu flor favorita, pero si no te gusta puedes pegarme con ellas en la cabeza.

—¿Me has comprado flores? —preguntó Isabel con la vista clavada en el ramo tan bonito que ese tío sostenía en la mano.

—Ya te digo que si no las quieres, no pasa nada. Las pongo ahora mismo en un florero y me las llevo a mi cuarto.

Isabel a la que en su vida le habían regalado flores, ni en San Valentín ni en otra fecha, porque solo había dado con siesos y/o capullos, se levantó del sofá y, arrebatándole el ramo de un zarpazo, le dijo:

—Ni de coña. Son mías.

—Me alegro de haber acertado —replicó Lucas, con una sonrisa enorme.

—Ojo, que las acepto porque me chiflan, no porque sea San Valentín.

—Ya, ya... —musitó Lucas sin dejar de sonreír.

Isabel se tumbó otra vez con el ramo pegado al pecho y respiró el aroma de las flores...

—Me encantan las margaritas, no lo puedo remediar.

—¿Te gustó la tarta?

—Estaba de vicio, me la he zampado entera, pero no por ser San Valentín. Espero que te esté quedando todo claro...

—Sí, clarísimo.

Isabel le miró y le sintió por completo, la ilusión que le hacía volver verla, lo que le fastidiaba su desdén y las ganas que tenía de arrancarle la ropa y follarla de nuevo. Por eso, creyó conveniente matizar porque el pobre se lo había currado:

—No te lo tomes a mal, eres un tío especial, valoro todos estos detalles y te los agradezco, no creas que no. Pero no tengo nada que celebrar contigo el 14 de febrero. ¿Eso lo pillas, no?

—Ya estamos a 15 de febrero, olvídate de San Valentín.

—A ver si lo consigo, ¡la de kilos de bombones que hemos vendido! Creo que menos el pelo, las pestañas y la nariz me duele todo...

—Me lo imaginaba...

—¿Ah sí?

—También suelo practicar el agotamiento como estrategia evitativa...

—Yo no tenía nada que evitar, simplemente había un trabajo que sacar —mintió Isabel, como una bellaca, porque si no llega a suceder lo de la noche anterior, se habría pasado el día trabajando desde casa, atendiendo pedidos, coordinando al equipo, resolviendo incidencias, preparando albaranes... tal y como tenía pensado hacer hasta que Naso terminara con la canción.

—De cualquier manera, como sabía que ibas a regresar exhausta, te he preparado algo que espero que te guste.

—¿El qué? —preguntó Isabel con suma curiosidad—. Porque estoy tan cansada que no puedo moverme ni del sofá.

—Ven...

—¿Adónde? ¿Otra teletransportación a un sitio de ensueño?

—Te lo he preparado aquí. Vamos, déjame que te lleve...

—¿A tu nave? —preguntó recelosa—. Mira que a ver si se va a arrancar y me vas a sacar de la galaxia...

—Ojalá se arrancara, porque llevo todo el día intentando que lo haga y no hay manera.

—¿Y sigues sin contactar con los tuyos?

—De momento, sigue todo caído.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada por dejar de escuchar unos días a mi madre. Además estoy feliz aquí... —reconoció Lucas.

—¿Hablabas mucho con tu madre?

—A diario hasta que me caí. Así que supongo que habrá dado la voz de alarma y estarán empeñándose a fondo para encontrarme.

Isabel se puso por un instante en el pellejo de esa familia de Mequetrefe y sintió una angustia tremenda:

—Los tuyos tienen que estar preocupadísimos...

—Antes de perder la conexión, me dio tiempo a enviar un mensaje en el que daba mis coordenadas y contaba lo que había sucedido. Saben que estoy bien, que he caído en un lugar seguro habitado por gente de bien y que pronto retomaremos el contacto, solo es cuestión de tiempo...

Después, Lucas se levantó, se acercó a Isabel y con una facilidad pasmosa la cogió en brazos.

—¿Qué haces? —preguntó rodeando el cuello de Lucas con las manos—. Que soy gente de bien hasta que me tocan las calandracas...

—Tranquila que solo te voy a llevar al cuarto de baño... —replicó Lucas, llevándola en brazos hasta el cuarto de baño que estaba junto al dormitorio de Isabel.

Es más, cuál no fue su sorpresa cuando entraron y estaba todo repleto de velitas y la bañera antigua de patas esperándola para darse un baño caliente y espumoso.

—¿Has preparado esto para mí? —preguntó mientras Lucas la dejaba en el suelo y luego le quitaba el jersey que llevaba puesto.

—Has tenido un día muy duro... —contestó en tanto que Isabel seguía completamente impactada, porque jamás en la vida nadie había hecho nada parecido por ella.

—Madre mía...

—Venga, desvístete. O prefieres que lo haga yo...

La proposición hizo que a Isabel de repente le asaltara una idea:

—Si quieres que terminemos haciéndolo salvajemente en la bañera, por mí perfecto.

Lucas la cogió por el cuello, le dio un beso en los labios y después dijo:

—De momento, iré a por el vino.

—¿Vino también? —preguntó Isabel alucinada.

—¿Quieres otra cosa?

—Vino está bien...

Lucas se marchó a buscar el vino e Isabel aprovechó para desvestirse y meterse en la bañera que olía a rosas, sin dejar de pensar que eso era lo más flipante que le había pasado nunca.

En vez de estar repantingado en el sofá, viendo en el Chiringuito las jugadas más polémicas del último partido de fútbol, ¡ese tío le había preparado un baño caliente de espuma! Claro que era extraterrestre, pensó Isabel cubierta de espuma, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en un cojincito que le había colocado Lucas, y lo más probable era que en cuanto se familiarizara con los usos y costumbres de aquí, terminase haciendo lo que todos... O sea, quedarse frito en el sofá con la boca abierta y el mando en la mano.

En estos pensamientos estaba cuando Lucas apareció con la copa de vino y una especie de bolígrafo plateado que despertó sus más oscuras fantasías.

—¿Qué es eso que traes? ¿Algún juguetito *sexy*, *Made in Mequetrefe*? —preguntó Isabel, cogiendo la copa de vino.

—Es para poner música de fondo...

—¡Musiquita también! Cómo te lo curras. ¡Jamás vi nada igual! Más vale que te pires pronto del planeta, antes de que se te pegue el estilo de los tíos de por aquí...

—Tampoco es para tanto llenar una bañera de agua y esencia, poner un vino y dejar que suene la música... —repuso Lucas, activando el bolígrafo del que de pronto empezó a sonar una especie de música jazz, suave, alegre y ultramoderna.

—Suena a una mezcla entre Ben Allison y Björk. ¿De quién es?

—Lo he compuesto yo. No es nada del otro mundo, bueno sí, de un mundo lejanísimo viene, pero no es gran cosa...

—A mí me gusta... —susurró Isabel, escuchando con atención.

—Para escuchar como música de fondo, no está mal.

—¡No seas modesto! Que también está para escuchar con una orquesta grande en el Auditorio.

—Ha sonado con orquestas grandes, pero no sé...

Isabel se incorporó un poco, porque se estaba escurriendo en la bañera, y le preguntó con mucho interés:

—¿Tú debes ser un músico importante en tu pueblo, no? ¡Es que esto que está sonando es muy bueno! ¡Como el vino! —exclamó después de dar un sorbo a su copa.

—Lo he comprado esta mañana en el pueblo. Y en cuanto a la música... Compongo desde los siete años, soy un músico vocacional y profesional que tiene la suerte de gustarle a muchas personas en Mequetreffe, pero nada más... No soy Mozart, quiero decirte... Y ahora dame el pie.

—Joder, ¿das también masajes en los pies? —preguntó sacando un pie de la bañera y tendiéndoselo.

—Hago de todo y todo mal —contestó tomando el pie de Isabel y secándolo con una toalla.

—¡Qué dices, tío! Tú no sabes la fauna que hay por ahí suelta. ¡Ay si yo te contara! —susurró cerrando los ojos porque lo que ese tío estaba haciendo con su pie era más que un masaje. *¡Era arte!*

—Ya me contarás...

—Otro día, mejor... —musitó dejando la copa en el suelo—. Hoy voy a disfrutar de esto... porque qué manos tienes, colega.

Capítulo 28

El colega tenía tanto arte que Isabel se despertó en su cama a las nueve de la mañana con la llamada de su amiga Caye:

—Caye, dime... —masculló después de leer su nombre en la pantalla del teléfono, todavía con un ojo cerrado.

—¿Estabas dormida?

Isabel se frotó los ojos, se incorporó un poco doblando la almohada, y colocándola debajo de la espalda, y luego le contó a su amiga:

—Joder, estoy viva de milagro.

—¿Y eso? —preguntó preocupada.

—El último recuerdo que tengo de la noche pasada es cuando me metí en la bañera y Lucas empezó a masajearme un pie. ¡Y qué masajeo, tía! Me invadió como una energía, una luz, un bienestar, una cosa...

—¿Te corriste? La leyenda urbana dice que hay tíos que saben provocar orgasmos tocándote los pies... Que no sé dónde estarán, porque la mayoría no sabe ni con plano encontrarte el clítoris.

—No, no, Lucas no es de esos. Este sabe... ¡Y sin brújula, ni mapa, ni madre que lo parió! Menuda orientación tiene el cabrón. Te lo encuentra todo... Doy fe.

—Entonces ¿te corriste con el toqueteo del pie? —preguntó Caye, alucinada con ese ser.

—No, con el masaje de pie me quedé frita. Ya ves tú... ¡Para haberme quedado muerta en la bañera! Menos mal que Lucas me debió sacar y me metió en la camita.

—Qué mono, Isa —dijo feliz por su amiga.

—Me preparó un baño de espuma, me trajo un vinito y me puso musiquita ¡suya! El tío es verdad que es compositor en su galaxia, ¡y es muy bueno! Y luego vino lo del pie... ¡Qué masaje! Es que fue como entrar en otra dimensión, yo estaba muerta de cansancio porque me había pasado diez horas de pie despachando bombones...

—¿No habías decidido quedarte en casa hasta que Naso te haga la canción? —quiso saber Caye, sorprendida por el cambio de planes.

—Ya, pero es que Caye, soy una cobarde y no me atreví a encontrarme con Lucas después de la nohecita que pasamos...

—¿Hubo tema?

—De otra galaxia.

—¿Eso cómo es? —preguntó queriendo saber con pelos y señales —. ¿Te metió en una especie de Orgasmatron? Dicen que en el futuro los orgasmos los propiciarán las máquinas.

—No sé lo que pasará en el futuro, pero este de máquinas nada. Es por así decirlo como un clásico moderno. Mira, me teletransportó a un hotelazo de Ibiza con vistas al mar...

—¡La leche!

—Sí, me abracé a él en casa y aparecí en Ibiza en una suite con vistas a una luna en el agua de ensueño. Follamos como dioses y a la mañana siguiente aparecí en mi cama de la serranía de Cuenca cagada de susto porque era San Valentín.

—Entonces ¡la canción que habéis colgado en las redes era para ti! ¡Mira que lo sabía! —exclamó Caye atando cabos rápido.

—¿Tú también has visto el video? —preguntó Isabel sin ser todavía consciente del alcance que había tenido la grabación.

—Tía, si ha salido en el telediario...

—¡No me jodas! Con el lío que tenía en la tienda no me he enterado de nada. Entraban los clientes y comentaban y tal... Pero joder ¡el telediario!

—Sí, al final, después de que meten los sucesos, se han puesto a hablar de San Valentín, pues lo típico, que si se regalan flores, que si se regalan bombones y entonces han sacado la sensación en las redes que ha sido el video de la confitería Isabel para agradecer a sus clientes tantos años de fidelidad...

—Madre mía, con razón lo hemos petado con las ventas...

—Pero yo sabía que en ese video había algo más... Lo de que quiere dibujarte una rosa roja en tu universo es totalmente delator... ¡Jo, tía, qué joya de tío, y encima no necesita mapas!

—Ni mapas, ni dedos, ni pollas...

—¿Cómo que ni pollas? ¿Con qué te folló? ¿Con la mente?

—Es un decir, folla normal, bueno normal no es, el tío es muy bueno, porque además no sé cómo lo hace que aparte de la pericia técnica, me vi envuelta por una energía bestial que yo desconocía...

—Isa, qué suerte follar *a lo experiencia religiosa*. ¡Así da gusto! Pero es que viene de una civilización muy avanzada, deben tener perfeccionadísimo el arte del folleteo.

—Y tanto, como que me provocó un orgasmo con solo poner la mano a unos centímetros del chichi.

—¡Qué barbaridad!

—Sí, Caye, sí. Subía y bajaba la mano y aquello era... que yo no sé ni cómo no me escuchasteis gritar desde Cuenca. Tremendo.

—Y te lo querías perder...

—Ya, pero contemplando el mar ibicenco tuve como una iluminación y decidí que debía vivir el momento, claro que con lo que no contaba era con que me iba a componer una canción en la que dice que quiere que lo nuestro sea eterno.

—Jo, qué bonito —suspiró Caye

—Fue escucharlo y salir por piernas a Madrid. ¡El tío se ha pasado veinte pueblos!

—La canción es la bomba. No necesitas a Naso para nada, mándale a la mierda...

—No, Caye, necesito que Naso me componga algo, sería un puntazo. Es que su música significa tanto para mí y además es que como empresa nos interesan sus atributos de modernidad, talento, rebeldía, frescura, originalidad...

—Pero si todo eso es Lucas ¿no te das cuenta?

—No tienen nada que ver. Lucas canta bien, pero es un extraterrestre que en breve volará a su galaxia, y Naso es el artista más talentoso de su generación.

—Buah... Y eso de que Lucas se irá... No sé yo... Está enamorado de ti.

—Es imposible —dijo Isabel totalmente convencida—, no puedes estar enamorado de nadie hasta que no ves todo, lo bueno y lo malo. Si con todo, decides quedarte: estás enamorado. Pero Lucas no ha visto casi nada de mí...

—¿Te parece poca visión tu lado más insoportable y borde? Porque anda que no has sido bruja con él...

—¿Yo?

—Sí, tú, tratándole como un *mierder* cualquiera y resulta que es un amor... Si después de cómo le has tratado te canta *que para él tú lo eres todo*... ¡Tía, está enamorado! ¡No hay duda!

—Es una licencia poética, tampoco hay que tomárselo al pie de la letra —replicó Isabel sin darle importancia.

—Yo te digo lo que veo. ¡Y no suelo equivocarme en las cosas del amor!

—Pues esa visión que tienes tan maravillosa te la podías aplicar un poco a ti misma... —insinuó Isabel, chichándola un poco.

—No me hables que para eso te llamaba... ¡Necesito que bloques a Erik en todo donde le tengas agregado! —exigió cambiando por completo el tono de voz.

—¿Qué ha hecho ahora el pobre chico?

—Me subí unas fotos en Instagram con los Outsiders en la sierra... El muy cretino me entró por privado en Facebook para preguntarme que si ahora era la Blancanieves de la serranía, todo el día con siete enanos pegados a mi culo...

—Jajajajaja.

—Tía, no es gracioso. ¿Qué le importa a él con quién estoy o dejo de estar?

—Él no es un tío celoso ni controlador...

—No, no lo es. Bien sabe que detesto a los tíos así... De hecho, me gustó porque era un tío abierto, libre, seguro de sí mismo... Y ahora va y me sale con lo de los enanos... Ver para creer... ¡Menos mal que se le ha caído la máscara a tiempo!

—No se le ha caído nada. Simplemente está jodido, olvídate de los Outsiders y quédate con lo esencial: le importas.

—Pero es que no le entra en la sesera que lo nuestro no puede ser, porque no conforme con tócame las narices con los Outsiders, ayer va y me manda vía Nick, que el pobre se tuvo que bajar a Madrid a comprármelo, un anillaco de compromiso de Grassy con la nota: *¡Cásate conmigo, fuck!* —comentó Caye, muy molesta.

—¡Qué romántico! —exclamó Isabel encantada.

—Sí, romantiquísimo, tengo un cabreo de tres pares de narices.

—Pero si estás enamorada hasta las trancas de él, anda. ¡Déjate de rollos!

—Me mola, pero lo nuestro no puede salir bien en la vida. ¿Qué coño pinta un surfero en Cuenca? Que no, Isa. Que no puede ser... Es como hacer una tortilla sin romper un huevo. Im-po-si-ble —silabeó Caye con convicción.

—Vaya tontería, si ya venden las tortillas de patata hechas. La que tiene que meterse en la cabecita que lo vuestro es más que posible eres tú.

—A mí déjame tranquila, que estoy muy a gusto así. Y, por favor, hazme caso, bloquéale. A ver si capta el mensaje de una vez...

—Caye perdona que te diga que estás tan equivocada... —insistió Isabel.

—Es lo que hay. Te dejo que tengo que ir al banco, tú aplícate con Lucas y ya me cuentas.

—Lo de Lucas sí que es un ejemplo perfecto de imposible y no lo tuyo. Pero no dudes de que me aplicaré... —confesó Isabel con una sonrisa traviesa.

Luego colgó y se fue derecha a la cocina a prepararse un café, pero al final tuvieron que ser dos, porque apareció Naso, como un alma en pena, más despeinado que nunca, descalzo, en calzoncillos y con una camisa de cuadros abierta.

—Buenos días, tía. Estoy hecho mierda. ¿Me puedes hacer un café bien cargado? Apenas he dormido una hora intentando componerte algo decente pero nada... No sale ni una puta nota...

—Vaya... —lamentó Isabel, abriendo el armario blanco donde guardaba el café y alucinada de que ese tío sin sus botas midiera como diez centímetros menos.

—Detesto San Valentín y todo lo que huelga a trampa de la mafia consumista-capitalista-hetero-patriarcal, pero me planté ayer en el bar de Caye con unos bombones que te mangué del frasco que

tienes en el salón, para tirarle la pesca a Vega y tal...

—¿Y te fue bien? —preguntó Isabel más que nada por hacerse la optimista, porque a tenor de sus pintas la cosa había ido como el culo.

—Cogió los bombones y me mandó a la mierda.

—¿Así textual? —replicó Isabel mordiéndose los carrillos para no soltar una carcajada.

—Casi. Le pedí una Coca light y cuando me la trajo le pasé los bombones con la confesión de que por ella estaba celebrando por primera vez en mi vida el 14 de febrero. Su respuesta fue soltarme que era gilipollas, coger los bombones y no volver a dirigirme ni una triste mirada en lo que fue de noche. Así que imagina cómo estoy...

—Pobre... —musitó Isabel, disimulando la risa que le provocaba el patetismo de ese tío, al tiempo que sacaba la leche de la nevera.

—Esa mujer se me ha metido tan adentro que me duele hasta cuando respiro, pero tú tranquila que antes del sábado te garantizo que tendré lista la canción.

—Si necesitas algo para documentarte, me lo dices por favor. Pídeme lo que quieras: la historia de la tienda, fotos de la familia, una entrevista con el maestro confitero... Lo que sea que pueda ayudar para inspirarte —propuso Isabel.

—No te pases tía, es una canción para un bombón, los bombones no es que tengan mucha ciencia.

—De cualquier forma, que sepas que estaré trabajando en mi cuarto por si necesitas algo... —repuso Isabel algo molesta por lo de que los bombones no tenían ciencia.

—Sí y si no se lo pido a Lucas, oye ¿ese tío es tu chacho? Es que curra como un cabrón, corta leña, pasa la cortadora del césped, cocina, friega los platos y la verdad es que no me queda claro cuál es realmente su función aquí...

—Es un amigo... —contestó Isabel para salir del paso.

—Ah, o sea que también te lo tiras... Es que algo me pareció escuchar de que eráis novios cuando nos detuvo el picoletto, pero como iba tan mamado no sabía si me había enterado bien.

Isabel no tenía ninguna gana de explicar a Naso cuál era su relación con Lucas, entre otras cosas porque ni ella misma tenía idea, así que se limitó a responder:

—Lo nuestro es complicado.

Entonces, a Naso se le encendió la mirada y luego exclamó fascinado:

—Amo las relaciones complicadas. No hay nada más grande. Son más... ¡Gózalo mucho, tía, aunque duela como un puto flemón en el colmillo!

Capítulo 29

Isabel siguió el consejo de Naso y los días siguientes se dedicó a gozarlo al máximo con Lucas, entre paseos por el valle, una cena rústica en el pueblo de al lado y carreritas por los pasillos para reencontrarse por la noche en una y otra habitación.

Se quedaban hasta tarde, hablando, riendo y haciendo el amor, así todo junto y revuelto, y ya al amanecer se separaban a la espera de que el día les permitiera estar juntos otra vez.

Era divertido encontrarse y reencontrarse, mientras Isabel seguía trabajando en casa, Lucas intentaba contactar con los suyos, Berta atendía los miles de asuntos que tenía pendientes en el pueblo y Naso aporreaba la guitarra, con *el dolor sangrante del desdén de Vega en sus dedos*, intentando componer una canción.

Así transcurrieron los días hasta que el sábado Naso se tuvo que marchar a un bolo en Valladolid con la promesa de que el domingo por la noche volvería...

—Apenas puedo juntar dos notas —se lamentó otra vez en la cocina, la sede de sus perpetuos lamentos, revolviéndose el pelo con la mano, mientras Isabel sostenía perpleja una taza de café—, porque en mi cabeza solo tengo una melodía: Vega, Vega, Vega...

—Qué tormento... —replicó Isabel a punto de atragantarse con el café.

—Duele que alimenta... —susurró Naso, poniendo los ojos en blanco, como si aquello fuera un placer insoportable.

Chicho que estaba tumbado a los pies de Isabel, de repente se levantó, harto de las chorradas de ese tío, y comenzó a ladrarle con fuerza.

—¿Cómo dices? —replicó Isabel, casi convencida de que Caye tenía razón cuando aseguraba que ese tío era masoca.

—Que no te preocupes que este dolor alimenta mi alma, está macerando lento pero seguro, y ya no queda nada para que saque de mis entrañas la mejor composición que se hará jamás a un puto bombón.

Isabel, esta vez a punto de lanzarle la taza a la cabeza por lo de puto bombón, hizo un titánico ejercicio de contención y le replicó:

—Oye que mi bombón es muy grande.

—Ya, tía, pero no me compares un chocolatito con un arte mayor como es la música. Cuando se escucha algo mío, se activan partes del cerebro a las que ninguna otra disciplina llega.

Y tras escuchar aquello, Chicho le gruñó como si estuviera sumamente ofendido...

—Pues no te cuento cómo estimulan mis bombones al cerebro... Lo nuestro también es arte mayor

—replicó Isabel, empezando a cansarse de los ninguneos del artista.

—No compares, chata. Pero ya hablaremos... El domingo vuelvo por la noche y te garantizo que la próxima semana tendré lista la cancioncita.

—Eso espero...

—Y yo también, pero sin presiones. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, sin presiones, pero que sea en este año que es cuando celebramos el aniversario — ironizó Isabel.

—Tranquila que todo lo bueno se hace esperar. Y en mi ausencia podías ponerle al perrote este mi música, porque ya no solo me gruñe cuando canto, es que el tío me ladra en cuanto abro el pico. Deberías empezar cuanto antes con la sensibilización...

Por supuesto que la respuesta de Chicho ante semejante propuesta fue ladrarle con todas sus fuerzas.

—Chicho, tranquilo que ya se va... —le dijo Isabel, acariciando la cabeza del perro, pues acababa de escuchar la melodía del timbre de la puerta.

—Es mi taxi. Me piro. *Bye*. Y hazme caso, encierra al Chucho en tu cuarto con mi música unas cuantas horas...

—No se llama Chucho, es Chicho... —replicó Isabel molesta, sin que hubiera forma de calmar al perro.

—Chica qué más da... Son solo nombres... —dijo Naso cogiendo la maleta y el maletín de maquillaje que tenía en el suelo y saliendo pitando a coger el taxi que ya esperaba en la puerta y que por supuesto iba a pagar Isabel...

Una hora después, Berta tomó el autobús de las once en dirección a Madrid, porque tenía que resolver unos asuntos, o eso dijo porque lo que realmente quería era que su nieta y Lucas se quedaran a solas, y que *aquello terminara de cuajar*...

De momento, comieron juntos en el pueblo y de vuelta, aprovecharon el día casi primaveral que hacía para dar un paseo junto al arroyuelo en el que a Lucas le entraron unas inmensas ganas de hacer el amor con Isabel.

Sin embargo, tuvo que conformarse con darle un beso de otra galaxia en el puente de madera y dejar que ella se marchara porque tenía algo que hacer, que le apremiaba mucho más.

—Tengo que volver a casa, que tengo muchísimo trabajo... —dijo Isabel y era verdad porque desde que habían colgado el video de Lucas las ventas se habían disparado como nunca, pero había algo más.

—Es sábado.

—Nosotros abrimos de lunes a domingo y además tenemos la tienda *online*. Estamos a tope de pedidos gracias a tu canción, así que lo mejor es que me vuelva a casa a currar un poco.

Isabel tenía que trabajar, pero también era cierto que tras el beso en el puente había sentido un poco de vértigo y no precisamente por la altura, sino porque de repente se había sentido tan bien, tan a gusto y tan especial con Lucas, tan como si fueran una pareja de novios de paseo por el campo un sábado por la tarde, que se asustó porque no podía ser.

Lucas era un E.T. que lo podía ser todo, *sexy*, divertido, salvaje, original, diferente, pero que acabaría marchándose cuando consiguiera arreglar su nave o que vinieran a buscarle, para lo que no debía faltar mucho...

Así que no sabía qué hacía ella sintiendo ese vértigo, esas maripositas absurdas, esas ganas locas de corretear con él por el valle, como una loca, y acabar follando después junto al arroyuelo, pensó.

Porque una cosa era vivir el momento y dejarse llevar, y otra suspirar como acababa de hacerlo solo con fantasear con infinitos besos por el valle, con excursiones por la sierra, con conversaciones hasta el amanecer al calor del fuego y todo las demás maravillas que estaba viviendo con Lucas y que estaban abocadas a que terminaran más pronto que tarde.

Así que tenía que mantener la cabeza fría, dejarse de besitos románticos en el puente idiotizada por la luz bonita de un tarde de febrero que parecía casi de abril y centrarse en lo importante que era su trabajo...

Eso era lo más sensato...

Pero con Lucas era difícil ser sensata, porque no solo le preparó una cena japonesa digna del mejor japonés, sino que luego le hizo un margarita perfecto que se tomaron junto al fuego, mientras sonaba de fondo la música genial de Lucas, desde el bolígrafo mágico...

—Esto que suena es buenísimo también... Jo, y no te imaginas la de gente que pregunta por ti en las redes... Estás causando sensación. No paro de decir que eres un amigo... Les encanta tu canción... A este paso te vas a hacer famoso —dijo Isabel, tras dar un sorbo a su margarita.

—No es mi canción, es tuya. La compuse para ti... Tal vez lo que gusta es eso, que sienten que es verdad —replicó a Isabel, mirándole con sus ojos verdes chispeantes.

—Espero que con tanto ruido como estamos haciendo con la canción, no tengas ningún problema. Mi abuela dice que no, pero yo no sé... —comentó Isabel por cambiar de tema, porque escuchar la palabra “verdad” le había provocado un vuelco al corazón tremendo.

—Tranquila que tu abuela está dejando caer por el pueblo que soy el hijo secreto de Anselmo, el guardés de vuestra finca que murió el año pasado.

—Jajajajajajajaja. ¡No me lo puedo creer! Pero si Anselmo no se parecía en nada a ti... Era como Paco Martínez Soria. ¡Mi abuela es la bomba!

—Está contando a los más chismosos, o sea a Aniceto el carnicero, a Benita la de los huevos, a Paula la de la Boutique del Caramelo... para que el bulo circule a toda velocidad, que Anselmo conoció en Benidorm, donde se escapaba una semana todos los años, a una bella inglesa y que yo soy el fruto de ese amor prohibido...

—¡Anselmo y una bella inglesa! Jajajajajajajaja.

Isabel se doblaba de la risa, mientras Lucas se encogía de hombros y luego decía:

—Menos mal que he salido a mi madre, porque tu abuela me ha enseñado fotos de Anselmo y es que el pobre lo perdió todo por el camino: cintura, pelo, dientes...

—¡Y tenía una mala uva que te la encargo! —exclamó Isabel sin parar de reír.

—Ya me ha contado tu abuela que era temido en toda la comarca... Qué le vamos a hacer... Papá era así.

—Un ogro romántico. Jajajajajajajaja.

—Exacto, y yo soy como una especie de Sabrina... ¿Te gusta esa *pele*? —Isabel asintió sin parar de reír—. Qué buena... Jamás imaginé que terminará siendo un Sabrino... El hijo del guardés que regresa años después, sofisticado y elegante, a conquistar el corazón de la nieta de los señoritos...

—Calla, por favor... Qué risa... —soltó Isabel a punto de atragantarse con el margarita.

—Así que estate tranquila que, después del guión que ha montado tu abuela, que insistía en que es crucial en estas tierras saber de quién eres, todo el mundo me tiene perfectamente ubicado.

—¡Qué bueno! Y lo mismo mi abuela se ha bajado a Madrid, no porque tuviera que atender unos asuntos, sino a seguir contando la trola por allí...

—Se ha ido por una razón obvia... —comentó Lucas, tras dar un trago a su margarita.

Isabel, que sabía perfectamente por dónde iban los tiros, prefirió cambiar de tema y preguntarle:

—¿Y quiénes son tus padres de verdad?

—Son músicos, están como cabras, pero son buena gente.

—O sea que lo tuyo es tradición familiar.

—No me quedó otra, con tres años me regalaron una especie de piano y ya no hubo marcha atrás. Estudié en las escuelas más prestigiosas, y con beca, no creas que me regalaron nada que te conozco, que seguro que ya me estás colgando la etiqueta de pijo enchufado...

—¿Yo? Pero si aún sigo pegada a lo de Anselmo... No me ha dado tiempo a categorizarte en nada todavía...

—Bueno, pues por si acaso... —añadió Lucas, risueño—. Ya durante mis estudios empecé con un compañero a hacer cosas para publicidad y para películas independientes... Y cuando nos

licenciamos, creamos nuestra empresa... La empresa que financia nuestras escapadas a Ibiza...

—Bueno, solo ha sido una... Tampoco he hecho un boquete en tu cuenta corriente... —le recordó Isabel enarcando una ceja.

—Mi amigo lleva la parte financiera y yo a la parte artística. Componemos para publicidad, documentales, cine...

—¿Y la publicidad o el cine es como en la Tierra?

—Sí, lo único que cambia es la tecnología que está más desarrollada, pero la emoción es la misma.

—¿Y las máquinas pueden crear melodías o hacer guiones? —preguntó Isabel, alucinada y aferrada a su copa.

—Ya estás pensando que en Mequetrefe no hago ni el huevo...

—Anda que vaya imagen que tienes de mí... No te voy a negar que antes pensaba así de ti, pero ahora te veo con otros ojos.

—¡Menos mal que ha servido de algo troncharme la espalda partiendo leña!

—No seas exagerado. Entonces eres compositor de verdad...

—Claro, nuestros computadores no tienen conciencia, es imposible replicar el intelecto y la creatividad, así que me toca hacerlo todo a mí. Lo que más me gusta es componer para el cine; es apasionante transcribir la visión del director en música. Es todo tan emocional, con mis notas puedo llevarte adonde quiera, sin que apenas te des cuenta, sin que lo tamicen por la cabeza...

—O sea que eres un manipulador —bromeó Isabel.

—Prefiero decir que hago soñar...

—Esto que está sonando ¿es de una película?

—Sí, estuve tres meses trabajando sin descanso. En Mequetrefe tenemos muchos más instrumentos musicales que en la Tierra, por eso hay sonidos que te sonarán extraños, y lo que estás escuchando es una mezcla, así para que te hagas una idea, como de música electrónica y orquestal —Lucas dio otro sorbo a su margarita, después dejó la copa en la mesa y dijo—: Y ya me callo, que ahora viene la parte más romántica de la peli, y tenemos que bailarla sí o sí... —dijo poniéndose de pie y tendiendo la mano a Isabel.

Capítulo 30

Isabel dejó la copa en la mesa, cogió la mano que Lucas le tendía y se pusieron a bailar junto al fuego, mientras de pronto empezó a sonar una melodía con una especie de violines que ponían los pelos de punta...

—Madre mía... ¿de qué iba la *pelí*? Me están entrando ganas de llorar de lo intensa que es.

—Mejor no te lo cuento porque vas a pensar que me lo estoy inventado para embaucarte...

Isabel miró a Lucas con los ojos como platos y sin dejar de bailar pegados, suave y lento, susurró:

—¿De un tío que viaja a otra galaxia y se enamora de una tía?

—La peli es de acción, por eso has escuchado antes tanto sonido electrónico, sintetizadores, mucha trompeta y violines a discreción.

—O sea que ¿a pesar de estar tan equilibrados os gustan las *pelis* de acción?

—Estamos equilibrados, pero no veas tú cómo están las galaxias de petadas de tipos chungos... — contestó Lucas, mordiéndose los labios porque ya estaba hablando demasiado—. No puedo decirte más, tan solo que a los habitantes de Mequetrefe les apasionan las *pelis* de acción y que en esta para la que compuse la banda sonora, el protagonista se enamora de la chica de un planeta que está lleno de malos...

—¿Acaba mal? —preguntó Isabel deseando que no, mientras bailaba pegada a Lucas esa banda sonora tan romántica.

—Todavía no se sabe...

—¿Cómo que no se sabe? —preguntó ansiosa.

—Van por la sexta entrega... Estos días antes de caerme en tu finca, estaba trabajando con las *demos* de la banda sonora en mi superordenador de abordo, que espero que resucite algún día.

—Entonces serás famoso en Mequetrefe... —dedujo Isabel, mientras pensaba que con el talento que tenía y lo bueno que estaba, ese tío tendría miles de mujeres suspirando por él.

—No tanto como el director o los actores... Por cierto, la protagonista de la película es la chica por la que huí de Mequetrefe...

—¿Tu ex es actriz? —preguntó más alucinada todavía.

—Ella sí que es famosa. Nos conocimos en el rodaje de la primera película, pasábamos muchas horas muertas en el *set* de rodaje y surgió el amor...

—No sabía que los compositores también estabais en el rodaje.

—Estamos en preproducción, en producción, postproducción y los fiestones...

—¿Y lo echas de menos? —preguntó Isabel, más pensando en la ex que en su vida de compositor de bandas sonoras.

—Cuando nuestra relación se fue al traste perdí la ilusión por todo, hasta dejé de componer por algún tiempo, cosa que jamás pensé que sucedería. La música es mi vida, pero de repente todo dejó de tener sentido. Por eso, decidí subirme a mi nave y marcharme muy lejos... Poco a poco, la herida fue doliendo menos, incluso empecé a componer casi un año y medio después...

—Siento que hayas pasado por eso... —susurró Isabel, sintiendo su pena de una forma muy intensa y muy vívida, y abrazándole más fuerte mientras la música los envolvía.

Lucas deslizó las manos hasta la cintura de Isabel que apoyaba la cabeza en su pecho con los ojos cerrados, y sintió que no había nada que lamentar.

—Tenía que pasar por todo eso para llegar hasta aquí. Ahora lo sé... —dijo Lucas estrechándola contra él.

Isabel levantó la cabeza emocionada, le miró con sus ojos verdes húmedos también y le susurró:

—¿Por qué yo?

—Ese es el misterio del amor. La gran pregunta, pero eres tú. No puedes ser más que tú.

Isabel tragó saliva y solo se le ocurrió replicar, porque estaba muerta de miedo:

—Qué pena que me hayas pillado en una etapa tan descreída...

Lucas acercó los labios a los de ella, y casi besándola susurró:

—Solo tienes que creer en mí.

Isabel enterró los dedos en el pelo de Lucas, le atrajo hacia sí y le beso con ganas...

—Creo tanto en ti que hasta podría enamorarme —susurró con los labios pegados a los suyos.

—¿Y eso es malo? —replicó Lucas, volviéndola a besar.

—¡Es una catástrofe! —respondió Isabel, entre beso y beso.

—¿Y tienes previsto hacer algo para evitarlo aparte de besarme de maravilla? —inquirió mordándole el labio inferior.

—Lo he intentado pero no funciona —confesó sin dejar de besarlo—, porque cada día descubro algo nuevo en ti que me deja más alucinada.

—¿Estás segura? Porque soy un auténtico desastre...

—¿En qué eres desastre, hijo mío? Si es que hasta con el baile eres bueno...

—Qué exagerada eres, Isa.

—Es la primera vez que me llamas Isa...

—¿Ves? Ya acabo de pifiarla...

—¿Por qué? Me encanta que me acortes el nombre... Es cariñoso...

Lucas descendió con los besos hasta el cuello, pero antes le susurró al oído:

—Soy muy cariñoso. Y lo poquito que sé de baile, lo he aprendido con vuestras películas...

—¿De verdad que en Mequetrefe veis nuestro cine? —preguntó porque no daba crédito.

—Hace mucho que no os quitamos ojo de encima. Conocemos vuestras cosas, yo especialmente el cine porque me dedico a esto...

—Y lo haces muy bien. Esta banda sonora me encanta... —susurró Isabel dejándose llevar por la música.

—Ya te compondré una buena...

—¡Esta es buena!

—No, no lo es —replicó abrazándola tan fuerte que ella sintió la megaerección de Lucas.

—Madre mía cómo estás... —comentó ella, al sentir esa dureza.

—Loco por ti... No sé ni cómo no ha ardido el puente de madera cuando nos hemos dado el beso esta tarde.

—Exagerado.

—No, no lo soy —susurró deslizando las manos por la espalda de Isabel, hasta dejarlas posadas en el culo.

—Tenía que trabajar —se excusó Isabel.

—Tenías que protegerte de lo que estabas sintiendo, pero da igual dónde te escondas. Esto no tiene vuelta atrás —le dijo Lucas, cogiéndola en brazos con una facilidad pasmosa y cargándola sobre su hombro.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Isabel, pasmada con la fuerza de ese tío que la llevaba en dirección a su dormitorio.

—Lo que llevo queriendo hacer desde esta tarde y tú me has negado por cagona —respondió Lucas, cuando ya estaban frente a la puerta del dormitorio de Isabel.

—¿Cagona por qué? —preguntó en tanto que Lucas abría la puerta del cuarto de Isabel con la mano.

—¿Por qué va a ser? ¡Tienes pánico a enamorarte! Te has cagado viva en el puente, porque has empezado a sentir cosas que ya están completamente fuera de tu control —respondió dejando a Isabel en el suelo y luego buscando algo en el cajón de su mesilla.

—¿Esto es lo que llevas queriendo hacer desde esta tarde? ¿Ponerte a hurgar en el cajón de mis bragas? —le reprochó Isabel sin entender nada.

—Busco los condones que guardé la mañana que regresamos de Ibiza —dijo metiendo la mano al fondo del cajón y sacándolos con una sonrisa traviesa.

—Ya, los condones... —masculló Isabel, un poco avergonzada.

—No quiero que tengas miedo, por eso te he traído a tu habitación, es territorio seguro y mucho menos romántico que hacerlo delante de la chimenea con mi musiquita moñas de fondo... No vaya a ser que se eche a volar tu imaginación, te proyectes feliz conmigo y salgas por piernas otra vez... — ironizó Lucas, acercándose a ella de nuevo.

—Qué gracioso eres...

—Es cierto. Tengo que protegerme —susurró Lucas con los labios pegados a los de ella.

—¿De qué? ¿No decías que esto no tiene vuelta atrás? —replicó Isabel, a la vez que Lucas deslizaba las manos por su cuerpo.

—Y no la tiene...

—¿Te refieres al sexo? —replicó mientras Lucas la besaba en el cuello.

—Me refiero a todo, pero no te preocupes que acabarás amando esta catástrofe.

—Los de Mequetrefe también sois adivinos... —repuso Isabel, con sorna.

—Sé lo que siento en mi corazón y tú, aunque te engañes a ti misma, también... —susurró Lucas, cogiéndola por el cuello y dándole un beso húmedo y muy largo que los excitó mucho más todavía.

Tanto que la urgencia y las ganas hicieron que Isabel deslizara la mano hasta la erección de Lucas, desabrochara su pantalón, la liberara y le enfundara uno de los condones que él había sacado de su mesilla.

Luego, Lucas le quitó el jersey que llevaba puesto y ella se desabrochó el sujetador que él finalmente lanzó por los aires.

—Adoro tu piel... —susurró Lucas, acariciándole el pecho primero con las manos y después con la lengua y los dientes.

—Y yo eso que haces... —replicó ella, mientras tiraba de la parte de abajo del jersey de Lucas, para sacárselo y sentir también su piel.

Lucas se despojó del jersey con un movimiento rápido, la estrechó con fuerza contra él, acto seguido, la empujó de las caderas hacia arriba y a Isabel le faltó tiempo para encaramarse a él, rodeando su cuerpo con las piernas.

—Te deseo tanto... —musitó Lucas, sin dejar de besarse apasionados, mientras caminaba con ella cuesta hasta la pared del fondo y sin dejar de clavarle la erección en el pubis.

—Yo solo sé que me vuelves loca... —murmuró Isabel en tanto que le mordía los labios.

La respuesta de Lucas fue levantar un poco las caderas de ella y penetrarla a la vez que la empotraba contra la pared.

Isabel gimió de placer al sentirle tan dentro y le besó pidiéndole mucho más. Lucas, dispuesto a dárselo todo, salió casi del interior de ella, de esa humedad exquisita, muy despacio, arrancándole un jadeo entrecortado, que provocó que él volviera a penetrarla con más fuerza, más avidez y más

profundidad.

Isabel, muy excitada, sintió el frío de la pared en su espalda, que contrarrestó con el calor del aliento de Lucas en su cuello y el fuego que ardía dentro de ella.

—Me moría por sentirte así... —le susurró Lucas al oído.

—Y yo... —confesó Isabel, mordiéndole los labios y agarrándole fuerte del culo para apretarlo más contra él.

Lucas entonces empujó sus caderas para entrar por completo en ella y hacerla otra vez gemir de tal forma que se encendió mucho más. Porque no es que quisiera más, es que lo quería todo, por eso comenzó a hacerle el amor desesperado, penetrándola frenético, besándola, lamiéndola, mordiéndola, fundiéndose con ella que temblaba de placer entre sus brazos.

Isabel sentía que iba a romperse, que no iba a ser capaz de soportar todo lo que ese tío le estaba dando, pero que no quería perderse por nada del mundo.

Porque Lucas no solo follaba bien, sino que mientras le hacía el amor sin concesiones, la miraba con tanto amor que llegó un momento en que tuvo que cerrar los ojos porque no podía resistirlo...

—Mírame a los ojos... —le exigió, mientras la penetraba con más fuerza que nunca.

Isabel no obedeció, siguió con los ojos cerrados, mientras Lucas la follaba casi gruñendo...

Y ya a punto de correrse, sin poder soportar la no-mirada de Isabel, la bajó al suelo, ella se dio la vuelta, Lucas deslizó la mano hasta su vulva y apenas sin tocarla le arrancó un orgasmo feroz que a él le hizo arder la sangre...

Isabel sintió tanto de repente, tanto placer, tanta luz, tanto deseo, tanta locura, tanto fuego y tanta emoción que, desbordada, entre lágrimas que ni entendía, solo pudo susurrar una palabra que quería que significara tanto como lo que estaba recibiendo:

—Lucas...

Lucas sintiendo a Isabel la perfección, le alzó la pierna y la penetró desde atrás, fuerte y profundo, follándola con todo lo que sentía por ella, hasta que se vació por completo y solo pudo decir, enterrando la cabeza en su pelo:

—Te quiero...

Capítulo 31

Después del te quiero de Lucas, Isabel no dijo nada. Durmieron abrazados esa noche, pero ni Lucas volvió a decirle te quiero al despertar, ni Isabel comentó nada al respecto...

No dijo nada, si bien sabía que Lucas le seguía diciendo que la quería en todo cuanto hacía, desde el desayuno que le preparó el domingo por la mañana con florecita silvestre incluida, hasta el fuego que encendió a la noche, justo antes de que Berta y Naso regresaran.

Luego cenaron los cuatro juntos, vieron un poco la televisión y ya cuando todos descansaban, Isabel que no podía dejar de pensar en el chico de las estrellas, salió de su cuarto de puntillas, entró sigilosa en la habitación de Lucas y tras costarle Dios y ayuda echar a Chicho de la cama, que dormitaba a su lado, se acostó junto a él...

—Estaba a punto de ir a por ti... —le confesó Lucas, feliz de que estuviera a su lado.

—No puedo dormir.

—Me pasa lo mismo —susurró Lucas abrazándola.

—No puedo dejar de darle vueltas a todo.

—Define todo...

—Uf.

—Empieza entonces por una parte...

—¿Una parte? Esto difícilmente puede dividirse en partes, pero podía empezar por decir que tenía ganas de estar contigo.

—Es un buen comienzo. Me encanta... —dijo Lucas con una sonrisa enorme.

—Ya pero es que no debería... —susurró Isabel, mordiéndose los labios.

—Eso me gusta menos, la verdad.

—Pero es que me muero por besarte. Joder, los de Mequetrefe deberíais venir con una etiqueta que pusiera que sois altamente adictivos...

—Y tú deberías dejar de darle tantas vueltas a algo que es mucho más sencillo. En el fondo, solo somos una chica y un chico que la quiere...

—Lo has vuelto a decir...—soltó Isabel que esperaba cualquier réplica menos esa.

—Digo que te quiero porque es lo que siento, qué quieres que diga si me gustas muchísimo, me importas mogollón y adoro estar contigo haciendo de todo... pasear, escuchar música, ver pelis, reírnos, cabrearnos, bailar, cantar, hacer el amor... Joder, me gusta todo contigo. ¿Eso qué es?

Isabel bufó y luego respondió, con una repentina punzada de ansiedad en la barriga:

—Yo qué sé... ¿Complicidad, con sexo?

—Si te agobia mucho, procuraré no decírtelo más.

—No, si aunque no lo digas, lo siento en todo lo que haces.

—Entonces...

Isabel resopló, recostó la cabeza en el pecho de Lucas y luego dijo:

—Esto es muy complicado.

Lucas la tomó por la barbilla, le alzó la cabeza, la besó en la boca y luego susurró:

—No lo es. De verdad que no...

—Mentiroso —dijo Isabel, cogiéndole de la mano—. ¿Cómo no va a ser complicado que para empezar seas de otra galaxia? Anda que no echarás de menos Mequetrefe...

—Lo llevo en mi corazón siempre, pero aquí me siento genial.

—¿Cómo es tu pueblo? ¿A qué se parece de la Tierra?

—Una mezcla entre el Sáhara y Siberia... ¿Te mola para pasarte una temporadita? —bromeó

Lucas.

—¡Venga, en serio! ¡No me vaciles!

—Es cierto que tenemos en Mequetrefe desiertos y glaciares, pero la zona en la que yo vivo es muy parecida a esta... Son casi los mismos paisajes...

—¡No! ¡No te sigas quedando conmigo, por favor!

—Es verdad, de hecho vivo en mitad de un valle parecido a este, cerca de un arroyuelo... Me encanta porque es un sitio perfecto para trabajar, es muy inspirador...

—No me puedo creer que el paisaje sea similar —insistió Isabel.

—Cuando tengas valor suficiente para subir a mi nave, te lo mostraré...

—¿Para qué voy a subir si no te funciona nada?

—El proyector de imágenes sí que va...

—Entonces, tendré que ir a verlo... Pero sin prisa... —musitó risueña.

—¿Qué te da más pánico: reconocer que soy algo más que un follorollo o subir a mi nave y que se suelte el freno?

—Déjame que piense... —contestó entre risas.

—Ríete, pero la cosa debe estar 50-50...

Isabel pensó que Lucas tenía razón, para ella era difícil reconocer qué le daba más miedo si subirse a ese amasijo de hierros de las galaxias o enamorarse de ese chico que cada día que pasaba le gustaba más.

Porque eso sí que lo tenía clarísimo... De hecho, no se le ocurrió mejor forma para salir del brete

que decir:

—Anda calla y bésame...

Y se besaron y mucho. De nuevo se enredaron entre las sábanas y terminaron haciendo el amor, que después de todo era la parte de la relación que había surgido con Lucas que Isabel mejor manejaba...

Relación a la que, por cierto, Isabel no se atrevía a poner nombre, ya que de hecho cuando sus padres aparecieron al día siguiente para comer con ellos, pues iban de camino a la casa de la playa y tenían muchas ganas de conocer al chico que salía cantando en el video y del que la abuela Berta había hablado maravillas, no supo ni cómo presentarle.

—Os presento a Lucas, es... mi... nuestro... —farfulló hasta que la abuela Berta intervino.

—Es nuestro querido amigo, que está pasando con nosotras unos días de vacaciones —zanjó la abuela.

Luego en un aparte, en la sobremesa, la madre de Isabel la cogió por banda y le preguntó muy intrigada:

—Lucas y tú ¿sois novios o qué?

—No te hagas ilusiones, porque de novio nada.

—A nosotros no nos importa que sea el hijo secreto de Anselmo... —cuchicheó a su oído—. Era un ogro, pero en esta familia se le quería. Y tú lo sabes.

—Mamá por favor... —masculló mordiéndose los labios, para no soltar una carcajada.

—No disimules, la abuela me lo ha contado todo. Y nosotros no somos clasistas.

—Mamá que por ahí no van los tiros... —replicó, al tiempo que pensaba que no se podía ser más lianta que su abuela Berta. Claro que bien pensado lo mejor era eso que la verdad del platillo, porque con lo impresionable que era su pobre madre, no había en el planeta Diazepam suficiente como para digerir semejante trago.

—¿Por dónde entonces? Si es guapísimo, educado, atento, inteligente, talentoso... No te digo yo que pusieras pegas a otros pretendientes que has tenido, pero a este chico... ¡Es ofender a Dios, que menudo regalito te ha enviado!

—Sí, caído del cielo... —bromeó Isabel.

—Pues sí, hija, sí, el amor es un regalo que se recibe del cielo, que hay que cuidar y agradecer...

—Ya, pero el amor es una palabra muy grande.

—¿Tú estás ciega, Isa? ¿No ves cómo te mira? De sus ojos solo sale amor del bueno...

—¿Amor? No lo flipes, mami, lo que pasa es que Lucas tiene unos ojos verdes muy bonitos...

¡Mira así a todo el mundo! —repuso Isabel, quitándole importancia.

—No es el color de sus ojos, es la dulzura con la que te mira... ¡Se le ve tan enamorado! —

exclamó su madre llevándose las manos al pecho.

—Tú ves enamorados por todas partes, por culpa de leer tanta novela romántica. Como cuando te dio por darle la brasa a tu peluquera con el cuento de que el cartero buenorro le hacía ojitos... — recordó Isabel, dando un manotazo al aire.

—¡Y se los hacía! De hecho, ¡están saliendo juntos!

—¿Quééééé? ¿Que Mayte está liada con el cartero buenorro? ¡Pero si él tiene 25 años y ella 45! —replicó Isabel, a la que le costaba muchísimo creérselo.

—¿Y? ¡Chica qué antigua eres! El amor no entiende de edad, ni de color de piel, ni de clase social, ni de nada... Surge cuando tiene que surgir y si está de Dios que sea un extraterrestre el amor de tu vida, pues apechugas porque poco más se puede hacer.

—¿Un extraterrestre? ¿Te daría igual tener un yerno extraterrestre? —preguntó Isabel con cara de pánico.

—Si te mira como Lucas lo hace, ¡yo feliz de la vida!

—¡Qué pesada, con Lucas! No insistas que con él no hay nada que rascar, nos conocemos de hace poco y está de paso... De vacaciones...

—Me ha dicho que es músico, con lo cual puede traerse el estudio a Madrid y después de todo le haces un favor y de los gordos, porque en Londres llueve tanto y los ingleses son tan siesos...

—Ojalá fuera tan sencillito... —murmuró pensando que ojalá Lucas fuera un tío sieso de Londres y no uno simpático del lejanísimo Mequetrefe.

—Chica, pues no veo mayor complicación... A ti te gusta, ¿no?

—¿Cómo que si me gusta? —replicó Isabel, poniéndose a la defensiva.

—Yo veo que hay un coqueteo entre vosotros...

—Sí, bueno, pero nos separan tantas cosas... —Y dijo cosas por no decir galaxias enteras.

—Ya ves tú qué problema —repuso la madre dando un manotazo al aire—. Si esas diferencias son la chispa de la relación... ¿Qué quieres a un clon tuyo? ¡Hija qué aburrimiento! Mira tu padre y yo, llevamos siglos juntos precisamente porque somos la noche y el día...

—No, no quiero a un clon pero Lucas es que es de un mundo tan diferente al mío...

—¿Y eso qué más da? Tu abuela dice que es buena persona, es guapísimo y parece tan simpático... ¿Tú te lo pasas bien con él? ¿Te da vidilla?

—Demasiada... —contestó Isabel, con resignación.

—Firma, no te lo pienses más.

—¿Firmar dónde? Perdona, pero no estoy tan desesperada como para pedirle matrimonio a un tío por muy guapo y simpático que sea...

—Es un decir para que espabiles, porque te veo muy remisa y no lo entiendo: ¡para un chico

normal que por fin llega a tu vida!

—Pero es que Lucas no es normal...

—¿Está todavía afectado por lo de su padre?

—¿Qué padre? —preguntó Isabel, despistada.

—¡Anselmo, hija, que estás empanada! Tu abuela nos ha contado que descubrió hace poco quién era su padre y supongo que debe ser un *shock*.

—No, qué va, eso lo tiene totalmente superado...

—¿Entonces por qué dices que no es normal?

—Porque es músico...—improvisó—, están todos muy locos.

—Pues no te cuento los dentistas y llevo treinta y cinco años casada con uno... Así que, deja de inventarte excusas y vive la vida... —opinó su madre echando las manos a volar.

—Si tú lo dices —murmuró encogiéndose de hombros—. Eso haré...

Y lo hizo porque se pasó la semana viviendo la vida al máximo con Lucas, yendo de aquí para allá, del arroyuelo a la cama, de la cama a los pueblos cercanos, y de los pueblos cercanos a la torre Eiffel vía teletransportación...

Se lo pasaban genial juntos, sin dejar de descubrir cosas del otro, algunas pequeñas como que a Isabel no le gustaban calcetines lisos, ni los bolígrafos rojos, ni tenía ni pajolera idea de cómo disciplinar a su cabello díscolo o más gordas como el tremendo disgusto que le dio a su padre cuando le confesó que lo suyo no eran las endodoncias sino vender Bertitas.

Ahora que para disgusto, el que Lucas le dio a los suyos cuando les comunicó que iba a perderse por las galaxias durante una larga temporada para encontrarse a sí mismo.

Y lo más gracioso era que no solo se había encontrado sino que se sentía tan a gusto en un pueblo de Cuenca, España, en la Tierra, que estaba empezando a creer que por eso no había manera de echar a andar a la puñetera nave, que por supuesto seguía tan escacharrada como el primer día.

En fin, que así se sucedieron los días, ellos currando y haciendo sus locuras, Naso peleado con su guitarra en su vano afán de arrancarle una nota, Chicho odiándole cada día con más ganas y Berta poniéndole empeño en seguir difundiendo el bulo de que Lucas era el hijo secreto del antiguo guardés, a todo el que se paraba a escucharla...

Y estando así las cosas, el sábado llegó el Carnaval...

Capítulo 32

Caye organizó en su bar una fiesta de Carnaval, a la que acudieron todos porque Naso ese sábado no tenía bolo y no iba a perderse la ocasión de volver a ver Vega...

Los Outsiders también se apuntaron y se presentaron, previa sugerencia de Caye, que iba de Blancanieves, disfrazados de enanitos... De qué sino... La cosa era que Erik se jodiese, porque le había vuelto a entrar con un perfil falso de esos que son más ciertos que los de verdad...

Se llamaba FuckingWriterInLove y tenía como foto de perfil a James Dean motero, con la chupa perfecto y el pitillo en la boca.

Por supuesto que le había concedido su amistad al instante, entre otras cosas, para torturarle con la felicidad que rebosaba en su ausencia, rodeada de los enanitos del bosque.

A ver si así espabilaba de una vez y se olvidaba de ella...

Pero Erik, lejos de olvidarse, solo deseaba ser más que nunca el príncipe que le diera el beso de resurrección, mandase a freír espárragos a los enanitos y después, ya solos los dos, ser felices para siempre...

Todo un planazo que tenía un pequeño inconveniente: el príncipe seguía atrapado en Australia...

Y mientras Erik se quedaba pegado a la imagen de Caye disfrazada de Blancanieves, Naso aparecía en el bar disfrazado de extraterrestre...

O mejor dicho, como él interpretaba que sería la moda intergaláctica y que le llevó a ponerse un vestido de terciopelo negro entallado que le pidió prestado a Isabel, unos *slim jeans* negros y rotos y sus botas con alzas de siempre.

Al verle de esa guisa y con un maquillaje en tonos oscuros: ojos *fumeé*, pómulos muy marcados y labios y uñas en negro todo de Dior, Vega que iba vestida de vampira *sexy* por poco no tira al suelo la bandeja, que llevaba llena de vasos, de la carcajada:

—¡Tú disfraz de mamarracho es total! ¡Insuperable, tío! —exclamó mientras Naso, con tal de que esa tía le hiciera caso, le sonrió como un bobo.

—Gracias, el futuro será andrógino o no será —habló él con una voz brumosa, haciéndose el interesante.

—¡Ah, que vas de hombre del futuro!

—No, voy de extraterrestre de una galaxia altamente avanzada en la que imagino que vestirán así...

Vega le miró de arriba abajo y, burlándose de él, replicó:

—¿Con un vestido entallado que apenas te deja levantar los brazos?

—No te quedes en la anécdota, lo esencial es la idea que está detrás de este estilismo. Cuando una mujer se viste de lo que es supuestamente de hombre: un traje de chaqueta, una corbata, zapatones de cordones... el resultado es una mujer sofisticada y elegante. Sin embargo, si un hombre se apropia de atributos clásicos femeninos como el vestido, la falda o el *rouge* es... un mamarracho. ¿No te da qué pensar? ¿Por qué una cosa es sofisticada y la otra ridícula?

Vega tenía clarísima la respuesta y se la soltó sin contemplaciones:

—Lo que pienso es que tú estás terriblemente ridículo.

—Porque tienes una mentalidad lastrada por el heteropatriarcado, pero te garantizo que, en mundos libres de prejuicios, los hombres irán vestidos como yo voy ahora y será lo más...

A Vega solo se le vino una palabra a la mente que no pensaba quedársela para ella:

—Tío, tú eres gilipollas... —farfulló Vega, sin parar de reír.

El insulto tuvo un efecto altamente erótico, porque Naso se erectó de tal forma que no pudo evitar que se le marcara el bulto a través del vestido.

—También es que llevo un birrioso vestido *low cost* que me ha prestado mi jefa, pero imagíneme a mí con un Balenciaga recto a la rodilla... Es que es un sueño...

—Para mí un sueño es otra cosa... Joder ¿y eso qué es? ¿Te pone cachondo hablar de vestidos? —preguntó Vega, con la vista clavada en el empalmamiento del artista.

—Me pones tú. Burrísimo. ¿Y yo a ti?

Vega resopló porque ese tío solo le despertaba los peores instintos...

—Es que me caes como el culo, pero reconozco que tengo una parte animal descontrolada que solo quiere destrozarte, sin importarle cómo...

Al escuchar aquello, Naso vio luz verde y se lanzó a tumba abierta:

—¿Te gustaría que llenara tus muslos con mi leche caliente y que luego lo extendiera sobre tu piel, trazando un alfabeto nuevo?

—¿Un alfabeto nuevo? —replicó Vega muerta de risa—. ¿Pero tú qué tienes entre las piernas? ¿Una polla o un frasco de leche condensada de un litro?

—Imagínatelo mejor impactando contra tu garganta: *mmm*, un chorrizo caliente, suave, sedoso, abundante... Mi esencia circulando hasta por la última de tus células. Fusión total —dijo mordiendo los labios y loco por llevarse a Vega al cuarto de baño y ponerla de rodillas—. ¿A qué esperas para pedírmelo? ¿O te conformas con que te moje las bragas?

—Yo solo follo con la gente que me moja el cerebro... —replicó Vega, tan pancha.

A Naso la respuesta de Vega le puso más perraco todavía y solo pudo replicar, devorándola con la

mirada:

—Yo lo haré, te pondré tan húmeda que lo estrujaré y me lo beberé en vaso largo.

—Mientras se te ocurre cómo, me voy a poner a copas... —dijo Vega, dejando a Naso con una erección de tres palmos que le llevo directo al cuarto de baño, donde se alivió entre gritos que asustaron a Antonio, el guardia civil, que estaba afuera disfrazado de pirata.

—¿Va todo bien ahí dentro? —preguntó levantando el garfio.

—*Ooooooooooooooooooooooh. Siiiiiiiiiiiiiiiiiiii. Siiiiiiiiiiiiiiiiiiii.*

Ooooooooooooooooooooooooooooooh —gimió mientras imaginaba que esos chorrazos en vez de impactar contra el lavabo, lo hacían sobre la vulva mojada de Vega.

—¿Está seguro?

—Qué sí, coño, váyase a la mierda, ya. *Ooooooooooooooooooooooooooooooooooooooh.*

—No voy a irme sin saber por qué grita como si le estuvieran sacando la piel a tiras... —replicó Antonio, que no estaba dispuesto a dejar desasistido a ese hombre que parecía en serios apuros. *Tal vez un piedra en un riñón, tal vez una molesta hemorroide... Quién sabía, pensó.*

—Porque me estoy corriendo como un puto cerdo... *Aaaaaaaaaaaaaaaaaah* —gritó otra vez cuando liberó la última de sus gotas.

—En ese caso, disculpe...

—¿Qué asco de mundo! ¡No hay ni intimidad! Uno no puede ni correrse a gusto...

—Es que esas cosas se hacen en casa...

Naso abrió el grifo del agua y limpió todo el amor que había derramado por Vega, mientras le gritaba a Antonio:

—¿Me quiere dejar en paz? ¿No tiene bastante con haberme jodido la paja?

—¿Cómo qué jodido? ¿Todavía te queda algo más dentro? Si a tenor de los gritos ha debido echar hasta la primera leche que le dieron...

—Quería correrme en soledad, no con un tío fuera tocándome los huevos —protestó Naso, en tanto que terminaba de limpiar los chorros de su amor, se lavaba las manos y se las secaba con papel.

Luego, salió y se encontró con un tío con el que le sonaba muchísimo la cara pero no sabía de qué...

—¡Ah, eres tú! —exclamó Antonio al reconocerle.

—¿Nos conocemos de algo? —preguntó Naso, mirándole de arriba abajo.

—Soy Antonio Esteban, nos conocemos de la otra noche en el control. Ibas fatal... Tal vez ni recuerdes...

—Algo... —mintió porque no recordaba casi nada, tal vez los ojos saltones y las cejas pobladas de ese tío. Poco más.

—Pues ya que te he encontrado por aquí, me gustaría hacerte algunas preguntas. ¿Tienes tiempo de tomarte una copa conmigo?

—¿Preguntas de qué? —inquirió Naso, arqueando una ceja—. ¿Estás de servicio?

—Siempre —respondió empujándolo hacia la puerta.

—Yo solo soy sospechoso de amar a alguien que pasa de mí como de comer tocino... —replicó Naso en un tono melodramático.

—El tocino está bien rico... —apuntó Antonio, mientras salían de la zona de los aseos y se dirigían a una mesa vacía que estaba unos metros más allá.

—Díselo a ella... —masculló señalando a Vega con la cabeza pues estaba justo en frente de ellos, atendiendo a unos clientes disfrazados de sobres.

—¿Quién te gusta? ¿La señora que va vestida de sobre del recibo de la luz? —preguntó intrigado, porque era una señora que como poco debía doblarle la edad a Naso.

—No, hombre, no, señalo a la vampira que está detrás, la que lleva las tetas debajo de las orejas.

—¡Ah, Vega! ¡Es muy buena chica! ¡Y muy trabajadora!

—Me tiene loco, loco, loco... —confesó Naso, mientras caía vencido en una de las sillas forradas de tela morada.

—Ya veo, ya, que te ha dado fuerte... Menudos gritos... —recordó Antonio—. Y hablando de gritos, estruendos y ruidos varios... —comentó el guardia civil levantándose el parche del ojo y colocándose sobre la frente—: Dado que ya llevas días en el pueblo ¿no has escuchado hablar de unos estruendos que se escucharon en el valle el día antes de que vinieras a actuar en este local?

—Ni idea. ¿Se escuchó un estruendo antes de mi llegada? ¿Qué insinúas? ¿Qué había tanta expectación que la tierra se movió? ¿Cómo cuando hay un Madrid-Barça? —inquirió Naso, sacando pecho.

—Me temo que no fue esa la razón. ¿Llegaste el mismo sábado al pueblo? ¿No es así?

—Sí, así es. ¿Por?

—La noche anterior recibimos una llamada de doña Berta alertándonos de que había escuchado un ruido, como si una albóndiga gigante se hubiera caído del cielo...

—No me jodas... —farfulló Naso con los ojos como platos.

—Acudimos a la finca y no vimos nada... Pero curiosamente por primera vez vi en el pueblo a Lucas...

—¿Qué insinúas? —cuchicheó Naso—. ¿Qué Lucas se cayó de la albóndiga esa?

Antonio achinó sus ojos de huevo, se rasco la barbilla y luego habló en voz baja:

—La noche del control dijiste que Lucas se había caído del cielo... ¿Recuerdas algo o ibas muy mamado?

—¿Caído del cielo? Eso sí lo recuerdo, la poesía la cazo aunque esté bolinga, los poetas somos como las fuerzas del orden, siempre estamos de servicio...

—¿Y qué recuerdas?

—Recuerdo que ese tío dijo: “su brillo es tan fuerte que me caí del cielo”. La frase fijo que se la pillo para alguna canción, pero no creo que ese tío sea extraterrestre. Es todo metáfora...

—¿Tú crees? En el pueblo está circulando el rumor de que es el hijo secreto de don Anselmo, el guardés de toda la vida de la finca de doña Berta, pero yo jugaba al dominó con ese hombre, teníamos un vínculo sólido, y jamás me contó nada de nada de su romance con una inglesa en Benidorm... ¿A ti te ha contado Lucas algo sobre su familia, su procedencia y demás?

—Yo es que no soy cotilla, además estoy en la finca para currar. Isabel me ha contratado para que le componga una canción para sus bombones y estoy a mi bola.

—Ya. Entiendo. ¿Pero has notado algo raro en Lucas? ¿Algún comportamiento extraño? ¿Salidas a horas intempestivas? ¿Tal vez le has escuchado hablar en alguna lengua extraña?

—Lo único que puedo decirte de él es que es un puto chacho...

—¿Chacho?

—Sí, joder, parece el criado de la familia. Es de un servicial que me dan ganas de llevármelo a casa. Curra como un cabrón: es jardinero, chófer, cocinero, albañil, electricista, fontanero...

—Vaya...

—Cocina de llorar, de llorar de bueno, ayer mismo nos hizo unas lentejas de muerte, pero vamos que lo mismo te pica la leña, que te pone un enchufe o te limpia el bote sifónico...

—¿Y de mala ostia? —pensando en la mucha que se gastaba Anselmo.

—No, qué va... Alegre perdido. Como unas jodidas castañuelas.

—En eso no se parece a Anselmo, pero en lo servicial es clavadito... Bueno, si ves algo raro, dame un toque... —le pidió Antonio que de pronto se calló porque ya venía Vega a tomar nota.

Capítulo 33

Vega tomó nota sin mirar a Naso a la cara, pero sin poder dejar de pensar los chorros de ese tío tan cerdo. Luego, Antonio divisó a doña Berta, Isabel y Lucas y los llamó con un gesto de la mano para que se sentaran con ellos.

Los tres aparecieron en la mesa disfrazados de algo que Antonio no supo identificar...

—¡Buenas noches, familia! ¿De qué vamos disfrazados?

—De gente de las galaxias lejanas... —contestó Berta, orgullosa de su disfraz.

—Sí, bueno eso dicen ellos... —comentó Naso, indignado—, que van disfrazados de extraterrestres... Y resulta que yo no puedo verles más terrícolas: Berta lleva una chaqueta como la Zodiaco de Schiaparelli, Isabel una túnica que no puede ser más rollo Versace y él con ese traje negro entallado va de DSquared2 total.

—¡Qué sabrás tú de cómo visten las galaxias lejanas! —le increpó Berta a Naso.

—¿Acaso lo sabe usted, doña Berta? —preguntó Antonio, dando un pequeño respingo en su asiento.

—Yo lo único que me imagino es que en las galaxias nadie irá con las pintas que se ha puesto este tío.

—Pero el joven es que va disfrazado de viuda rockera... —apuntó Antonio, convencido de que ese era el disfraz de Naso.

—¿Qué dices, agente? —replicó Naso, muy ofendido—. Yo sí que voy vestido de extraterrestre, ¿o no sabes que las civilizaciones más avanzadas serán andróginas o no serán?

—Se dicen tantas cosas... —murmuró Antonio, escrutando a Lucas.

—Cuando el diablo no tiene nada qué hacer, mata moscas con el rabo... —comentó Berta, que sospechaba adónde quería ir a parar Antonio.

—¿Lo dice por algo en concreto, doña Berta? —inquirió Antonio, arqueando una ceja.

—En genérico... ¿Y tú?

—Yo creo que no estamos solos en el universo... —soltó así, de sopetón, clavando la mirada a Lucas.

—¡Ah, bueno! ¡Ni yo! —exclamó Naso, echando a volar las manos.

—Me fascinaría encontrarme con un alienígena, y tenerle así cara a cara, para preguntarle algo que me reconcome por dentro... —comentó Antonio, sin quitarle la vista de encima a Lucas.

—¿El qué? —preguntó Lucas, impertérrito.

Antonio respiró hondo, sintió un escalofrío por el cogote y luego le preguntó muy serio:

—¿Dios existe?

—Nosotros tampoco tenemos ninguna certeza, todavía... —respondió Lucas con una sinceridad tan pasmosa que Isabel y Berta se pusieron atacadas.

—Nosotros ¿quiénes? ¿A quiénes te refieres? —preguntó Antonio, con más suspicacia que nunca y apenas sin poder contener el aliento.

Lucas hizo una pausa de lo más dramática que los tuvo por unos instantes con el alma en vilo y luego respondió, manteniéndose sereno en todo momento:

—A los terrícolas, ¿a qué va a ser?

Isabel y Berta respiraron aliviadas, Naso comenzó a jugar con el filo del vaso de su Coca Light mientras pensaba que eran los labios de Vega y Antonio, que no se daba por vencido, decidió seguir con sus averiguaciones preguntándole a Lucas:

—¿De dónde vienes, joven?

—De Londres —intervino Berta, al tiempo que se cruzaba de brazos y ponía cara de contrariedad

—. ¿Tú también vas a venir con chismes, Antoñito? —le regañó, ladeando la cabeza.

—En estos días se están diciendo muchas cosas, pero yo no doy pábulo a los cotorreos. Solo me fío de los hechos, y los hechos dicen que la noche en que llegó este joven al pueblo, hasta siete personas en tres kilómetros a la redonda escucharon un estrépito tremendo.

—¿Siete ya? ¿Pero no decías que solo era doña Ramona? —preguntó Isabel, intentando disimular el nerviosismo que le estaba provocando el interrogatorio del guardia civil.

—De momento van siete... Y si sumo dos y dos, tengo un cuatro —sentenció Antonio, tras dar un trago largo a su cubalibre.

—Jajaja. Qué cosas tienes, Antoñito. Me parto contigo y si coges un tres y luego pintas un cuatro tienes la cara de tu retrato... —dijo Berta, con sorna, dando una palmada al aire, para destensar el ambiente y que Antonio se convenciera de que no tenía nada que investigar.

—¿Cuándo llegaste a la finca, joven? —preguntó Antonio, entornando los ojos.

—¿Estás interrogando a mi novio? —preguntó Isabel, que cogió de golpe la mano de Lucas y entrecruzó sus dedos con los de él.

Lucas al escuchar la palabra “novio” sintió tal felicidad que le daba lo mismo lo que ese guardia civil tuviera a bien preguntarle.

—Que pregunte lo que quiera... —comentó Lucas en una nube.

—Yo sé muy bien lo que quieres preguntar, es un rumor que va de boca en boca... Pero creo que tú, Antonio, precisamente, tú, que eras su amigo, deberías honrar su memoria... —le recordó Berta,

en un tono de regañina.

—Hablamos de Anselmo, imagino... —dijo Antonio, levantándose el parche que acababa de caérsele en el ojo.

—Imaginas bien —musitó Berta, tras dar un sorbito a su agua con gas y fingiendo que estaba tremendamente afectada por la rumorología desplegada alrededor de su amigo Anselmo.

—No me creo nada, doña Berta. Yo me precio de haber sido amigo de ese hombre y en la vida me habló de ninguna inglesa...

—Uy, pero eso no significa nada —opinó Berta, encogiéndose de hombros—, lo normal es irse al otro barrio con un sinfín de secretos...

—Pero un secreto como ese, doña Berta... —farfulló Antonio.

—Ya, pero si ella era casada... Eran otros tiempos y tal vez nunca se atrevió a decirle a su marido que había tenido una aventura en Benidorm... —susurró Berta, tocándose delicadamente el moño bajo que se había hecho.

Antonio escrutó bien a Lucas, buscando alguna impronta de su amigo, pero es que le era difícil encontrar algo...

—Es que este chaval tiene pelo y una dentadura con todas sus piezas sanas, que nada que ver... —musitó recordando al calvete y desdentado de su amigo—. Por no hablar de su estatura y de lo risueño que es...

Porque a todo esto, Lucas seguía con una sonrisa de lo más tonta en los labios...

—Es clavado a su madre... —comentó Berta.

—A Anselmo desde luego que no se parece... ¿Y a qué te dedicas, joven? —le preguntó Antonio, llevándose el dedo índice a la sien.

—Soy músico.

—Oy, pues Anselmo odiaba la música —recordó Antonio—. ¡Siempre que echábamos la partida nos obligaba a que quitáramos la radio!

—A mí me encanta la música... —insistió Lucas.

—¿Y te da de comer? —preguntó temiéndose lo peor.

—Sí, hago bandas sonoras para el cine, para publicidad, esas cosas...

—Hace mucho que no voy al cine y en casa me pongo a ver pelis y me quedo frito a los diez minutos, pero dime alguna en la que hayas trabajado a ver si la he visto...

—*¿Invasión Letal?* —se inventó Lucas.

—Me suena, pero no sé... ¿Es de acción?

—Sí, y del espacio... Flipante... —improvisó Lucas.

—¿Y cuál es tu apellido? Para fijarme en los títulos de crédito...

—Pufkhaderfior... —masculló Lucas.

—¿Me lo podrías apuntar en una servilleta? O mejor ¿tienes el DNI a mano?

—Imposible. El otro día por un descuido metí su pantalón con la cartera en el contenedor de ropa para África. Tenemos que bajar a Madrid para que le tramiten uno nuevo. Y el apellido es uno de esos raros, ¿no ves que el padre legal es sueco?—inventó Berta.

—Joder, no sabía que hacías música... —terció Naso que iba a lo suyo—. Como siempre te veo haciendo tareas domésticas, pensaba que eras cocinero o albañil... Qué sé yo, de todo menos músico —intervino Naso, muy sorprendido.

—Es que es servicial como su padre —masculló Berta, guiñando el ojo a Antonio.

—Puede ser, no digo yo que no, pero lo que quiero saber es cuándo llegó a la finca.... ¿Antes o después del estrépito?

—Antes, antes... Es el novio de mi nieta. ¡Ya te lo he dicho! —respondió Berta, abanicándose con la mano—. ¡Qué pesadito estás hoy, Antoñito! ¿A dónde pretendes llegar?

—A la verdad, siempre a la verdad de los hechos, doña Berta.

—Pues los hechos son que este muchacho se puso a investigar sobre su vida y una carta le trajo hasta aquí... —inventó Berta, para pasmo de su nieta que la miraba perpleja.

—¿Qué carta? —inquirió Anselmo, atónito.

—¡El cinco de bastos! ¿Qué carta va a ser? Pues una de amor de su madre que encontró un día en un viejo arcón... ¡Y no me hagas hablar más que es algo que forma parte de la intimidad de un viejo amigo!

Isabel enterró la cara entre sus manos para que Anselmo no viera que estaba partiéndose de risa...

—Lo respeto todo, solo necesito saber desde cuándo está Lucas en la finca...

—Le trajo un amigo en coche a finales de enero... —Berta siguió mintiendo como una bellaca.

—¿Está usted segura, Doña Berta? —preguntó extrañado Naso, con la nueva versión de los hechos.

Berta le fulminó con la mirada y replicó:

—¡Y tanto! Tengo mejor cabeza que tú que te pasas el día en las nubes...

—También es verdad, no ando muy fino últimamente... —reconoció Naso.

—Finales de enero... —murmuró Antonio, ajustándose el pañuelo pirata que se le estaba ladeando —. Ya, y ¿la canción que habéis colgado en las redes sociales te la dedica a ti? —preguntó a Isabel

—Es muy fuerte para llevar tan poco juntos... ¿No te parece? —inquirió, más que mosqueado.

—No, no es para mí la canción... Es para nuestros clientes... Queremos que lo nuestro sea eterno con ellos —improvisó ella.

—¿Cómo? ¿Este tío ha compuesto una canción para tu empresa? —quiso saber Naso, indignado,

dando tirones a los bajos de su vestido—. Entonces ¿yo qué coño pinto aquí?

—Compuse una canción para Isabel, pero luego decidió que era mejor para la tienda... —explicó Lucas.

—Ah, pues me da la mismo. Pero a mí la mía me la pagas...

—Cuando la compongas, que lo dudo mucho.... —intervino Berta, cabreada con él.

—Entonces, a ver si me queda claro... Este muchacho vino a averiguar sobre su vida a finales de enero y el día de autos ya me lo presentasteis como novio...

—Sí, es que empezaron mucho antes por Skype... Se enamoraron *online*... —explicó Berta, que rezaba para que su nariz no creciera.

—Entonces si estabais enamorados de antes.... ¿por qué no aceptaste su canción? —preguntó Antonio, que era incansable.

Cuando Isabel y Berta estaban a punto de inventar alguna mentira para salir del paso, Naso contra todo pronóstico intervino para echarles un capote:

—Porque tienen una relación complicada... ¿Qué espera en estos tiempos?

—Eso es —zanjó Isabel—. Tremendamente compleja...

—Pues dejaros de complejidades que el amor es coser y cantar... —concluyó Antonio—. Y el amigo ese que te trajo al pueblo ¿podría hablar con él?

—Antoñito, hijo, eres más pesado que una vaca en brazos... ¿Quieres irte por la cara a Londres o qué?

—Me gusta saber, doña Berta... Es que en este valle ha sucedido algo muy raro y todo comenzó en su finca...

—Pero te estás obsesionando con Lucas y no tiene nada que ver con ese estrépito que seguro que no tiene importancia...

—¿Y si la tiene? ¿Y si el joven se cayó de una albóndiga gigante como usted me dijo tras escuchar ese ruido? —preguntó achicando otra vez los ojos.

—¡Deja de decir bobadas, Antoñito! Que tienes más imaginación que Spielberg... —le exigió Berta, dando un manotazo al aire.

—¿Y si fuera un E.T?

—Que es un músico de Londres. ¡Leches! —replicó Berta, dando un golpe en la mesa con la mano, que los sobresaltó a todos.

—¿De qué barrio de Londres? —inquirió Antonio que, sobresaltado y todo, no dejaba de hacer preguntas.

—Notting Hill... —improvisó Lucas, que para algo se pasaba el día viendo pelis terrícolas.

—Uy, está sonando nuestra canción... ¿Nos vamos a bailarla, *cari*? —intervino Isabel, a la que no

se le ocurrió otra forma de mejor de acabar con el interrogatorio.

—¿Vuestra canción es *When loves take over* de David Guetta? Es como de 2009... ¿Tanto tiempo estuvisteis pelando la pava por Skype?

—Qué va, es que es lo que sonaba en la radio cuando nos besamos por primera vez... ¿Nos podemos ir a bailar ya? —preguntó Isabel, harta de que Antonio estuviera haciéndose el Sherlock—. ¿O vas a seguir haciendo preguntitas? —quiso saber, tirando de la mano de Lucas.

—Disfrutad de la fiesta, claro que sí, de momento no tengo más preguntas por hoy...

Capítulo 34

Isabel y Lucas se pusieron a bailar cerca de la barra, mientras Antonio no les quitaba ojo de encima desde su sitio...

—¿Te funciona algo en tu nave que te permita crear una identidad falsa? Porque me temo que Antonio no va a dejarnos en paz... —le susurró Isabel al oído, haciendo como si fuera una carantoña de enamorados.

—Puedo entrar en cualquier sistema informático, son totalmente vulnerables para nosotros. Pero no se lo digas a nadie, por favor...

—Descuida, aunque me parece que todo el mundo se lo huele... Oye, pues créatelo cuanto antes, porque lo primero que va a hacer mañana Antonio en cuanto llegue a la oficina es buscarte...

—¿Cómo quieres que se llame mi madre? ¿Margaret en honor a tu flor favorita?

—Margaret y Anselmo... ¡Suena genial! ¿No crees? —preguntó sin dejar de bailar.

—Cuando Antonio se ha puesto a mirarme para encontrarme algún parecido con su amigo, no paraba de pensar: ¡como me encuentre algo me deprimó para los próximos cincuenta años!

Isabel se paró frente a Lucas, se puso muy seria, se llevó la mano a la barbilla y luego dijo:

—Oye pues ahora que te veo con esta luz... ¿sabes que tienes un aire a Anselmo?

Lucas quiso replicar algo muerto de risa, pero no pudo porque Caye los abordó para pedirles el favor de que les hicieran una foto a ella y a los Outsiders...

—Es para que Erik se retuerza de celos... —le comentó Caye a su amiga.

—¿No le habías bloqueado?

—Sí, pero me ha entrado con un perfil falso, así que necesito que me vea feliz con estos y que de verdad se olvide de mí para siempre. Toma, mi móvil... Haz muchas fotos... No escatimes, que hoy le voy a dar a este el desayuno...

Isabel cogió el móvil de su amiga que se colocó frente a ella con los Outsiders alrededor haciendo gansadas: sacaban la lengua, bizqueaban, se ponían los cuernos... Y al final acabaron cogiendo a Isabel en volandas y ella posó encantadísima, incluso cuando la lanzaron al aire y estuvo a punto de caerse en el suelo...

—Mi amiga hace todas estas estupideces para desquiciar a su novio... —explicó Isabel a Lucas, tras devolverle el móvil a Caye y mientras esta buscaba en la galería las fotos que más rabia pudieran darle a Erik.

—¿Y eso?

—Está empeñada en que lo suyo no puede ser y ya no sabe qué hacer para sabotearlo.

—¿Y tú crees que no puede ser? —preguntó Lucas, intrigado.

—¡Claro que puede ser! Pero según ella no, porque es un surfero escritor de Australia que no encajaría para nada ni en este lugar ni en su vida... Y él ya no sabe qué hacer para que se convenza de lo contrario. De hecho, por San Valentín le envió un anillo de pedida...

—Pobre chico. Tenemos que hacer algo...

—¿Qué? ¿Se te ocurre algo? —replicó Isabel con los ojos brillantes de expectación.

—¿Hace cuánto que no se ven?

—Unos meses...

—Esto se arreglaría si se vieran, estoy seguro que ella teniéndole enfrente dejaría de decir y hacer tantas tonterías... Y perdona que sea así de contundente...

—Si es que las hace... ¿No estaba pidiendo hace un momento a los enanitos que la lanzaran a los aires para que el otro vea lo bien que se lo pasa? Y no se lo pasa nada bien, desde que él se fue está hecha polvo... A mí no me engaña...

—¿No crees tú que si volvieran a verse todo cambiaría? —le susurró Lucas al oído, porque Caye estaba más cerca.

Isabel asintió con la cabeza con una sonrisa enorme porque sabía que Lucas tenía un plan perfecto, por eso le rodeó el cuello con las manos y le dio un beso enorme en los labios.

—Gracias, gracias y más gracias —le dijo entusiasmada.

—Pero antes tienes que darme la dirección...

—La tengo... ¡Qué ilusión! ¡Siempre he querido ir a Australia! —exclamó Isabel, feliz, dando saltitos en el sitio.

—¿Tienes las señas aquí?

—Sí, claro, en la agenda del móvil.

—Vamos a un sitio donde no puedan vernos...

—¿Para qué? ¿Te han sobrevenido unas ganas locas de amarme o qué?

—Eso siempre. Pero creo que urge más traer a Erik cuanto antes a la fiesta...

Sin más tiempo que perder, Isabel cogió de la mano a Lucas y le llevó hasta el otro extremo de la sala que estaba llena de gente... Por eso, le dio tiempo a Antonio a levantarse y, cuando estaban a punto de alcanzar el pasillo que conducía al despacho, darles el alto:

—¿Adónde vamos parejita con lo animada que está la fiesta?

Isabel forzó una sonrisa enorme y fingiendo un azoramiento súbito susurró:

—Parece mentira que haya que explicarte algunas cosas, con lo listo que tú eres, Antonio.

—No, no soy tan listo... Pero con todo, me alegro mucho de veros tan enamorados, cogiditos de la mano y buscando un lugar oscuro en el que besaros... ¿Por qué es eso lo que buscáis, verdad?

—Sí, hijo, sí, Antonio... ¿Qué más vamos a buscar?

—Tal vez se me ocurre, así de pronto, que en el despacho de Caye pudiera haber algo con lo que contactar con otra gente de otras partes...

—Como lo sabes: se llama teléfono, se llama Internet... —ironizó Isabel.

—Ya, bueno... —replicó Antonio, achinando los ojos—. Yo seguiré un rato más por aquí...

Antonio regresó a su mesa y al fin ellos pudieron encerrarse en el despacho de Caye...

—¡Qué plasta es este tío! —susurró Isabel, tras cerrar la puerta.

—Y nunca vamos a librarnos de él por la sencilla razón de que cree...

—¿Cree en qué? —inquirió Isabel frunciendo el ceño.

—En que no estáis solos en el planeta, tiene una convicción tan profunda que no va a parar hasta que confirme sus sospechas...

—Tenemos que ser más cuidadosos que nunca...

—Me cae bien y sé que es alguien de fiar. Jamás nos traicionaría... —aseguró Lucas, convencido.

—¿No estarás pensando en abrir el círculo de confianza y meter a Antonio?

—Es un buen hombre. ¿No te has fijado en cómo me mira? —Isabel negó con la cabeza—: Me mira como diciéndome: siempre supe que estabais a ahí... Cuando miraba a las estrellas siempre te intuía...

—¿Eso no lo tendría que decir yo?

—¿Estás celosa de Antonio? —bromeó Lucas.

—Qué gracioso eres...

—Pero tú nunca podrías decir eso porque eres una descreída.

—Matiza... No lo soy en esta etapa de mi vida. Pero yo antes creía en todo, que no veas lo que lloré cuando vi *E.T.*

—Y yo... Quién me iba a decir que iba a terminar convertido en uno...

—Y tan mono... —dijo dándole un beso suave en los labios.

—Y tan parlanchín... ¡Qué suertuda eres, eh! Imagina que solo dijera tres palabras...

—Nos habríamos entendido igual... —reconoció Isabel, risueña.

—Eso que dices me gusta...

—¿Tú crees que a lo mejor todavía hay esperanza para mí?

—Siempre hay que creer, Isa. Nunca dejes de hacerlo, sino es conmigo que sea con otro. Pero no cierres la puerta a lo más grande que tenemos...

—¿Con otro? Déjate de otros que bastante tengo contigo...

—¡Menudo tormento! ¡Y a este paso que ni en mil años van a venir a mi rescate! Porque la nave no hay forma de repararla, es como si se hubiera adueñado de mi espíritu... —confesó Lucas.

—¿Y eso?

—Pienso que está tan a gusto aquí como yo, tal vez me equivoque pero intuyo que también está harta de dar tumbos por las galaxias.

—¿Es lo que te pasa a ti? —preguntó Isabel, mordiéndose los labios.

—¡Desde luego! Yo estoy feliz aquí, si me quedara aquí tirado para siempre es que hasta me harían un favor. Claro que a ti te daría algo...

—Lo llevaría con resignación... —comentó Isabel divertida—. Entiende que viajar de repente a la playa de Mooloolaba es muy duro...

Lucas la abrazó fuerte, la besó de nuevo y luego susurró:

—Puedo llevarte adonde quieras...

—Menos mal que el chisme de teletransportación no se estropeó también...

—Tiene un funcionamiento independiente, pero no lo necesito para llevarte adonde quieras...

—¿A playa Mooloolaba también? —bromeó mientras Lucas descendía con sus manos por la espalda.

—O a mi Mequetrefe natal... —sonrió travieso.

—Oye pues no es mala idea que me llevaras una tarde de compras. Esta túnica me encanta...

—Te queda genial, como todo.

—Tú también estás que crujes, por cierto el traje regional tuyo te queda de impresión.

—En mi casa tengo más, así que si te animas a viajar por las galaxias lejanas conmigo, te los enseñaré todos.... —insinuó Lucas, sabiendo perfectamente cuál iba a ser la respuesta.

—Polvos cósmicos todos los que quieras, pero conmigo no cuentes para subirme en esa cosa que tienes en casa. ¡Vamos, ni loca!

—Ya decía yo... —dijo muerto de risa.

—A mí teletransportame por mi planeta, pero no me saques de aquí que me da pavor lo que pueda haber por ahí fuera...

—Invitaré entonces a Berta, a Antonio y a Chicho... —bromeó Lucas, mientras retiraba un mechón de pelo del rostro de Isabel.

—Llévate también a Naso...

—No, no. Naso que se quede que tiene que componerte la canción...

—Estoy por pedirle a Vega que le mande a la mierda, a ver si se desbloquea de una vez.

—¿Qué le mande más todavía?

—Es que no capta todavía bien el mensaje... —comentó Isabel, negando con la cabeza.

—Déjeme que piense, que seguro que se me ocurre algo —propuso Lucas, llevándose el dedo índice a la sien—. Pero ahora debemos centrarnos en la otra pareja... Tenemos que ir a por Erik... Imagino que si está acostumbrado a surfear entre tiburones no se asustará porque vayamos a buscarle...

—Hombre, que te aparezca un extraterrestre y que te le transporte a la otra punta del planeta no es algo que sea muy habitual. Le costará digerirlo un poco... Pero es buen chico, por eso no te preocupes. Es de fiar completamente. Es de los que cree...

—No, si aquí la única incrédula eres tú. De verdad que no he podido tener más mala suerte...

Isabel sin dejar de sonreír, sacó del bolsito que llevaba colgado en bandolera su móvil y abrió la agenda:

—Hablas de mí como si fuera un caso perdido. ¿No me has dicho antes que no deje de creer?

—Solo te he dado mi opinión, pero tú eres la que decide en qué lado quieres estar...

—De momento me conformo con meter los pies en la playa de Mooloolaba... Aquí tienes la dirección...

Isabel le pasó el móvil a Lucas que, sacó del bolsillo de su pantalón el mando de teletransportación, tecleó las coordenadas y después le dijo a Isabel:

—Cuando quieras...

Capítulo 35

Isabel abrazó a Lucas, cerró los ojos y los abrió frente a una playa soleada y de arena fina en la que a pesar de ser las ocho de la mañana, hacía ya bastante calor...

—Menos mal que voy en tirantes... ¡Qué calor hace, madre mía! —exclamó Isabel, haciendo visera con la mano para proteger sus ojos del sol.

Lucas se quitó la chaqueta y señalando el chalet blanco que tenían justo en frente, en primera línea de playa y con un pequeño jardín con una parra y una canasta de baloncesto, dijo:

—Esa es la casa donde vive Erik...

—Menos mal que Caye no se ha venido con nosotros, porque el tío vive en un sitio que yo no lo cambiaría por nada... —musitó Isabel, contemplándolo todo verdaderamente emocionada.

—Me gusta, pero es mucho más bonito estar con la persona que quieres —opinó Lucas, mientras pensaba que él lo cambiaría todo con tal de estar con Isabel, pero no se lo dijo para que no pensara que era un pelma.

—Es que tú eres de un romántico... Pero no digas que no es una maravilla despertar y tener enfrente este mar... —reconoció respirando hondo, aspirando el perfume de ese mar que jamás había visto antes.

—Sí, pero más maravilla es despertar al lado de la persona que amas... —insistió Lucas, que desde que despertaba con Isabel no conocía paraíso mejor, pero tampoco se lo dijo.

—¡Estoy en Australia! ¡Qué belleza! ¡Es que no puedo creerlo! —exclamó frotándose los ojos para confirmar que no era un sueño.

—Créelo y llama a Erik que nos lo tenemos que llevar cuanto antes a Cuenca... Son las ocho de la mañana, con un poco de suerte, hasta ha desayunado y no se desmaya cuando le cuentas la razón de tu visita...

—¡Calla! No me pongas más nerviosa... —le exigió, mientras sacaba otra vez el móvil del bolsillo. Luego abrió el Messenger y encontró que Erik estaba con la luz verde...—¡Está encendido! Voy a llamarle... —anunció y dio a llamar, ansiosísima—. Nos estamos metiendo en un lío muy gordo... —susurró mientras esperaba a que Erik descolgara.

—¿Te arrepientes? —preguntó Lucas, atónito.

—No. ¡Caye tiene que ser feliz! Lo quiera o no... —respondió y acto seguido, soltó una carcajada nerviosa.

—Si es que te pongas como te pongas, en el fondo crees en el amor. A mí no me engañas: tú eres una romántica...

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh*.

—Ya sé que te molesta escucharlo, pero es así...

Isabel se apartó el móvil un poco de la oreja y le aclaró ofuscada:

—¡No me molesta escucharlo! ¡Es que acaba de contestar! ¡Así que cierra el pico! —Luego volvió a pegarse el móvil y saludó—: ¡Erik! ¿Qué tal? ¿Cómo estás? ¿Te interrumpo?

—*Isaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa* —dijo en un tono tan alegre como cantarín—. ¡Qué ilusión me hace escucharte! ¿Cómo estás?

Erik se había pasado los veranos desde que era niño viajando por América Latina con sus padres y hablaba a la perfección español.

—Bien, bien... ¿Y tú?

—Pues hasta que tú has llamado hecho una mierda... —respondió un poco sofocado.

—¿Estás en casa? —preguntó Isabel, mirando al chalet a ver si le veía a través de alguna ventana.

—No, qué va... Me he ido a correr por la playa. Es que me han despertado las notificaciones de tu amiga que está de Carnaval con los enanos del bosque... ¿Estás con ella?

—Sí, claro...

—¿Sí? ¡Pásamela por favor! Necesito hablar con Caye. Es tan terca... Me he tenido que crear un perfil falso porque me ha bloqueado en todo.

—Lo sé.

—¿Sabe Caye también de mi perfil falso? —preguntó Erik, sentándose en la arena.

—Es que también tú, vaya perfil que te has creado... Es blanco y en botella.

—Estoy sufriendo muchísimo con esto, Isa. No puedes ni imaginar cuánto. Yo la quiero de verdad... Y ella a mí. Pero está tan empeñada en que esto no puede funcionar que al final se va a cargar la oportunidad que tenemos de ser felices...

—Por eso te llamo...

—Pásamela por favor... —suplicó limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—No puedo...

—Por favor, necesito hablar con ella...

—¡Que no puedo, Erik! ¡No insistas! No está aquí...

—¿Me llamas desde el cuarto de baño? Porque escucho un ruido de fondo... como de agua...

—No, no es el ruido del váter...

—¿No me digas que te has subido a la fuente de la iglesia para que Caye no te escuche? Eso es que tienes algo muy grave que contarme... ¡Se está tirando a los enanos! Dime la verdad, por favor...

Aunque me duela, quiero la verdad... —rogó Erik desesperado, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué tonterías dices! ¡Caye te quiere a ti!

—¿Y para qué cuelga *selfies* con los enanos? ¿Para que vea lo feliz que es sin mí? ¿De verdad piensas que así voy a olvidarme de ella?

—Lo que pasa es que está obsesionada con que no puede exigirte una renuncia tan grande para estar juntos, en vez de centrarse en lo importante que es que tu amor es más grande que todas las renunciaciones que tengas que hacer.

—¡Es lo que le digo siempre! ¡Pero no me cree! Además, ¿cómo puede llamar renuncia a estar con ella en un sitio con tanto encanto como el pueblo? ¡Si allí fui feliz como jamás lo he sido en ninguna otra parte del mundo! Yo ya no sé qué hacer, de verdad. Estoy desesperado... —confesó echándose para atrás y tumbándose en la arena.

—No te preocupes, que tengo un plan...

—Te lo agradezco muchísimo porque yo no tengo nada más que pena.

—Lo que pasa es que es un plan un tanto... paranormal —le adelantó Isabel, pues no se le ocurrió mejor manera de introducir el tema.

—A mí con tal de que funcione, como si me tengo que subir a una escoba.

—Algo así es... Si quieres nos vemos y te lo cuento.

—Espera que te enchufo la cámara del Messenger y nos vemos.

—No hace falta que enciendas nada, si estoy aquí... —anunció mordiéndose los labios de la ansiedad.

—¿Aquí? ¿Dónde? ¿En la cam? ¡Pues no te veo! —dijo mirando la pantalla del móvil.

—Aquí en tu playa, delante de tu casa... —contestó disfrutando de la delicia de la playa desierta.

—Isa, tía, que no estoy para bromas...

—Ni yo tampoco. ¡En serio! ¡Estoy aquí! He venido a por ti...

—No te creo...

—Tienes una toalla de rayas tendida en el jardín y del chalet de al lado acaba de salir una chica pelirroja en bicicleta...

—¡Claire! —gritó alucinado—. Isa, estoy a punto de echarme a llorar. ¿No me digas que has venido a Australia a por mí?

—Así es...

—¡De verdad que no voy a olvidar en la vida lo que estás haciendo por mí! Mi gratitud infinita, Isa... No tengo palabras... —dijo Erik, muy emocionado, incorporándose de un salto de la alegría que tenía en el cuerpo.

—No tienes que decir nada. ¡Solo correr para acá!

—¡Voy volando! ¡Ay Isa, qué alegría más grande! ¡Qué subidón!

—Aquí te espero y te cuento... Pero tú ven preparado para algo así como de otra galaxia...

—Me da lo mismo, de verdad. Lo que sea con tal de estar con Caye... ¡Te cuelgo para llegar cuanto antes!

Isabel colgó y se encontró con que Lucas estaba con los pantalones remangados y los pies metidos dentro del agua...

—¡Espérame que yo también quiero! —exclamó Isabel que se quitó los zapatos, dejó encima de ellos el bolso y corrió a su lado, con el vestido arremangado—. ¡Está friísima! —gritó en cuanto metió un pie en el agua—. ¿Cómo puedes estar ahí tan pancho?

—¡Esto no es frío comparado con algunos mares de Mequetrefe! ¿Y Erik? —preguntó Lucas, que contemplaba divertido cómo Isa corría hacia atrás, para evitar que una ola le rompiera y la salpicara.

—Salió a correr, pero dice que está de vuelta en veinte minutos. Todavía no le he contado de qué va la película, pero le he introducido que es algo paranormal y dice que le da lo mismo con tal de volver con Caye. Está desesperado el pobre... —dijo dando un saltito para evitar que otra ola le rompiera.

—Ya le queda poco de desesperar. Y como todavía queda un ratito para que venga, yo me voy a dar un baño... —comentó Lucas, que salió del agua y empezó a quitarse la ropa en la orilla.

—¿Los calzoncillos de Mequetrefe son como bañadores o te vas a bañar en bolas? —preguntó Isabel, risueña.

—En el mar yo siempre me baño desnudo... —contestó Lucas que ya estaba en calzoncillos.

—No te recomiendo el baño, porque aparte del frío, estas playas son muy peligrosas por las corrientes y los tiburones.

—Estoy acostumbrado a todo.... Tranquila —repuso Lucas, que tras quitarse los calzoncillos, los dejó sobre el resto de la ropa y salió corriendo a lanzarse de cabeza al mar.

—¡Estás loco! ¿Y si viene un tiburón? ¿No pretenderás que yo te rescate? —gritó preocupada Isabel desde la orilla, mientras Lucas nadaba con un gran estilo mar adentro—. ¡Los socorristas no entran hasta las diez!

Lucas se giró, la saludó con la mano y siguió nadando tan tranquilo, mientras Isabel se quedaba en la orilla muerta de la angustia, sin quitarle ojo de encima.

¿Y si se quedaba atrapado por una corriente? ¿Y si un tiburón le desgarraba la pierna? ¿O si todo junto y le perdía para siempre? ¡Cómo se podía ser tan inconsciente!, pensó Isabel. Claro que, bien pensado, tampoco hacía falta que viniera el tiburón o la corriente para perderlo para siempre, porque en breve eso era lo que iba a suceder cuando al fin arreglara la nave y regresara a su galaxia lejana.

Y se lo estaba pasando tan bien con Lucas...

Levantarse con su sonrisa, con sus besos, con las tostadas que le preparaba, pasear largo por el valle, bailar al calor del fuego, escaparse muy lejos vía teletransportación....

Joder, es que gracias a ese tío estaba con los pies metidos en el agua de una playa de Australia.

Cómo no le iba a echar de menos, si era lo mejor que le había sucedido jamás. Pero tenía fecha de caducidad y asumía que Lucas pronto partiría y ella volvería a su rutina, segura y confortable, a su vida antes de Lucas que era tan...

Tan... Tan.... Isabel se quedó bloqueada intentando encontrar un adjetivo que la definiera y luego le vino tal punzada de ansiedad en la tripa que tuvo que respirar hondo para que se le pasara.

Acto seguido, llegó a la conclusión de que era normal sentir cierta angustia por la marcha de Lucas, pero el mundo no se acababa ahí. Después de él vendrían otras cosas, otras experiencias, otras historias, otros hombres...

Aunque en ese justo instante le diera una pereza enorme pensar en todo eso, porque se sentía genial con ese extraterrestre loquito que estaba nadando despreocupado entre los miles de peligros que debían estar acechándole, porque cada día necesitaba más sus besos, sus ojos verdes, su risa incontenible, su presencia mágica...

¿Sería que a todo se acostumbra una o sería que Lucas cada vez estaba ocupando más espacios de su vida y de su corazón?

Isabel no tenía ni idea, pero cuando Lucas salió del agua, sin importarle que la mojara entera con esas gotas heladas, le abrazó tan fuerte que sintió que cuando se fuera iba a dejar vacío que jamás llenaría nadie...

Capítulo 36

Lucas sintió su angustia con completa intensidad, porque era la misma que le asolaba cada tanto y que prefería mantener a raya:

—Prefiero pensar que no va a suceder... —le confesó mientras la estrechaba contra su cuerpo repleto de gotas de agua.

—¿El qué? —musitó Isabel, aferrada a él, como si así pudiera evitar que se lo quitaran.

—Nos imagino siempre juntos... Todas las demás opciones me duelen demasiado.

—Tienes razón, mejor no pensar en eso... —afirmó sacudiendo la cabeza— Pero todo ha sido por tu culpa, si no llegas a meterte en el agua no me habría dado este ataque de angustia... —le reprochó risueña.

—Tranquila que no te vas a librar de mí tan fácilmente...

Isabel le miró de arriba abajo, con su corpazo mojado espectacular, su pedazo de sonrisa, esos ojos verdes que no podía dejar de mirar y la espada láser, que estaba en su máximo esplendor, y solo pudo decir:

—¿Quién puede querer librarse de semejante monumento? ¿Y cómo puedes empalmarte con esta agua tan fría?

—Teniéndote delante yo me empalmo hasta dentro de un congelador.

—¡Y será verdad! —exclamó Isabel muerta de risa.

—Lo es... Claro que es...

Lucas se echó a reír, luego se agachó y tiro de las faldas del vestido de Isabel hacia arriba para quitárselo...

—¿Qué haces, malandrín? —gritó Isabel, resistiéndose.

—¿Cómo te vas a ir de Australia sin darte un bañito en sus aguas?

—Y tan contenta que me voy... ¡Quita las manos de encima! —le exigió, apartando la mano que Lucas acababa de poner sobre el tirante del vestido.

—Que luego cuando estés en el invierno conguense te vas a arrepentir de no haber probado esta maravilla. ¡Es tan tonificante! —exclamó Lucas, atacando el otro tirante.

—¡Estate quieto! —le ordenó empujándole con las dos manos hacia atrás—. Y descuida, que no voy a echar de menos un mar helado repleto de tiburones. Gracias por la invitación. Eres muy amable. Pero no, valoro demasiado mis extremidades...

Isabel correteó hacia la orilla, pero Lucas la alcanzó y la cogió por la cintura...

—Venga, un baño rápido, los dos en bolas aquí en la orilla... —sugirió con una sonrisa perversa.

—¿No pretenderás que lo hagamos aquí? ¡Sin condones, con el agua helada y los tiburones acechando! ¡La combinación perfecta!

Lucas la giró para tenerla de frente y con los labios pegados a los suyos le susurró, apretándole el culo contra su erección:

—Solo un abrazo piel con piel...

Isabel no pudo replicar nada, porque de pronto alguien apareció de la nada al grito de:

—*Isaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*, tranquila que ya estoy aquí...

Y metió tal empujón a Lucas que lo lanzó tres metros más allá...

—Erik, que es mi *noviooooooooooooooooooooo* —gritó Isabel, corriendo hacia Lucas, para protegerlo, antes de que el australiano se liara a guantazos con él.

—¿Y desde cuándo tienes novio? Caye no me ha dicho nada...

—Llevamos poco... —respondió mirando a Lucas, que estaba tirado en el agua con una cara de idiota que no podía con ella, a pesar de que acababan de hacerle un placaje tremendo, porque había descubierto que no había cosa en el mundo que le hiciera más feliz que le llamaran “novio”.

—¡Felicidades, Isa! —exclamó abrazándola tan contento—. Y perdona, tío, soy Erik —se presentó tendiéndole la mano para que se levantara—, es que os visto forcejear desde lejos, y he pensado que eras un asaltante...

—Soy Lucas, el novio —se presentó feliz, aceptando la mano que ese tiarrón, alto, fuerte y rubio, le tendía.

—¿Te he hecho daño con el placaje?

—Estoy bien —respondió Lucas, colocando la mano sobre su hombro que sí que le dolía un poco.

—Es que Lucas quería que me diera un bañito, pero yo me niego... El agua está helada y llena de bichos peligrosos... —explicó Isabel.

—Como yo... —dijo Lucas, levantando las cejas.

Todos se rieron y Erik que todavía estaba sofocado por la carrera que se había pegado para supuestamente rescatar a su amiga, masculló:

—¡No puedo creer que estéis aquí!

—Lo estamos y por ti... —comentó Isabel, mientras los tres salían del agua.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Hace un ratito...

—¿Del aeropuerto os habéis venido directos a mi playa? —preguntó Erik, sorprendidísimo.

—No —negó Isabel con la cabeza—. Para ser más exactos del despacho de Caye a tu casa...

Erik se paró de sopetón, cuando ya estaban fuera del agua y replicó perplejo:

—¿Cómo? No entiendo...

—Para responderte tengo que contarte la parte paranormal de la historia... —farfulló Isabel,

nerviosa por saber cuál sería su reacción en cuanto supiera la verdad.

—Vamos a casa y me lo contáis todo...

Isabel y Lucas recogieron las pertenencias que habían dejado sobre la arena y siguieron a Erik hasta su chalet blanco...

Una vez allí, y después de que Lucas se metiera bajo la ducha helada del jardín, se secara y se vistiera y que Isabel se quitara los restos de arena de los pies con una manguera, Erik les propuso un desayuno contundente...

—No, gracias. Si es que hace un rato estábamos tomando copas... —le confesó Isabel, muy seria.

Erik sintió un escalofrío en el cogote, respiró hondo y luego soltó:

—¿Os habéis colado por una grieta espacio-temporal y por eso estáis aquí? ¿Tu novio es un viajero en el tiempo? —preguntó con la vista clavada en Lucas, que llevaba la chaqueta de su traje galáctico colgada del hombro.

—Más que del tiempo, de las galaxias... —musitó Isabel mordiéndose los labios.

Y tras decir aquello a Erik se le pasó otra idea por la cabeza, que no le hizo ni pizca de gracia:

—Oye, esto no será una cámara oculta de algún programa de bromitas de la tele... Porque me pillas en un momento de mi vida que no estoy ni para una puta mofa...

—Que no, que es verdad... Lucas haz algo por favor... —le pidió Isabel y entonces Lucas, que estaba justo enfrente de Erik, se metió la mano en el bolsillo y desapareció como por arte de magia.

—¡Hecho! —comunicó Lucas, que en ese instante se encontraba ya detrás de Erik.

—¿Y esto? —preguntó Erik, tras girarse, boquiabierto.

—Vengo de una galaxia muy lejana y hace unos cuantos días mi nave se cayó en la finca de Isabel.

—¿Eres un extraterrestre? —inquirió Erik, de pasta de boniato.

—Sí... —asintió tan normal, como si acabaran de preguntarle que si era ingeniero.

Erik tragó saliva y con el corazón latiéndole fuerte de la impresión, y eso que era un tipo duro, acostumbrado a escribir sobre asesinatos y demás, preguntó:

—¿Este es tu aspecto verdadero o es un avatar?

—Soy lo que ves. Y puedes estar tranquilo, que no hay riesgo de contagio de ningún virus intergaláctico ni nada por el estilo. Seguimos unos estrictos protocolos sanitarios.

—Entonces, ¿somos los mismos? ¿Los vuestros colonizaron esto hace muchísimos años? —preguntó con los ojos como platos.

—No puedo contar nada, por protocolo... Espero que lo entiendas.

—Ok, tú no digas nada que ya me hago yo una idea. Tengo una imaginación desbordante. Soy escritor de thrillers, aunque después de esto creo que debería pasarme a la ciencia ficción.

—Mejor al romance paranormal. Porque si estoy aquí es por la luz de Isabel, aunque a ella le dé mucha rabia que lo diga...

—No me da rabia —protestó Isabel arrugando la nariz.

—Rectifico: miedo —replicó Lucas.

—No, simplemente, me parece ridículo —explicó Isabel encogiéndose de hombros.

—Pero me has dicho que sois novios... Entonces él no está muy desencaminado con su hipótesis de que se cayó por ti... —concluyó Erik, alucinado con la historia.

—Te he dicho que somos novios para que no te liaras a tortazos con él. Era lo más rápido para que pararas... No me daba tiempo a contarte que se cayó del cielo y que lleva en la casa del pueblo desde entonces... —explicó Isabel, para tormento de Lucas que no le gustaba para nada que esa mujer acabara de quitarle la etiqueta de novio.

—Pero os miráis como novios. ¡Tenéis mucha complicidad! —apuntó Erik, para regocijo de Lucas.

—¿Verdad que sí? —intervino Lucas.

Erik asintió con la cabeza y, antes de que siguiera especulando, ella le aclaró:

—Complicidad hay, lo reconozco. Nos lo pasamos bien juntos, compartimos muchas cosas, nos reímos, nos sacamos de quicio, él intenta meterme en mares repletos de tiburones y...

—Os habéis liado... —dedujo Erik, con una sonrisita.

—Sí —habló Isabel quitándole importancia—. Pero eso es todo...

—¿Y qué más quieres? —le preguntó Erik—. Porque no hay nada mejor que lo que tenéis... ¡Wowwww! ¡Menudo historión de amor! ¡Felicidades, chicos! —celebró levantando las manos para chocarlas con ellos, pero solo se la chocó Lucas.

—Gracias, tío —dijo Lucas.

—¿Gracias por qué? ¿No será por el historión de amor? —inquirió Isabel, ofuscada con Lucas—. Porque la palabra amor es que nos viene tan grande... ¿Te recuerdo que no hace ni un mes que te caíste del árbol como una pera pocha?

—¡Vaya imagen! ¡No sabía yo que eras tan cruel, Isa! Mira que llamar a nuestro amigo de las galaxias pera pocha... —opinó Erik.

—A él no, a su nave espacial que no arranca ni para atrás...

—Mejor para ti. ¡Así podéis vivir vuestro amor tranquilamente!

—Y dale con el amor... ¡Que nos conocemos de hace poco! —masculló Isabel.

Lucas se partió de risa, dio un manotazo al aire y habló convencido:

—¡Qué más da el tiempo! ¡Lo nuestro es un milagro! Y yo desde luego que lo celebro, contigo o sin ti. Pero lo celebro...

—Di que sí, joder... —intervino Erik apoyándole—. Y celébralo de verdad. A lo grande. Y si ella no se enrolla, no te preocupes que yo me tomo unas cuantas copas contigo en el bar de Caye. Porque ¿me vais a llevar, no?

—Sí, pero no me des más el coñazo con el amor, por favor. O te quedas aquí con tus aguas heladas y tus tiburones...

—Es lo más flipante que he escuchado nunca... ¡Un tío que se cae del cielo por amor a una borde! —repuso Erik, alucinadísimo.

—Gracias por lo de borde... —murmuró Isabel.

—Lo que sí te rogaría es que no reveles a nadie mi verdadera identidad. Para la gente del pueblo soy el hijo secreto del Anselmo, el antiguo guardés de la finca de Isabel...

Erik soltó una carcajada y luego dijo...

—Me parece que no soy el único que tiene la imaginación desbordante.

—Cosas de mi abuela —farfulló Isabel, encogiéndose de hombros.

—¿Tu abuela también sabe lo de Lucas? ¿Y quién más? ¿Caye también?

—Solo lo saben Berta, Caye y Chicho...

—¿Chicho también? —preguntó Erik atónito.

—Chicho se viene conmigo a la nave todos los días y me hace compañía. Sin duda, es muchísimo más valiente que Isabel, que aún no se ha atrevido a pisarla...

Isabel resopló, le sacó la lengua y luego le ordenó:

—Saca el mando teletransportador y llévanos de una vez al pueblo...

Capítulo 37

Lucas lo volvió a hacer y momentos después estaban los tres en el despacho de Caye...

—¡Yo quiero un mando de esos, pero ya! —exclamó Erik, impactadísimo con lo que acababa de suceder.

—Me temo que aún os quedan unos cuantos años para que podáis desarrollar una tecnología tan avanzada como esta —le explicó Lucas.

—¿Y no podéis compartir con nosotros vuestros adelantos? —inquirió Erik, sin salir de su asombro por verse así de golpe y porrazo en el despacho de Caye.

—Estimulamos, sugerimos, motivamos, apoyamos de distintas formas que no estoy autorizado a revelar; pero no estáis preparados para un traspaso de conocimientos frontal. Y créeme que es por vuestro bien, os estamos protegiendo...

—Te creo, tío y te agradezco que te hayas saltado las normas porque imagino que teletransportar a terrícolas no está en vuestros protocolos... —comentó Erik.

—Hay algunas excepciones y tu caso podría ser uno de ellos. Está todo bien... No te preocupes —replicó Lucas, negando con la cabeza.

—¡No sabes qué peso me quitas de encima! ¡Es que esto es la leche! ¡Joder, estoy en el bar de Caye! ¡Si es que huele a ella! —exclamó aspirando el perfume de su amor que flotaba en el aire—. ¡Esto es un sueño! ¡Estoy a punto de levitar! De verdad que os voy a estar agradecido toda la vida por lo que habéis hecho por mí.

—No cantes victoria tan pronto, que de momento solo hemos hecho lo más fácil... —le aconsejó Isabel—. Ahora te toca a ti lo más complicado...

—En cuanto se miren a los ojos la verdad caerá por su propio peso —dijo Lucas convencido.

—¿Lo dices porque tienes algún don extraterrestre de adivinación? —preguntó Erik, ansioso ya por encontrarse con Caye.

—Lo digo como enamorado, nada más.

—¡Y nada menos! Tus palabras me dan una fuerza brutal para abrir esa puerta y enfrentarme a ella... —musitó Erik, apretando los puños y agitándolos al aire.

—¡Mucha suerte, amigo! —le deseó Lucas, dándole una palmada en la espalda.

—¡Allá voy! —anunció Erik, abriendo la puerta con el corazón a mil y saliendo del despacho con Isabel y Lucas detrás.

Si bien, el primero que se percató de la presencia del australiano en la sala no fue Caye, que estaba sentada en una esquina, lánguida y aburrida, con unas copas de más y con la vista perdida en su móvil, a ver si FuckingWriterInLove reaccionaba de una vez a las fotos que hacía una hora que había colgado en sus redes, sino Antonio que se levantó de la silla y copa en mano y a codazos, se plantó delante de los tres...

—Vaya, vaya, desde que os habéis metido en el despacho no le he quitado ojo al pasillo y resulta que entráis dos y salís tres...

—¡Antonio! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué alegría de verte! —le saludó Erik, echándose a sus brazos.

Antonio le devolvió el saludo y exclamó:

—¡Caray, majo! ¡No te había reconocido! ¡Estás más flaco y el pelo lo llevas más largo!

—Es que desde que me fui del pueblo no tengo ganas de nada. Como mal, apenas tengo vida social...

—¿Y eso por qué es? ¿Por la novela o por la chica que te dejaste en España?

—La chica, sobre todo la chica... Es algo que me tiene a malvivir.

—Tenéis que casaros que hace mucho que no voy de boda.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —replicó Erik, con un destello de ilusión en la mirada.

—¡Qué buena noticia! ¿Y ya te ha dado el sí?

—Acabo de llegar... Todavía no me ha dado tiempo ni a saludarla.

—¿Cuándo has venido? —preguntó Antonio con la mosca detrás de la oreja.

—Ahora...

—¿Ahora, cómo? —quiso saber achinando los ojos, mientras Isabel y Lucas intentaban disimular el nerviosismo que les estaba provocando la curiosidad de Antonio.

—Ahora, hace un rato... —mintió, mientras el guardia civil le observaba de arriba abajo.

—¿Y te ha dado tiempo a dejar la maleta y disfrazarte de corredor de maratón? —dedujo por la camiseta vieja de tirantes, los *shorts* por la ingie y las deportivas todavía mojadas.

—¡Así es!

—¿Y vienes así desde casa de Caye? ¿Dónde tienes el abrigo?

—En casa. ¡Soy un tío duro, Antonio! ¡Aguanto muy bien el frío!

—¿Y por qué si has llegado hace un rato, no te he visto entrar por la puerta? —preguntó rascándose la barbilla con el garfio.

—¡A lo mejor ha coincidido con que estabas en el baño! ¡Que no has venido sondado, Antonio! —le recordó Isabel.

—Puede ser... ¿Y qué tal el vuelo? Son tantas horas, ¿se te hizo muy pesado? —preguntó Antonio porque había piezas que no le encajaban para nada.

—Fenomenal, en un abrir y cerrar de ojos... —El que abrió los ojos de repente fue Antonio, pero Erik enseguida explicó—: Es que tengo el sueño muy profundo, me suelo pasar los vuelos durmiendo como un lirón. ¿Y tú qué tal? ¿Por aquí todo tranquilo?

—Sí, hasta hace unos cuantos días que se escuchó un estrépito en el pueblo, un sonido como si una albóndiga gigante se hubiese caído del cielo, que quince personas escucharon en tres kilómetros a la redonda.

—¿Quince ya? —preguntó Isabel—. Me parece que el estrépito se está convirtiendo en leyenda rural...

—De leyenda nada, es bien real y no voy a parar hasta que descubra su procedencia —comentó clavando la mirada en Lucas.

—Te estás obsesionando con algo, Antonio, que no tiene la menor importancia... —le sugirió Isabel, al tiempo que comprobaba el estado de su manicura, para dar mayor verosimilitud a la frase.

—Ya se verá, Isabelita. Ya se verá... Y, tú, Erik, si ves o escuchas algo raro, comunícamelo por favor.

—Ojalá tenga que llamarte para decirte que Caye me ha dicho sí. Porque desde luego que sería lo más raro que podría ver o escuchar en la vida...

—¡No seas exagerado! Venga, vete a encontrarte con tu novia que todos hemos pasado por eso. Ya verás cómo es pan comido... ¡Mucha suerte, chaval! —habló dándole unas palmadas en el hombro y empujándole después hacia el lugar donde estaba Caye.

Isabel y Lucas también le desearon suerte y dejaron que se marchara a buscarla.

Erik tomó aire y, con la sensación de que estaba ante uno de los momentos más trascendentales de su vida, apartó a codazos a la gente que los separaba, hasta que la tuvo enfrente y sintió tal emoción que creyó que iba a desmayarse.

Caye estaba más guapa que nunca, con su disfraz de Blancanieves, y dormida en la silla con el móvil a punto de caérsele de la mano.

—Caye... —susurró con el corazón encogido de emoción.

Pero Caye estaba como un tronco, con la cabeza ladeada apoyada en la pared, lo que obligó a Erik a agacharse un poco, para volver a intentarlo:

—Amor... —musitó.

—*Grrrrrrrr* —gruñó Caye, pero sin despertar de su sueño.

—Tienes que besarla... —sugirió una voz de pito que de repente apareció por detrás.

Erik se giró y se envaró al comprobar que era el batería de los Outsiders:

—¡Coño! ¡Un enano! ¿Tú qué pintas aquí? ¿Te importaría dejarme solo?

—Soy Jose, amigo de Caye...

—Ya, ya lo sé. Os sigo por Facebook, Instagram, Twitter y la madre que os parió a la que llamo siempre que quiero saber más detalles.

El batería alzó las manos y luego las batió al aire diciendo:

—Tranquilo, tío, que yo solo te estoy dando un buen consejo...

—¡Métetelos por donde te quepan! ¡Y pírate de una vez con los otros seis! —le ordenó cabreadísimo.

—Caye te quiere... Y ya no puede más, por eso está un poco borrachita —le susurró el Outsider.

—¿Qué? —replicó Erik con el ceño fruncido porque no tenía del todo claro si había escuchado bien.

—Que está loca por ti. Tienes que besarla, no le des más opciones: tienes que dejárselo bien claro —le recomendó Jose, cruzándose de brazos.

—¿Te ha dicho que está loca por mí? —preguntó, mientras Caye seguía dormitando en la silla.

—Con esas palabras no, pero el subtexto es siempre el mismo.

—¿Y qué palabras utiliza?

—Ninguna bonita, pero realmente no son contra ti, sino contra el destino que no le trajo al amor de su vida, tal y como ella pensaba que sería, y a tres portales de su casa.

—¿Y cómo quería que fuera? —preguntó Erik muy intrigado.

—Alguien de su edad, más tranquilo y civilizado: un informático, un veterinario, un vendedor de camisas...

—Pues se fastidia que soy un ogro nervioso, salvaje, surfero y más joven que ella. Y ahora, ¿serías tan amable de dejarme solo para que la bese o te vas a quedar ahí mirando?

Lo que no sabía Erik era que no solo estaba mirando Jose, sino también un poco más allá el resto de los Outsiders y más allá todavía Berta, Antonio, Isabel y Lucas que tampoco querían perderse la escena.

—Estoy aquí por si necesitas apoyo... —contestó el batería metiéndose las manos en los bolsillos.

—Yo paso de tríos. Y si algún día lo hiciera descuida que no sería con un tío tan feo como tú.

—Tú eres gilipollas, colega. ¡Digo apoyo moral!

—No necesito nada. Los gilipollas somos así de autosuficientes. Así que pírate de una vez... — Pero Jose solo se apartó unos pasos, porque él tenía que vivir ese momento fuera como fuese.

Luego, Erik volvió a agacharse un poco frente a Caye, que seguía dormida, susurró su nombre unas cuantas veces y después, aun a riesgo de que le diera un guantazo con la mano abierta, la besó en los labios...

Primero, fue apenas un roce sutil, suave y delicado, que dio paso a un beso un poco más largo, más húmedo, más intenso, y justo en ese instante Caye abrió los ojos lentamente, respiró hondo y musitó

con los labios pegados a los de él:

—Estoy soñando, solo estoy soñando...

Erik rodeó con las manos el cuello de Caye, para profundizar el beso mientras susurraba:

—Estoy aquí, Caye, soy yo...

Caye todavía sin saber si soñaba o vivía se entregó al beso que, real o no, sabía a gloria... Y es que Erik si sabía hacer algo era besar:

—Qué bien besas, cabrón —murmuró ella, justo después de morderle el labio inferior.

—Te quiero, joder —replicó él, sin dejar de besarla.

El te quiero de Erik fue tan profundo, tan sentido y tan de verdad, que de pronto Caye no tuvo ninguna duda de que aquello no era un sueño. Erik estaba en su bar y ella no recordaba haberse sentido más feliz en toda su vida:

—¿Joderme la vida? —preguntó ella, con una sonrisa enorme.

—Y para siempre, tía —contestó él con el corazón a punto de salirse del pecho.

—Pues sí que estamos bien... —repuso Caye resignada, porque ya no había nada qué hacer.

A través del teléfono o del Skype todavía podía fingir que no le quería, que lo suyo era una locura, pero teniéndolo enfrente era imposible seguir negando lo que gritaba su corazón: ¡Amaba a ese loco como no había amado a nadie en su vida!

—¿Eso es un sí? —preguntó Erik sin aliento.

—Si no te digo que sí hoy que estoy como una cuba, no te lo voy a decir nunca. Así que lee bien mis labios: *Siiiiiiiií, siiiiiiiiiií y siiiiiiiiiií.*

Capítulo 38

Después del sí, Erik se cayó al suelo de la impresión y Caye vomitó al instante lo que había bebido de más, pero a pesar de lo accidentado de la declaración, los dos despertaron a la mañana siguiente con la sensación de que no podía haber sido más romántico.

—Me encantaría que los Outsiders tocaran en nuestra boda... —propuso Erik, que estaba con los pelos revueltos, abrazado a Caye.

—¿Ya no te caen mal? —replicó Caye con un dolor de cabeza tremendo, pero feliz.

—No. Le debo tanto a Jose... —sonrió y luego siguió con las confesiones—: Lo he pasado fatal estos meses sin ti, porque mira que me lo has hecho pasar mal...

Caye se llevó la mano a la frente y explicó mordiéndose los labios:

—Tenía pavor a arrancarte de tu mundo y hacerte profundamente desgraciado.

—Tengo las prioridades tan claras que para mí tomar la decisión es muy fácil. Así que te equivocas, me has hecho profundamente desgraciado cuando me has arrancado de ti...

—Nunca he llegado a arrancarte del todo... Si no, no habría aceptado la amistad de FuckingWriterInLove —le confesó risueña.

—Tuve que irme a correr por la playa para digerir tus últimas fotos con los enanitos del bosque...

—Tú nunca has sido celoso.

—No eran celos, era tu terquedad lo que me estaba matando. Menos mal que ha venido el tío de las estrellas a teletransportarme y he podido darte el beso, porque si no a estas horas todavía seguiría corriendo por la playa...

—No te falta razón, si no llegas a venir habría seguido en mis trece —reconoció Caye, mordiéndose los labios.

—¡Y lo dirás orgullosa!

—¿Qué voy a hacer? —replicó encogiéndose de hombros—. ¡Soy así de bruta!

—No hace falta que lo jures, pero ahora que tenemos a nuestro amigo extraterrestre todo va a ir sobre ruedas. Ya no puedes soltarme el rollo de que mi playa está muy lejos y que voy a extrañar muchas cosas. Ahora si me da la morriña, llamaré a mi amigo Lucas y nos iremos los cuatro para Mooloolaba.

Caye puso cara de circunstancias y, sintiendo desilusionarle, le dijo:

—No creo que Lucas esté mucho por aquí...

—¿Tiene fecha de partida?

—Tiene la nave averiada, pero no le van a dejar aquí tirado... Ya has visto la tecnología tan avanzada que tienen, no debe faltar mucho para que su gente venga a llevárselo. Y ahí, se va a liar gorda...

—¿Por qué? —preguntó Erik, preocupado.

—Porque él está pillado hasta las trancas por Isa y ella igual... aunque aún no lo sepa.

—¿Tienen una conexión brutal! Se nota a la legua que tienen mucha complicidad y se devoran con la mirada...

—Sí, pero si yo tenía tantos reparos contigo que estabas en Australia, imagina Isa con un tío de las galaxias. Pedirle que se quede es una renuncia tremenda y ella ya te digo yo que no se va a pirar con él.

—Qué pelma te pones con las renunciadas, Caye. El amor todo lo puede...

—Ya me lo dirás cuando estés más de tres meses sin pisar tu playa...

—Nos bajamos a Tarifa, ya ves tú qué problema.

—¿Y tu madre? —preguntó con el ceño fruncido.

—Hay aviones, Caye.

—¿Y si te entra un repentino mono de su pastel de carne?

—Le pediré la receta...

—¿Y si echas de menos su olor? ¿Sus abrazos?

—Si es un mono terrible, no te preocupes que nos la traeremos a casa... —bromeó.

—No me importaría porque me cae genial.

—¿Y a mi amigo Steve también podemos traérnoslo? —preguntó con más guasa.

—¿El pizzero adicto a los videojuegos? No, gracias, prefiero tener hijos propios...

Erik sonrió, la estrechó contra su pecho y luego le aseguró:

—Va a salir todo bien, ya lo verás. Lo nuestro y lo de ellos...

—Lo nuestro todavía te lo compro, pero lo de ellos... Te recuerdo que Lucas es un E.T. aunque lo veas así tan normal... Por cierto, ¿no le habrás contado a nadie lo de Lucas?

—A nadie. Y eso que Antonio intentó tirarme de la lengua...

—Y a mí también. De hecho, fingí estar más borracha de lo que estaba para dejara de hacer preguntas.

—¿Y cuándo te besé fingías o eras una Blancanieves de verdad? —quiso saber Erik, mientras recorría la punta de la nariz de Caye con el dedo índice.

—Ojalá hubiese sido fingido porque no tendría este resacón... Pero no, estaba borracha para ver si así dejaba de pensar tanto en ti. Porque el problema era que no solo tú te negabas a olvidarme, es

que muy a pesar yo tampoco podía hacerlo. ¿Y qué hacía?

—Besarme. Moló el beso.

—Y cuando dije sí, la gente aplaudió. Te lo perdiste con tu desmayo...

—Si es que colapsé, no me lo creía.

—Me parece que vas a tener que empezar a creértelo —musitó Caye con una sonrisa enorme.

—Y tú también, guapi.

—Yo claro que me lo creo, y me gustaría tanto que a Isa y a Lucas también les fuera genial. Porque de verdad qué mala suerte han tenido los pobres... Encontrarse y ser de distintas galaxias...

—Mala suerte sería que no se hubiesen encontrado.

—Ya, pero yo quiero que acaben juntos...

—Él es un tío enamorado, me lo dijo antes en el bar, y un tío enamorado, créeme, es capaz de todo con tal de estar con su amor... —opinó Erik que sabía bien de lo que hablaba.

—Hasta teletransportarse... —susurró Caye, dándole un beso en los labios.

—Lo que sea... —replicó Erik, devolviéndole el beso.

—Ella todavía va de dura, pero está coladísima por él...

—Si se pone muy pesada, ya se nos ocurrirá algo para que se ablande. Pero dudo que se ponga tan dura como para hacerse *selfies* medio borracha con los Outsiders —ironizó Erik.

—Uy mucho más, esa es más terca que yo...

—Imposible. Tú tienes todos los récords.

—¿Tú crees? —respondió Caye dándole un beso espectacular.

Ese beso espectacular y los muchísimos más que vinieron después...

Porque se pasaron tres días sin salir de casa, levantándose de la cama lo justo y regresando al momento para recuperar todo el tiempo que habían perdido, y que era muchísimo...

Y así llegó marzo, con los días que eran cada vez más largos y luminosos, con Naso cada vez más colgado de Vega, y sin componer ni una nota, con Chicho detestándole con más razón, y con Isa y Lucas cada vez más enganchados el uno del otro...

Incluso se lo confesaron una tarde, bajo un precioso sol de invierno, tumbados junto al arroyuelo:

—No sé lo que he visto en ti, pero no me canso de verlo... —le confesó Isabel, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Muy sencillo —replicó Lucas encogiéndose de hombros—. Soy de otra galaxia...

—¿Todos los de Mequetrefe son como tú? —bromeó Isabel.

—No, como yo no hay dos. Eso te lo garantizo.

—Y yo también. Eres diferente a todo lo que he conocido en la vida... —dijo Isabel cogiéndole de la mano.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Diferente —canturreó Isabel, con la vista puesta en las manos entrelazadas.

—¿Y ahora qué haces? ¿Analizar mis manos de E.T?

—¡Afortunadamente en tu galaxia tenéis los dedos mucho más bonitos que los de E.T! —contestó Isabel, muerta de risa.

—Nuestras manos encajan bien... —comentó Lucas, mientras acariciaba con la yema de los dedos la palma de la mano de Isabel.

—Todo encaja bien, hasta cuando discutimos...

—Incluso yo encajo bien, debajo de esta encina, con el sol pasando entre las hojas, con tu mano en la mía... ¿A que podría pasar por un terrícola?

—A mí se me olvida casi todo el tiempo que no lo eres...

—Me siento muy a gusto aquí, te parecerá tonto pero ya no tengo esa sensación de que no pertenezco a ninguna parte, ahora siento como que formo parte de esto, de que ya nunca más voy a estar perdido porque este es mi sitio...

Isabel tragó saliva, pues estaba sintiéndole a la perfección y luego replicó:

—¿Y por qué me va a parecer tonto lo que piensas?

—Porque a lo mejor te parece que es demasiado pronto para desarrollar este sentimiento de pertenencia y estas ganas de echar raíces, aquí y diría que contigo, pero mejor no lo digo para que no me echés la bronca.

—Ni aunque me estuvieras vacilando te echaría la bronca...

—Pero es que sabes que estoy diciendo la verdad.

—Ya... —reconoció Isabel—. Es la mierda de conexión que tenemos desde el principio.

—Para ser una mierda funciona de maravilla.

—Por eso es una mierda, me siento demasiado expuesta —confesó Isabel soltando la mano de Lucas.

—¿Más que cuando hacemos el amor?

—El sexo lo controlo, el corazón no.

—El sexo lo bordas y el corazón lo bloqueas... a ratos —matizó Lucas.

—Porque me estoy acostumbrando a esto —confesó Isabel, arqueando una ceja.

—Yo también.

—Podría estar así en este limbo relacional toda la vida: no somos nada y me encanta. Es el estado ideal. Sin pasado que reprocharse, sin futuro por el que agobiarse, solo un infinito presente despreocupado.

—Yo no estoy en ningún limbo relacional. Para mí esto es todo menos nada —replicó Lucas,

reivindicando su verdad.

—Me refiero a que no eres un follorollo, ni un novio, ni un marido... ¡Eres Lucas! Y es perfecto.

—Por lo menos soy algo... —musitó Lucas, con media sonrisa.

—Y perfecto, así tal y como está.

—Yo me siento como tus almendros que florecieron en mitad del invierno —confesó Lucas con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Con florecitas por todas partes? —bromeó Isabel.

—Estaba seco por dentro, pero tú lo has cambiado todo —respondió Lucas, girándose un poco para darle un beso en los labios.

—Y tú, vaya si lo has cambiado... Ahora cuando despierto hay un señor con unos ojos verdes que me mira...

—Flipado, flipado siempre.

—La verdad es que si lo piensas, es alucinante que te cayeras justo aquí.

—Yo no flipo con eso. Caí porque tenía que caer, con lo que flipo es contigo, que a pesar de todo despiertas otra vez conmigo.

—¿A pesar de todo?

—Tus dudas, tus miedos, tus reparos, que además al ser yo de las galaxias se acrecientan... Pero a pesar de todo, amaneces conmigo...

—Es que estoy enganchada, eres como ese frasco de Nutella que sabes que está en la cocina... Te tomas una rebanadita, pero el tarro sigue ahí... Tentándote. Entonces, dices ¿por qué no? —confesó encogiéndose de hombros—. Y encuentras siempre la excusa perfecta. He currado demasiado, ayer caminé una hora, hoy hace un día horrible y me merezco algo bueno... Muy bueno... Entonces coges la cucharilla... —dijo haciendo el gesto de que la cogía—. Y pruebas otro poco, la puntita nada más... Porque te dices a ti misma que controlas y lo único que pretendes es volver a tener por un instante ese sabor dulce en tu boca... Tan dulce que te sabe a tan poco que necesitas meter otra vez la cucharilla en el tarro, esta vez hasta la mitad, y saborearla en estado de éxtasis, mientras ya solo puedes pensar en la siguiente...

—Me pasa lo mismo... —musitó Lucas, que le dio un beso mientras pensaba solamente en el siguiente.

Capítulo 39

Los besos siguieron hasta que a mediados de marzo sucedió algo que de repente expulsó a Isabel de su idílico limbo...

A las doce de la mañana de un día que parecía más de mayo que de marzo, llamaron a la puerta y Berta abrió pensando que era el chico del reparto del supermercado. Pero cuál no fue su sorpresa cuando apareció una chica de unos treinta años, guapa, con el pelo ondulado de color miel, una sonrisa de lo más amigable, unas gafas de pasta negra, un vestido entallado rojo, un maletín rosa y unos taconazos que le hacían las piernas infinitas.

—¡Buenos días, joven! ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Berta convencida de que sería vendedora de algo: seguros, cosméticos, juguetes sexuales...

—Buenos días, mi nombre es Zenda y venía buscando a un músico... —dijo con una sonrisa de dientes perfectos.

Berta entonces imaginó que sería una ejecutiva de alguna discográfica que vendría a sacar a Naso de su destierro autoimpuesto.

—Naso todavía está durmiendo, se suele levantar a eso de la una... Los músicos ya sabe cómo son.

—¿Naso? —preguntó la joven extrañada—. Mi amigo es músico, un gran músico, pero se llama Lucas...

Berta tragó saliva y se puso en guardia porque esa mujer podía ser desde una enviada desde la galaxia lejana, a una enemiga que también viniera de allende las estrellas... Por eso con toda la cautela, preguntó haciéndose la despistada:

—¿Lucas, dice?

—Recientemente ha grabado un video para una bombonería...

—La mía, sí. ¿Y qué quiere de él? —preguntó Berta, pensando que tal vez sí que se tratase de una ejecutiva de una discográfica.

—Necesito hablar con él de algo importante —dijo sin dejar de sonreír.

—¿Para su futuro?

—Por supuesto... ¿Él está alojado en esta casa, verdad? ¿Le podría decir que estoy aquí?

Cuando Berta estaba a punto de contestar con una evasiva, porque no estaba dispuesta a revelar ningún dato sobre Lucas hasta que no confirmara la identidad de esa joven, irrumpió de pronto el

chico de las estrellas con un ramo de flores silvestres en la mano.

—¡Zenda! —exclamó Lucas que parecía feliz de encontrarse con ella.

Fue entonces cuando Berta respiró tranquila y llevándose la mano al corazón, musitó:

—¡Qué bien que la conoces!

Lucas asintió con la cabeza y luego dijo en voz baja:

—Es de Mequetreffe y es un ingeniera aeroespacial, una suerte de mecánica, que vela por nosotros allá arriba. Sabía que estaba por este sector, pero nunca imaginé que vendría tan pronto a mi rescate...

—Me puse en camino en cuanto me comunicaron tu incidencia, pero veo que has caído en muy buenas manos...

—Ella es Berta —la presentó Lucas cogiéndola por el brazo de forma cariñosa—, es de total confianza, y la persona que me ha acogido estos días como si fuera uno más de su familia.

Berta pellizcó cariñosa la mejilla de Lucas, le dio un beso sonoro y luego confesó emocionada:

—Es que lo es. Yo le he cogido un cariño tremendo.

Zenda sonrió a Berta y esta la cogió por los hombros, le dio dos besos efusivos y después replicó:

—Y ti te vamos a acoger también y diremos, para seguir con la mentirijilla que he inventado para que Lucas no despierte sospechas, que eres su hermana...

—¿Otra hija secreta del guardés? —replicó Lucas burlón—. Es que —explicó Lucas a Zenda—, Berta que es una crack ha ido difundiendo el rumor de que soy el hijo secreto del antiguo guardés de su finca. He entrado en los registros y me he creado una identidad falsa, luego te crearé otra a ti...

—Perfecto. ¿Y la nave?

—Está detrás de aquella arboleda, la invisibilización funciona, al parecer solo unos vecinos escucharon el estruendo. Y de mi presencia solo saben Berta, su nieta Isabel y dos amigos Caye y Erik —le informó Lucas.

—¿Y el músico que se hospeda en la casa: no sabe nada? —preguntó Zenda, justo en el instante en el que Naso aparecía por la puerta con Chicho gruñéndole detrás.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó Naso, aún somnoliento, con los pelos revueltos, en calzoncillos, descalzo y con una camisa de cuadros abierta.

—Ni papa —masculló Berta—. Este no sabe nada de nada...

—¡Hola! ¿Qué tal? —lo saludó risueña, Zenda; desplazando la mano de izquierda a derecha.

—*Wooooooooooooooooow*. ¿Todavía sueño? —preguntó Naso, pestañeando muy deprisa, fascinado con lo que estaba viendo.

—No, pero si quieres todavía te puedes dormir un ratito más, que para ti todavía es pronto... —se guaseó Berta.

—¿Y esta diosa de dónde ha salido? —inquirió Naso, ensimismado con Zenda.

—Pues de donde todas las diosas, hijo, del cielo... —respondió Berta, entre risas.

—Soy Zenda, la hermana de Lucas... —se presentó, Naso se acercó a ella y le dio, muy despacio, dos besos en las mejillas.

—¿Cómo teniendo una hermana así no la has invitado antes? ¿Por qué te vas a quedar con nosotros, no? —preguntó Naso que justo en ese instante se dio cuenta de las pintas que tenía—. Y perdona que te haya recibido en gayumbos es que escuché mi nombre y he saltado de la cama pensando que era alguna loca que venía a acosarme...

—¿Acosarte por qué? —quiso saber Zenda, que no podía creerse que alguien pudiera acosar a ese ser.

Naso se revolvió el pelo, carraspeo, levantó una ceja y con la voz más impostada que nunca dijo:

—Soy Garci Naso.

—Ya... —musitó Zenda, mientras pensaba que no se podía ser más cretino.

—Es jodido, pero es el precio a pagar por ser lo que soy... —replicó Naso sacando pecho.

—¿Y te dedicas a? —inquirió Zenda.

—Joder ¿no has escuchado nunca hablar de Garci Naso? —Zenda negó con la cabeza—. Mis poemas circulan por las redes sociales como las papelinas en los patios de las cárceles...

—Ni idea... Yo es que de redes... Nada. No tengo tiempo.

—¿Tampoco escuchas música? ¿Nunca has escuchado a Garci Naso y los Outsiders? —Zenda negó otra vez—. ¡Es imposible que no conozcas *Roto y descosido*! ¿Te estás haciendo la interesante, no? —preguntó Naso poniendo su mejor rostro de tío perspicaz.

—Mi hermana es ingeniera y se pasa el día en las nubes.... En su mundo... —intervino Lucas, para zanjar cuanto antes el asunto.

Naso volvió a mirar a Zenda, pero esta vez con un empalmamiento súbito que le dolía, porque eso de tener enfrente a una ingeniera con tacones que estaba como un queso y que no sabía absolutamente nada de él, le puso como una moto.

—Me mola... —farfulló sin dejar de mirarla—. Me mola mucho... —Y le arrebató de un manotazo el ramo de flores a Lucas y se lo tendió a Zenda—: Toma, para ti... —le dijo totalmente rendido.

—Uy madre... no me digas que te está dando otro flechazo de los tuyos... —cuchicheó Berta, temiéndose lo peor.

Naso respiró hondo, se llevó la mano al pecho y, con una erección que saltaba a la vista, respondió con los ojos cerrados:

—Profundo, intenso, exquisitamente doloroso...

—La madre que te parió... —farfulló la abuela llevándose las manos a la cabeza.

—¿Le pasa esto muy a menudo? —preguntó Zenda a punto de partirse de risa.

—Desde lo poco que le conozco, es la segunda vez que le da un enamoramiento súbito —explicó la abuela—. ¡Yo no sé ni cómo no se ha quedado colgado de mí!

—Me parece estupenda la facilidad que tienes para flecharte, pero es que soy lesbiana... —precisó Zenda—. Te lo digo para que no te generes falsas expectativas...

—Ni que se pudieran controlar estas cosas de las flechas, chata —repuso Naso con un gesto como si se retorciera de dolor.

—Y ahora con dos flechas ¿qué pasa? ¿Qué te bloqueas más todavía o qué? —le preguntó Berta.

—De todo... —murmuró Naso, al que de pronto le sobrevino la imagen de Vega y Zenda cubiertas únicamente por el chorro viscoso y caliente de su amor y ya no pudo más...

—Ni yo mismo lo sé, doña Berta... Pero estoy que reviento...

Y sin dar más explicaciones, Naso marchó a toda velocidad al cuarto de baño y se metió en la ducha donde se masturbó hasta correrse a gritos, pensando en la cantidad de guarradas que le gustaría hacerles a esas dos diosas.

Y los alaridos fueron tales que Isabel, que salió un momento de su habitación para coger un vaso de agua, se asustó al escucharlos:

—Naso ¿te encuentras bien? —preguntó llamando a la puerta.

—Sí, genial... —respondió sin apenas aliento.

—¿Seguro?

—Sí, joder, solo es un orgasmo bestial...

—Perdona...

Muerta de risa, Isabel se dirigió al salón donde se encontró con Lucas y Berta que le presentaron a Zenda...

—Zenda es una especialista en reparar naves, no hay avería que se le resista... —cuchicheó Lucas, para que Naso no les escuchara.

—Qué bueno... —musitó Isabel, a la que la noticia no le hizo ninguna gracia—. ¿Y cuánto tardarás en reparar la de Lucas?

—No lo sé. Todavía no he visto la nave, poniéndonos en lo peor: no creo que más que diez días.

—Diez días. Perfecto... —dijo Isabel, forzando una sonrisa, porque no había nada en el mundo que le pareciera menos perfecto que la perspectiva de perder a Lucas en diez días.

—Tómate el tiempo que necesites —le sugirió Berta—, nosotras no tenemos prisa ninguna... Estamos esperando a que Naso nos componga un temazo, si bien ahora que está enamorado también de ti: ¡Qué sé yo el tiempo que puede llegar a tardar!

—Desconozco cómo será de bueno Naso, pero teniendo en casa a Lucas que es el mejor compositor de Igewfekeqe, no sé por qué no se lo encargáis a él. Es muy admirado y famoso y tiene enamorado a todo el mundo con su talento y su personalidad —apuntó Zenda.

—Zenda es una exagerada —le reprochó Lucas, un poco abochornado con tanto piropo—. No soy Lord Gaga...

—Tú calla que eres muy modesto. ¿Sale en las revistas y la tele? —preguntó Berta a Zenda, con curiosidad.

—En todas partes. Es muy conocido...

—A mí no me extraña nada —observó Berta—. Y si no, mirad lo que está pasando con el video que compartimos. ¡Tiene las redes revolucionadas! ¡Si hasta han creado un grupo en Facebook que se llama *A mí mola el bombón de los bombones!* ¡A donde vas, la fama te acompaña, Lucas! —le dijo al chico.

—Uf... —resopló Isabel, con cara de contrariedad.

—¡No te pongas celosa, Isa! —le aconsejó Berta, dándole un codazo—. Si quien le gustas eres tú...

Pero Isabel no bufaba por un ataque de celos sino porque acababan de expulsarla del limbo en el que vivía feliz y contenta.

—¡Qué lugar este! El amor está en el aire... ¿Tú también estás enamorado, Lucas? —preguntó Zenda y Lucas asintió con la cabeza.

—Me estrellé aquí por ella —reconoció, mirando a Isabel.

—Me resulta tan fantasioso... —comentó Isabel, encogiéndose de hombros.

—Pues no es la primera vez que pasa, yo ya he escuchado unas cuantas historias de amor que han empezado así...—contó Zenda, encantada con la historia.

—No es nuestro caso... —musitó Isabel que demasiado tenía con digerir que su presente infinito despreocupado se había ido a la mierda y en diez días Lucas podría marcharse para siempre, cuando todavía no le había dado tiempo para saber qué era lo que estaba sintiendo...

Porque no tenía ni la más remota, o mejor dicho: no quería tenerla.

Capítulo 40

Pero a pesar de que no quería tenerla, no le quedó más remedio que espabilar porque los diez días, que se suponía que iba a tardar Zenda en reparar la nave, se convirtieron en cuatro.

Cuando Lucas le comunicó la noticia, mientras daban un paseo de la mano por el campo, un precioso atardecer soleado de finales de invierno, por poco no le dio algo a Isabel:

—Anoche, a las tres de la mañana, Zenda consiguió resucitar mi nave...

—¿Y me lo sueltas así, como si fuera una noticia de lo más natural? ¡Hoy Zenda desayunó churros! ¡Vaya forma que tienes tú más fría de dar las noticias! —replicó Isabel, impresionada.

—Es que para Zenda es lo habitual. Ya te dije que es una crack. Cuando quiera ya puedo partir... —informó Lucas, sintiendo a la perfección la ansiedad de Isabel.

—¿Yaaaaaaaaa? —repreguntó parándose de sopetón, porque lo que estaba escuchando no podía ser cierto.

—¿Te hace especial ilusión que me marche ya? —bromeó Lucas para chincharla.

—Como sigas tocándome las narices, yo misma voy a ser la que te meta en la nave —le advirtió Isabel, con un destello de enojo en la mirada.

—Y tú detrás, conmigo...

—Sí, para asegurarme de que llegas a casa.

—No me hace falta llegar a ningún sitio para estar en casa... Donde estés tú esa es mi casa... Y ahora ya puedes empujarme a las ortigas para castigarme por decir semejante cosa.

—Mejor vámonos a Australia y te das otro bañito entre tiburones... —ironizó Isabel, a la que le gustó muchísimo escuchar “semejante cosa”.

—Que sepas que, sea cual sea mi castigo, seguiré pensando lo mismo...

—¿No puedes ser un E.T. de verdad que diga “mi casa” señalando con el dedo a las galaxias? —inquirió Isabel, apuntando con el dedo al cielo.

Y entonces Lucas lo que hizo fue colocar el dedo sobre el corazón de Isabel, mirarla emocionado y decir:

—Mi casa.

—Estás loco... —susurró Isabel, mientras el sol naranja se estaba poniendo detrás de la sierra.

—Puede ser... —replicó Lucas, con una sonrisa enorme.

—Lo confirmo: lo estás.

Lucas apartó la mano del corazón de Isabel, que se echó andar de nuevo...

—Por eso te he contado lo de la nave, supuse que te aliviaría saber que puedes librarte en cualquier momento del loco de las galaxias.

—Has supuesto bien, la verdad... —mintió Isabel porque en ese momento no había nada que le angustiara más que la idea de que Lucas se marchara.

—Con la reparación, también he restablecido las comunicaciones: he contactado con mi socio, dos directores y mi madre que dice que me ve más gordo y más guapo... Ya le he dicho que me estáis cebando para comerme en verano...

—¿En verano tú crees que seguirás por aquí? —preguntó Isabel, ilusionadísima con la idea de que siguiera.

—No sé... —contestó Lucas encogiéndose de hombros, más para ver su reacción que porque no lo supiera.

Y ella que sabía perfectamente lo que Lucas estaba sintiendo, por si él no lo tenía suficientemente claro ya, decidió tentarle con el sinfín de maravillas terrícolas:

—La primavera está a punto de empezar y es todo un espectáculo... —musitó con los ojos llenos de lágrimas, mientras unos pajarillos cantaban de fondo como si quisieran animarla—. Y también podríamos regresar a Ibiza en junio, antes de que se llene de gente, y en agosto son las fiestas del pueblo... Si quieres saber lo que es una fiesta de pueblo terrícola, no deberías perdértelo... —le propuso conmovida solo de pensar que tenía los días contados con ese tío al que no le apetecía para nada perder de vista para siempre.

—Seguro que es todo genial —replicó Lucas parándose de nuevo y acortando la distancia que los separaba—, pero no son razones suficientes para quedarse...

—¿Ah no? ¿Extrañas mucho a los tuyos?

—Sí, pero mi madre me ha dicho que no tenga prisa por volver, que para una que he encontrado que me aguanta, mejor que me quede hasta que me echen...

—¿Le has hablado de mí? —preguntó Isabel, risueña.

—Le he dicho que estoy enamorado y me ha rogado encarecidamente que te dé sus más sentidas condolencias...

—Dale las gracias de mi parte...

—Se las puedes dar tú en persona, si algún día reúnes arrojito suficiente...

—¡Jamás! ¡Ni en sueños! Ya ves, no me he atrevido a subir a ese cacharro cuando estaba estropeado, mucho menos ahora que en cuestión de segundos podemos ponernos en Marte. Mejor dale las gracias tú, en mi nombre...

—Se las daré...

—Y volviendo a lo que decías antes de las razones, si no es por los tuyos ¿qué es lo que impide que te quedes? ¿Las autoridades de Mequetreffe te exigen que justifiques la prolongación de tu estancia? —preguntó estirando las mangas, de la camiseta azul de hombros descubierto que llevaba, del miedo que tenía a que la respuesta fuera un sí.

—Lo exijo yo —replicó contundente apenas a centímetros de ella.

—¿Tú? —preguntó con el alma en un puño.

—Amo tu planeta, pero necesito algo más que mi adoración al lugar para quedarme aquí.

—Eres músico. ¡Puedes trabajar desde cualquier parte! —le recordó Isabel—. Además no te ha faltado más que un móvil y una guitarra para petarlo en las redes.

—Lo que menos me preocupa es cómo ganarme la vida. ¡Tengo proyectos cerrados para bandas sonoras de películas de aquí a los próximos diez años! Lo que necesito saber es otra cosa mucho más importante...

—¿El qué? —murmuró Isabel, sabiendo perfectamente lo que era.

—¿Tú quieres que me quede? —preguntó tomándola de las caderas.

—Te lo acabo de decir, la primavera, Ibiza, las fiestas de agosto... —murmuró agachando la vista.

A Lucas le parecía tan poco convincente la respuesta que le alzó la barbilla y le explicó:

—Como reclamo para un turista sideral es genial, pero yo no estoy aquí para hacer turismo... Ni en tu planeta, ni en tu vida.

Isabel se echó las manos a la cara desesperada y, ya contra las cuerdas, se armó de valor para decir:

—Joder, que todo eso es conmigo. ¡Que no te enteras, tío!

Lucas se echó a reír, encantado de escuchar esas palabras, y luego replicó:

—¿Cómo me voy a enterar si te explicas fatal?

—Tú y yo no necesitamos explicaciones. Nos entendemos solo con mirarnos...

—Sí, pero yo también necesito tus palabras... Cada vez más...

—¿Entonces no te vas a ir? —preguntó Isabel frunciendo el ceño y mirándole de soslayo, como si temiera que la respuesta fuera algo que iba a dolerle demasiado escuchar.

—No quiero irme, pero necesito que me digas que quieres que me quede.

A Isabel le faltó tiempo para replicar mirándole con sus ojos avellana chispeantes:

—¡Quiero que te quedes!

—¿Para ahorrarte los vuelos y los billetes de tren? —preguntó divertido.

—Por eso también, qué duda cabe que es un ahorro... —contestó Isabel entre risas.

Después, se zafó de él y salió corriendo en dirección a la casa, porque aquello era más de lo que por ese día estaba preparada para soportar.

—¡No huyas que todavía no he terminado! —gritó Lucas corriendo detrás de ella.

—¡Yo sí, ya me has hecho hablar demasiado! —replicó Isabel, feliz de haberlo hecho.

Si bien, tampoco fue demasiado lejos con la carrera, porque al momento Lucas le dio alcance, la cogió en volandas y le advirtió:

—Voy a hacerte hablar muchísimo más...

—¿Es otro de tus superpoderes? ¿Puedes hacer que la gente cante *La Traviata* con el poder de tu mente? —replicó mordaz, rodeando el cuello de Lucas con las manos.

Lucas suspiró y respondió con una convicción absoluta:

—Con el poder de mi amor, es el mayor de mis superpoderes...

Lucas la besó en la boca y cuando Isabel abrió los ojos se percató de que estaban en su habitación...

—¿Me has traído a mi cama? —preguntó perpleja.

—¿No era adonde querías que te trajera? —preguntó mientras se desabrochaba la camisa.

—Era adonde quería huir, pero sola...

—¿Huir por qué? —preguntó Lucas mientras se quitaba la camisa.

—Porque estoy desbordada, no quiero que te vayas, pero todavía es demasiado pronto para mí para darte todo lo que esperas.

Lucas se acercó a ella, le acarició el rostro con el dorso de la mano y susurró:

—Tú eres más de lo que he esperado nunca: tu sonrisa, pasear de tu mano, el sabor de tu barra de labios, cómo se arruga tu frente en dos pliegues cuando algo no te encaja, la forma delicada y nerviosa de abrir los bombones, tu cara de felicidad cuando ves los informes de ventas de tu tienda, la dulzura con la que me acaricias cuando crees que estoy dormido, tu cabreo cuando sabes que puedo hacerlo mejor, tu santa paciencia conmigo... Todo eso es muchísimo más de lo que jamás he esperado, Isa...

—No hace falta que te pongas moñas —le pidió Isabel al tiempo que se quitaba la camiseta.

—No sé expresarlo de otra forma... —se disculpó Lucas encogiéndose de hombros.

—También puedes abrazarme... —susurró Isabel, lanzando sobre la cama primero la camiseta y después el sujetador.

Luego, se abrazaron, se quedaron un rato en silencio sintiéndose la piel, hasta que Isabel lo rompió diciendo:

—No sé por qué hablas de paciencia cuando eres tú el que tienes infinita conmigo...

—A veces me pongo muy chapas...

—Y yo demasiado borde...

—Me gustan las bordes —reconoció Lucas.

Isabel levantó la cabeza que tenía apoyada en el pecho de Lucas y luego le preguntó:

—Ahora en serio ¿de verdad crees que te caíste aquí por mí?

—Nunca he dejado de hablar en serio. Es lo que te contaba Zenda, en nuestro mundo se cuentan historias de viajeros que cayeron en distintos lugares derribados por la fuerza del amor. Sé que suena cursi, pero es la fuerza que los abate.

—A lo mejor es un cúmulo de casualidades... Se caen y luego con el trato de los días llega el amor...

—Yo sentí una certeza tan profunda cuando te vi, que no me pidas que lo racionalice, pero lo supe al instante: estoy aquí por ti.

Isabel volvió a colocar la cabeza en el pecho de Lucas que latía muy fuerte y luego habló:

—Yo que estaba tan a gusto en mi pequeño mundo...

—Y de repente se te cae un loco en el jardín —bromeó Lucas.

Isabel se ríó y le dio la razón:

—Un loco loquísimo. Y me encanta. Mi vida estaba bien tal y como estaba, no creo que tenga que venir nadie, y menos de galaxias lejanas, para llenar vacíos que son de mi propia competencia. Pero mola tanto compartir mi vida contigo... Y no lo digo por las escapadas teletransportadas —aclaró mirándole a los ojos—, aunque no hubiéramos salido de este pueblo perdido seguiría pensado lo mismo. Estos días han sido tan bonitos que me alegro muchísimo de que de momento no vayas...

Lucas acercó los labios a los de ella y se besaron esta vez más intenso y más profundo, mientras las manos se perdían haciendo dibujitos por las pieles.

—Es que no puedo irme, Isa. Ya no... —susurró descendiendo a besos por la espalda de Isabel.

Y así siguieron, comiéndose a besos, hasta que la luna menguante les sorprendió enredados entre las sábanas...

Capítulo 41

Con la vuelta de alguna manera a la normalidad, sabiendo que Lucas tenía pensado quedarse una temporadita, Isabel encaró la semana con muchísima fuerza e ilusión, a pesar de que Naso seguía sin componer ni una nota.

Y es que desde que estaba colgado de dos, solo sostener la guitarra entre sus manos suponía una tortura tremenda...

—Cada vez que pongo las manos en ese trozo de madera siento más hondo el dolor de la ausencia... —farfulló una mañana Naso, con el que Isabel se encontró en la cocina a eso de las dos de la tarde.

—¿La ausencia de qué?

—La ausencia es siempre de quién... Los qué son efímeros, lo material no me interesa, lo sustancial es el quién. Y mis quién son mis dos diosas... Mis dedos se rebelan porque no quieren cuerdas esquivas, sino las pieles humedecidas por la avidez de mi lengua... Por cierto, hablando de pieles, me he quedado sin Phloretin CF, es un antioxidante, luego te das una vueltecita y me lo traes, *porfa*. Hay dos tamaños, compra mejor el grande que trae más a cuenta.

Isabel, aunque intuía la respuesta, preguntó:

—¿Es caro?

—Vale más de cien pavos, pero merece la pena. Yo lo necesito con carácter de urgencia y más en esta etapa de mi vida en la que estoy sufriendo tanto. ¿No ves que la piel es muy psicológica? — Luego, se quedó mirando la piel de Isabel y observó—: Tú la tienes muy bien ¿Qué estás usando que la tienes tan colagenada?

—Una hidratante normal... creo que de Lidl.

—¿Estás segura? —preguntó acercándose a ella y después recorriendo la mejilla de la chica con el dedo índice.

—De supermercado, seguro, porque en la vida me he gastado cien pavos en una crema...

—Voy a tener que follar yo también con Lucas a ver si obtengo la luminosidad de tu rostro... — concluyó Naso, retirando la mano del rostro de Isabel.

—Mejor te compro la crema... —replicó Isabel, risueña.

—Ahora te mando un wasap con el nombre del producto. Yo te acompañaría a comprarlo, pero es que no tengo ganas de nada...

—Habría que hacer algo para que te animes —dijo Isabel, porque como ese tío no se animara pronto, no iba a ganar para sufragarle sus gastos de cosmética.

—Me vendría de maravilla follar... ¿Luego a la siesta no te hace uno a tres? Tengo una lengua mítica y mis chorracos son de lo más estimulantes, mejor que un tiro de coca, yo que tú no me lo perdería...—dijo pasando la punta de la lengua muy despacio por los labios, en un gesto que Naso tenía por irresistible, y que a Isabel le recordó a una tortuga sedienta.

—No lo dudo, pero de momento no me aburro con Lucas —dijo Isabel haciendo esfuerzos ímprobos por evitar partirse de risa.

—No seas cobarde: en la vida vas a recibir una propuesta tan tentadora como esta... —advirtió poniéndose de puntillas, con los pies descalzos, como si así fuera Isabel a reconsiderar su negativa—. La felicidad está siempre al otro lado del miedo. Ya es hora de que cruces los límites, seguro que siempre has fantaseado con más, con mucho más... El sexo a dos es tan previsible... ¿Pero te imaginas la polla de Lucas donde te plazca y la mía en tu boca, estallando en lo más profundo de tu garganta? Porque mi polla es más que sexo, es un viaje, es un sueño, es pura magia...—habló engolando la voz y poniendo al final unos morritos que a Isabel le parecieron de lo más ridículos.

Y para que Naso no siguiera insistiéndole con tan tentadora oferta, se le ocurrió de repente algo que tal vez hasta pudiese funcionar:

—¿Y si organizamos una fiesta el miércoles? —propuso Isabel.

—¿Fiestecita privada para los tres? *Mmmm*. ¿Cenita con sushi junto a la chimenea, musiquita y lo que surja? ¡Perfecto! Pero hay que mandar a Chucho y a la abuela a alguna parte, que a mí estresa que puedan aparecer en cualquier momento. Soy muy abierto para todo, pero el exhibicionismo no me pone nada —exigió Naso, batiendo las manos y entusiasmado con la propuesta.

—¡Chicho! ¡Se llama Chicho! Tampoco es tan complicado... Y la fiesta sería aquí en casa con todos... El miércoles Caye cierra el bar, así que se me ha ocurrido que podríamos invitar a Vega que como es poliamorosa quién sabe si a lo mejor podría gustarle Zenda...

—No sabía que Vega fuera poliamorosa... —replicó Naso con una sonrisa enorme de imaginarse gozando en un nuevo trío—. ¿Y Zenda tiene novia o algo?

—Según me ha dicho Lucas no tiene a nadie, lleva como tres años también dando tumbos sola por las galaxias... —Y tras terminar la frase, Isabel se mordió los labios por la metedura de pata.

—¿Qué galaxias? —preguntó Naso, intrigado.

—Es una zona de bares de Londres... —improvisó Isabel con una sonrisa forzada.

—Voy mogollón a Londres y no la conozco. ¿En qué zona está?

—Por Notting Hill...

—¿La zona se llama Galaxies? ¿En Notting Hill? No me suena de nada... ¿Qué es muy exclusiva o

megachoni? Porque con un nombre así solo puede ser algo muy extremo —insistió Lucas.

—A lo mejor no me quedé bien con el nombre, pero bueno lo importante es que Zenda está sola. Y se me ocurre que tal vez si las chicas conectan, tú puede que tengas muchas más posibilidades... —insinuó Isabel, para dejar atrás también en el tema de las galaxias.

A Naso le gustó tanto la propuesta que se revolvió el pelo con la mano, se arrancó la camisa de golpe y, en calzoncillos, exclamó entusiasmado:

—¡Brutal, tía! ¡Tu idea es bestial! A Vega la tengo casi en el bote, solo le queda un empujón y tienes toda la razón: ese empujón se llama Zenda. Las dos están buenísimas, seguro que en cuanto se crucen las miradas les va a apetecer marcarse unas tijeras... Y es ahí cuando entro yo... Vega, me apuesto el cuello a que lo está deseando y Zenda aunque solo coma chirlas, tiene pinta de ser una chica moderna y abierta. Fijo, que no le importa que me una a la fiesta... —concluyó Naso bajándose los calzoncillos y quedándose completamente desnudo.

—¡Tápate que vas a coger frío! —le exigió Isabel mientras Naso recogía la camisa y los calzoncillos del suelo.

—Que no te asuste mi erección, es que como estamos hablando de tríos me he puesto palote —se justificó dándose unos golpes secos con la mano en su miembro.

—No hace falta que te golpees así para bajártela...

—¿Quieres aprovecharla? —preguntó tomando otra vez la erección con la mano—. Esto es un manjar, tía. ¿Quieres sentir mis chorr...?

—No, no... Nada de chorros —respondió Isabel, con la misma cara que si acabaran de preguntarle que si quería beber veneno.

—Pues son divinos... Y estoy sanísimo. ¡Soy donante de la Cruz Roja!

—Ya, pero es que... estoy con Lucas... —replicó nerviosa.

—¿No decías que teníais una relación complicada? Supuse que eso significaba que os tirabais a otros.

—No —negó con la cabeza—, practicamos la exclusividad sexual.

—¿Y entonces por qué es complicado lo vuestro?

De repente, Isabel se vio sincerándose con un tío empalmado y en bolas en la cocina de su casa:

—Porque la posibilidad de su partida me agobiaba muchísimo. Me daba pavor que se marchara sin que me hubiese dado tiempo a aclarar mis sentimientos.

—Ni que se fuera a Marte. ¡Si Londres está a la vuelta de la esquina!

—Ya, es que soy una *drama queen*. Además, ya se ha arreglado todo y de momento se queda...

—¿Y qué sentimientos tienes que aclarar, hija? Si tienes la piel como un bebé, los ojos te brillan, te trata como a una reina y veo que os reís mogollón... ¿Qué pasa que a ti te ponen los malos? ¿Te da

demasiada buena vida y a ti te molan los chungos?

—No, no es eso...

—¿Entonces qué es?

—Que estamos en distintos capítulos del libro... Él va como ocho más avanzado...

—Vamos que estás cagada y ni te crees que merezcas algo tan bueno —replicó Naso, dejando a Isabel boquiabierta porque esperaba de Naso cualquier respuesta, menos que diera en el clavo.

—Tal vez es que no lo esperaba... Estaba en una etapa en que pasaba de todo. Había tenido demasiadas decepciones, por eso llegué a tu música que refleja tan bien el desencanto y la decepción... Me identificaba absolutamente con tus letras. Las cantaba a gritos y me desahogaba. Me ayudaste una barbaridad, la verdad. Sin embargo, ahora resulta que cuando más tranquila estaba, cuando no esperaba absolutamente nada, zas, de repente aparece Lucas, y de tan lejos, para ponerlo todo patas arriba... —se sinceró Isabel.

—Se me estaba bajando la erección, pero con lo que has dicho de mi música me he vendido arriba otra vez.

—Me parto...

—Mi polla es que tiene mucho ego... Yo no, mi alma no es esclava de la vanidad mundana...

—Así estás compensado...

—Compensar esto es difícil... —replicó blandiendo su erección con la mano—. ¿Qué te parece? No creo que hayas visto muchas como esta...

Isabel que no sabía dónde meterse, abrió el armario haciendo como si buscara algo en particular...

—Bien, bien... Estoy buscando una taza que me ha pedido mi abuela.

—Pero mira un momento, sin compromiso ninguno, por supuesto... Como quien contempla un fenómeno de la naturaleza...

Isabel mientras seguía moviendo tazas y vasos le miró de refilón para que la dejara en paz y luego dijo:

—Un fenómeno, sí —dijo por decir porque aquello era de lo más normalito.

—No me la he medido nunca. ¿Tú cuánto crees que será?

—¿Quince? —replicó Isabel, convencida de que estaba tirando a lo alto.

—¿Qué dices? ¿Tan poco? Anda, busca el costurero de tu abuela y vamos a salir de dudas...

—Tengo mucho trabajo... —se excusó Isabel cogiendo la primera taza que vio—. Ya tengo la taza de mi abuela, así que me voy...

—Otro día entonces... ¿Tú es que has viajado poquito, no? —preguntó Naso, atusándose la barba.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Isabel a la defensiva—. ¿Me estás llamando cateta porque me niego a medírtela?

—No, mujer. Lo digo por lo que me has comentado antes, que se me ha quedado dando vueltas...

Porque Londres ni yendo a nado está lejos...

—Ah, Londres... Perdona, si es lo que te he dicho, que soy una exagerada... —replicó encogiéndose de hombros.

—Porque ¿Lucas viene de Londres, no? —preguntó Naso un poco mosqueado, ya que de pronto le dio por pensar que ese tío tal vez podía haberse caído de las estrellas y después de todo el picoletto no estaba tan desencaminado.

—Sí, claro —respondió Isabel tratando de resultar convincente.

—¿Estás segura? ¿O de mucho más allá? —preguntó deseando que fuera un alienígena.

—No, no. De Londres, Londres.

—¿Y por qué Antonio tiene tantas suspicacias respecto a Lucas?

—Porque Antonio se aburre muchísimo. ¿No ves que en este pueblo nunca pasa nada?

—¿Tú escuchaste el estruendo ese? —preguntó Naso, clavándole la mirada, como así pudiese arrancarle la verdad.

Isabel dio un manotazo al aire y respondió sin darle importancia:

—Que no es nada, olvídate de ese ruido.

Isabel parecía tan convincente que Naso le creyó completamente...

—Entonces, deja el drama, tía —opinó Naso mientras metía la ropa que se había quitado en la lavadora—, no te compliques y disfruta de lo bueno que trae la vida. Incluido a mí, pero como no quieras catarla...

—No, gracias... —comentó Isabel sin poder evitar que sus ojos se fijaran en el horroroso culo plano de ese tío.

Naso después de dejar la ropa en la lavadora, respiró hondo y susurró:

—Si la fiesta sale bien y logro follar con mis diosas, te juro que te voy a componer una canción que la gente se va a correr de gusto en cuanto la escuche.

—Me conformo con que compongas algo majete, *indie*, original...

—No me pidas medianías porque yo o lo doy todo o no doy nada. Así que tranquila que tendrás algo portentoso, como todo yo... —aseguró guiñándole el ojo.

—Eso espero... —masculló Isabel que se marchó de la cocina muerta de risa.

Capítulo 42

Y llegó el miércoles y la fiesta a la que acudieron unas treinta personas, resultó un exitazo porque en cuanto Vega apareció en la casa, Zenda le pidió a Isabel que le presentara a la chica que *tenía los ojos tan brillantes como galaxias enteras*. Eso fue exactamente lo que dijo...

Vega también se fijó en ella al instante, porque aparte de ser la única que no conocía de la fiesta, era difícil no reparar en ella, pues parecía sacada de una película antigua de cine negro, con su traje entallado, los taconazos y el *rouge* marcado en la copa que llevaba en la mano. *Olía a peligro*, pensó Vega, con el corazón a más revoluciones que nunca...

Cuando Isabel las presentó, conectaron enseguida y se apartaron a uno de los sofás donde se sentaron a hablar como si se conocieran desde siempre.

Naso que contemplaba la escena con disimulo, se acercó un momento a Isabel que hablaba con Caye y con Erik, para susurrarle al oído muy preocupado:

—Tu plan funciona tan bien que estas se van a meter a follar en el baño sin mí...

—No te pongas ansioso, que la fiesta solo acaba de empezar...

—Llevan hablando más de una hora y mira cómo tiene Vega los pezones de duros... Está a punto de correrse ahí mismo... Como no se te ocurra algo, estas me dejan fuera.

—No sé... Trae la guitarra y toca algo... —se le ocurrió a Isabel.

—Uf —resopló—. Para que se acaramelen más todavía y haya tomate antes... Y yo mirando, de lejos, desgañitándome con la guitarra. Quitaa, quita...

—¿Por qué no coges ese plato de jamón y se lo acercas?

—¡Demasiado obvio! Solo me falta un cartel: chicas, aquí llega la carne... Mejor acompáñame tú a hablar con ellas.

—¿Yo qué pinto con vosotros? —replicó Isabel—. Mejor vete tú solo...

—Qué poco enrollada eres. Se lo voy a pedir a Lucas que veo que está saliendo de la cocina con una bandeja...

Naso se marchó al encuentro de Lucas e Isabel volvió con Caye y Erik:

—¿Qué le pasa a este ahora? —preguntó Caye, tras dar un sorbo a su copa.

—Está colgadísimo de Vega y de Zenda...

—¿Ahora le molan las dos? —preguntó Caye divertida.

—Sí —bufó Isabel.

—¿Y por qué no le mandas de una vez a su puta casa? —propuso Caye.

—Después de todo lo que le llevo aguantado, no voy a tirar la toalla ahora...

—Pero si la canción que te ha compuesto Lucas hace la misma función y es un exitazo —opinó

Caye—. Precisamente, me he tenido que traer a la fiesta a Abril y Lorena, las hijas de la mercera, porque cuando se enteraron de que era amiga del chico del video de los bombones, se morían por conocerle... Míralas... —dijo señalando a dos chicas de unos dieciocho años que estaban cuchicheando sin quitarle la vista de encima a Lucas—. Ahí las tienes extasiadas... Si vieras cuando se lo he presentado... ¡Estaban a punto de llorar de la emoción!

—Madre mía, ¡y todo por una canción! —musitó Isabel, sin dar crédito—. ¡Y no imaginas la de ofertas que hemos recibido para grabarle un disco!

—Es que no es una canción cualquiera, tiene muchísima verdad, si no no se habría viralizado de esa forma. Aparte de que Lucas tiene muchísimo talento y está buenísimo... Qué quieres que te diga... —observó Caye.

—A mí qué me vas a contar, ¡me encanta! Pero de ahí a estar mirándole como esas chicas, porque míralas, están embobadas, como si él fuera de otra galaxia... —dijo Isabel que se mordió los labios y luego dijo partida de risa—: ¡Es que lo es!

—Ya te digo, y tú contratando a Naso... —afirmó Caye.

—Qué pesada, tía. Pero Naso me permite acceder a otros públicos...

—¿Públicos que compren bombones de 1,79 euros? Te has obsesionado con Naso y lo que querías ya lo tienes... Y no solo me refiero a la canción... —observó Caye, levantando las cejas.

—Yo no quería nada... —replicó Isabel, refiriéndose a Lucas.

—Ni yo tampoco, pero por culpa de vuestro empujón, ya no me puedo quitar al australiano de encima... —comentó Caye, con guasa.

—Y yo os lo voy a agradecer toda la vida. Si podemos hacer algo por vosotros... —intervino Erik, encantado de estar en la fiesta.

—Está todo bien, Erik... Gracias. Yo estoy feliz de veros tan bien juntos. ¡Lo que nos ha costado! —resopló Isabel, llevándose la mano a la frente.

—Lo bueno se hace esperar, dicen. Y ti no te va tampoco nada mal... Caye ya me ha contado que de momento tu E. T. no se te va a las galaxias lejanas... —susurró Erik.

—Calla —le rogó Isabel con los ojos como platos—, que Antonio está junto a la chimenea sin perder ripio... No me ha quedado más remedio que invitarle para que vea que “no tenemos nada que ocultar”.

—¿Se ha tragado que Zenda también es hija secreta de Anselmo? —preguntó Caye muerta de risa.

—Por favor, no digas nada más, que seguro que Antonio sabe leer los labios... —le suplicó Isabel

—. Y sí —le dijo a Erik con una sonrisa enorme—, de momento se va a quedar una temporada por aquí...

—Me alegro muchísimo, a ver si nos hacemos una escapada los cuatro a mi playa antes de que llegue el otoño... —propuso Erik, entusiasmado con la idea.

—Sí, que a Caye le va a encantar tu playa, que todavía no la conoce... Y ahora, disculpadme —dijo al ver que Lucas le hacía gestos con la mano para que acudiera—, que me está llamando Lucas para que vaya a no sé qué...

Isabel se acercó hasta donde se encontraba Lucas, que estaba junto a las chicas y Naso que se había sentado en medio ellas...

—Tranquila que lo de Naso solo es una pequeña torcedura —le comunicó Lucas en cuanto llegó.

—¿Qué? —preguntó Isabel sin entender nada.

—La torcedura es lo primero que se me ha ocurrido para sentarlo entre ellas, como me ha pedido que le ayudara... —le susurró Lucas a Isabel al oído.

—Ah... Su tobillo... Genial que no haya sido nada importante... —disimuló Isabel, forzando la sonrisa.

—Lo peor es que me va tocar quedarme sin bailar... —dijo Naso siguiendo con el teatrillo.

—¿Pero tú no tocabas? —le preguntó Zenda, risueña.

Naso la miró a los labios rojos y dijo lanzándose la piscina:

—Yo a ti te toco lo que quieras.

—¿Flamenco? ¿No es eso lo que se toca por aquí? —pidió Zenda.

—Esto es la serranía de Cuenca, pero si a ti te pone, chata: yo te lo toco...

—Podemos hacerle *Roto y Escocido* por bulerías... —propuso Lucas—. Un momento que traigo la guitarra y me busco algo por ahí que pueda servirme como cajón flamenco.

—Genial, tío —dijo Naso, alzando el pulgar.

—Mejor vete tú a por el cajón y yo voy a por la guitarra —se ofreció Isabel, para perderse un poco y dejar al trío solo.

Isabel se marchó a la habitación de Lucas a buscar la guitarra y Lucas abandonó la casa en dirección a la nave donde tenía uno de Mequetrefe de gran resonancia y de una madera parecida al arce.

Lo que Lucas no pudo ni sospechar, porque el único que pensaba que podía hacerlo era Antonio y le había dejado a buen recaudo conversando con Berta, fue que en su escapada a la nave, las hijas de la mercera le siguieran, botella de vodka en mano por si surgía otra fiesta en el campo, y que estas se quedaran de pasta de boniato cuando, apenas llevaban treinta metros andados, el joven desapareció como por arte de magia.

Y es que Lucas decidió teletransportarse a la nave para ahorrarse la caminata, en tanto que Naso echaba el resto con sus diosas:

—¿Lo de *Roto y Escocido* es autobiográfico? —preguntó Zenda, divertida.

—Totalmente, pero es descosido. Te va a enloquecer, te lo prometo... —aseguró Naso pasándose la lengua despacio por los labios.

—Como tus chorrazos —comentó Vega, muerta de risa, pero obsesionada con la idea desde la última conversación con Naso.

—¿Qué chorrazos? —quiso saber Zenda, levantando una de sus perfiladísimas cejas.

—Los de la esencia de mi amor... —respondió Naso con total naturalidad.

—¿Los has probado? —preguntó Zenda a Vega, que estaba a carcajada limpia.

—¿Yo? ¡Qué va! —exclamó Vega batiendo las manos, mientras Zenda no podía dejar de pensar en sentir esas manos sobre su piel.

—Hace como que pasa de mí, pero en el fondo sabe que soy esa tentación a la que inevitablemente es mejor sucumbir —explicó Naso, convencido de que era justo lo que sentía Vega.

—Es algo extraño —reconoció Vega tras dar un sorbo a su copa y percatarse de que tanto Zenda como Naso se la estaban comiendo con la mirada—. Naso me parece un cretino integral, pero reconozco que me da morbo. Despierta en mí algo salvaje que supongo que solo se puede canalizar follando.

Naso respiró hondo y asintiendo con la cabeza y con una erección súbita, masculló con una voz que parecía que le salía del cogote:

—No hay otra manera.

Y Zenda al escuchar hablar a Vega con ese desparpajo le gustó muchísimo más todavía. Tanto que no pudo evitar confesar:

—Te entiendo... —añadió Zenda dirigiéndose a Vega, mientras descruzaba las piernas infinitas que Vega se moría por recorrer con la lengua—. Porque a mí me ha pasado lo mismo contigo desde que has entrado por esa puerta...

—¿Y a ti no te molará que te miren mientras follas? Porque ya sería la repanocha... —preguntó Naso a Zenda, con el deseo de que la respuesta fuera un sí.

Zenda jugueteó con el filo de su copa y respondió con total sinceridad:

—Quiero estar con Vega, me muero por perderme en esa mirada infinita, lo que hagas tú mientras me da lo mismo.

Vega, a la que le apetecía muchísimo montárselo a tres, ni lo dudó:

—Mi piel os quiere a los dos, necesito a los dos para llenarme... —confesó la camarera, muy excitada.

Naso que todavía ni se lo creía, le propuso a Zenda una de las miles de imágenes sucias que de repente se le vinieron a la mente:

—¿Mi leche en tus muslos trazando líneas sinuosas y tu boca perdida en las esencias de Vega?

Zenda dejó la copa sobre la mesa que tenían enfrente y preguntó:

—¿Cuándo?

Naso se puso de pie y respondió sin dudar, no fuera a ser que cambiaran de opinión:

—Ahora...

—¿Y tu pie? ¿No tenías una torcedura? —preguntó Vega, sorprendida de que no presentara ningún síntoma de dolor.

—Ya se me ha pasado... Estoy de puta madre. De hecho, en mi vida he estado tan jodidamente bien...

Y en estas estaban cuando de repente apareció Isabel con la guitarra en la mano, toda inocente, sin saber que la verdadera fiesta flamenca era la que estaba a punto de empezar en otra parte.

—¡Chicos, ya tengo la guitarra! —exclamó cantarina.

—Guárdamela que ahora venimos... —pidió Naso como si tuviera que ir a resolver algo terriblemente urgente.

—¿Adónde vais? —preguntó mientras las chicas se levantaban con las mismas prisas.

—Vamos un momento a mi habitación que voy a enseñarles unas cosas y —de repente le susurró a Isabel al oído—, con un poco de suerte, esta madrugada te voy a componer una pedazo de sinfonía al bombón...

Isabel abrió los ojos como platos y habló entre dientes:

—¿Va a haber tema? ¿Entre los tres?

Naso hizo una pausa dramática, dejó caer sus párpados lentamente y luego musitó:

—Me temo que soy irresistible...

Capítulo 43

Una hora después, aparecieron de nuevo los tres en el salón despeluchados, casi levitando y con las ropas cambiadas: Caye con la camisa de Zenda, Zenda con la camiseta rota de Caye y Naso con la camisa abierta y una cara de éxtasis que despertó las alarmas de Antonio.

—¿Qué os habéis fumado ahí dentro que volvéis tan relajados? —preguntó Antonio a Naso en cuanto volvió a pisar el salón.

—Mejor no quieras saber que te va a dar mucha envidia... —respondió Naso dando un manotazo al aire.

—Últimamente aquí pasan cosas muy raras, el otro día en el despacho de Caye, entraron dos en una habitación y salieron tres... Ahora entráis los tres tan normales a una habitación y una hora después salís como en éxtasis, como si vinierais de ver cosas increíbles...

—Del primer caso no tengo ni idea, pero del segundo no lo dudes: las he visto... —le dijo Naso cerrando los ojos de placer.

—Explícate mejor... —pidió Antonio, arrugando el ceño.

Naso abrió los ojos, sorprendido y luego replicó:

—¿Quieres detalles, picarón?

—Es todo tan raro, porque si me costó digerir que Lucas es el hijo secreto de Anselmo, lo de la joven es ya totalmente paranormal. ¿Cómo esa belleza que es clavadita a Lauren Bacall puede ser hija de un tío que era como Paco Martínez Soria? —preguntó más incrédulo que nunca—. Y al hermano no se parece en nada...

—Yo qué sé, tío. Misterios de la genética... —supuso Naso encogiéndose de hombros.

—Pero dime ¿qué es lo que has visto concretamente? ¿La chica te ha llevado a otros mundos con alguna máquina?

—Ella es la máquina... —susurró Naso poniendo los ojos en blanco—. Y mejor no quieras saber las cosas que sabe hacer esa mujer porque ya te digo que te va a dar muchísima envidia.

Antonio asintió con la cabeza, se acarició la barbilla y luego concluyó:

—Es una cibernética de una civilización altamente desarrollada... ¡Lo sabía!

Naso le miró como si Antonio se hubiera vuelto majareta y replicó:

—¿De qué hablas?

—¿No dices que es una máquina?

—Estoy hablando de sexo, no de cíborgs.

—¿Habéis estado haciendo guarrerías ahí dentro los tres? —preguntó Antonio más que decepcionado.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Declinar verbos?

—Es que esa chica es muy especial, como Lucas... A mí me da el pálpito de que no son de aquí... Yo no siento que sean como nosotros...

—Normales no son, la verdad. A mí me da que han salido al viejo Anselmo que tenía que ser el puto amo, por eso las inglesas se lo rifaban en Benidorm...

—De verdad es que alucino...

—Que sí, Antonio. Créeme. Que de tal palo tal astilla. Los hijos son dos hachas. Zenda es una locura y Lucas... solo hay que mirar la cara que luce Isabel para hacerse una idea de cómo debe ser ese tío en la cama...

—Esto es muy extraño. En fin, sigue disfrutando de la fiesta...

Antonio se marchó a fumarse un pitillo al porche y Naso que seguía en éxtasis, agarró la guitarra que estaba sobre uno de los sofás y como tenía una alegría que no le cabía en el pecho, se arrancó con el *Roto y Descosido* por bulerías...

—Lucas, ¡vente para acá con el cajón! —gritó mientras tocaba los primeros acordes.

Lucas acudió con el cajón a su lado, se sentó en él y comenzó a seguir el compás como si llevara toda la vida tocando flamenco...

Todos se arremolinaron entorno a los músicos, unos daban palmas, otros bailaban, otros lo hacían todo a la vez, mientras Naso se dejaba la vida desgañitándose por bulerías:

—*Roto y descosido sí que estoy jodido, roto y descosido no puedo vivir sin tiiiiiiiiiiiiiii. Aaaaaaaaaaaaaaaaaayyyyyyyyyyy. Se marchó de noche, silente y oscura, no dejó una nota, solo seis facturas. Aaaaaaaaaaaaaaaaaay.*

Y Chicho, por supuesto que como siempre, le dio la réplica con su famoso:

—*Aaauuuuuuuu.*

Aaauuuuuuuu.

Y así después de unos cuantos aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay y más aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay y sus consiguientes aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaauuuuuu y más aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaauuuuuu, Berta empezó a pedir que Lucas cantara la canción de los bombones...

Caye le siguió el rollo y detrás de ella todos los demás, menos Naso al que no le hacía gracia perder ni un ápice de protagonismo. Pero finalmente accedió a pasarle la guitarra a Lucas, mientras Caye buscaba a las hijas de la mercera para que no se perdieran la actuación...

Salió al porche donde solo encontró a Antonio con su pitillo...

—¿Has visto a las hijas de la mercera?

—Salieron detrás de Lucas cuando se fue a por el cajón y desde entonces las he perdido de vista.

—¿Dónde se habrán metido? Es que va a cantar Lucas la canción de los bombones y como son tan fans...

—Llevaban una botella de vodka en la mano. Lo mismo están piripis... ¿Tienes su móvil?

Y tras decir esto, escucharon cómo Lucas empezaba con los primeros acordes de la canción...

—Vamos a escuchar a Lucas y ahora las llamamos... —decidió Caye.

Cuando regresaron al salón Lucas estaba cantando solamente a Isabel, como si no hubiera nadie más en la casa, pero esa sensación de intimidad se acrecentó cuando le cantó a ella y solo para ella, con los ojos llenos de lágrimas y una emoción que enloqueció a todos:

Quiero que lo nuestro sea eterno

Sabes, para mí tú lo eres todo...

Y todos rompieron a aplaudir, Antonio que lloraba a moco tendido, Caye que besó emocionada a Erik, Berta que aplaudía abrazada a Chicho, incluso Naso que se tuvo que rendir a lo evidente, y sobre todo Isabel para la que todo aquello era demasiado...

Porque que Lucas le hubiera declarado su amor eterno delante de todos le produjo una mezcla de felicidad y vergüenza que le hizo sonrojarse como si tuviera quince años.

Y por si con la canción no hubiera sido suficiente, acto seguido Lucas dejó la guitarra a un lado, se levantó y cogiendo a Isabel por el cuello de improviso, le dio un beso en los labios y le dijo alto y claro:

—¡Te quiero!

Los aplausos se hicieron más fuertes todavía, los invitados gritaban: ¡Vivan los novios! ¡Que se besen, que se besen! ¡Otro, otro...!

Mientras Isabel miraba a Lucas con su te quiero atascado en la garganta y unas ganas infinitas de devolverle el beso. Luego, se llevó las manos a la cara y Lucas la abrazó fuerte a la vez que le susurraba al oído, con una sonrisa enorme:

—Espero que me perdones por esto...

Isabel no pudo responder nada, ya que Chicho irrumpió muy contento en la escena, moviendo el rabo sin parar, luego se pegó a Isabel, que se agachó para saludarle y a cambio recibió un lametón muy cariñoso en la cara.

—¡Chicho! Cómo te gustan las fiestas ¿eh bribón? —dijo Isabel acariciándole.

—Lo que le gusta es verte feliz... —matizó Lucas, sin dejar de sonreír.

Isabel miró a Lucas, le devolvió la sonrisa con ganas de decirle demasiadas cosas, pero no se atrevió porque sintió que no era el momento, porque estaba convencida de que había tiempo

suficiente, porque después de todo Lucas solo tenía que mirarla para saber lo que sentía...

Por eso, se limitó a tomar la cabeza de Chicho entre sus manos y decir:

—Este perro es muy listo...

Chicho ladró para confirmar su apreciación, mientras ellos se partían de risa...

Si bien, como esa imperceptible gota que cae al océano antes de una terrible tempestad, cuando todo eran risas y besos, Antonio recibió la llamada que lo precipitó todo...

—Antonio ¿eres tú? Soy Abril, la hija Yolanda la mercera —comunicó la chica muy nerviosa, entre susurros.

—¡Abril! Sí, dime. Os estábamos buscando, ¿dónde estáis? —habló Antonio, tapándose el oído y dirigiéndose al porche al mismo tiempo para escucharla mejor.

—No me queda nada de batería, pero estamos frente a algo que es muy fuerte. ¡Muy fuerte, joder! —susurró a punto de llorar.

—Tranquila que enseguida estoy allí, ¿dónde estáis?

—Detrás de la arboleda, nos pusimos a seguir a Lucas y desapareció de repente... —balbuceó muy ansiosa—. Es como si se hubiese desvanecido en el aire, una cosa rarísima Antonio, pero el caso es que seguimos avanzando por si volvía aparecer y no hay ni rastro de él. Y encima lo que tengo delante es... Joder... ¡Estamos cagadas de miedo escondidas detrás de unos arbustos! ¡Tenemos pánico a que nos hayan visto y que nos cojan como a Lucas! —exclamó con la respiración entrecortada.

—¿Qué os coja quién?

—¡Joder, los extraterrestres! —sollozó casi hiperventilando—. ¡Estamos delante de un pedazo de OVNI! —Y tras escuchar esas palabras, Antonio pensó que lo sabía: sus corazonadas no fallaban—. ¡Y no me digas que hemos bebido porque tengo la botella todavía precintada! ¡Estoy segura de que a Lucas se lo han llevado y como tú no vengas pronto: nosotras vamos detrás! —contó rompiendo a llorar—. Y a ver, que no tendríamos inconveniente en irnos con él al fin del mundo, pero ¡los tres solos, y no secuestrados por unos alienígenas chungos! —exclamó entre hipidos.

—Tranquilas que voy para allá. Respira despacito y mantén la calma, que seguro que tiene una explicación lógica...

—¿Qué explicación va a tener? Antonio que tengo ojos en la cara: esto es un jodido platillo volante...

—Por la noche todos los gatos son pardos... —dijo restándole importancia—. Y por Lucas no os preocupéis que está aquí conmigo...

—¡Qué bien! Cuánto me alegro de que se haya librado... Nosotras a ver qué suerte corremos... Si nos abducen estos tíos, dile a mi madre que la queremos mucho y que no nos olvide... No la hemos

llamado a ella para que no nos eche la bronca, como no quería que fuéramos la fiesta. Pero tenía razón... Mamá siempre tiene razón... Joder qué putada más gorda, con lo acostumbradas que estamos a no dar un palo al agua que ahora vengan estos y nos pongan a currar como esclavas en una galaxia lejana... ¡Si no sabemos hacer ni el huevo! Yo en cuanto me capten se lo pienso decir: ni estudiamos ni trabajamos. ¡No valemos para nada! —exclamó en pleno ataque de pánico.

—Sosiégate, muchacha. Y espero que esto os sirva para poner os las pilas, porque a lo mejor es justo al revés: ¡esos tíos de las galaxias vienen a por los *ninis*!

—Antonio, que estamos a punto de morir de un infarto... ¡No nos metas más miedo, cabrón!

—Es broma para destensar. No vais a morir, pero reflexionad mientras acudo a vuestro rescate.

—Estamos como para reflexionar... Como total no tenemos miedo... Lo único que se me ha ocurrido aparte de llamarte es hacer unas fotos, pero entre lo que temblaba y que mi cámara es una patata, no se ve un pijo. De todas formas, estoy por subirla a Instagram con mención a Cuarto Milenio antes de que nos rapten o se me acabe la batería...

—Estate quietecita y reserva la batería para que os pueda localizar. ¡Ya voy para allá!

Antonio colgó y regresó a la casa donde tomó a Lucas del brazo, que seguía hablando con Isabel, y se lo llevó a un aparte y le dijo con un gesto de gravedad:

—Tenemos que hablar de algo muy importante. Salgamos fuera.

—¿Pasa algo Antonio? —preguntó Isabel, intrigada.

—Tengo que hablar un asunto con Lucas en privado, si no te importa.

—¿Y por qué estás tan serio? —inquirió Isabel, con cierta preocupación.

—Déjame que hable con Lucas, por favor...

—Tranquila que está todo bien —musitó Lucas, dando a Isabel un beso suave en la mejilla. Y luego con un gesto de la cabeza se dirigió a Antonio—: Vamos al porche...

Ya fuera, bajo la noche estrellada, Antonio encendió un cigarro de los nervios que tenía y tras darle una calada, le confesó a Lucas mirándole con los ojos brillantes de emoción:

—No tengo ni puñetera de cómo empezar esta conversación, pero las hijas de la mercera están agazapadas detrás de unos arbustos con un ataque de pánico, porque dicen estar enfrente de un OVNI...

Lucas tragó saliva y solo pudo farfullar, mientras se lamentaba de cómo podía haber cometido el tremendo error de dejar la nave sin la pantalla invisibilizadora, cuando fue a buscar el maldito cajón:

—¡No me jodas!

Capítulo 44

Antonio le miró emocionado, con un nudo en la garganta y luego habló mientras Lucas se subía el cuello de su chaqueta:

—Debo de dar parte de esta incidencia, pero quiero demasiado a esta familia. Así que tranquilo, que no voy a hacer preguntas tan solo necesito saber si hay alguna manera de que saques la nave de una forma discreta...

—El cariño es mutuo y sobre todo discúlpame por no haberte revelado nada sobre mi identidad, solo espero que entiendas que yo también debo someterme a protocolos estrictos —se excusó Lucas, lamentándolo profundamente.

—Siempre tuve la intuición de que venías de muy lejos, pero hasta hoy no he tenido forma de encontrar ni la más mínima evidencia. Y eso que no te he quitado la vista de encima... —confesó Antonio con media sonrisa.

—Una auténtica mosca cojonera —replicó Lucas, risueño.

—Pero en el fondo lo que soy es un romántico. Me encanta la pareja tan bonita que hacéis. Tenéis que quererlos mucho y tú procura no pifiarla más porque la gente se pone muy loca con estas cosas extraterrestres y acabarías convertido en un muñeco de feria.

—Fue un descuido, soy humano: cometo errores...

—¿Un humano de otra galaxia? —preguntó Antonio achinando los ojos.

—No puedo revelar mucho más, no estoy autorizado.

—Pero a tenor de vuestra tecnología, tuvisteis que ser antes que nosotros... ¿Vosotros fuisteis los que levantasteis las pirámides?

—Es que no puedo hablar, de verdad —contestó Lucas, apenado, mordiéndose los labios.

—No te preocupes que me hago cargo, además no tenemos más tiempo que perder. Hay que sacar esa nave de ahí antes de que la descubra más gente, que Naso con la cara de follarín que luce esta noche, lo mismo le dan ganas de seguir triscando en el campo.

—¿Tampoco le quitas ojo a Naso?

—No pierdo ripio de nada. ¿Y tu supuesta hermana también es de tu galaxia lejana? —preguntó porque esa belleza solo podía venir de otro mundo.

—Sí, pero Naso no sabe nada.

—¿Y quiénes son los que saben?

—Isa, Berta, Caye, Erik, Chicho y ahora también tú.

—Muchos me parecen... Tienes que ser muy cauteloso, Lucas.

—Y lo soy, lo que sucede es que hace un rato cuando fui a por el cajón, debí descuidarme y activé la visibilización —explicó con un gesto de contrariedad.

—Tranquilo que todo tiene enmienda —le calmó poniéndole una mano en el hombro—. Necesitamos que acudas cuanto antes al lugar de los hechos y vuelvas a hacer desaparecer tu nave, de las chicas me encargo yo: les diré que es una estructura agrícola, un vivero moderno y santas pascuas —zanjó Antonio, tras dar otra calada a su cigarrillo.

—¿Se lo van a creer? —preguntó Lucas, porque aquello no había quién se lo creyera.

—No van a tener otra opción —respondió Antonio encogiéndose de hombros—. Me voy a buscarlas, en cuanto veas que estoy de regreso con ellas, vete a invisibilizar tu nave y procura que no vuelva a pasar, majo...

—Gracias Antonio... —agradeció Lucas abriendo los brazos.

Antonio tiró el cigarro al suelo, lo aplastó con el pie y luego dijo:

—Ya hablaremos tú y yo de todo lo que puedas... —le dijo dándole un fuerte abrazo.

—Hablaemos, amigo —aseguró Lucas, dándole unas palmadas en la espalda.

Antonio que llevaba toda la vida convencido de que no estaba solo en el universo, se emocionó muchísimo al saber que contaba con un amigo que venía de más allá de las estrellas:

—Tu secreto está a salvo conmigo. Puedes confiar en mí totalmente.

—Lo sé —replicó Lucas convencido y también emocionado con la lealtad de ese hombre.

—¡Esto es magnífico! Llora y todo —dijo Antonio retirándose una lágrima con el pulgar—, porque en los veranos siempre me quedo en el patio a ver si avisto algún platillo o algo. Siempre he tenido la corazonada de que iba a tener un contacto extraterrestre, desde crío tengo esa fijación que nunca he compartido con nadie, ni con mi esposa. Uno siempre teme a que lo tomen por un chiflado... Joder, y mira tú por dónde no solo tengo el contacto sino que también me gano a un amigo... ¡Esto es la leche!

—Desde luego que sí... —musitó Lucas emocionado también con las lágrimas de ese hombre.

—¡Esto es la bomba! Y yo me voy ya, no vaya a ser que a esas loquitas pierdan los nervios y les dé por llamar a alguien más con la poca batería que les queda.

—Pero de momento ¿solo te han avisado a ti?

—Sí, solo a mí. Querían dar el chivatazo a Cuarto Milenio, pero yo lo he abortado.

—Genial. Gracias otra vez por todo, Antonio —insistió Lucas, tendiéndole esta vez la mano.

—Gracias a ti por confirmarme que mis intuiciones eran ciertas —replicó Antonio estrechando con fuerza la mano del joven.

Luego Antonio se marchó a buscar a las chicas sintiéndose como nunca se había sentido en su vida:

especial, y Lucas regresó a la fiesta, buscó a Isabel y se la llevó a su habitación para explicarle lo que había sucedido...

—¿Qué pasa ahora? ¿Por qué traes esa cara de circunstancias? —preguntó Isabel, preocupada en cuanto Lucas cerró la puerta tras él.

—Antonio acaba de contarme que las hijas de la mercera me siguieron cuando fui a por el cajón y resulta que han visto la nave...

—¿Qué? —repuso Isabel llevándose las manos a la tripa de la punzada de ansiedad que tenía—. ¿Dejaste la nave sin invisibilizar?

—Siempre tomo todas las precauciones, pero como vivo en una nube por tu culpa, la locura de amor que tengo me hace cometer más errores de los que cometo habitualmente.

—¡Madre mía! ¡Qué cagada, Lucas! Una cosa es estar enamorado y otra ser un botarate —exclamó Isabel a la que se le estaban pasando por la cabeza infinitas desdichas—. Tienes que ser más cuidadoso, por Dios. ¡Pues sí que estamos buenos! ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Tranquila que tenemos un plan.

—¿Tenemos? ¿Está Antonio metido en el ajo? —preguntó más angustiada que nunca—. ¡Estamos perdidos! —dijo cayéndose abatida boca arriba en la cama—. Fijo que ha llamado ya hasta al Ejército... ¡Joder, qué mala suerte la mía! ¡Para una vez en la vida que encuentro a un tío decente me lo van a meter en un *box* y lo van a llenar de cables!

—Pero si están las urgencias saturadas, como mucho me pondrán unas vacunas y me mandarán de vuelta a casa.

—Instalarán los de Defensa un hospital aquí, junto a la arboleda. Y luego nos pasará como a Elliott y a E.T., a ti te dejarán al borde de la agonía con sus experimentos terribles y yo luego tendré que ir a salvarte con mis amigos. Le tendré que pedir prestada a Caye la bici porque la mía ya no tiene ni frenos.

—Mi dramática terrícola...

Lucas se tumbó a su lado, le dio un beso en los labios y recordó fascinado su escena favorita de *E.T.*:

—¿Qué momento ese cuando las fuerzas del orden se quedan atrás, las bicis despegan del suelo y salen todos volando con John Williams de fondo! Es la fuerza de la pureza y la verdad, de la imaginación y de la música sobrevolando todas las miserias del mundo.

—Siempre que veo esa escena lloro —reconoció Isabel con los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que una de las razones por las que soy músico es por esa escena; desde la primera vez que la vi dije: yo quiero hacer eso. ¡Soy un iluso porque jamás haré nada semejante! Pero no te figuras cuánto he estudiado las partituras de John Williams, es uno de mis favoritos...

—No seas modesto. La canción que me has compuesto es preciosa y esta noche ha sonado más preciosa todavía. Pero Lucas estoy muerta de miedo... ¡Joder, nos han descubierto esas petardas!

Lucas la abrazó con fuerza y luego le contó acariciándole el pelo para calmarla:

—Las petardas están con un ataque de pánico detrás de un arbusto, Antonio está yendo de camino a buscarlas y les va a decir que la nave es un vivero moderno...

—¿Pensáis que son tan brutas como para tragarse esa trola? —quiso saber Isabel, parpadeando muy deprisa.

—Dice Antonio que no les va a quedar más remedio que creérselo.

—¿Qué va a hacer? ¿Amenazarlas con algo que sepa de ellas? —preguntó Isabel incorporándose un poco y apoyando la cabeza en la mano.

—Ese hombre debe saber casi todo de todos... Pero deja que termine de contarte el plan: luego cuando Antonio regrese con las chicas de vuelta a la casa, me acercaré a la nave y la dejaré invisibilizada...

—Solo espero que las chicas no hayan empezado a difundir fotos de la nave por las redes sociales...

—Pues querían contactar con Cuarto Milenio, pero Antonio las ha disuadido.

—Qué nervios. Tengo un mal cuerpo terrible... —confesó Isabel, en tanto que Lucas la abrazaba otra vez.

—No hay nada que temer. Antonio las traerá a casa, yo iré a enmendar mi error y luego lo celebraremos entre las sábanas.

—¿El qué tenemos que celebrar, que eres rematadamente idiota? —replicó Isabel con sorna—. Mira que no darte cuenta de que te seguían las hijas de la mercera, si solo con el ruido que les tienen que hacer las pulseras que llevan hasta el codo te tenías que haber percatado de su presencia, por no hablar de la torpeza de dejar la nave a la vista... ¿Y tú eres el que dices que vienes de una civilización altamente evolucionada? ¡Vaya patata de desarrollo, tío! ¡Qué pedazo de pufo!

Lucas se giró y le preguntó con una cara que no podía ser más de rematadamente idiota de amor:

—¿Tanto miedo tienes a perderme?

Isabel se encogió de hombros y confesó con el corazón abierto:

—Pues sí, eres idiota pero me molas.

—¿Te molo?

—Sí, me gustas. ¿Qué pasa que no te funciona la pastilla de la traducción tampoco? ¿Tu civilización está entrando en una decadencia súbita o qué?

—Es que el “molo” se me queda corto...

—Pues no hay otra cosa, Luquitas. De momento quédate con “molo” y date con un canto en los

dientes, que demasiado generosa estoy siendo, con el disgusto que tengo por tu culpa...

Lucas se acercó a ella para darle un beso en los labios y susurrar con los labios posados sobre los suyos:

—Te quiero y sé que tú a mí también.

Isabel esbozó una sonrisita y replicó con los ojos chispeantes:

—Es que tú eres muy listo, ya se ve ya... Por eso te han pillado las hijas de la mercera con el carrito del helado...

—Yo sí que te he pillado a ti... —replicó Lucas, con una sonrisa enorme, antes de besarla otra vez, pero con todo: saliva, pasión, lengua, deseo y ganas... Todas las ganas...

Isabel le devolvió el beso, Lucas metió las manos por debajo del vestido y aquello habría ido a más si no llega a ser porque Antonio comenzó a aporrear la puerta y a gritar desde fuera:

—Lucas, ya estoy aquí. ¡Recuerda que tienes que salir a apagar las luces del coche! —exclamó a voz en cuello para disimular—. ¡Vamos, chaval, sal de una vez! ¡Que te vas a comer la batería!

—Ya está aquí. Tienes que irte cuanto antes... —le dijo Isabel.

—*Voooooooooy*, Antonio —gritó desde la cama—. Espérame aquí, será solo momento... —le susurró Lucas a Isabel, besándola otra vez.

—Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. ¿Y quieres decirme algo más?

Isabel tenía ganas de decirle muchísimas cosas más, pero como estaba convencida de que tendría tiempo de sobra por delante, prefirió sonreír y musitar:

—Te espero. No tardes...

—En un suspiro estoy de vuelta.

Lucas saltó de la cama, se peinó el pelo con la mano y salió de la habitación sin siquiera imaginar que lo que él pensaba que iba a ser un suspiro, iba a terminar siendo un poco más largo...

Capítulo 45

Porque tres horas después, Lucas todavía no había vuelto e Isabel estaba tan desesperada que cuando sintió que Naso correteaba por el pasillo muerta de risa, con Vega, salió de la habitación y les preguntó:

—¿Habéis visto a Zenda?

—Se marchó hace unas horas, le surgió algo urgente de trabajo —explicó Vega.

—¿Tú estás bien? —quiso saber Vega, porque Isabel estaba como descompuesta, pálida y ojerosa, todavía vestida con la ropa que había llevado en la fiesta.

—Un poco desvelada, pero bien... —mintió forzando una sonrisa.

—Vente con nosotros a tomarte la última en la habitación... —sugirió Naso, que iba descalzo y sin camisa.

—No, gracias, voy a ver si me duermo. Nos vemos mañana... —Isabel alzó la mano a modo de saludo y cerró la puerta para tumbarse otra vez en la cama y colocarse la almohada encima de la cara.

*Pero no había manera de conciliar el sueño porque no paraba de preguntarse *dónde se habría metido ese hombre, si la urgencia de Zenda tendría que ver con la ausencia de Lucas o si habría tenido algún problema con la invisibilización de la nave...**

Así que, harta de marear la perdiz, y cuando no debía faltar mucho para que amaneciera, decidió ir al encuentro de Lucas, si es que todavía seguía en tierra, aunque lo dudaba porque ella aunque seguía sintiéndole no era de la misma forma que antes.

De repente, era como si una distancia tremenda se hubiera interpuesto entre ellos, aunque en su corazón siguiera sintiéndole con más fuerza que nunca. Era raro, pero sentía que Lucas seguía con ella, pero que ya no estaba allí... Como si hubiera pasado a otra dimensión, como cuando alguien muere, pero su esencia sigue impregnándolo todo...

Angustiada, se puso la parka verde y salió de casa dejando atrás los restos de la fiesta, que habría estado de maravilla si no llega a tener ese final tan extraño y triste.

Y es que a medida que avanzaba hacia la arboleda cada vez percibía con más fuerza que Lucas ya no estaba allí, que por lo que fuera la invisibilización había terminado en una fuga a saber dónde y que en ese instante solo era un punto en el cielo.

—*Lucaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaas* —gritó cuando llegó al lugar donde se suponía que

estaba la nave, pero ni siquiera la noche le respondió.

Se hizo un silencio denso y horrible que intentó romper con las pisadas de sus pies sobre la tierra en la que había descansado la nave.

Pero Lucas ya no estaba allí... Estaba porque le sentía dentro de ella, pero había volado muy lejos...

—Joder, Lucas, no me puedes hacer esto. ¿Dónde estás, tío? —preguntó tiritando y con la vista clavada en el cielo al que le quedaba ya poco para recibir a la mañana.

Desconcertada y con unas ganas infinitas de llorar, regresó a casa y se quedó dormida agarrada al móvil donde en vano buscó algún mensaje de Lucas en el wasap, en el correo, en sus redes sociales...

Tres horas después, hecha un ovillo y todavía con la ropa de la fiesta y la parka puesta, se despertó deseando que lo de anoche hubiese sido una pesadilla y con el aviso de que tenía un wasap nuevo.

Pero aquello era demasiado real, Lucas no estaba y el wasap era de Naso que acababa de enviarle un video con el mensaje:

Después de una noche de locura, he encontrado la inspiración que necesitaba para escribirte esta joya que te regalo por propiciar el polvo más bueno y salvaje de mi vida. No sé en qué va a terminar esto, aunque un amor a tres cuando nuestras vidas son tan distintas, solo puede acabar fatal, cosa que me pone tanto que tengo la creatividad desatada. Apenas he dormido porque estallaban en mi cabeza, como infinitos fuegos artificiales, melodías y letras tan jodidamente buenas que sé que estoy a punto de parir algo grande, muy grande.

Disfruta mientras de la canción que te regalo y que abraza sin duda la genialidad. Yo me marcho ya a la casa de Vega, vamos a intentarlo juntos y Zenda se unirá a nosotros cuando sus obligaciones se lo permitan.

No te deseo suerte ni te doy las gracias por nada, porque con la canción que te he compuesto voy a encumbrar a tus bombones a cimas tan altas del universo confitero, que nunca más vas a necesitar fortuna y a partir de hoy, siempre estarás en deuda perpetua conmigo.

Se despide de ti un nuevo Naso, más intenso, más focalizado, más genio. Abrazos, guapa.

Isabel se frotó los ojos porque de verdad que creía que no podía ser cierto: ¡Naso le había compuesto la canción y gratis!

Ansiosa por conocer tal genialidad, dio al *play* y apareció Naso con el torso desnudo, sentado sobre la cama, rasgando la guitarra desesperado unos acordes descacharrantes, porque no daban más que risa por muy intensos que le parecieran a él, y acto seguido comenzó a cantar muy serio y concentrado, con su voz más cavernosa que nunca, y como si fuera una canción protesta y estuviera denunciando una situación injusta, tan sangrante como dolorosa:

Naso echó el resto en el último bombón y a punto de desgañitarse dio al fin por terminada la canción que hizo que Isabel, a pesar de estar viviendo uno de los momentos más dramáticos de su vida, se doblara en la cama de la risa.

De hecho, las carcajadas eran tan intensas que Berta entró, con Chicho detrás, en la habitación para ver qué era eso que le estaba haciendo reír de esa manera.

—No puedo más, abuela —confesó Isabel, llorando de risa.

—¿Qué es? —preguntó la abuela riendo también solo de verla.

—La canción más ridícula que he escuchado en la vida...

—A ver... —murmuró la abuela sentándose a su lado—. ¿Naso te ha compuesto algo? —comentó sin dar crédito y Chicho gruñó.

—Es que anoche se lío con las dos chicas y como según él lo tiene muy complicado para que funcione, se ha inspirado por fin. ¡Ay qué cosa más mala! ¡Es que no puedo! *Bombo, bomboooooooooooooooooooooón* —canturreó partida de la risa.

—¿Bombo bombón? ¿Qué es un bombón salido de un bombo de la suerte? ¿Un bombón embarazado? ¿De qué coño habla? —inquirió Berta, perpleja.

—¡Yo qué sé! Pero él dice que es una genialidad... Escucha, escucha...

Isabel le dio al *play* otra vez y retorcida sobre la cama, a carcajada limpia, volvió a escuchar esa joya que por poco no mata de la risa a su abuela y a Chicho que no paraba de mover el rabo y hacer *huuuuuuuh huuuuuuuh huuuuuuuh* en mitad de los jadeos entrecortados.

—¡Dios mío que malo! ¡Es el horror más grande que he escuchado jamás! —exclamó Berta a punto de caerse de la cama de la risa—. Es que no sabes si le está comiendo el chirri a la novia o le están sodomizando con una tableta de turrón... *Negro y blanco, duro y blando, /Relleno y crujiente/ Pero dame, dame, dame...* —canturreó Berta, sin parar de reír.

—Calla, abuela, por favor... Que no puedo más... —suplicó Isabel reptando por la cama y enterrando la cabeza en la almohada.

—*Que te comoooooooooo bomboooooooooooooón/ Que te trago bomboooooooooooooooooooooón...*

—Para por lo que más quieras. Jajajajajajajajajajajaja —rogó Isabel, tapándose los oídos.

Los tres estallaron en carcajadas de nuevo y luego Berta, tras respirar hondo preguntó:

—¿Y cuánto nos va a costar esta genialidad?

—Nada. Es un regalo. Jajajajajajajajajajajajaja.

—¡Será caradura! ¿Todavía se atreve a llamarlo regalo?

—Por lo menos me ha hecho reír, que aquí donde me ves, estoy fatal abuela... —confesó retirándose las lágrimas de risa.

Chicho se subió a la cama y se tumbó junto a ella como si así fuera a mitigar su pesar...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Berta, en tanto que Isabel acariciaba a Chicho.

—Lucas se ha ido —respondió Isabel a la que de pronto le sobrevino toda la angustia.

—¿Adónde? ¿A por el periódico y porras?

—Lejos, le siento muy lejos. Es que anoche pasaron muchas cosas después de que te acostarás —resopló Isabel—. Verás, las hijas de la mercera se pusieron a seguirle, con tan mala suerte que él se dejó la nave invisibilizada y las chicas la vieron... Entonces, llamaron a Antonio con un ataque de pánico tremendo, él acudió a su rescate y Lucas después se supone que fue a invisibilizar la nave. Me dijo que al momento estaría de vuelta, pero mira las horas que son y aún ha vuelto...

—Le habrá surgido algún imprevisto —replicó la abuela sin darle mucha importancia—. ¿Has hablado con Zenda?

—Naso me ha dicho que se fue anoche porque tenía una urgencia en el trabajo.

—Pues ya lo tienes, eso es que la nave se escacharró otra vez y han tenido que llevarla a algún taller especial de reparación que tengan ellos por ahí arriba.

—Abuela, alucino con tu imaginación... —comentó Isabel incorporándose y colocándose la almohada detrás de la espalda.

—Es solo sentido común —explicó Berta encogiéndose de hombros—. Nosotros como estamos menos desarrollados nos quedamos meses esperando a que nos traigan la pieza de Alemania, como me pasó a mí con mi última avería. Pero estos tíos de las galaxias avanzadas, se van directamente a la Alemania de turno a por la pieza.

Isabel celebraba que su abuela tuviera esa mentalidad tan positiva, pero ella no había heredado ese gen, porque solo podía pensar en una cosa:

—¿Y si no vuelve?

—¿Por qué no va a volver? Además, Lucas no es un chico mentiroso. Si te aseguró que volvería, volverá.

—Mira que si me quedo con el te quiero atravesado en la garganta.

—¿Todavía no le has dicho que le quieres? —Isabel negó con la cabeza, bajo la vista y la abuela añadió—: Pues con más razón, tú tranquila, que volverá... No hay nada más delicioso que un te quiero bien dicho...

Capítulo 46

Berta aseguraba que Lucas volvería, pero pasó una semana y no había ni rastro de él. Seguía sintiéndole como siempre, sí, pero tan lejos que se levantaba cada mañana a las cinco para ir a Madrid a trabajar y regresaba agotadísima casi a las doce de la noche, para meterse en la cama y no pensar en nada.

No obstante, durante el día, a pesar de que intentaba concentrarse en las muchísimas tareas que se autoimponía, no podía dejar de pensar en él, y lo echaba de menos todo: sus ojazos, su sonrisa, lo bien que le sentaban los vaqueros, el desayuno que le preparaba todas la mañanas, los besos que venían después, los paseos por el campo, los bailes junto a la chimenea, los polvos interestelares...

Le echaba tanto de menos...

Aunque no fuera perfecto, aunque le sacara de quicio unas veces y se pasara de listo otras tantas, aunque viniera de otra galaxia y lo suyo fuera a todas luces un imposible: no podía evitarlo.

Le echaba muchísimo de menos...

A cada momento, a cada suspiro, todo era Lucas, Lucas y más Lucas, y cuando no pensaba en él, todo le recordaba a él: un cliente de espaldas, una canción en la radio, un olor repentino, los colores de un atardecer tan parecido a los que compartieron...

Y si no pensaba, ni recordaba casi que era peor porque le bajaba una angustia que le impedía hasta respirar y luego venía la tortura china de la pregunta que no se podía sacar de la cabeza: *¿Y si Lucas no volvía más?*

Después, le sobrevenía una culpa infinita por no haberle dicho lo que sentía, por no haberse atrevido a abrir su corazón y confesarle que también le quería.

Pero para ella decir te quiero era tan importante que necesitaba estar segura de que esas dos palabras significaban lo que tenían que significar, porque no había nada que Isabel detestara más que se mencionaran en vano.

Tal vez porque había sido víctima de demasiados te quiero que no lo eran, se cuidaba mucho no de pronunciar un te quiero tan precipitado como vacío, un te quiero mentiroso, un te quiero traicionero, un te quiero de mierda...

Por eso, con Lucas había preferido el silencio, incluso que se le quedaran los te quiero atorados en la garganta, a decir algo que no estuviera completamente convencida de que lo estaba sintiendo de verdad.

Aunque desde luego si con Lucas le quedaba alguna duda, por mínima que fuera, después de la semana tan agónica que estaba pasando se había disipado por completo...

—Le quiero, jopé. Le quiero —musitó Isabel el domingo, delante de una taza de café que se estaba tomando con Caye, en el bar, a eso de las cinco de una tarde soleada de primavera—. Y no imaginas cuánto me arrepiento de que se marchara aquella noche sin decírselo por ser una cautelosa de mierda.

—¿Cautelosa o cobarde? —replicó Caye dando un sorbo a su taza de té.

—Yo soy muy especial para los te quiero. Me moría de ganas de decírselo pero estabais todos delante y reconozco que me dio corte. Además, pensé que tendríamos más tiempo, si llego a saber esto... —Isabel lanzó un suspiro y luego añadió—: esta incertidumbre me está matando.

—¿No dices que le sientes?

—Sí, pero ¿por qué no vuelve?

—A lo mejor está retenido en contra de su voluntad —respondió Caye, encogiéndose de hombros.

—Gracias por los ánimos, tu respuesta no veas lo que me tranquiliza —ironizó llevándose la mano al pecho.

—No quiero decir que le pase algo malo, sino que a lo mejor le ha surgido algo de trabajo, alguna obligación, que le impide estar de vuelta.

—Sé que está bien, porque no percibo que esté pasando ningún peligro. Y es lo que más me mosquea, mira que si no ha vuelto porque está cabreado... Cuando me dijo que me quería en la fiesta, tenía que haberle dicho que yo también...

—Isa qué pesada, pero si no hacía falta más que mirarte a la cara para darse cuenta de que estás loca por él.

—¿Tú crees? —preguntó Isabel aferrada a su taza de café.

—Pues claro... Quítate eso de la cabeza y ten paciencia, que antes de lo que imaginas volverá.

—¿Y si no vuelve nunca más?

—¿Pero no dices que lo percibes, que puedes sentirlo? —insistió Caye, para que se relajara un poco y porque ella también estaba convencida de que Lucas iba a volver.

—Pero también siento a mi abuelo sobre todo cuando estoy en su casa del pueblo, es que hasta le huelo y hace ya un tiempo que murió. ¿Y si es eso lo que estoy sintiendo por Lucas? —preguntó tras dar otro sorbo a su café.

—Lucas está vivo y tiene que estar con Zenda que sigue sin aparecer tampoco... Ya verás como todo acaba bien... Estoy convencida...

—Qué suerte tener ese convencimiento porque yo estoy que no doy pie con bola, no sé ya ni qué pensar.

—Piensa en que estás sintiendo a Lucas y que si un día lograste hacerle caer con tu luz ¿por qué no dos?

—¿Con mi luz?

—Sí, como dice Bowie en Starman: *If we can sparkle he may land tonight...* —le recordó Caye.

—Esa canción la escuché con él, aquí, en tu bar y si vieras qué bien la canta... —suspiró—. Ahora que como dependa de mi brillo para aterrizar, estamos apañados. Uf, tía. Esto es horrible: me temo que me he fundido... —confesó Isabel clavando la vista en la taza de café.

—No digas chorradas, si cada vez que mencionas el nombre de Lucas te brillan los ojos mogollón.

—¿Mogollón? ¿Tú crees? —preguntó parpadeando muy deprisa.

—Mucho, como nunca te los he visto brillar antes.

—Será de lo poco que duermo porque de otra cosa... —musitó pero, la verdad era que aunque estaba pálida y ojerosa, sus ojos brillaban más que nunca.

—Es el amor —dijo Caye con una sonrisa enorme.

—A ti sí que te brillan —replicó Isabel.

Caye suspiró, se echó la melena atrás y, sin dejar de sonreír, dijo:

—Y os lo debemos a vosotros, porque si no llegáis a ir buscar a mi australiano yo creo que en la vida habría dado mi brazo a torcer. Y lo que me habría perdido... Soy demasiado feliz...

—¿Qué tontería es esa? Uno no es nunca demasiado feliz, se es feliz y punto —replicó Isabel dando un manotazo al aire.

—No sé, es que tenemos nuestras cosas, porque Erik tiene un carácter fuerte y además le encanta mandar... como a mí. La verdad es que en eso nos parecemos demasiado... A veces montamos unos pollos increíbles por cosas absurdas, porque además a los dos nos gusta salirnos con la nuestra y a mí no me gustar perder ni al parchís, ya lo sabes, así que se lía parda... Pero aparte de los tira y afloja que acaban siempre en un polvo monumental, y mi desorden y mi mal humor matutino y toda mi ristra de defectos: ¡estamos de puta madre! ¿Te lo puedes creer?

—Naso me dijo el otro día algo así como que nos cuesta creer que merezcamos cosas buenas y mira que dice tonterías, pero en esto tiene razón. Así que ¿cómo no me lo voy a creer? —dijo Isabel tras apurar su café.

—Esto es flipante. Me he pasado meses dando vueltas a miles de “y si” desde los más sensatos a los más peregrinos y ahora resulta que estamos juntos y todo fluye.

—Y yo me alegro tanto por vosotros...

—Ya verás como falta muy poco para que nos vayamos de fiesta los cuatro juntos —le dijo Caye cogiéndole la mano y apretándosela con cariño.

—Espero que para entonces no tenga noventa y ocho años... —replicó Isabel resoplando.

—Será muchísimo antes, ya lo verás... Y Naso cada día más inspirado gracias a compleja relación sentimental tocará su nuevo *hit*: *Bombo Bomboooooooooooooón*... —comentó Caye para arrancarle a su amiga una sonrisa.

—¡Qué horror! Yo no sabía qué hacer con el regalito de canción, no tengo cuerpo para nada, pero mi abuela decidió subirla a las redes sociales porque dice que la gente se ríe y eso es bueno para nuestra marca.

—Claro que es bueno, yo de verdad que os agradezco que me hiciera pis el otro día... ¡Hacía tiempo que no me descojonaba de esa forma! —reconoció Caye muerta de risa.

—Ay por favor... —murmuró Isabel llevándose las manos a la cara—. Es que es patético... —bufó apartando las manos otra vez—. Pero el caso es que el video tiene muchísimas visitas y que las ventas de los bombones siguen subiendo.

—¿Y te extraña? Es que la canción es la bomba, porque lo que sucede es que después de mearte de la risa de ver a ese tío tan serio cantando esas patochadas, te entran unas ganas irresistibles de zamparte un *bombo bomboooooooooón, dame bomboooooooooón*....

—¡Qué temazo, madre mía! —exclamó Isabel muerta de risa—. Lo único bueno que tiene es que a pesar de la pena tan grande que tengo, cada vez que lo escucho no puedo evitar morirme de la risa.

—¿Te parece poco? ¡Solo por eso merece la pena la espera! No si al final todo llega, pensábamos que ni en mil años te compondría una canción y ya tienes el *hit*.

—Da vergüenza ajena, pero es un *hit*, sí... —bromeó Isabel—. ¿Vega qué dice? ¿Lo ha visto?

—Sí, se partía el culo, como todos. Hoy libra y está con él. Dice que jamás se ha sentido tan atraída por un gilipollas, y que ni le soporta ni puede vivir sin él. Y nada... están como tú, esperando a Zenda... Tienen un cuelgue de los guapos los tres —contó Caye, tras terminar su té.

—Anda que como nos toque esperarlos mil años... —insistió Isabel estrujando la servilleta que tenía en la mano.

—¡No seas exagerada! Y tú lo que tienes que hacer es encenderte...

—¿Encender el qué? —inquirió Isabel, arrugando el ceño.

—Encenderte tú. ¿No dices que estás fundida?

—Ah sí. Totalmente. No tengo ganas de nada... Mira, ni me he pintado los labios...

Caye abrió su bolso y buscó una barra de labios que acababa de comprarse:

—Toma, está sin estrenar —le dijo entregándosela—. Píntate ahora mismo los labios, cada vez que te sientas fatal piensa en *Bombo Bombóooooooooooooon*, porque lo mismo que tú estás sintiendo a Lucas, él debe estar sintiéndote a ti y seguro que lo que quiere es verte bien, animada, confiada e iluminada por dentro.

—No pides tú nada... —masculló Isabel, mientras se pintaba los labios frente al espejo ovalado

que estaba detrás de ellas.

—Tienes que estar radiante ¡y ya verás como echas ese platillo abajo! ¡Sigue el consejo de Bowie!

Isabel resopló porque últimamente parecía que no sabía hacer otra cosa, y decidió seguir el consejo. Total, siendo una ceniza solo había conseguido marchitarse y hundirse en la miseria...

¡Peor ya no le podía ir!

Por lo que esa misma noche comenzó con la nueva estrategia, se colocó para dormir una camiseta de brillos, puso a Bowie a toda pastilla en el móvil y sonrió como una idiota al techo, con Chicho tumbado a su lado que parecía que sonreía también.

—Estamos como cabras, ¿verdad que sí, amigo?

Chicho no solo asintió con un ladrido sino que parecía feliz de serlo...

—Tenemos que brillar mucho, Chicho. ¡Ayúdame a tirar esa jodida nave espacial! —le pidió a su perro que la miraba intensamente, infundiéndole ánimos.

La respuesta de Chicho fueron unos cuantos ladridos para confirmarle que estaba dispuesto a todo y luego le dio un lametón en la cara para que Isabel sonriera más todavía.

Y lo hizo, sonrió con tantas ganas que sintió como que volvía a encenderse por dentro...

—Venga, Chicho, que ya lo hicimos una vez aunque no lo supiéramos... ¡Vamos a traer de vuelta a Lucas!

Chicho saltó de la cama y aulló a las estrellas debajo de la ventana, mientras Isabel respiraba hondo, cerraba los ojos y confiaba en que podía suceder...

Y así una noche, y otra, y otra, otra más...

Hasta que llegó el jueves y todo cambió para siempre...

Capítulo 47

El día amaneció feo, gris plomizo y tan frío que parecía más pleno invierno que la primavera que el calendario marcaba. De hecho, al llegar a Madrid comenzó a caer aguanieve que cubrió de motitas blancas el cabello de Isabel que, como siempre, se había dejado el paraguas en alguna parte...

Ya en la tienda, tras secarse el pelo con una toalla, se tomó un café cargado, mientras despachaba frente a su ordenador los asuntos más urgentes del día.

Luego alguien puso la radio y empezaron a sonar una tras otra canciones de amor que la hicieron suspirar tanto que huyó al mostrador a despachar a los clientes sorprendidos por un frío que ya no esperaba nadie.

Y menos aún la nieve que cayó después, ya que a eso de las dos y media de la tarde, comenzaron a caer unos copos enormes que a Isabel la llenaron de esperanza.

Porque aquello era tan inesperado como lo suyo, y si esa tremenda nevada estaba cayendo sobre Madrid en primavera, ¿por qué no se le podía volver a ella a caer un pedazo de platillo volante en su jardín?

Ilusionada, se quedó mirando por la ventana del escaparate, decorado como siempre en dorado y rojo, con una torre enorme de Bertitas, que tentaban a todos lo que pasaban, el espectáculo de los copos enormes de nieve cayendo alegres y despreocupados sobre la ciudad sorprendida.

Unos corrían de un lado a otro, esquivando paraguas, soportando la nieve como una contrariedad más del día y otros demoraban el paso para sentir la nieve en el rostro, como una auténtica bendición, y arrancarla con las manos de los techos de los coches donde estaba empezando a cuajar.

¡Qué ganas de ir a por una buena bola!, pensó Isabel.

Y su deseo lo hizo realidad una niña de uniforme azul que apareció de repente, tomó a toda prisa y sin guantes un poco de nieve de un coche, le dio forma con las manos y se lo lanzó a las tres amigas a las que había adelantado.

—*¡Cabronaaaaaaaaaaaaa*, ya verás! —gritó la pelirroja a la que le impactó la bola, mientras cogía nieve con las dos manos del coche que tenía a su lado.

Isabel se moría de ganas por salir a tirarse bolas con ellas, pero sonó la campanilla que avisaba de que había entrado un cliente y que ya no tenía once años...

—Buenos días... —dijo el cliente.

Pero Isabel no podía quitar la vista del escaparate, de los copos de nieve flotando infinitos en el

aire, como espuma que alguien hubiera soplado con fuerza desde lejos, muy lejos...

—Hola —insistió el cliente.

Sin embargo, Isabel seguía como hipnotizada pegada al cristal, con la felicidad de la niña que sabe que con esa nevada sus padres no se atreverán a mandarla a clase...

—Quería bombones...

Y es que la nieve era tan especial, pensó Isabel, tan mágica, tan inspiradora, tan irreal como cierta, te hacía sentir como si de repente estuvieras en un cuento de hadas y todo pudiera ser incluso lo imposible.

—Negro y blanco, duro y blando/, Relleno y crujiente/ Pero dame, dame, dame... —pidió el cliente canturreando, sin saber qué hacer para llamar la atención de la dependienta.

Y lo logró, porque Isabel se dirigió ofuscada al mostrador para ver quién era el idiota que le había sacado de ese estado de ensoñación, guaseándose encima de ella con el canturreo de la horripilante canción de Naso...

—¿Se puede saber qué es lo quier...?

Isabel dejó suspendida la frase en el aire, porque por poco no se cae al suelo de la impresión...

—¡Hola! —volvió a saludar el cliente, con una sonrisa enorme.

Con una sonrisa enorme, sus ojazos verdes, el pelo revuelto cubierto de plumillas de nieve, un abrigo que le sentaba de maravilla y unas ganas de besarla que se moría.

—Lucaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaas... —gritó Isabel emocionada mientras salía del mostrador y corría a abrazarlo.

Lucas hizo lo mismo y al instante Isabel ya estaba rodeándolo con sus brazos a la vez que entre lágrimas no dejaba de besarlo, pedirle perdón y decirle que le quería...

—¿Me pides perdón por decirme que me quieres? —preguntó Lucas, divertido, tan feliz y emocionado como Isabel con el reencuentro.

—Te lo pido por no habértelo dicho antes...

—Tú me lo dices todo el rato, con lo que dices, con lo que haces, con cómo me miras. ¡Pero me encanta que me lo digas!

Isabel le cogió la cabeza con las manos y le dijo antes de besarlo otra vez:

—¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

—Vaya si tenías ganas de decírmelo... —bromeó Lucas.

—¡Qué mal lo he pasado! He llegado a pensar de todo, hasta que jamás volverías...

—Lo sentía en cada momento y no imaginas lo que he sufrido con eso. Pero no he tenido ninguna manera de contactar contigo hasta hoy que he podido regresar... Vengo de casa de tu abuela que me ha dicho que estabas aquí... Tenías que haber visto lo contento que estaba Chicho de verme...

—Te hemos echado tanto de menos... —confesó Isabel abrazada a él.

—Y yo a vosotros. Estos días se me han hecho eternos, yo ya no puedo vivir sin ti, Isa.

—Ni yo...

—Cuando fui a invisibilizar la nave, me resultó imposible. El sistema estaba averiado, así que llamé a Zenda y tuvimos que salir pitando hasta un lugar que tenemos habilitado fuera de la Tierra del que tampoco puedo hablar demasiado y donde he estado hasta que hemos conseguido repararlo. Espero que me perdones por estos días de ausencia, pero me ha sido imposible contactar contigo — se disculpó Lucas, con los ojos brillantes de la emoción de volver a estar frente a la chica de los bombones, frente a la chica de sus sueños.

—Sí que lo has hecho porque te sentía todo el tiempo, lejos, pero no he dejado de sentirte.

—Ni yo...

—Y llevo unas cuantas noches durmiendo con camisetas con brillos para ver si así conseguía que te cayeras otra vez.... ¡Joder, qué desesperación más grande! ¡Y qué picores!

Lucas se echó a reír y luego le siguió contando:

—Esta vez ha sido un aterrizaje lento y suave, aunque me parece que he removido un poco el tiempo —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Esta nieve tan romántica es tuya? —preguntó Isabel mientras la nieve seguía cayendo cubriéndolo todo de blanco.

—No, es tuya. Es para ti —respondió Lucas besándola en los labios—. Y ya he visto que te encanta porque si no llego a cantar la canción de Naso, todavía sigues ahí con la nariz pegada al cristal.

—Cómo lo sabes... ¿Y tú de qué conoces la canción de Naso? —preguntó risueña.

—Es un éxito interestelar... —contestó con una sonrisa burlona—. *Muy adentro, profundo, intenso, me tocas, me llenas. Bombóooooooooooooooooooooón* —canturreó imitando la voz cavernosa de Naso—. Todo el mundo la canta...

—Y encima me ha salido gratis...

—Me lo ha dicho tu abuela, cuando me he recuperado del ataque de risa.

—¡No me creo que estés aquí! —exclamó Isabel, abrazándole muy fuerte para cerciorarse de que era cierto.

—Ni yo aquí. ¡Qué ganas tenía de conocer tu tienda! Es preciosa... —dijo contemplando la tienda decorada en dorado y rojo, repleta de detalles con encanto—. Parece una tienda sacada de un cuento de hadas y a ti te queda ese delantal rojo tan espectacular que me estoy poniendo... *Que sí, baby sí/ Que tú eres/ Bomboooooooooooooooooooooón* —canturreó otra vez.

Isabel se partió de risa y luego confesó apartándose el cabello a un lado y dejando a la vista el

cuello que Lucas se moría por besar:

—Lo de Naso es un *hit* interestelar, pero yo me sigo quedando con tu canción.

—Pues muy mal porque el genio es él... —replicó Lucas, mordaz.

—Ya, pero su letra no encierra la clave de lo que me sucede...

—¿Cómo que no? Tú eres bombón, nena... —susurró besándola despacio en el cuello.

—Yo es que soy más intensa y profunda...

—Por eso tienes que quedarte con la letra de Naso... —replicó embriagado con el perfume de Isabel, a flores terrícolas, que tanto había echado de menos en esos días de separación.

—Me quedo con “al poder besarte transparente”, que es justo lo que ha hecho que me percate de todo...

—¿El qué? —preguntó con suma curiosidad, mirándola ahora a los ojos.

Isabel tragó saliva, le devolvió la mirada y se armó de valor para decir:

—Me ves, el engranaje entero, y con todo sigues ahí y me besas...

Lucas no entendía qué era lo que le sorprendía si para él estaba todo muy claro:

—Joder, es que te amo.

Isabel respiró hondo y luego dijo sonriendo feliz:

—Y yo, con todo... Aunque seas de una civilización altamente desarrollada con tecnología que falla como una escopeta de feria.

—Perdona, pero la tecnología de Mequetrefe es de máxima confianza y garantía, lo que pasa es que me di tal porrazo cuando me caí por tu culpa, que dejó secuelas importantes.

—Si fuera de tan máxima garantía, estas caídas tendrían que estar previstas... —bromeó Isabel, pestañeando muy deprisa.

—Esto es un milagro siempre. El amor sucede todos los días, pero siempre es diferente, mágico, especial... La chica de los bombones y el chico de Mequetrefe, quién iba a decirlo... —habló Lucas, encogiéndose de hombros.

—Yo desde luego que no... —replicó Isabel entre risas.

—Ni yo. Pero este es mi sitio, ya no quiero estar en otra parte y es que aunque quisiera tampoco podría, porque cuando no estoy aquí, también sigo aquí... No hay nada que hacer —reconoció Lucas, negando con la cabeza—. Mi mundo es contigo. Ni quiero ni necesito otro mundo más que el nuestro.

—¿Y lo soportarás? —preguntó Isabel mordiéndose los labios de la ansiedad.

—Lo único que no soporto es no estar contigo. Lo demás, créeme que podré sobrellevarlo.

—Es que aparte del engranaje general que está al aire, tengo millones de microdefectos que todavía no conoces.

—Si son millones no creo que tenga vida suficiente para conocerlos todos, así que tranquila.

—Ah, eso también es verdad... ¡Me quitas un peso de encima! —resopló Isabel, dando un manotazo al aire.

Lucas suspiró emocionado y al hacerlo casi se mareó del delicioso olor a chocolate de la tienda:

—*Mmmm*. Esto es el paraíso... ¿Me despachas unos bombones y nos vamos a comer?

—Claro lo que pasa es que te advierto que son adictivos, como mis besos. Si quieres correr el riesgo, tú mismo —replicó Isabel dirigiéndose al mostrador.

—Los asumo todos, menos perderte.

—No me vas a perder... —musitó Isabel—. Luego cogió las pinzas y antes de escoger los bombones le dijo—: Te quiero. ¿Ves? Ya lo puedo decir y no se me atora en garganta. Te quiero. Me sale solo... Está dentro de mí. No hay nada que hacer...

—A mí se me ocurren tantas cosas...

Y Lucas pensó que la felicidad debía parecerse mucho a una confitería, donde una chica de ojos avellana elige con mimo bombones que coloca en una caja de cartón dorada, mientras en la calle nieva con fuerza y hasta lo más imposible de lo imposible se hace posible...

EPÍLOGO

Después de que Isabel y Lucas pasearan de la mano bajo la nieve infinita sucedieron muchísimas cosas...

La canción de Naso se viralizó de tal forma que Isabel recuperó con creces todos los gastos en cosméticos que hizo durante la estancia del músico en su casa.

Naso, Vega y Zenda siguieron con su relación complicada y que no deja de enredarse cada día que pasa...

De hecho, tres años después de su primer encuentro en la fiesta, Vega dio a luz a unas mellizas que afortunadamente son parecidas a la madre y Zenda dos años después tuvo un niño que es un crack haciendo aviones de papel, o sea que ya apunta maneras para la ingeniería aeroespacial.

Naso sigue componiendo poemas y temazos y él todavía no sabe que una de sus diosas cada cierto tiempo se marcha a atender sus asuntos en las galaxias...

Chicho aún no soporta sus canciones, pero continúa partiéndose de risa cada vez que escucha *bombo bomboooooooooón*.

Las hijas de la mercera después de la angustia que pasaron frente al platillo volante, reflexionaron lo suficiente sobre sus vidas como para regresar a la escuela y convertirse una en astrónoma y otra en matemática.

Caye y Erik se casaron a los meses del reencuentro en el bar, por supuesto que tocaron los Outsiders, y la boda fue en invierno en la playa de Mooloolaba, adonde los teletransporta Lucas de tanto en tanto, para que Enzo, el hijo que tuvieron un año después de la boda, comience a jugar con las frías olas en las que su padre sigue surfeando.

Erik lleva ya unos cuantos bestsellers y el bar de Caye sigue acogiendo a genios, pero desde luego que ninguno como Naso.

Berta está ayudando a Isabel con los preparativos de su boda, que será cuando la madre de Lucas llegue desde su galaxia lejana, de donde partió hace ya algún un tiempo.

Isabel y Lucas son felices con sus besos transparentes, mientras ella sigue con la confitería y él con la música que compone para las *pelis* de su galaxia lejana y para la galaxia en la habita en la que, cuando cumpla treinta y siete años, ganará un Oscar a la mejor banda sonora.

Van mucho al pueblo, donde Antonio los visita con frecuencia y agota a Lucas con preguntas para que las que no está autorizado a dar respuesta.

Dos años después de que se casen y Lucas cante su canción en la boda, tendrán dos hijos que convencerán a su madre para hacer un largo viaje a Mequetrefe...

Y ella, la chica que no tenía tiempo ni ganas para el amor, pero que de repente se vio protagonizando uno de otra galaxia, aunque todavía no lo sepa, viajará feliz entre las estrellas...